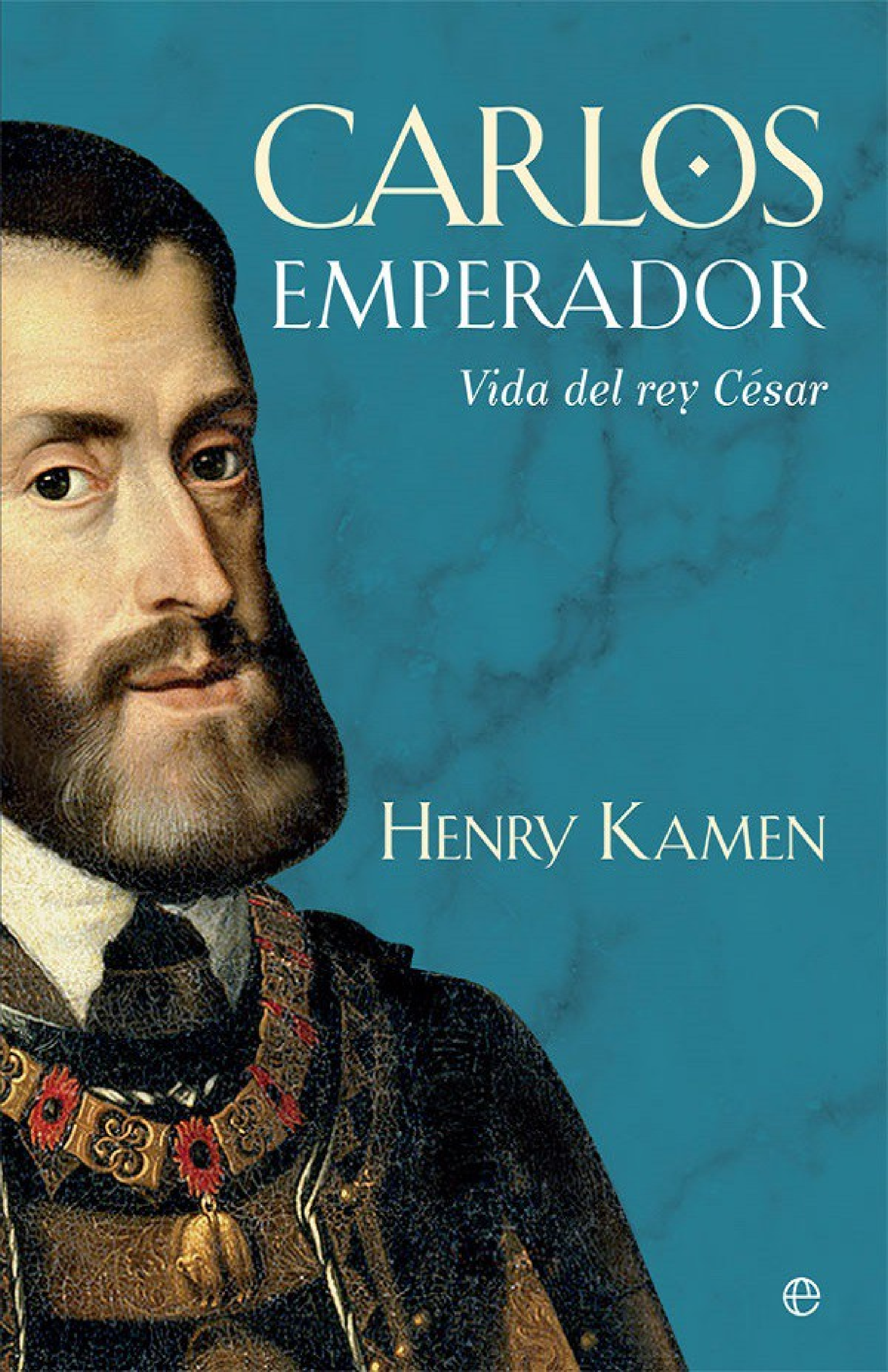

CARLOS
EMPERADOR
Vida del rey César
HENRY KAMEN

Henry Kamen

CARLOS EMPERADOR

Vida del rey césar

Traducción del inglés Paz Pruneda

la esfera de los libros

Editorial: La Esfera de los libros
Año de edición: 2017
ISBN-10 : 8490608741
ISBN-13 : 978-8490608746

TABLA CRONOLÓGICA

1500. Carlos de Habsburgo nace en Gante.

1504. Muere Isabel de Castilla.

1506. Muere el padre de Carlos, Felipe el Hermoso.

1515. Carlos es proclamado gobernador de los Países Bajos.

1516. Muere Fernando de Aragón; Carlos es proclamado rey de Castilla y Aragón

1517. Carlos desembarca en España por primera vez; Martín Lutero publica sus 95 tesis en Wittenberg.

1519. Muere el emperador Maximiliano I; Carlos es elegido emperador.

1519-1521. La ciudad de Tenochtitlán es destruida por los ejércitos mexicanos y los españoles bajo el mando de Hernán Cortés.

1519-1522. Circunnavegación del globo por Magallanes y Sebastián Elcano.

1520. Carlos deja España por Alemania, estalla la revuelta de los Comuneros en Castilla.

1521. Dieta de Worms; condena de Lutero; muerte del canciller Guillaume de Croÿ, señor de Chièvres; estalla la primera guerra con Francia; derrota de los Comuneros en Villalar; el ejército imperial conquista Milán; se publican en Holanda los primeros edictos contra la herejía.

1522. Elección del papa Adriano VI; Carlos regresa a España; el duque de Borbón deserta a Carlos; elección del papa Clemente V.

1524-1526. Guerra de los campesinos en Alemania.

1525. Batalla de Pavía; prendimiento de Francisco I por las fuerzas imperiales.

1526. Tratado de Madrid; Carlos se casa con Isabel de Portugal; formación de la Liga de Cognac contra Carlos; batalla de Mohács; Fernando elegido rey de Bohemia y Hungría.

1527. Saqueo de Roma; Enrique VIII solicita el divorcio de Catalina de Aragón; nacimiento del príncipe Felipe; los franceses invaden Milán y sitian Nápoles; anexión en favor de Carlos de las provincias de Utrecht y Overijssel; Fernando ocupa Croacia, Eslovenia y el oeste de Hungría.

1528. Andrea Doria se pasa al bando de Carlos; los franceses abandonan el asedio de Nápoles.

1529. Segunda Dieta de Espira: Protesta de Espira; primer asedio otomano de Viena; Paz de Cambrai («Paz de las Damas»); Coloquio de Marburgo.

1530. Carlos coronado emperador por Clemente VII en Bolonia; restauración de los Médicis en Florencia, y de Francisco María Sforza en Milán; muerte de Mercurino de Gattinara; Dieta de Augsburgo; Confesión de Augsburgo; muerte de Margarita de Austria.

1531. María de Hungría designada regente de los Países Bajos; elección de Fernando como Rey de Romanos; formación de la Liga de Esmalcalda.

1531-1532. Derrocamiento del inca Atahualpa en Perú.

1532. Retirada otomana de Viena.

1534. Elección del papa Pablo III.

1535. Conquista de Túnez; muerte de Francisco María Sforza, Milán vuelve al imperio.

1536. Guerra con Francia; fracaso de la campaña de Carlos en Provenza; guerra con Güeldres, y anexión de Gronin-

ga, Drente y de Ommelanden; reforma de las tropas castellanas en Milán y formación de los tercios.

1538. Reunión de Carlos y Francisco en Aigues-Mortes; enfrentamiento naval en Prevesa.

1539. Muere la emperatriz Isabel; Carlos viaja a los Países Bajos atravesando Francia.

1540. Carlos castiga la rebelión de Gante.

1541. Dieta y coloquio de Ratisbona; fracaso de la expedición contra Argel.

1542. Reanudación de la guerra con Francia; publicación de las Leyes Nuevas de Indias.

1543. La flota turca inverna en Tolón; Carlos derrota a Guillermo de Cleves, anexión de Güeldres; anexión de Cambrai.

1544. Batalla de Cerisoles; Paz de Crépy.

1546. Muere Martín Lutero; comienzo del Concilio de Trento; segunda Dieta de Ratisbona; comienzo de la guerra Esmalcalda.

1547. Muere Enrique VIII de Inglaterra; muere Francisco I de Francia; ascensión de Enrique II; batalla de Mühlberg.

1547-1548. Dieta de Augsburgo; proclamación del Interim de Augsburgo.

1548. Separación de los Países Bajos del imperio.

1552. Revuelta de Mauricio de Sajonia y otros príncipes, Carlos huye a Innsbruck; Enrique II conquista Metz, Toul y Verdún; Paz de Passau.

1552-1553. Fracasa el asedio de Metz por Carlos.

1553-1554. Nuevas invasiones de los Países Bajos por Enrique II.

1554. Carlos abdica del reino de Nápoles en favor de Felipe; Felipe se casa con María de Inglaterra.

1555. Paz de Augsburgo; muere (en abril) la reina Juana de Castilla; elección del papa Pablo IV.

1555-1556. Carlos abdica como rey de España y regente de los Países Bajos.

1556-1557. Guerra entre Felipe II y el papa Pablo IV.

1557. Carlos se retira a Yuste; Felipe II suspende los pagos de la deuda de Castilla; derrota francesa en la batalla de San Quintín.

1558. Muerte de Carlos; muere María de Hungría; muere María de Inglaterra; muere la reina Leonor de Francia; Fernando, Rey de Romanos, elegido emperador (en marzo).

1559. Tratado de Câteau-Cambrésis; fin de las guerras entre la casa de Habsburgo y la de Valois.

PREFACIO

«Todos estos reynos, estados y señoríos», escribió el cronista Francisco López de Gómara en 1517, «han venido a parar en Carlos, que comiença este año a reinar en Castilla con su madre la Reyna Doña Juana». La presente biografía, escrita quinientos años después de la llegada de Carlos de Gante a sus recién heredados reinos de España, pretende situar el lugar que él y su familia ocuparon en el rico y diverso panorama de aquellos tiempos. El siglo en el que nació se vio azotado por distintos conflictos nacionales, guerras sangrientas, tragedias demográficas y el derrumbamiento de las certezas religiosas; pero también fue un período de grandes avances en el conocimiento humano, el arte y la filosofía. Esa época contempló nuevos pasos encaminados a la cooperación entre europeos, así como nuevos esfuerzos para lograr un mayor entendimiento de las civilizaciones de Asia y de América.

Cuando, en 1913, el hispanista francés Alfred Morel-Fatio publicó una edición de las memorias de Carlos V, observó que «era posible escribir una historia detallada de Carlos V con cierto grado de éxito, siempre y cuando esta se restringiera a determinados temas». En concreto, destacaba que España era, de entre todos los dominios del emperador, la menos estudiada. Desde entonces y hasta ahora, se han llevado a cabo numerosos trabajos de investigación sobre Carlos V, si bien es cierto que incluso una magnífica historia general, como por ejemplo la famosa vida del emperador, de Karl Brandi (en su edición original alemana de 1927 y española de 1944), tuvo que asumir la imposibilidad de cubrir un tema tan amplio en las páginas de un solo libro. Morel-Fatio observó además «que escribir sobre Carlos V restringiéndose únicamente a la literatura y a los documentos en espa-

ñol, era un ejercicio disparatado e inútil». El presente volumen se centra en España, sin dejar de tener en cuenta el contexto de lo no español. Está escrito en primer lugar para un lector no especializado y, por lo tanto, evita utilizar referencias y notas a pie de página; pero está todo él basado en la erudición y los estudios académicos, en cinco lenguas europeas, de generaciones de distinguidos historiadores.

En el vasto ruedo que aquí se atraviesa, hay, inevitablemente, espacio para muy diversas interpretaciones. El mismo emperador nunca estuvo satisfecho por la forma en que los historiadores escribían sobre él. En una ocasión le comentó al historiador Sepúlveda: «No me agrada leer u oír lo que se escribe sobre mí: lo leerán otros, cuando yo haya muerto». En opinión de Sepúlveda, «el monarca no quería dar a los historiadores motivos ni pábulo para las ficciones o la adulación». Confío haber evitado tanto la ficción como la adulación en la empresa de presentar al lector a un Carlos que pueda resultar más comprensible. El título «Carlos de España» fue frecuentemente utilizado por los contemporáneos del emperador porque, a pesar de sus interminables viajes por toda Europa y el Mediterráneo, fue España la que llegó a desempeñar el papel más importante en la evolución de sus políticas, España (y las Indias) las que financiaron en su mayor parte sus compromisos militares, y España donde se retiró al final de su vida.

CAPÍTULO 1. Los primeros años. 1500-1517

Capital del condado de Flandes y hogar de sus nobles gobernantes, la ciudad cuyo centro de poder se hallaba repartido entre el castillo y el enorme palacio municipal, la tardomedieval Gante, era considerada la perla de la civilización de los Países Bajos. El humanista holandés Erasmo creía que no existía ciudad alguna en toda la cristiandad que pudiera comparársela en tamaño, poder, constitución política o en la cultura de sus habitantes. Fue en ella donde el 24 de febrero de 1500, en el magnífico palacio de Prinsenhof, actualmente desaparecido, un heredero varón nació de la unión del joven conde gobernante, Felipe el Hermoso, y su esposa castellana Juana, hija del rey y la reina de España. Felipe era el hijo mayor del sacro emperador romano Maximiliano I de Habsburgo y su esposa María, duquesa de Borgoña; de ellos heredaría los vastos territorios de Habsburgo en Alemania y las ricas posesiones del ducado de Borgoña. María tuvo la desgracia de morir a los veinticinco años, a causa de las secuelas de una caída del caballo, cuando Felipe solo tenía cuatro años, dejándole el título de duque de Borgoña. Su único pariente era su joven hermana, Margarita. Años más tarde, cuando Felipe tenía dieciocho años, las negociaciones entre los Habsburgo y los gobernantes de España, Fernando e Isabel, culminaron en el acuerdo de dos casamientos destinados a consolidar la relación entre las dinastías. El infante de Castilla, Juan, se desposaría con la hermana de Felipe, Margarita. Y el propio Felipe lo haría con la hermana de Juan, la infanta Juana, que por entonces contaba diecisiete años de edad, y que embarcó rumbo a los Países Bajos para la ceremonia nupcial celebrada en Lier, al norte de Bruselas, en octubre de 1496. Fruto del matrimonio nacieron seis hijos.

El primer hijo de Juana fue una niña, Leonor, nacida en Bruselas en noviembre de 1498. El segundo fue Carlos, primer heredero varón de Felipe y Juana, llamado así en honor al padre de María de Borgoña, el duque Carlos el Temerario. El niño nació en curiosas circunstancias. Era martes de Carnaval, la fiesta que precede a la Cuaresma, y se celebraba un gran baile en el palacio ducal, con la madre en un avanzado estado de gestación tomando parte en las festividades. Es posible que el baile acelerase los acontecimientos, pues sintió la necesidad de ir al excusado donde dio a luz. Posteriormente esa habitación fue preservada como monumento, pero desapareció con el conjunto del palacio en el siglo xviii. Después vendrían cuatro hijos más: Isabel, Fernando, María y Catalina. De los seis, solo Fernando y Catalina nacieron en España. La ciudad de Gante celebró el nacimiento de Carlos con gran pompa y boato. El 9 de marzo tuvo lugar el bautizo en la iglesia de San Bavón, con la tía del niño, Margarita de Austria, como madrina. La iglesia estaba engalanada con paños de oro y seda, y ese día hubo celebraciones públicas con diez mil antorchas diseminadas a lo largo de las calles y una procesión de la alta nobleza y los ciudadanos más importantes.

Margarita estaba destinada a tener una influencia determinante en la vida del infante, puesto que este apenas conocía a sus padres. La propia Margarita había tenido una vida muy azarosa. De niña, en 1483, cuando apenas contaba tres años, habían concertado su matrimonio con el delfín de Francia, por lo que creció y se educó en la corte francesa. Cuando el delfín se hizo mayor y prefirió casarse con otra, el contrato de matrimonio con Margarita fue anulado, y así pudo regresar a los Países Bajos en 1493. Tras el matrimonio de su hermano Felipe con la infanta Juana, salió de los Países Bajos en febrero de 1497 para casarse con el heredero del trono de España, el infante Juan. Tenía diecisiete años, y él aún no había cumplido los diecinueve. La pareja contrajo matrimonio en la catedral de Toledo en marzo de 1497.

Tan solo seis meses más tarde, Juan moría inesperadamente en octubre, y su viuda partiría de España para regresar a los Países Bajos a principios del año 1500. En 1501 se casó de nuevo, esta vez con el duque Philibert (Filiberto) de Saboya, que murió tres años después. Desde entonces, la doblemente viuda Margarita se quedó en el norte de Europa, y desde allí llegó a ejercer una distinguida carrera política como gobernadora de los Países Bajos y guardiana del niño Carlos.

Felipe el Hermoso y su esposa Juana desempeñaron sus responsabilidades políticas a lo largo del considerable período —casi seis años— que permanecieron en los Países Bajos, donde en julio de 1501 nació Isabel. Durante esa época, comenzaron a surgir las desavenencias entre ellos, con Felipe convencido de que su esposa no estaba en su sano juicio. En noviembre de 1501, la pareja partió para España, aceptando una oferta del rey de Francia de cruzar por territorio francés antes que someterse al azar de un viaje por mar. A finales de enero, entraron en España prosiguiendo con su viaje hacia el sur a través de Burgos y Madrid. El rey y la reina, Fernando e Isabel, se encontraban entonces en Andalucía, pero regresaron a tiempo para recibir a los viajeros en Toledo en el mes de mayo.

En ese momento, España estaba formada por dos reinos claramente diferenciados, el de Castilla, gobernado por Isabel, y el de Aragón, regido por Fernando. En una majestuosa ceremonia en la gran catedral de Toledo, los soberanos españoles proclamaron a Felipe y Juana como los legítimos herederos conjuntos del trono de Castilla. En agosto, en una solemne sesión de las Cortes Generales de la corona de Aragón en Zaragoza, hubo sin embargo una diferencia en la forma: solo Juana fue reconocida como heredera de la corona, con Felipe como su legítimo esposo. A finales de 1502, Felipe tuvo que abandonar España para atender sus asuntos en Francia, Alemania y los Países Bajos y se dispuso a seguir la ruta del norte a través de Barcelona y Perpiñán. En la

ciudad de Lyon, en el mes de abril, formalizó con el rey de Francia un tratado para el futuro matrimonio de su hijo Carlos con la princesa de Francia. El casamiento, como veremos, nunca llegó a realizarse. En cualquier caso, la implícita alianza entre Castilla y Francia fue inmediatamente torpedeada por la activa guerra que se desencadenó en el sur de Italia entre las fuerzas de Aragón y el ejército francés. Juana había suplicado que se la permitiese acompañar a Felipe, pero se hallaba en la última etapa de embarazo de su segundo hijo, Fernando, que nacería en Alcalá de Henares en marzo. En cuanto estuvo en condiciones, insistió en emprender viaje por mar desde Laredo a fin de reunirse de nuevo con su marido en los Países Bajos, a principios de 1504.

Durante la ausencia de Juana, su madre, la reina Isabel, murió en Medina del Campo en noviembre de 1504. Esa noticia cambió por completo la situación. Una solemne misa funeral, con la destacada participación de los caballeros de la Orden del Toisón de Oro, se celebró por la difunta reina en Bruselas en enero. Felipe y Juana fueron proclamados rey y reina de Castilla, y comenzaron los preparativos para regresar lo más pronto posible a España. Su flota zarpó de la desembocadura del Escalda a mediados de enero, pero el mal tiempo les obligó a recalar en Inglaterra. Allí fueron huéspedes de Enrique VII y no volvieron a embarcar hasta principios de abril, entrando en el puerto de La Coruña el 26 de abril de 1506. El joven Carlos, que había quedado al cuidado de su tía Margarita, no volvería a ver a su padre, y tuvieron que pasar once años para que viera a su madre.

En esas mismas semanas, el rey Fernando el Católico tomó una asombrosa decisión que en su momento afectaría a la persona del joven Carlos. Sabiendo que la sucesión de la joven pareja al trono podría privarle para siempre de su papel en Castilla, Fernando volcó sus esperanzas en consolidar sus vínculos con Francia e Italia. En marzo de 1506, contrajo matrimonio con la sobrina del rey francés Luis XII, Germaine (Germana) de Foix (el

matrimonio por poderes había tenido lugar seis meses antes, en 1505). Fue una maniobra claramente en contra de las promesas hechas a su difunta esposa, que temía que un matrimonio así pudiera privar a Juana de los derechos que le correspondían en la sucesión en Aragón. En el acuerdo matrimonial de 1506, Luis cedía a Fernando sus pretensiones al trono de Nápoles. Fernando, por tanto, ganó un aliado, una confirmación de su título como rey de Nápoles y una joven esposa (treinta y cinco años menor), con la posibilidad de dar un heredero a su trono. El matrimonio, de haber tenido sucesión, ciertamente hubiera privado a Juana (y también a Carlos) de sus derechos en Aragón; pero resultó que el hijo de Germana con Fernando murió poco después de nacer, en mayo de 1509.

La historia de la nueva reina de Castilla, Juana, empezó a tener un importante efecto en la política, al tiempo que se hizo patente su drama personal. Poco después de su matrimonio, Felipe tomó conciencia de los problemas mentales y de la extraña conducta de su esposa. Tanto Felipe como Fernando estaban al corriente de las consecuencias políticas: Juana sería incapaz de asumir sus responsabilidades públicas como reina. La única solución viable era lograr algún tipo de acuerdo entre los dos hombres de su vida. Rápidamente se organizó una entrevista en el norte de España entre Felipe y Fernando. Este último firmó su consentimiento para retirarse a Aragón, y dejar el gobierno de Castilla en manos de sus «muy amados hijos». Ambos reyes acordaron que debían tomarse medidas concretas respecto a las «enfermedades y sufrimientos, que en aras de su honor no se especifican» de Juana. Convinieron que fuera excluida de tomar parte efectiva en el gobierno. En la primera semana de julio, Fernando mantuvo otra reunión con Felipe y pareció que, por fin, se había logrado un acuerdo. Ese verano Fernando partió a Italia con su nueva esposa Germana, dejando Castilla en manos de Felipe y Juana.

En Italia, Fernando recibió las nuevas de la súbita muerte de Felipe en Burgos, el 25 de septiembre, a los veintiocho años de edad. La inesperada muerte del joven rey ha dado pie a lo largo de los siglos a especulaciones sobre sospechosos motivos ocultos, pero los médicos de aquel tiempo no encontraron motivos para pensar que la causa del fallecimiento no fuera natural. El rey había estado practicando deporte con una pelota y transpiraba profusamente; ingirió gran cantidad de agua fría y, poco después, contrajo unas fiebres de las que murió. Todas las circunstancias eran normales. La única que encontró la noticia imposible de soportar fue Juana. Estaba obsesivamente enamorada de su apuesto marido, a pesar del trato que este a veces le había dispensado. Se negó a separarse de su cuerpo, y pasaba día y noche a su lado. Aparentemente, la conmoción la sumió aún más en su locura. Aparte de su extrema aflicción, su salud era muy precaria por encontrarse en un avanzado estado de gestación. Durante uno de sus desplazamientos dio a luz a su hija Catalina, nacida en enero de 1507. Posteriormente se retiraría a vivir en la imponente residencia del castillo de Tordesillas.

En Castilla, una junta de nobles presidida por el cardenal Cisneros se hizo cargo provisionalmente del gobierno hasta que Fernando pudiera regresar de Italia. Mientras tanto, a lo largo de todos esos años, el joven Carlos era educado como un príncipe del Renacimiento en la corte de Margarita en Malinas. La muerte de Felipe había dejado a los Países Bajos sin un adulto que los gobernara, de modo que los Estados Generales votaron para elegir como su gobernante al emperador Maximiliano, quien a su vez eligió a su hija de veintisiete años, Margarita, como regente del país y guardiana de los hijos de Felipe, a saber, Carlos y sus tres hermanas Leonor, Isabel y María. Esos años determinarían el carácter y cualidades de un niño que crecería hasta convertirse en la figura central y más poderosa de la política de su tiempo. El emperador Maximiliano solía decir: «La sangre que trasmití a mi

hijo Felipe fue simplemente mortal; él la ha hecho inmortal al traer a Carlos al mundo». A Carlos niño se le describe como a un muchacho grácil y bien constituido; aunque de cara pálida y aspecto delicado. Sus retratos muestran el inconfundible prognatismo de su mandíbula inferior propio de la familia Habsburgo.

Los Países Bajos en los que creció y de los que era heredero por sucesión constituían la región de Europa más urbanizada, con una población en la que casi la mitad de sus habitantes vivía en prósperas ciudades que se enriquecían con el comercio marítimo y cuyos grandes ríos traían mercancías desde el interior del continente. Las ciudades invertían su dinero en cultura, mostrándose orgullosamente independientes unas de otras en cuestiones políticas. Aunque aceptaban el gobierno común de los duques de Borgoña, resolvían la política general y las regulaciones económicas principalmente a través de las deliberaciones del parlamento central, los Estados Generales, que tomaba todas las decisiones principales. Sin embargo, los conflictos entre los territorios y el duque eran frecuentes.

Desde 1508, Maximiliano y Margarita designaron como tutor de Carlos a Guillaume (Guillermo) de Croÿ, señor de Chièvres, un prominente cortesano que asumió su educación personal, política y militar en su totalidad, acompañándole a todas partes, incluso durante sus posteriores viajes a España y Alemania. Unos tutores españoles enseñaron a leer y escribir a Carlos, mientras que su educación religiosa quedó a cargo de un profesor de la Universidad de Lovaina, Adrian Florissen (Adriano de Utrecht). Más tarde Adriano acompañaría al príncipe a España, hasta que finalmente se convirtió en el papa Adriano VI. La lengua empleada por Carlos durante toda su vida fue generalmente el francés, la más común en la casa real de Borgoña, aunque no lo hablaba ni escribía con elegancia. Durante su infancia también aprendió a leer y escribir la variante del flamenco hablado en Brabante: «Me ocuparé —informó su tutor cuando el niño tenía

nueve años— para que pueda leerlo». Su dominio de la lengua, que tenía mucho en común con la lengua germánica tal y como se hablaba en el sur de Alemania, le ayudaría posteriormente a comunicarse en público con sus súbditos alemanes. Sus tutores también le animaron a que escogiera el latín, que no le resultó fácil, y durante su vida sumó a sus otros idiomas un gran conocimiento del italiano, español y alemán.

Fue ese ambiente cultural de su juventud lo que más influyó en la formación de su carácter. Margarita congregaba en su recién reconstruido castillo de Malinas a las grandes estrellas del firmamento europeo. El castillo albergaba una impresionante colección de pintura y música que debió impresionar a Carlos en los muchos años que vivió allí. Un cuadro de un artista del siglo XIX nos muestra una escena en la que el muchacho, sentado al lado de la archiduquesa, escucha atentamente la charla de Erasmo. En 1516, Erasmo recibe el encargo de escribir su *Educación del príncipe cristiano* para el joven Carlos, pero no sabemos si el príncipe llegó a prestar mucha atención a los consejos que en ella se contenían. Carlos siempre respetó a Erasmo, y manifestó cierta predilección por aquellos que compartían la opinión del humanista. También la música desempeñó un papel importante en su formación: la tradición musical de los Países Bajos era en aquella época la más sobresaliente de Europa. A Margarita le gustaba la música de Josquin Desprez, y era una hábil intérprete de clavicémbalo. Carlos aprendió a tocar el clavecín, y su constante afición por la música queda confirmada por los instrumentos que llevó consigo en su retiro de Yuste, y en su insistencia en que todo el grupo de músicos de su capilla viajara con él a España.

Como parte normal de su educación, aprendió a montar a caballo, a participar en justas y torneos, a tirar con arco y a dominar las armas de fuego, si bien su precisión con las armas no siempre era satisfactoria. En una ocasión Margarita informó a Maximiliano: «Mi sobrino se marchó a cazar a Wure. El lunes de

Pascua disparó su arma con la mala fortuna de matar a un trabajador de esa localidad, un hombre beodo de mala condición, causando una gran congoja y aflicción, pero ya no tiene remedio». Desde los tres años llevaba espada que, por las noches, colgaba junto a su cama mientras dormía. Con siete años, montó a caballo durante la procesión funeraria en honor de su padre celebrada en Malinas. Le gustaba especialmente cazar, afición que practicaba en los bosques de Soignes, cerca de Bruselas. Cuando asistió a su primera cacería tenía nueve años. Una vez su abuelo escribió a Margarita: «Estoy especialmente complacido por su devoción a la caza, pues de otro modo no sería nuestro hijo». Su primer discurso público, según nos ha llegado, fue a la edad de siete años, cuando se le animó para que se dirigiera a la asamblea de los Estados Generales reunida en Malinas. Por recomendación del emperador firmó su primera carta oficial con ocho años. Y en ese mismo período escribió, bajo la supervisión de Margarita, su primera carta oficial al papa.

Desde los catorce años, Carlos fue alentado por Chièvres para iniciarse en la lectura de la correspondencia administrativa del gobierno. Cuando el embajador francés expresó su sorpresa porque esa tarea pudiera ser confiada a un muchacho, Chièvres replicó: «Mi deseo es que a mi muerte pueda ser capaz de llevar los asuntos por sí mismo». Margarita y sus colaboradores no escatimaron esfuerzos a la hora de preparar al príncipe para su destino. Un retrato de Carlos, pintado en 1520, le muestra en esa época, sin barba, según el estilo que se llevaba en Austria. Posteriormente adoptaría la moda, también compartida por otros gobernantes, de lucir una barba corta.

Cuando su padre murió, Carlos se convirtió automáticamente en heredero de todas las posesiones de Felipe, al mismo tiempo que debía hacerse cargo de los territorios de su madre, Juana. Ya en octubre de 1506, las autoridades de Malinas propusieron al emperador que Carlos fuera proclamado rey de Castilla, debido

a la incapacidad de su madre. Maximiliano aconsejó esperar que llegara el momento oportuno, pero en junio de 1507, él mismo declaró que apoyaría la idea de enviar a Carlos a España para reclamar su herencia. Por entonces el muchacho ya ostentaba oficialmente los títulos de príncipe de Castilla, archiduque de Austria y duque de Borgoña, junto con toda una ristra de títulos regionales.

No fue en modo alguno una época tranquila, con los problemas comenzando a fraguarse bajo la superficie de las políticas europeas. En Malinas, Carlos mantenía contacto con todos los grandes personajes que determinaban la dirección de los asuntos de la cristiandad. Estuvo presente cuando la archiduquesa Margarita presidió los encuentros que tuvieron lugar en Cambrai en 1508, entre representantes de Francia y del emperador, para intentar solventar las disputas sobre intereses territoriales, principalmente en los Países Bajos y en Italia. Se tomaron acuerdos, pero inevitablemente había muy pocas posibilidades de que estos fueran respetados, y ya desde su infancia Carlos pudo observar cómo para alcanzar el éxito en los asuntos internacionales era imprescindible conducirse con mano dura.

Una de las conclusiones de las negociaciones fue que el emperador concertó para él su enlace con la princesa María Tudor, una de las hijas de Enrique VIII de Inglaterra. Esa intención se mantuvo durante más de seis años, pero el matrimonio nunca se llevó a efecto (finalmente María se casó con un plebeyo, Charles Brandon, a quien se le concedió el título de duque de Suffolk). Otra consecuencia fue el acuerdo para intervenir militarmente en Italia contra la república de Venecia. Se trataba de una maniobra que continuaría señalando a Italia como centro de la intervención extranjera durante otro medio siglo. Unos pocos meses más tarde, se produjo un cambio de alianzas cuando en 1512 las tropas del rey de Francia, Luis XII, invadieron Italia. La alianza formada para tratar de resistirlas estaba constituida por el rey de

Aragón, el emperador, y el papado, pero tras el resultado poco concluyente de una batalla en Rávena en abril de ese mismo año, el conflicto quedó sin decidir. Entonces comenzaron las negociaciones hasta alcanzar un acuerdo de paz en la Europa occidental, pero mientras estas tenían lugar el rey de Francia falleció, en enero de 1515, y fue sucedido por su yerno el duque de Valois, que reinaría como Francisco I.

Tan solo cinco días después de acceder Francisco al trono, en Malinas el archiduque Carlos de Austria, de quince años de edad, también se convirtió oficialmente en gobernante: Maximiliano declaró su mayoría de edad y le entregó las riendas del gobierno de los Países Bajos. Dado que los Países Bajos eran en realidad una combinación de provincias autónomas, el heredero tuvo que prestar el juramento de toma de posesión del cargo en cada una de ellas por separado. Ahora ya podía ejercer en las distintas regiones los poderes que habían sido preservados en su nombre por Margarita de Austria. En su discurso a los Estados Generales declaró: «Señores, les agradezco el honor y el gran afecto que me profesan. Sean buenos y leales súbditos, y yo seré su buen príncipe». Con motivo de su cumpleaños, se organizaron suntuosos festejos por todas las provincias para celebrar su mayoría de edad, y el papa le envió a través de un mensajero especial la Rosa Dorada, un regalo simbólico concedido solamente a príncipes selectos.

Durante esos años, los familiares de Carlos residentes en los Países Bajos también desempeñaron su papel en el drama político. Su hermana pequeña, Isabel, fue casada en el verano de 1514 con el rey de Dinamarca, Christian II (Cristián). Un año más tarde, el emperador se ocupó personalmente de concertar el enlace de la archiduquesa María, de tan solo diez años, con el rey infante de Bohemia, Ludwig (Luis); y el de Fernando, que por entonces estaba en España, con la hermana de Luis, la princesa infanta Ana de Bohemia. Todos esos matrimonios formaban par-

te de la política de Maximiliano de extender el círculo de influencia y poder de la familia Habsburgo. Eso ayudó enormemente a conformar la evolución de las políticas europeas a lo largo de la siguiente generación. El papel más importante quedó reservado a Leonor, la hermana mayor de Carlos, a quien Maximiliano pretendía casar a su debido tiempo con un soberano escogido.

Mientras tanto, el ahora adulto Carlos emprendió, a lo largo de 1515, una serie de viajes por cada uno de los principados que constituían los Países Bajos, y en cada uno de ellos juró observar las leyes, siendo reconocido como soberano gobernante. Ante el altar mayor de la iglesia de San Bavón en Gante, y en presencia de las más altas autoridades del condado de Flandes, pronunció, como conde de Flandes, el solemne juramento, en lengua flamenca, de preservar las libertades de la provincia. En Brujas, delante de embajadores, obispos y dignatarios de la ciudad, hizo una promesa similar, pero esta vez en lengua francesa. En Brujas, las ceremonias públicas y festejos de la llamada *joyeuse entrée* fueron calificados por los observadores como los más esplendorosos quizá de la época. Margarita de Austria le acompañó en cada etapa de su viaje. Como reconocido soberano de las trece provincias de los Países Bajos, Carlos decidió trasladar la nueva sede del gobierno, hasta entonces en Malinas, a Bruselas, donde adaptó como residencia un magnífico palacio ducal cercano a los bosques donde solía cazar.

En 1516, ante el capítulo de la Orden de caballeros del Toisón de Oro, el nuevo duque aprobó y adoptó el lema heráldico con las palabras «Plus ultra», que a veces aparecen también como «Non plus ultra» o, en francés, «Plus oultre». Esas palabras figuraban en una banda bajo la imagen de dos columnas emergiendo del mar, en alusión a las columnas de Hércules que daban paso al océano que bordeaba el Nuevo Mundo de América. Muy pronto se convirtió en la divisa real más famosa del siglo, y con el tiem-

po fue adoptada por la ciudad de Sevilla (entre otras villas) y también por la monarquía de España. La mayoría de los cronistas del siglo XVI afirmaron que con ese lema Carlos estaba proclamando que su poder se extendía hasta el Nuevo Mundo. Así, por ejemplo, el historiador López de Gómara escribió «tomaste por letra *Plus Ultra* dando a entender el señorío de Nuevo Mundo», pues América formaba parte de su herencia española. La divisa fue interpretada de muy distintas formas por los escritores, pero todas ellas coinciden en una afirmación básica: Carlos estaba declarando que no había límites a las fronteras de su poder. Cuando aparecen escritas en alemán («*Noch weiter*»), como en el grabado de 1519 de Hans Weiditz a partir de un diseño de Durero, las palabras implican ciertamente un deseo de ampliar horizontes, pero como comentaremos más adelante (capítulo 7) de ningún modo se apoyaban en la idea de un poder imperialista. La divisa se hizo popular, y fue empleada incluso como tema de composiciones musicales.

Carlos apenas tuvo tiempo de desarrollar los detalles de su gobierno en Bruselas, ya que el 2 de febrero de 1516, tan solo unas semanas después de concluir su gran recorrido por las provincias, recibió una carta urgente del cardenal de España, Cisneros, informándole de la muerte de Fernando de Aragón, quien le había nombrado coheredero (junto con su madre Juana) de los reinos de España. Carlos consultó con su consejo y una vez obtenida su aprobación, asumió inmediatamente el título de rey.

Justo un mes más tarde, tuvieron lugar las solemnes exequias por el fallecido rey en la catedral de Santa Gúdula en Bruselas. El heraldo de armas de la Orden del Toisón de Oro proclamó: «Vivan doña Juana y don Carlos, herederos por la gracia de Dios del Rey Católico y de sus dominios y principados». Tras el servicio fúnebre el sacerdote anunció: «¡Dios salve al rey!», y en medio del toque de trompetas la procesión real regresó a palacio. El archiduque Carlos, recién cumplidos los dieciséis años de edad,

asumió una nueva y extensa herencia cuyas dimensiones apenas había comenzado a percibir. Siguiendo la recomendación de Chièvres y de sus asesores, escribió al Consejo Real en España anunciando que asumía el título de rey de España, sobreentendiéndose que reinaría junto con su madre.

Sin embargo, no se tomó ninguna decisión inmediata respecto a cuándo debería viajar a España. El país quedaba muy lejos, y su gobierno y costumbres, por no mencionar su lengua, eran totalmente desconocidos para un joven que apenas había comenzado a familiarizarse con el gobierno de su propio país, los Países Bajos. Por el momento, Margarita y Chièvres en Bruselas, y Cisneros en España, eran perfectamente capaces de hacerse cargo de los asuntos en su nombre. Para empezar organizaron su propia corte, es decir, a las personas y oficiales que formarían parte de su equipo personal y político. Entre estas nuevas personas designadas había varios españoles, que habían servido previamente al padre de Carlos y ahora se unieron al grupo de personas que trabajaría para el joven monarca. Otros españoles habían llegado de España esperando recibir los favores del nuevo rey; el embajador inglés informó que «un gran número de españoles llegaba allí cada día, buscando cargos y salarios». El historiador Sandoval escribió: «pasaron a Flandes muchas personas de estos reinos, con fin de haber oficios y tener entrada en la casa real, y otros a negocios arduos». Carlos escribió al cardenal Cisneros: «Acá se nos piden muchas cosas y todas las remitimos a v[uest]ra reverenda paternidad». Uno de los españoles afortunados fue Francisco de los Cobos, que había llegado a Bruselas para ampliar su fortuna y a quien Chièvres designó en 1516 como secretario de Carlos.

Entretanto, las autoridades de Bruselas pusieron gran cuidado en asegurarse, a través de los adecuados tratados y planeadas alianzas matrimoniales, la buena disposición de Inglaterra y de Francia, los dos países vecinos que pudieran tener alguna razón para preocuparse por la unión de los Países Bajos y España bajo la

misma corona. En octubre de 1516, como ya advertimos, tuvo lugar una sesión especial de la Orden del Toisón de Oro en Bruselas, en la cual Carlos, ejerciendo como gran maestre de la orden, nombró caballeros a nobles y príncipes (incluyendo los reyes de Francia y Portugal, y a su propio hermano Fernando de Castilla) que en los años venideros serían sus más cercanos apoyos. El número total de caballeros tradicionalmente fijado en treinta se incrementó en diez más con el fin de admitir a nobles de España. El vínculo con Francia se hizo aún más sólido con el acuerdo, firmado en Noyon en 1516, en el que se proponía el matrimonio entre Carlos y Luisa, la hija del rey Francisco I, de tan solo un año. La alianza formaba parte del típico juego de estrategias entre dinastías, aunque finalmente acabó en nada.

En enero de 1507, el emperador Maximiliano llegó a Bruselas desde donde ayudó a organizar los preparativos para la partida de su nieto a España. La archiduquesa Margarita accedió a hacerse cargo de los supremos poderes durante la ausencia de Carlos. A lo largo del mes de agosto, Chièvres organizó la preparación de una flota de cuarenta navíos dirigida a transportar al nuevo rey junto con los miembros de su familia, nobles de su entorno, y los casi cuarenta cantantes y músicos de su capilla privada. Según relató un testigo: «Era como si estuvieran zarpando para fundar una colonia». Sin embargo, la flota aún tuvo que esperar la aparición de vientos propicios, por lo que permaneció en el puerto durante dos meses. El buque en el que Carlos viajaría estaba también acondicionado para llevar a su hermana Leonor, a Chièvres y a Pedro Ruiz de la Mota, el obispo de Badajoz, que se convertiría en uno de sus principales consejeros, además de ser su tutor en lengua castellana.

Entonces, a comienzos del mes siguiente, el tiempo cambió. Justo antes del amanecer del 8 de septiembre, los navíos desplegaron sus velas para atrapar el viento que les conduciría fuera del puerto de Flesinga. El barco del rey estaba pintado de verde y

rojo, y cada una de las velas lucía la imagen de Nuestra Señora, Cristo y los santos cuyo patrocinio otorgaría seguridad a los pasajeros. «En verdad —escribió el cronista flamenco, Laurent Vital, que viajaba con la flota—, resultaba algo espléndido ver en la alta mar de España la flota armada de este gran y poderoso príncipe, con cuarenta grandes y poderosos navíos, los mejores que pudieran encontrarse en parte alguna, todos bien equipados, surtidos y preparados con todo lo necesario para viajar, y con muchos soldados, artillería y pólvora y otras municiones de guerra, y una gran abundancia de suministros de comida; todos con las velas desplegadas, que pareciesen desde lejos castillos flotando en la mar». Cuando llevaban cuatro días de navegación, los barcos tuvieron que enfrentarse a una temible tormenta que duraría catorce horas y el pasajero real, según se ha contado, prometió que si sobrevivía a aquello emprendería una peregrinación a la tumba de Santiago en Galicia.

Los barcos alcanzaron la costa de Asturias doce días más tarde, y el rey desembarcó cerca de Villaviciosa; eran las ocho de la tarde del día 19 de septiembre de 1517. Los viajeros no habían previsto encontrarse en un entorno inhóspito que apenas podía ofrecer comida o alojamiento al gran número de recién llegados, alrededor de cuatro mil personas. En las cuatro noches que pasaron en Villaviciosa, no obstante, lograron reunir suficientes transportes y suministros para hacer su viaje tolerable. Les costó varios días cubrir la centena de kilómetros de línea de costa que llevaba hacia Castilla; realizaron el viaje en cinco etapas, durmiendo cada noche en un pueblo diferente. Dado que no habían llevado con ellos catres, ni tampoco comida, se vieron obligados a improvisar soluciones, durmiendo (escribió el embajador inglés que iba con ellos) sobre paja o madera. «El rey y los señores hicieron de la necesidad virtud —observó Laurent Vital—, cada uno de ellos poniéndose manos a la obra». Afortunadamente, en Villaviciosa y luego en otras localidades, la gente del pueblo les

llevaba vino, pan y carne para alimentar a la compañía. Incluso así, dice Vital, los caballeros y damas tenían que ayudar con la tarea de preparar el pan, batir los huevos para las tortillas, y cortar la carne. El rey, las damas y otros notables fueron provistos de caballos y mulas para facilitarles el viaje. Las personas de condición más baja sencillamente debían caminar.

La situación se complicó cuando alcanzaron el pueblo de San Vicente de la Barquera el 29 de septiembre, pues el rey cayó enfermo. Para entonces ya se había establecido contacto a través de mensajeros con las autoridades de Castilla, donde el cardenal Cisneros estaba a cargo del gobierno. Pero la salud del rey no mejoraba, y el tiempo del norte era muy inclemente: según Vital «una severa y fría llovizna con un viento que azotaba cada vez más y más fuerte y pronto se transformó en una implacable tormenta de viento y lluvia». El grupo tuvo que detenerse y descansar durante varios días, antes de reemprender la marcha por carretera en dirección a Valladolid. A mediados de octubre, cerca de Reinosa, por fin pudieron reunirse con algunos oficiales flamencos al mando del canciller de Carlos, Jean le Sauvage, que había viajado por tierra desde Flandes. El 22 de octubre, Carlos abandonó Reinosa, totalmente restablecido de su salud. Poco después se encontraron con otros oficiales castellanos, incluyendo al condestable de Castilla, y recibieron escolta armada. Chièvres decidió entonces continuar hasta Tordesillas, para establecer contacto con la reina Juana.

Llegaron a Tordesillas el 4 de noviembre y Carlos y su hermana fueron alojados en un ala de la residencia de la reina Juana. Sin embargo, no hubo un contacto inmediato con su madre. Chièvres fue quien preparó el encuentro. Se dirigió a los aposentos de la reina y anunció la llegada de sus hijos. Vital se encontraba entre aquellos que formaban parte del séquito y nos dejó su descripción del encuentro. Carlos se acercó para besar la mano de la reina, pero ella no se lo permitió y en su lugar le

abrazó. Y lo mismo hizo con Leonor. Entonces Carlos pronunció unas pocas palabras a modo de saludo. Vital relata lo sucedido:

> La reina, sin decir palabra, sonrió y les tomó de las manos, como si quisiera transmitirles su felicidad y agradecimiento e indicar lo complacida que se sentía, y lo mucho que su llegada era bienvenida y deseada. Luego, como maravillada y deseando preguntarles, pues les encontraba muy crecidos y habían sido tan pequeños cuando ella los dejó, les dijo: «¿De verdad sois mis hijos?». Y añadió: «¡Me parece que habéis crecido mucho en tan poco tiempo! ¡Alabado sea Dios! Ciertamente, niños, ha debido costaros un gran esfuerzo y dificultad llegar tan lejos, no me extraña que estéis agotados y cansados, y puesto que ya es muy tarde lo mejor sería que os retiraseis a descansar hasta mañana».

Fue una conmovedora reunión familiar, honrada también por la presencia de su hermana de diez años Catalina, que los recibió tímidamente. El 10 de noviembre de 1517, Carlos acompañó a la familia al cercano monasterio de Santa Clara donde su padre, Felipe el Hermoso, descansaba en un féretro (un arreglo temporal, ya que la planeada tumba de Granada aún no estaba terminada). El rey ordenó construir una capilla especial y la celebración de un servicio funerario extraordinario, con seis caballeros del Toisón portando el ataúd hasta el altar mayor. Carlos, ataviado con una larga túnica negra decorada únicamente con la Orden del Toisón, cabalgó desde sus aposentos hasta la iglesia, abarrotada de damas y caballeros. Desde ese día, celebraría un acto en memoria de su padre una vez al año, incluso cuando no se hallaba en España. Cuando el servicio concluyó, comenzó a disponer los preparativos para marcharse de Tordesillas, pues le urgía acometer los grandes asuntos de Estado, principalmente una reunión previamente concertada con el presidente del Consejo Real, el cardenal Cisneros.

Además tuvo que ocuparse de Catalina. Al verla tan humildemente vestida, con ropas apenas adecuadas para una princesa de España, y advertir el completo aislamiento en el que vivía junto a su madre, sin ningún contacto con personas de su edad, Carlos decidió que se mudara de Tordesillas para llevársela a vivir con él a su corte. Es preciso destacar aquí la fuerte oposición de Juana a cualquier separación. Catalina accedió a la idea con la condición de poder regresar si su madre la necesitaba. Unas semanas más

tarde, durante la noche del 12 de marzo de 1518, la infanta fue despertada y sacada secretamente de allí para ir a Valladolid, donde Carlos la esperaba. Cuando Juana despertó al día siguiente y no pudo encontrar a su hija, empezó a gemir y dar grandes alaridos. Carlos tuvo que ceder. Consintió que Catalina regresara, pero ordenó un cambio radical en su estilo de vida: el dormitorio de su hermana fue reconstruido para tener ventanas y puertas, su guardarropa renovado, se le concedió acceso a los servicios religiosos (Juana evitaba todo contacto con la religión), y se organizó un hogar con presencia de jóvenes nobles de ambos sexos. También se tomaron disposiciones para su educación. Uno de los muchachos que pasó dos años en su casa fue Francisco de Borja (nacido en 1510), futuro duque de Gandía, quien medio siglo después estuvo presente en el lecho de muerte del emperador Carlos V. La vida de Catalina era ahora casi normal, aunque su madre continuó vigilándola celosamente, y la infanta aún tendría que soportar esa existencia semirrecluida durante siete años más, hasta que finalmente tuvo que mudarse para contraer matrimonio con su primo y convertirse en la nueva reina de Portugal.

Mientras tanto, la madre de Carlos permaneció estrechamente controlada en su solitaria residencia, donde vivió el resto de su triste vida hasta su fallecimiento en 1555. Los historiadores han conjeturado largamente sobre la condición de esa mujer conocida como Juana la Loca. ¿Estaba realmente loca? ¿Existían otros motivos tras su virtual enclaustramiento? Muchas obras y volúmenes han tratado de esclarecer esas preguntas, pero el debate aún continúa vigente. Algunos han sugerido que la hermosa, pero vulnerable Juana, fue una víctima de las ambiciones políticas de los tres hombres principales de su vida: su padre, su esposo y su hijo; y que la obsesión por su esposo ha sido exagerada por sus enemigos. No hay duda de que su marido no solo le fue infiel, sino que la trató con rudeza. Otros han insinuado que su

comportamiento era a menudo extremo, lo que no siempre significaba locura. Lo único indiscutible es su condición inestable. Un reciente estudio de Bethany Aram, argumenta que la impulsiva pasión de la personalidad de la reina fue su dedicación a sus hijos, y no solo a Fernando y Catalina, sino especialmente a su heredero, Carlos. El hecho es que nadie ha realizado un análisis apropiado de su condición basado en evidencias médicas, asumiendo que alguna estuviera disponible.

Lamentablemente, es difícil descubrir lo que realmente pensaba y sentía Carlos de una madre a la que apenas conocía (la última vez que la vio tenía cinco años) y con la que no tenía lazos emocionales. Su único contacto se había mantenido a través de otras personas que ciertamente tuvieron influencia en la forma de pensar de él; en cuanto a la correspondencia dirigida a ella, esta fue exclusivamente política, no personal. Posiblemente las nociones que recibió sobre su supuesta demencia difícilmente pudieron distar de las opiniones de aquellos que le aconsejaban, y no hace falta esforzarse mucho para reconocer que su situación de confinamiento resultaba muy conveniente para el nuevo rey quien, de otro modo, habría tenido que compartir el poder activo con ella. Dicho esto, es innegable que desde el punto de vista del papel de Juana como soberana conjunta, él parece haberla tratado siempre correctamente, visitándola en los momentos oportunos y, en ocasiones oficiales, aceptándola explícitamente como corregente.

No obstante, siempre existió una enorme distancia entre ellos que no sería superada con el paso de los años. En las cartas de Carlos podemos encontrar constantes expresiones de amor hacia los miembros de su familia inmediata, si bien las referencias a su madre llaman la atención por su ausencia. Sabemos que recibía con regularidad información sobre la reina del hombre al que había designado en 1518 como su guardián, el marqués de Denia, Bernardino de Sandoval y Rojas. El marqués había recibido

instrucciones para abstenerse de discutir cualquier asunto de estado con ella en presencia de otros: «quando en semejante cosa os hable, no consintays que ninguna otra persona esté delante, ni que vos habléis ni escrivays cosa ninguna syno a mí». Denia y su equipo fueron efectivamente los carceleros de la reina, pues restringían cualquier aspecto concebible de su libertad personal, hasta el punto de que Catalina tenía que escribir en secreto a su hermano, el rey, para quejarse del tratamiento que las dos estaban recibiendo. Esta es sin duda una triste historia, pero difícilmente puede responsabilizarse a Carlos de ella, ya que él siempre trató a Juana de modo correcto.

CAPÍTULO 2. Rey y emperador 1517-1522

Francisco Jiménez de Cisneros, cardenal arzobispo de Toledo, que a la sazón tenía más de ochenta años, había ejercido la suprema dirección de los asuntos de Castilla desde la muerte de Fernando de Aragón, si bien desde hacía algún tiempo estaba delicado de salud. Había tenido problemas tratando de controlar a los inquietos nobles y durante algunos meses estuvieron llegando a Bruselas quejas sobre él. Chièvres y Carlos estaban ansiosos por colocar a sus propios elegidos en el poder, y a su llegada a Castilla invitaron al cardenal a reunirse con ellos. Conocían su enfermedad, pero no estaban al tanto de su gravedad. Cisneros partió a su encuentro, pero su débil condición pudo con él y murió en el camino sin llegar a conocer a su nuevo señor. La carta del rey le llegó la mañana del 8 de noviembre de 1517, pero esa misma tarde murió. Con su fallecimiento, desaparecía toda una era de gobierno; el control de la dinastía Trastámara quedaba ahora desbancado por el de la casa de Austria.

Los reinos de España que Carlos estaba a punto de gobernar presentaban escasa semblanza con aquellos de los Países Bajos. Para empezar cubrían una mayor superficie de territorios; además tenían una baja densidad de población y una aún menor actividad económica, y por último, debido al clima más cálido, inmensas franjas de territorio, especialmente en la zona de Castilla, se hallaban secas y yermas. Los principales reinos, concretamente las coronas de Castilla y Aragón, eran totalmente independientes uno de otro, y su soberano debía dirigir el gobierno con la ayuda de las Cortes y de los numerosos grandes señores que controlaban inmensas áreas en cada región. Carlos, como es natural, tenía que depender en gran medida de sus consejeros a fin de tomar

decisiones en esa tierra extraña, algo que le costó décadas llegar a entender.

El rey y su corte dejaron Tordesillas el 11 de noviembre, dirigiéndose a Mojados, donde él y la archiduquesa Leonor se encontraron por primera vez con su hermano Fernando. Fue algo más que un encuentro privado, ya que Fernando (de catorce años) apareció acompañado por quinientos jinetes y soldados armados y con banderas desplegadas, y por una hueste de obispos y nobleza. De acuerdo con la crónica de Vital, su aspecto era más parecido a su abuelo que a su padre. Los dos hermanos se entendieron bien; siendo el comienzo de una amistad y colaboración que perduró durante toda su vida. Cuando abandonaron Mojados dos días más tarde, el conjunto de su caravana sumaba más de dos mil caballos. En ese viaje, Carlos impuso a su hermano la Orden del Toisón de Oro que le había sido concedida en el último capítulo en Bruselas. Entretanto, Chièvres había comenzado los preparativos para la entrada real en la ciudad de Valladolid.

El 18 de noviembre el nuevo rey, Leonor y una hueste de nobleza flamenca y castellana hicieron su solemne entrada en Valladolid, donde los dignatarios gobernantes de Castilla se habían congregado para recibirles. Vital se quedó prácticamente sin palabras al describir la magnificencia de lo que presenció:

> La entrada en Valladolid se realizó con más de seis mil hombres a caballo, incluyendo señores, burgueses y mercaderes, entre los cuales había más de trescientos vestidos de oro, y otros muchos con ropas de seda, brocados, terciopelo dorado y carmesí, raso, damasco y con diversos colores, habiendo grandes señores y caballeros luciendo enormes cadenas de oro.
>
> Me resulta ciertamente difícil poder describir bien y dar a entender tanto la riqueza del atuendo real como la magnificencia de su entrada en la ciudad de Valladolid, pues creo que nunca en Castilla hizo su entrada un rey tan noble y excelso como este, como muchos viejos burgueses y mercaderes de Valladolid confesaron. El joven príncipe iba ataviado con gola, coraza, guardabrazos y guantes, pero sin casco, pues su cabeza estaba cubierta por un gorro de terciopelo negro con una pluma blanca de avestruz que se mecía con elegancia, y sobre el gorro un gran penacho de cuyo extremo colgaba una enorme perla oriental con forma de pera; y tengo para mí que las piedras preciosas que llevaba bien valían el rescate de un gran príncipe. Esas mismas telas que vestía el rey, se utilizaban en las gualdrapas y jaez de su caballo.

Cada espacio público disponible estaba abarrotado de gente llegada de muchas leguas a la redonda para presenciar el acontecimiento: «había tanta gente en los campos y a lo largo de las ca-

rreteras que apenas se podía pasar». Las celebraciones se prolongaron durante una semana, ya que la nobleza castellana se acercaba cada día con sus familias y servidores para saludar al nuevo rey. El 27 de noviembre, la reina Germana, viuda de Fernando el Católico, llegó para presentar sus respetos, y el rey y Fernando cabalgaron juntos para recibirla. Laurent Vital alude indirectamente al rumor que circuló sobre el inicio de una aventura amorosa (lo que no es improbable ya que Carlos tenía solo diez años menos que la viuda), y a la existencia de una galería de madera expresamente construida para conectar los aposentos de los dos personajes reales. Más adelante volveremos sobre ello.

Carlos no hablaba una palabra de castellano, pero eso no supuso en principio ningún obstáculo para dirigir los asuntos pendientes, entre los cuales se dio prioridad a la convocatoria de las Cortes de Castilla en nombre de la reina Juana. Estas se reunieron en Valladolid el febrero siguiente. A mediados de enero, el rey se marchó para pasar una semana con su madre y de ese modo explicarle lo que pretendía hacer. Juana y Carlos asistieron juntos a las Cortes el 4 de febrero; obviamente, la presencia de su madre, que se mantuvo orgullosa a su lado, fue de gran ayuda para el joven rey. Las Cortes aceptaron las garantías ofrecidas por Juana de reconocer a Carlos como rey y, en consecuencia, ambos fueron proclamados gobernantes conjuntos en una ceremonia celebrada el 7 de febrero en la iglesia de San Pablo. Tras concluir el acto, ella regresó a su casa.

Dado que no hablaba castellano, Carlos no podía tomar parte activa en las discusiones, lo que inevitablemente aumentó la impresión popular de ser un mero instrumento en manos de Chièvres y de los cortesanos extranjeros. La presencia a su lado de Fernando ayudó a tranquilizarles, como lo hizo el juramento prestado conjuntamente por Carlos y Juana de preservar los fueros del reino. Ese día hacía mucho frío, pero tanto la nieve como la torrencial lluvia no lograron deslucir el esplendor de los actos.

Cuatro días más tarde, se organizó una justa en la plaza del mercado en presencia del rey, la nobleza, los embajadores y príncipes del imperio. Las justas se celebraban una vez por semana.

El 22 de marzo de 1518, Carlos y la corte dejaron Valladolid con la intención de confirmar su sucesión en las provincias de la corona de Aragón. A mediados de abril, pasaron dos semanas en Aranda de Duero, donde se dio el importante paso de enviar al infante Fernando a los Países Bajos, tal y como Carlos había prometido a sus súbditos cuando se marchó de allí. El día 20, los hermanos se despidieron el uno del otro con tristeza y lágrimas. Tal y como relató un testigo: «Cuando el rey estuvo listo ambos hermanos montaron a caballo y saliendo de Aranda, más de media legua, en donde el camino presenta una encrucijada, allí ambos hermanos se despidieron. Don Fernando quiso apearse, pero el rey no lo consintió, y a caballo y descubiertos se abrazaron estrechamente, casi sin hablar… con los ojos llenos de lágrimas». Fernando zarpó de Santander a mediados de mayo de 1518, tras una demora de varios días. Según se dijo, tanto entonces como más tarde, Fernando había sido enviado lejos de España, el país donde había nacido y crecido y donde disfrutaba de un amplio apoyo, con el fin de evitar cualquier posible competencia con su hermano mayor. En verdad, existía un sector de la nobleza que abiertamente expresó su preferencia por él; además había sido el favorito del rey Fernando, y contaba con las simpatías de muchos de los que más tarde se unirían a la rebelión de los Comuneros. Algunos consejeros del emperador abrigaban dudas sobre el papel que Fernando podía desempeñar en una España en la que su hermano era el rey. Todo ello pasó a formar parte de la leyenda histórica, repetida hasta el siglo XVIII, cuando algunos españoles rechazaron la nueva dinastía Borbón, argumentando que Carlos había privado a España de un rey que les habría salvado del gobierno de la casa de Austria.

No obstante, esa historia no tenía demasiado fundamento. Es cierto que algunos nobles de Castilla, incluyendo miembros de la casa de Fernando, esperaban que el infante pudiera acceder al trono, tal y como Fernando el Católico había estipulado en un primer testamento. Sin embargo, el testamento definitivo, en el que dejaba el trono a Carlos, no podía ser puesto en duda. Cuando Carlos tuvo noticia del problema, actuó rápidamente incluso antes de su llegada, advirtiendo a Fernando desde Bruselas por carta: «he sido informado que algunas personas de vuestra casa… hablaban palabras feas y malas en desacatamiento y perjuicio de mi persona y hacían otras cosas dignas de mucho castigo… y algunas dellas se ha desmandado a hablar y escribir a algunos grandes y ciudades desos reinos cosas escandalosas y bulliciosas». En consecuencia, dio instrucciones a Cisneros para que hiciera los cambios oportunos en la casa del príncipe. Para cuando llegó a Castilla, el problema había sido momentáneamente resuelto.

Los dos hermanos apenas se conocían, pero se despidieron en excelentes términos y no hubo el más mínimo indicio de exilio en la partida de Fernando. Tanto el rey como sus consejeros tenían una idea muy clara de la contribución que podría aportar el único hermano de Carlos, quien en consecuencia llegó a ocupar una posición clave en la distribución de poder. De hecho, Fernando se convirtió en uno de los pilares fundamentales del régimen de Carlos, pues sin él le hubiera resultado imposible en años posteriores asumir las enormes responsabilidades que surgieron en su camino. Enseguida veremos cómo se convirtió, hasta un grado casi equiparable al del propio Carlos, en el pilar central de la casa de Austria en Europa, tanto en tiempos de guerra como de paz.

El primer paso para conceder a Fernando un papel en el esquema imperial era encontrarle una esposa adecuada; en 1516 el asunto quedó prácticamente cerrado cuando el emperador Ma-

ximiliano concertó el futuro matrimonio entre este y la princesa Ana de Hungría, hermana del rey de Hungría. Formaba parte de la política general de los Habsburgo fomentar alianzas entre dinastías. El joven Fernando, de quince años, llegó a Gante el 19 de junio de 1518, y permaneció tres años en los Países Bajos como invitado y pupilo de la archiduquesa Margarita. Se le concedió una residencia propia y una corte a gran escala que incluía tanto españoles como neerlandeses, así como una guardia personal. Allí se familiarizó con la región, aprendió francés y flamenco, y se imbuyó profundamente en la cultura humanista del Renacimiento a través de su relación con Juan Luis Vives y Erasmo, cuya influencia perduraría en él en años posteriores.

La correspondencia con su hermano Carlos en esos meses revela la estrecha relación de la que disfrutaban. En 1519 escribió agradecido a su hermano desde Lille: «poniendo todo mi porvenir en vuestras manos, como si fueseis mi padre, por quien os tengo y os tendré durante toda mi vida». Cuando Carlos regresó a los Países Bajos en 1520, los dos hermanos se vieron a menudo y, en abril de 1521, Fernando acompañó a Carlos a Alemania. En mayo de ese mismo año, contrajo matrimonio con Ana de Hungría en la ciudad de Linz. Había cambiado su entorno, su cultura y su país, pero aún retenía un hondo sentimiento por sus orígenes. En una carta escrita en francés a su tía, en abril de 1521 desde Alemania, todavía firmaba como «Fernando».

Tras la marcha de Fernando de España en 1518, el rey y su corte (incluyendo a Leonor y a Germana) llegaron a Zaragoza el 9 de mayo, tras realizar distintas paradas de cortesía en las muchas ciudades del camino. Las Cortes de Aragón habían sido convocadas para reunirse en mayo de 1518 en el Palacio de la Aljafería, y había muchos asuntos de estado que tratar. Sin embargo, Carlos no quiso dejar de disfrutar del buen tiempo y con motivo de la celebración de la fiesta de San Juan, el 24 de junio, «almorzó en el campo con muchos grandes señores, donde se

gastó vino, pan y frutas para dicho almuerzo de todos los circunstantes»; la comitiva regresó por la noche a Zaragoza. En las Cortes se produjeron largos debates sobre la cuestión de la doble soberanía; finalmente, el 29 de julio, Carlos fue reconocido por los estamentos como «conregnante juntamente» con su madre la reina Juana. En ese verano, una epidemia de tifus acabó con la vida del gran canciller, Jean le Sauvage, el segundo hombre más importante en la corte. Carlos envió aviso a Margarita de Austria y convocó a uno de sus consejeros, el diplomático y humanista piamontés Mercurino de Gattinara, que en ese momento presidía el Parlamento de Dôle (Franco Condado), para que se convirtiera en su nuevo canciller. Gattinara llegó a comienzos de octubre, trayendo consigo un rico bagaje de ideas y experiencia.

Leonor, la hermana mayor de Carlos, se preparó para su partida al haberse concretado las negociaciones de su matrimonio con el rey de Portugal, y se despidió de su hermano la primera semana de octubre. Manuel de Portugal, que previamente había estado casado con dos princesas de Castilla, tenía entonces cincuenta años, y Leonor veintiuno. La archiduquesa iría acompañada por varios grandes de Castilla hasta Crato, en Portugal, donde en noviembre de 1518 se celebró el casamiento. Sin embargo, Manuel moriría tres años más tarde y, en 1522, Leonor estaba de vuelta en la corte española como viuda. Posteriormente, como veremos, se casaría con el rey de Francia.

El siguiente paso para Carlos era lograr ser reconocido por los catalanes. El 24 de enero de 1519 abandonó Zaragoza y cuatro días más tarde llegó a Lérida. Mientras se encontraba allí, un correo especial llegado desde Alemania le llevó la noticia de la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano. Durante algunos meses, Maximiliano había estado en contacto con Carlos, pues pretendía que fuese elegido Rey de Romanos, un título necesario para poder tener derecho a la sucesión del trono imperial. Por fin, en septiembre de 1518, el agente de Margarita de Aus-

tria en Alemania la escribió desde una sesión de la Dieta en Augsburgo: «El pasado viernes, los electores decidieron por cinco votos de siete, que elegirían como Rey de Romanos a vuestro sobrino Carlos; yo mismo estaba presente». La actual elección aún no se había llevado a cabo; según la tradición, tendría que ser celebrada en la ciudad de Fráncfort. Esas maniobras en torno al sucesor se produjeron en un momento en que la salud de Maximiliano flaqueaba. Dispuesto a recuperarse, se marchó a las montañas del Tirol, pero falleció allí a principios de enero de 1519. Fue uno de los grandes hombres de su tiempo, cuyo mayor logro consistió en establecer, a través de cuidadosas políticas, firmes decisiones y un impresionante uso de alianzas matrimoniales, la preponderancia de la casa de Austria en los asuntos europeos.

Tras su estancia en Lérida, Carlos decidió pasar tres días en el gran monasterio de Montserrat, antes de entrar en Barcelona. Esa pausa le proporcionó tiempo para considerar el problema creado por las inquietantes noticias de la muerte del emperador. La sucesión de Maximiliano aún no estaba decidida. Desde hacía algún tiempo se había acordado que la corona del Sacro Imperio Romano de la nación alemana —por llamar a los estados alemanes por su título colectivo formal—, recayera en un miembro de la familia Habsburgo, pero la elección nunca fue concluyente. El título de emperador era electivo, con los votos en manos de un pequeño número de príncipes alemanes; se trataba de un título muy codiciado al que podían optar tanto príncipes como reyes de estados no alemanes, lo que suponía crear cierta rivalidad y tensión. En 1519, había teóricamente tres candidatos: el rey de Inglaterra, el rey de Francia y Carlos. Obviamente el candidato favorito era Carlos, aunque también había otro candidato muy serio, el rey de Francia. ¿Qué podría hacerse para asegurar una sucesión pacífica a la corona imperial?

En pleno momento de negociación con las Cortes de Cataluña, Carlos se vio inmerso en la aún más importante lucha por la corona imperial. Desde Barcelona mantuvo una estrecha correspondencia con Margarita y sus agentes en Alemania, en un esfuerzo por asegurar lo que ya le había sido prometido, a saber, su elección como Rey de Romanos. Con Carlos ausente de Alemania, la política de elección recayó durante algunos meses en manos de amigos y parientes, pero sobre todo en las de los banqueros. Los electores del título fueron convenientemente sobornados por los candidatos y sus agentes. Quizá la persona más activa en sus promesas y dádivas en favor de Carlos fuera su tía Margarita de Austria. «No hay nada en el mundo que deseemos más y se halle más cerca de nuestro corazón», la escribió a propósito de la ocasión.

A mediados de junio, los siete electores se reunieron en Fráncfort y consideraron su decisión. En su reunión final del 28 de junio de 1519, votaron unánimemente, según palabras del elector de Maguncia que fue quien hizo el anuncio: «Proclamando como Rey de Romanos y emperador electo a Carlos, archiduque de Austria, duque de Borgoña y rey de España».

Como en todo acontecimiento político, no fue una decisión tan libre como aparentaba ser. Cuantiosas cantidades de dinero fueron empleadas a favor de Carlos por representantes de sus intereses, y más notablemente por la archiduquesa Margarita, quien gastó enormes sumas en obsequios, sobornos, pensiones y salarios en todos aquellos que supuestamente podían contribuir al fin deseado. El dinero fue prestado por financieros, especialmente por banqueros alemanes de las familias Welser y Fugger, quienes concedieron al emperador préstamos sobre el crédito de las finanzas disponibles tanto en Alemania como en España. Solamente los Fugger aportaron dos tercios del dinero necesario para comprar la elección. Carlos estaba profundamente agradecido a su tía y le escribió desde Barcelona comentando que «en una

cuestión de tal importancia y peso, esta vez no queremos omitir nada. La instamos como siempre a perseverar en sus buenos esfuerzos con la confianza que tenemos en usted». El éxito de los sobornos fue absoluto. Cuando la elección tuvo lugar, Margarita escribió a sus numerosos corresponsales informándoles que «los electores del Sacro Imperio han elegido unánimemente, por la inspiración del Espíritu Santo, a mi señor y sobrino Rey de Romanos». Para celebrar la elección se dispararon salvas de artillería y hubo festejos en las calles de Fráncfort. El título efectivo era el de Rey de Romanos, lo que aseguraba la dignidad de ser emperador, si bien formalmente no sería proclamado como tal hasta haber sido coronado.

Las nuevas de la muerte de Maximiliano amenazaban con cambiar todos sus planes en España, pero Carlos se encontraba en medio de una avalancha de compromisos y no estaba en posición de desatenderlos inmediatamente. En cualquier caso, no sería hasta el verano cuando recibiría la noticia de los hechos decisivos de Fráncfort. El 15 de febrero entró formalmente en la ciudad de Barcelona tras haber solicitado a las autoridades que moderaran las celebraciones en vista del fallecimiento de Maximiliano. El 1 de abril presidió los solemnes ritos públicos por el alma del difunto emperador. Su mayor preocupación era convocar unas cortes preliminares, cuya sesión se celebró el 16 de febrero. Tras muchas negociaciones y conversaciones, el 16 de abril Carlos pronunció el ineludible juramento de observar las constituciones de Cataluña, tanto en su nombre como en el de la reina Juana, pero con la condición expresa de que la reina no ejercería ningún poder hasta haber superado su presente impedimento y, de ese modo, poder prestar juramento personalmente en Barcelona. Ese mismo día, fueron convocadas unas nuevas Cortes Catalanas.

Entretanto, en marzo solicitó una sesión especial de los caballeros del Toisón de Oro, para poder hacer efectiva la decisión,

tomada en 1516, de nombrar a nuevos miembros. Fue la única sesión del capítulo que tuvo lugar en territorio español, y duró del 5 al 8 de marzo. Entre los nuevos caballeros elegidos se incluían los reyes de Dinamarca y de Polonia; había también siete miembros de Castilla (incluyendo al duque de Alba) y otros dos por Cataluña y Nápoles. A principios de mayo, Carlos y una selecta compañía salieron de la ciudad para cazar durante algunos días. A finales de junio tomó parte en la solemne celebración de la fiesta del Corpus Christi, y a continuación el 24 de junio, día de San Juan, exactamente un año después de la espléndida fiesta campestre que tuvo lugar a las afueras de Zaragoza, Carlos junto con toda una hueste de grandes nobles, organizaron una espectacular justa de armas en las calles de Barcelona.

Por fin, el 6 de julio recibió la trascendental noticia de su elección como Rey de Romanos. Las nuevas llegaron a la ciudad a medianoche, por lo que tuvieron que despertarlo para informarle. Inmediatamente dispuso que se dictaran cartas a todas las principales ciudades y autoridades de España informándoles de lo ocurrido. A la mañana siguiente, se celebró una solemne misa en la catedral de Barcelona y se cantó un tedeum. Podía palparse el regocijo en las calles. Poco después, en agosto, una delegación imperial, liderada por el duque de Baviera, le trajo los documentos que debía rubricar para confirmar su consentimiento al título otorgado en Fráncfort. Carlos, conocido en España como Carlos I, era el quinto emperador de ese nombre, y en consecuencia se hará a menudo referencia a él en estas páginas como Carlos V. El título especial que utilizaría en España, acuñado expresamente para él por Gattinara comenzaba: «Don Carlos, Rey de Romanos, emperador electo, *semper augustus*, y doña Juana, su madre, rey y reina de Castilla y León, etc.». Hubo también otros cambios en el protocolo: mientras que en España se le había llamado «Alteza», ahora debían dirigirse a él como «Majestad», y donde en la correspondencia dirigida a él se decía «muy poderoso se-

ñor» ahora debía emplearse «S.C.C.R.», es decir, «Sacra Católica Cesárea Real Majestad». Para un español, todos estos cambios parecían implicar que su nuevo rey era menos suyo de lo que esperaban. La prioridad otorgada al título romano sobre el de Castilla resultaba especialmente irritante.

La extensión de sus dominios le convertía en el monarca más poderoso de Europa, como consideraremos seguidamente, pero aún quedaba más, mucho más por venir, y algunos de esos indicios se hicieron presentes allí en Barcelona. Fue en esa ciudad donde supuestamente recibió la primera carta de Hernán Cortés anunciando el descubrimiento de un nuevo imperio en ultramar, si bien el regalo que acompañaba a la carta no le llegó —como pronto veremos— hasta su regreso a Valladolid. Y fue también en Barcelona donde otorgó su permiso a Antonio Pigafetta para acompañar una pequeña flota bajo el mando de Magallanes, que se estaba preparando para explorar Asia.

En agosto, la noticia de un brote de peste en Valencia obligó a la corte a dejar la ciudad de Barcelona en octubre para evitar cualquier posible infección, haciendo que se estableciera durante tres meses en Molins de Rey. Carlos puso todo su empeño en acelerar la reunión de las Cortes Catalanas y finalmente regresó a Barcelona el 7 de enero. Accedió a presidir la sesión que se prolongaría durante toda la noche con la que concluyó la reunión. Así consta detallado en el acta de las Cortes del jueves 18 de enero de 1520:

> A les sis fins a les set ores de matí, la cesàrea, imperial, sacra e católica real magestat del rey nostre senyor, aprés de haver vellat tota la nit precedent en lo monastir de frares menors de la present ciutat de Barichinona, traballant en concordar e portar a bona conclusió les Corts Generals que çelebrave en lo dit monastir, segon aquelles, concordà. E en la dita ora, en la matinada, la prefata magestat muntà e segué en lo pontiffical sólio, *more solito*; foren publicades les noves constitucions e capítols fets en dita Cort, e lo acte de la offerta feta per la dita Cort, e tres braços de aquella, ab què servexen sa magestat de CCL mil lliures barceloneses, pagadores en la forma e terminis en dit acte expressades.

Cuando las sesiones concluyeron, Carlos suspendió cualquier intención que tuviera de abrir las Cortes en Valencia, y ordenó que comenzaran los preparativos para su regreso a los Países Ba-

jos. En octubre de 1519, durante el tiempo que vivió en Barcelona, tuvo conocimiento de un caso que en años venideros absorbería gran parte de su tiempo. Presidió una breve, pero especial, sesión del Consejo Real, reunido a petición de Gattinara para escuchar las quejas que un fraile dominico, Bartolomé de las Casas, estaba presentando sobre la conducta de los funcionarios reales en América.

Tras la clausura de las Cortes Catalanas, aún subsistía el espinoso problema de Valencia, la cual según sus leyes no podía reconocer a Carlos como rey salvo que este les visitara en persona. Sin embargo, la tarde del 23 de enero de 1520, él y su corte dejaron Barcelona y se dirigieron hacia Aragón. Antes de partir, el rey había enviado a un embajador especial a Valencia para explicar los motivos de su marcha, y cuando estos reaccionaron fríamente, escribió unos días más tarde a los nobles valencianos, pidiéndoles que hablaran con su embajador. Los valencianos rechazaron su oferta de jurar sus leyes por carta; él debía acudir, insistían, en persona. En el trayecto desde Barcelona, Carlos escribió también a otras ciudades principales para explicar su decisión de dejar España y dirigirse al norte. Comprendió entonces con tristeza cómo se había extendido por todas partes un creciente descontento causado por la brevedad de su visita. En febrero, mientras desandaba sus pasos a través de la península, emplazó a las Cortes Castellanas a una reunión que tendría lugar en Santiago, en la lejana Galicia, el 20 de marzo de 1520.

Tras pasar una semana en Burgos, Carlos y su corte entraron en Valladolid el 1 de marzo. Allí se encontró con una difícil situación, ya que agentes procedentes de la ciudad de Toledo habían llegado antes que él y estaban agitando al pueblo de Valladolid con los rumores de su inminente partida del país. Ciertamente iba a marcharse, pero en ese momento se trataba solo de un viaje a Tordesillas durante tres días, con el fin de presentar sus respetos a la reina Juana y asegurarse de que se habían hecho los

arreglos oportunos para ella durante su ausencia. Desde allí puso rumbo a Galicia y el 26 de marzo entró en Santiago. Las Cortes ni siquiera habían comenzado, y muchos de sus delegados se demoraron, por lo que las sesiones no pudieron iniciarse hasta cuatro días después de la llegada de Carlos.

Por fortuna, a lo largo de su viaje tuvo tiempo de contemplar algo que cambiaría la cara a la historia de España: la primera llegada de tesoros procedentes de América. Gracias a la sesión con Las Casas, el continente americano ya había llamado su atención. Además durante su estancia en Barcelona recibió la famosa *Primera carta* enviada por Hernán Cortés en la que anunciaba sus éxitos en México, si bien existen dudas sobre cuándo y dónde pudo captar su atención la citada carta. Cortés, sabedor de que las palabras por sí solas no bastaban, se preocupó de enviar un cargamento especial de regalos a su rey. El convoy de presentes emprendió su viaje desde la costa española hacia Barcelona, pero cuando tuvo noticias de la marcha de Carlos fue desviado hacia Valladolid. Fue allí donde Las Casas pudo ver lo que contenía. Merece la pena reproducir su descripción en toda su extensión. Había entre los obsequios, refirió, tres hombres y tres mujeres nativos. Además de:

> Diversidad de camisetas y unas telas de algodón delicadísimas y de muchas colores, entretejidas con plumas de aves muy delicadas y de diversas colores; un casquete, creo que de madera, muy sotil, cubierto de granos de oro por fundir; un capacete de planchas de oro y campanillas colgando y por encima unas piedras como esmeraldas; muchas rodelas hechas de ciertas varas delgadas muy blancas, entretejidas con plumas y con unas patenas de oro y de plata otras, y algunas perlas menudas, como aljófar, que no se puede expresar por escrito su artificio…, ciertos penachos de diversas plumas y colores, grandes, con los cabos de argentería, de oro, colgando; amoscadores de plumas muy ricas, con mil lindezas de oro y plata…, brazaletes y otras armaduras de oro y plata, que debían usar en sus guerras…, espejos hechos de margasita… como plata muy resplandeciente… engastonados en oro… muchas mantas y cortinas…; muchas piezas de oro y plata; un collar de oro, que tenía más de cien esmeraldas y ciertas perlas ricas…; otras piececitas de oro, como ranas y animalitos, y joyas, como medallas, chicas y grandes…; muchos granos de oro por fundir, como se saca de las minas, como garbanzos mayores. Sobre todo esto, envióle dos ruedas, la una de oro, esculpida en ella la figura del sol, con sus rayos y follajes… la otra era de plata con la figura de la luna, de la misma manera. Esta ruedas eran, cierto, cosas de ver.

Podemos imaginar el asombro del emperador electo y de su corte aquel 5 de marzo de 1520 en Valladolid, cuando contemplaron por primera vez los increíbles tesoros traídos del Nuevo

Mundo, casi cuarenta años después del viaje de Colón. Carlos se llevaría algunos de esos tesoros a los Países Bajos, donde entre los muchos que pudieron admirarlos se encontraba el artista Alberto Durero. Hubo, sin embargo, una lamentable consecuencia de los cargamentos de América, y es que avivaron el interés y la codicia de los oficiales flamencos, quienes lograron presionar al rey para que les garantizara privilegios relativos a los nuevos descubrimientos.

El lugar designado para la reunión de las Cortes había sido elegido por ser el más cercano al supuesto puerto de partida, La Coruña, sin embargo, era visto casi como un territorio extranjero por los delegados de las Cortes de Castilla, quienes finalmente se reunieron el 31 de marzo, apenas cinco días después de la llegada de la corte a Santiago. Los delegados tuvieron que votar a su pesar la concesión de una partida de dinero, destinada esencialmente a cubrir los costes de la enorme flota de cien barcos que zarpó de La Coruña llevándose a Carlos el 20 de mayo. Los principales navíos habían sido enviados por la archiduquesa Margarita desde los Países Bajos, y estaban al mando de Philibert (Filiberto) de Châlons, príncipe de Orange. Entre los pasajeros que embarcarían desde España estaban Chièvres y la mayoría de los oficiales de los Países Bajos; la reina Germana y su nuevo esposo (con quien se había casado el mes de junio anterior en Barcelona), el margrave alemán de Brandeburgo-Ansbach; así como un gran número de españoles, incluido el duque de Alba; y todo un elenco de secretarios españoles para hacerse cargo de la correspondencia del rey. Antes de partir, Carlos nombró una junta de tres personas para gobernar los asuntos de España en su ausencia: el almirante de Castilla, Fadrique Enríquez; el condestable de Castilla, Íñigo Fernández de Velasco y el cardenal Adriano de Utrecht.

Ya por entonces, en el centro de Castilla, acababa de estallar una revolución. La excesivamente breve estancia de Carlos en

España fue el preludio de una carrera que, debido a sus nuevos compromisos imperiales, hizo de él un monarca perpetuamente ausente. Su partida en mayo de 1520 fue la señal para la revuelta de las Comunidades, que paralizaría todo gobierno en Castilla durante más de un año y que ahora merece nuestra atención. La incertidumbre, facciones y revueltas locales habían continuado tras la muerte de Fernando el Católico y durante la breve regencia de Cisneros. La proclamación de Carlos en Bruselas inició la aparición de un goteo incesante de españoles (como Cobos) ansiosos por congraciarse con el nuevo gobernante; por otro lado, en España muchos apoyaban los derechos de la reina Juana y miraban al príncipe Fernando como su sucesor. Las divisiones de intereses y lealtades en Castilla volvieron a aflorar a la superficie.

Los españoles que representaban a grupos de la oposición a los que los Reyes Católicos no habían hecho nada por reconciliar, contemplaban ahora la nueva dinastía con una mezcla de inquietud y esperanza. El primer contacto entre el rey y su reino, en las Cortes de Valladolid de febrero de 1518, no fue en ningún caso desfavorable. Carlos no era visto como un extranjero. Castilla había tenido recientemente un rey borgoñón —Felipe I— y los castellanos estaban ansiosos por aceptar a su nuevo soberano, pero eran precavidos. Juana aún era reina, le recordaban, y por tanto sus derechos estaban por encima de los suyos. Pero además tenían demandas. La Santa Inquisición, exigían, debía ser reformada para que «los malvados fueran castigados y los inocentes no sufrieran». La exportación de plata debía cesar, y solo los castellanos podrían ocupar cargos públicos o de la Iglesia. Carlos debía aprender castellano, para entender mejor a sus vasallos y ellos a él.

El nombramiento de consejeros flamencos para puestos oficiales desilusionó rápidamente a los castellanos. A lo largo de los siguientes meses, la oposición se centró en tres quejas principales: una tributación excesiva, la ocupación por extranjeros de cargos

oficiales y la ausencia del rey. Respecto a la primera, se produjeron reacciones inmediatas tras las Cortes de Valladolid. Los delegados de León que habían votado a favor de los impuestos fueron denunciados como «traidores» a su regreso a casa. Las objeciones respecto a los extranjeros fueron aún más intensas. Chièvres y sus amigos recibían y distribuían honores como si estuvieran en un país conquistado. Para evitar romper su promesa de no conceder cargos a extranjeros, Carlos otorgó a todos cartas de naturalización, un transparente y ampliamente protestado subterfugio. Numerosos puestos lucrativos recayeron en flamencos. Algunos, como el médico personal de Carlos y su tutor, el cardenal Adriano, recibieron obispados. Laurent de Gorrevod, oriundo de Saboya, recibió todo el Yucatán y Cuba como feudo, y en agosto de 1518 se le concedió la primera y sustancial licencia para el comercio de esclavos negros en América. Chièvres obtuvo inmensas y provechosas fuentes de ingresos y el derecho a nombrar todos los puestos vacantes en América. Pero el nombramiento que más soliviantó a la opinión pública fue el del sobrino de Chièvres, Guillaume Jacques de Croÿ. Siendo ya cardenal y obispo de Cambrai, en 1518, con tan solo diecisiete años de edad, fue designado para la sede más rica de España, la archidiócesis de Toledo, que Cisneros acababa de dejar vacante (fue un desempeño breve: Croÿ murió por enfermedad en Alemania en 1521).

Los grandes de Castilla se sintieron ultrajados. Algunos, como el almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Cabrera, y el condestable de Castilla, Íñigo Fernández de Velasco, expresaron abiertamente su disentimiento. Los nobles, sin embargo, estaban divididos por clanes feudales, resultándoles muy difícil encontrar una causa común. Las principales ciudades de Castilla —Burgos (la ciudad del condestable), Córdoba y Sevilla— se encontraban desgajadas en facciones aliadas a nobles rivales. En Toledo la rivalidad entre el grupo de familias Ayala y aquellos em-

parentados con los Ribera y Padilla era especialmente enconada. Otros feudos familiares similares resultaron igualmente cruciales en el curso de los acontecimientos.

La apresurada visita del rey parecía mostrar desprecio por su herencia en la península. La elección del imperio y el emplazamiento de su título imperial precediendo al español, sugerían que España quedaría relegada a un papel menor. Donde Carlos había sido tratado, al igual que los reyes de España antes que él como, «Señor» o «Alteza», ahora se requería el uso de «Majestad». Esa nueva fórmula de tratamiento —«Sacra Católica Cesárea Real Majestad»— fue rechazada por la ciudad de Toledo, que solicitó que el rey «mantuviera el título usado hasta entonces». El descontento estalló en el otoño de 1519. Toledo envió cartas a todas las demás ciudades en Cortes, solicitando que se unieran en sus quejas comunes, y recibieron varias respuestas favorables. Así rezaba la carta de Toledo: «Sobre tres cosas nos debemos de juntar, a saber: lo primero, no se vaya de estos reinos de España; lo segundo, que en ninguna manera permita sacar dinero de ella; lo tercero, que se remedien los oficios que están dados a extranjeros». En Valladolid se profirieron furiosos sermones desde los púlpitos en contra de los flamencos. En Salamanca un grupo de frailes destacados redactó una lista de instrucciones para los delegados de las Cortes en Santiago: «Se dilaten las Cortes… que los oficios no se den a extranjeros… que no se conviertan en servicio ni repartimiento que el rey pida… que las Comunidades destos reynos no caigan en mal uso, mas es su servicio [de Su Alteza] estar en ellos a governarlos por su presencia, que no absentarse…». Esa palabra crucial «Comunidades», no implicaba nada más que las comunidades, las ciudades del reino: pero ahora comenzó a cobrar un significado más profético.

Cuando las Cortes de Santiago se inauguraron el 31 de marzo de 1520 bajo la presidencia de Gattinara y Pedro Ruiz de la Mota, obispo de Badajoz, este último intentó convencer a los dele-

gados sobre la única misión de su nación en el imperio de Carlos: «La fortaleza, su tesoro, su espada, su caballo… ha de ser España». El obispo también recalcó que los reinos de Castilla eran el núcleo de los dominios españoles (y no como erróneamente se ha sugerido algunas veces, de los dominios europeos): «Los tengo por fortaleza, defensa e muro de todos los otros nuestros reinos». La asamblea —a la que las ciudades de Toledo y Salamanca se habían negado a asistir— no quedó convencida. Las Cortes se aplazaron y volvieron a reunirse de nuevo en La Coruña en el mes de abril en una tumultuosa sesión y, tras la intensa presión ejercida, el gobierno consiguió que se aprobara una contribución, pero la votación fue muy ajustada: nueve ciudades, principalmente aquellas que esperaban beneficiarse de la exportación del comercio lanar, accedieron, y a estas finalmente se les unieron otras tres.

Toledo se sublevó un mes antes de que el emperador abandonara España. Sus regidores, incluyendo a Pedro Laso de la Vega y a Juan de Padilla, ayudados por la esposa de este, María Pacheco (hija del segundo conde de Tendilla y hermana del soldado y erudito Diego Hurtado de Mendoza, un firme partidario de Carlos V), se hicieron con el liderazgo de un amplio movimiento comunal popular, expulsaron al corregidor del rey a mediados de abril y proclamaron la Comunidad. En mayo, en Segovia, uno de los procuradores que había votado a favor de la contribución fue capturado por el populacho y asesinado; en varias ciudades surgieron revueltas semejantes. En Burgos, por el contrario, la situación se mantuvo bajo control cuando el condestable aceptó el liderazgo de la Comunidad. En junio, Toledo convocó a todas las ciudades en Cortes para una asamblea, pero solo cuatro estuvieron representadas en la primera sesión de la Santa Junta de Comunidad celebrada en Ávila el mes de agosto. Para impedir la propagación de la oposición, el gobierno dirigido por Adriano de Utrecht en su calidad de regente, decidió castigar a

Segovia por el asesinato de su procurador y envió un ejército contra ella. La Comunidad de Segovia, liderada por Juan Bravo, solicitó auxilio: en respuesta, Toledo envió una fuerza comandada por Padilla. Los monárquicos mandaron un destacamento a Medina del Campo para apoderarse de la artillería de allí e impedir que cayera en manos rebeldes; cuando Medina resistió, las tropas, posiblemente por accidente, prendieron un fuego que quemó la mitad de la ciudad (21 de agosto de 1520).

La conmoción provocada por ese incendió destruyó lo poco que quedaba de la autoridad ejercida por Adriano y el Consejo. Ciudades que habían permanecido al margen enviaron ahora delegaciones a Ávila. Una semana después del incendio de Medina, los belicosos líderes de la Santa Junta, acompañados por Padilla y sus hombres, fueron llevados ante la presencia de la reina Juana en Tordesillas. Aunque la reconocieron como «Su Majestad», ellos mismos eran ahora el poder real en Castilla.

Los meses de septiembre y octubre de 1520 supusieron el cenit del éxito de la Junta de Tordesillas. A finales de septiembre, Padilla y Bravo se dirigieron a Valladolid donde arrestaron a los miembros del Consejo Real y detuvieron a Adriano. De las dieciocho ciudades que formaban las Cortes, catorce estaban ahora representadas en la Junta, siendo Murcia la última en incorporarse; solo las cuatro ciudades andaluzas —Sevilla, Granada, Córdoba y Jaén— estaban ausentes. La revolución en Castilla no estuvo limitada únicamente a las ciudades con Cortes: por todo el país la palabra «Comunidad» provocó levantamientos y fomentó el idealismo. Hubo repercusiones en Guipúzcoa; en Extremadura las ciudades de Cáceres, Plasencia y Ciudad Rodrigo apoyaron a la Junta; en Andalucía tenían apoyo en muchas ciudades incluyendo Sevilla, Jaén, Úbeda y Baeza; en Castilla la Nueva el movimiento alrededor de Toledo fue muy fuerte; y en Murcia captó a las ciudades de Cartagena, Lorca y otras poblaciones. Con todo, el corazón de la revolución permaneció en el norte,

en Castilla la Vieja. La ya bastante estrecha base de apoyo se encontró constantemente en serio peligro por el intenso localismo y particularidades de las ciudades españolas, que miraban con suspicacia unas exigencias que no reflejaban sus propios intereses directos. Aparte de aprovecharse de la crisis para resolver viejos conflictos o desplazar a rivales locales, muchas comunidades provinciales se negaron a comprometerse con la Junta.

Dado que una clara mayoría de las ciudades en Cortes se hallaba representada, y que los nuevos procuradores fueron elegidos por voto popular, la Junta sentía que encarnaba la auténtica voz de la nación. La Comunidad no era un movimiento exclusivamente urbano, sino que disfrutaba de un extenso apoyo entre el campesinado de Castilla la Vieja. Sin embargo, además del apoyo popular, los Comuneros necesitaban la ayuda de los poderosos grandes de España; una ayuda que nunca obtuvieron. Algunos se mostraron equívocos, como Mendoza, el duque del Infantado: «Si algo se hiziese contra Chièvres, no debería imputarse ni tomarlo como si fuese contra Vuestra Magestad». En Andalucía, los grandes señores se negaron desde un principio a colaborar y puesto que el poder de la nobleza era allí muy fuerte, el sur nunca se alió con la Comunidad. En 1520, Mendoza, marqués de Mondéjar y hermano de María Pacheco, aplastó incipientes revueltas y en 1521 organizó la Liga de la Rambla, una extensa alianza de ciudades andaluzas y de nobles hostiles a la Junta castellana. Los rebeldes, finalmente no pudieron contar con la reina: Juana los alentó, pero tuvo la suficiente precaución de no poner su firma en ningún documento.

¿Qué pretendían conseguir los Comuneros? Habían expuesto sus principales exigencias en Tordesillas en noviembre de 1520, y por entonces ya habían aceptado a Carlos como rey, pues fueron incapaces de obtener ningún tipo de compromiso de la reina Juana. Solicitaban que Carlos regresara a España, que excluyera a los extranjeros de su entorno, que contrajera matrimonio rápida-

mente, que se otorgara a las Cortes un papel mayor en el gobierno y se reunieran automáticamente cada tres años, que los gastos de la nueva corte y de la administración se redujeran, que el impuesto de alcabala se bajara y fuera recaudado no de los tributos de los campesinos, sino por las ciudades, y que se controlara la exportación de lana. Ninguna de sus demandas era revolucionaria: todas, en mayor o menor medida, reflejaban el estilo de gobierno de los Reyes Católicos, cuyo reinado aún persistía en la memoria de los españoles como un baremo ideal que servía de medida para posteriores gobernantes. Carlos, en consecuencia, fue apremiado a «usar en todo como los Católicos señores, rey don Fernando y reina doña Isabel». Para los Comuneros el nuevo reino suponía una desviación en tres sentidos: los siempre presentes monarcas nativos se veían sustituidos por un extranjero ausente, el régimen español había sido reemplazado por el de unos forasteros que despreciaban a los castellanos y los trataban «como a indios», y en tercer lugar, sustituía un imperio basado en el Mediterráneo por uno centrado en el norte. Por medio de los Comuneros, Castilla estaba rechazando a Europa, como en cierto modo continuó haciendo en las siguientes generaciones.

Las desavenencias habían surgido no tanto por estas demandas como por las crecientes tendencias radicales, tanto dentro como fuera de la Junta, lo que ponía de manifiesto las perennes tensiones de la sociedad española. Algunas ciudades fueron acusadas de desear abolir la monarquía y seguir el ideal italiano estableciendo ciudades-estados independientes en Castilla. Se propuso que se suprimieran todos los tributos, o que ricos y pobres fueran iguales a la hora de contribuir. «Todos nacimos iguales y libres», argumentaba fray Alonso de Castrillo en su *Tractado de República* (1521), sosteniendo que el gobierno debía descansar sobre el consentimiento de los gobernados. Había constantes demandas de «libertad»: en 1521 Valladolid, la más radical de las ciudades, urgió a los campesinos de Tierra de Campos a defender «vuestra

libertad… y que seáis tratados como hombres e súbditos e no como esclavos». La frágil alianza entre ciudades y nobles se vio amenazada por revueltas populares contra los impuestos. En un pueblo cercano a Palencia, el párroco prometió que «antes de que este mes salga aves de ver en qué paran los cavalleros y quedarán pocos más». Por los campos circulaban toda clase de profecías apocalípticas.

La amenaza radical fraccionó el movimiento. A principios de noviembre la ciudad de Burgos, que siempre había sido conservadora en sus puntos de vista, se salió de la Junta; esa escisión animó a los tres regentes a empezar a reunir tropas. Fue por entonces cuando Antonio de Acuña, el vehemente obispo de Zamora de sesenta años que había apoyado la Comunidad desde el principio, se posicionó a las órdenes de la Junta, llevando con él a trescientos de sus sacerdotes armados hasta los dientes. Las negociaciones entre el almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Cabrera, que compartía muchas de las aspiraciones de los Comuneros, y la Junta comenzaron. El almirante comentó: «Ellos dizen que piden libertad e nosotros pedimos lo mismo. Dizen que quieren que nuestras leyes sean confirmadas: nosotros pedimos lo mismo… pues si todos pedimos una cosa, ¿sobre qué debatimos?». A esas alturas, los nobles estaban convencidos del giro que tomaba la revolución: se decía que la Junta proclamaba «que están sobre el rey y no él sobre ellos». Con cierto pesimismo el almirante observó: «Tenemos guerra con inmortales que jamás se acaban».

El 5 de diciembre, en un ataque sorpresa de las fuerzas monárquicas, compuestas principalmente por los grandes y sus ejércitos, tomaron y saquearon Tordesillas, protegiendo a la reina y capturando a algunos miembros de la Junta. Dos meses más tarde, sin embargo, el ejército Comunero al mando de Padilla logró una convincente victoria en Torrelobatón, y comenzaron las negociaciones. Los movimientos de tropas continuaron, y el 23 de

abril de 1521, cerca del pueblo de Villalar, la superior caballería de la aristocracia castellana aplastó a las fuerzas de Padilla, debilitadas por una larga marcha y por la torrencial lluvia. Padilla, Juan Bravo y su camarada Francisco Maldonado fueron apresados, juzgados y ejecutados ese mismo día. Cuando Bravo protestó ante lo sumario del proceso, Padilla replicó: «Señor Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballero, y hoy de morir como cristiano».

Pero una sola batalla no podía extinguir el movimiento. El norte de Castilla estaba protegido por la aristocracia, pero Toledo se convirtió ahora en el centro de la lucha, hábilmente liderada por María Pacheco y con sus fuerzas al mando del obispo de Zamora. Las tropas monárquicas tuvieron que ser desviadas a causa de la invasión francesa de Navarra. A finales de mayo, Acuña fue capturado: encarcelado en Simancas, trató de escapar en 1526 tras asesinar a su celador, pero fue rápidamente procesado, torturado y ejecutado cumpliendo órdenes de Carlos. Finalmente Toledo accedió a capitular, y en febrero de 1522 María Pacheco escapó a Portugal, donde moriría en 1531.

Retrocedamos ahora al momento de la partida de Carlos de España en 1520. Los barcos del emperador electo arribaron a Dover la tarde del 26 de mayo, y esperaron a que el resto de la flotilla les alcanzara. Cuando los ingleses se enteraron de la llegada de Carlos se apresuraron a salir a recibirle, persuadiéndole para desembarcar. El rey montó a caballo y cabalgó con los nobles ingleses, dirigiéndose a Canterbury, donde durante cuatro días fue huésped del rey Enrique VIII y su esposa, la reina Catalina de Aragón, tía de Carlos. Con ellos estaba su hija pequeña, María, una niña de cuatro años de hermosa cabellera y grandes ojos castaños. Los dos reyes se entendieron muy bien y acordaron volver a verse pronto, cerca de Calais, población ocupada desde la época medieval por los ingleses. Entonces Enrique escoltó a Carlos y a su grupo de vuelta a Dover, desde donde reanudaron

su viaje, llegando a Flesinga el 1 de junio a media tarde. Inmediatamente después de la partida de Carlos, Enrique embarcó en el mismo puerto poniendo rumbo a Francia, donde mantuvo su famoso encuentro con el rey Francisco I en el Campo del Paño de Oro.

Fue un período de buenas relaciones —que perduraría durante gran parte de sus vidas— entre el emperador flamenco y el rey inglés. Una vez que ambos resolvieron sus respectivos asuntos en los Países Bajos y en Francia, volvieron a encontrarse en julio en la frontera de estos países. Un cronista español lo relataba así: «Tomando la mano derecha el emperador, fueronse ambos príncipes juntos a Gravelines, donde Su Majestad dio al rey de Inglaterra una solemnísima cena la cual y música que allí hubo duró hasta que los despertó el día». Unos días más tarde se celebró otro banquete, con Enrique como anfitrión, en el puerto inglés de Calais. La pequeña ciudad no estaba equipada para acoger ese enorme número de invitados, por lo que se erigió una gran tienda como salón de banquetes, con los bancos cubiertos por tapices, y el techo pintado con representaciones del sol, la luna, las estrellas y las nubes. A los pocos días, Carlos estaba de vuelta en Brujas, y al llegar el otoño toda la comitiva imperial al completo, un enorme contingente de nobles escoltados por tres mil soldados alemanes, se dirigió al sur hacia Aquisgrán. Margarita se quedó en Brujas como regente.

Aquisgrán, una ciudad imperial que había sido la residencia favorita de Carlomagno, era el lugar tradicionalmente designado para la coronación del Rey de Romanos. Fue un lunes, 22 de octubre, cuando Carlos entró con su enorme escolta de príncipes, nobles y caballería. Ante sus puertas le entregaron las llaves de la ciudad, y a lomos de su caballo se adentró en ella, desmontando a la entrada de la catedral, donde se cantó un tedeum mientras penetraba en la iglesia. Al día siguiente tuvo lugar la ceremonia principal. A primera hora de la mañana, ataviado con una túnica

dorada, fue conducido por los electores al interior de la catedral, donde tras oír misa mayor, se arrodilló ante el altar, y pronunció una serie de juramentos en latín. En el momento cumbre de la ceremonia, el arzobispo elector de Colonia le sentó en el sillón de Carlomagno, ungiéndole con los santos óleos y saludándole como Rey de Romanos. Los otros electores le entregaron uno por uno los símbolos de su oficio, que incluían el anillo y el cetro, y finalmente el arzobispo le colocó la corona de oro imperial en la cabeza. Ahora era Rey de Romanos y emperador electo, el quinto conocido por el nombre de Carlos.

El Sacro Imperio Romano de la nación alemana era, como lo había sido durante siglos, una inestable unión política de más de doscientos estados principescos dispersos (muchos de ellos obispados) y numerosas ciudades libres y prósperas. Los siete príncipes electores eran responsables de votar por un emperador, y además debían dar su consentimiento para convocar al parlamento alemán, la Dieta Imperial. Un emperador tenía pocos medios de imponer su voluntad en la Dieta, y pocos recursos tributarios para llevar a cabo sus políticas. Carlos debía estar bien informado de todos esos asuntos cuando entró en Alemania.

Una semana después de su coronación estaba en Worms, donde convocó a la Dieta Imperial para una asamblea a finales de enero de 1521. El gran tema a tratar en los territorios germanos era la actividad de Martín Lutero. En 1517 Lutero, un monje agustino de Wittenberg, manifestó su protesta contra la venta de indulgencias por el papado. Cuando sus opiniones sobre el tema fueron condenadas por el papa y por otras autoridades de la Iglesia Católica, su pensamiento derivó desde su idea original a un ataque generalizado contra la autoridad papal y, con el tiempo, una condena de la doctrina tradicional de la Iglesia. A fin de evitar mayores problemas, Carlos expidió un salvoconducto para Lutero, ordenándole que se presentara ante la Dieta, en el plazo de tres semanas, para explicarse. La histórica aparición de Lutero

ante el emperador y la asamblea de príncipes de la Dieta, duró tres días en abril y fue discutida toda ella en alemán y latín.

La confrontación entre el fraile y el joven emperador del 18 de abril de 1521 marcará uno de los grandes momentos de la historia mundial. Lutero asumió la responsabilidad por sus escritos, y declaró con firmeza: «Esa es mi postura. No puedo hacer nada más. Que Dios me ampare —*Gott hilft mir*—. Amén». La respuesta de Carlos al día siguiente fue preparada para él por su secretario flamenco, y contenía la notable resolución de entregar su cuerpo, sangre y vida en defensa de la Iglesia de Roma.

> Tras la insolente réplica que Lutero dio ayer en presencia de todos nosotros, yo declaro que lamento haber demorado tanto tiempo el proceso contra el antes mencionado Lutero y su falsa doctrina. Por la presente he resuelto nunca más, bajo ninguna circunstancia, escucharle. Deberá ser escoltado de inmediato a su casa.

Al final de las sesiones, y después de que Lutero regresara a Sajonia, el emperador promulgó el día 8 de mayo un edicto imperial donde calificaba sus opiniones de heréticas. El monje de Wittenberg ya había sido condenado por el papa en la bula *Exsurge Domine* de junio de 1520, de modo que la decisión de Carlos se ajustaba a la posición de Roma. Eso demostró ser el principio de una controversia, conocida por nosotros como la Reforma, que alteró las políticas del imperio y de Europa durante más de un siglo. A pesar de la confrontación, Carlos parece que quedó muy impresionado por la persona de Lutero. En una conversación con el embajador florentino Guicciardini a comienzos de 1524, el monarca se refirió al papa como un «idiota», y lo comparó desfavorablemente con Lutero. «Uno de estos días —comentó Carlos—, Martín Lutero se convertirá en un hombre de valía».

Por aquellos días de 1520, Carlos padeció también una congoja más personal cuando, a finales de mayo, se vio privado del apoyo de su tutor y mentor de toda la vida, Chièvres, que murió a causa de una enfermedad en Worms. Chièvres le había instruido y formado en su papel, y Carlos fue siempre consciente de

ello. En 1524 le confesó al embajador veneciano Contarini: «Lo cierto es que mientras monseñor de Chièvres vivió me gobernaba, y quisiera Dios que siguiera vivo, porque sé que era prudente». El puesto de Chièvres fue ocupado por el conde Henry (Enrique) de Nassau y por Mercurino Gattinara. Dado que él mismo se disponía a dejar Alemania, Carlos designó como su regente en el imperio a su hermano Fernando, que aunque aún era joven con el tiempo se mostraría más que preparado para la tarea. Como veremos en las siguientes páginas, Fernando desempeñó un papel mucho más importante en la dirección del imperio de Carlos del que a menudo se ha creído. En mayo de 1521 se casó con la princesa Ana de Hungría, y Carlos le confirió los cinco ducados de los Habsburgo: Austria, Carintia, Carniola, Estiria y Tirol. Fue elegido Rey de Romanos inmediatamente después de la coronación de Carlos por el papa en 1530, y en 1558 asumió formalmente las tareas del emperador a la muerte de su hermano.

Carlos había sido requerido fuera de Alemania debido a los problemas militares provocados en parte por el rey de Francia en la frontera con los Países Bajos. Intentó convencer a Enrique VIII de Inglaterra para que interviniera a su favor. En julio de 1521, Enrique visitó la posesión inglesa de Calais, y allí recibió al emperador y la archiduquesa Margarita, que pasaron tres noches en la ciudad. Él personalmente informó a Carlos que Francisco I, furioso por haber perdido su elección como emperador, estaba decidido a causarle problemas. Rápidamente se entablaron conversaciones entre los agentes de Inglaterra (cardenal Wolsey), el emperador y Francia, que acabaron en nada. Wolsey entonces viajó a Brujas, donde permaneció como invitado del emperador durante dos semanas. En agosto se cerró un tratado secreto entre los monarcas, con Wolsey actuando en nombre de Enrique, en el que Carlos se comprometía a casarse con la princesa la infanta María cuando cumpliera doce años, y en la prima-

vera de 1523 ambos monarcas se unirían para invadir Francia. Wolsey envió a Enrique un interesante informe sobre el recién electo emperador:

> Le he encontrado en verdad muy diferente de lo que su edad llevaría a creer: prudente, afable, lleno de buena voluntad y amabilidad, bendecido con todas las virtudes, como un prestigioso príncipe debería ser. Expliqué las razones de mi viaje para verle, y señalé los peligros y calamidades de la guerra, los buenos y grandes frutos de la paz, tal y como se desea por toda la cristiandad, y le ofrecí los medios para alcanzar esa paz. Él me concedió una larga y graciosa audiencia y replicó con madurez y prudencia.

El conflicto en la frontera francesa con los Países Bajos continuó a lo largo del invierno de 1521-1522, pero fueron los generales de Carlos los encargados de solucionarlo, y de ese modo él pudo prepararse para regresar a España. Durante esos meses, la archiduquesa Margarita también debió atender los asuntos del Franco Condado, donde por primera vez uno de sus oficiales, el abogado Nicolás Perrenot de Granvelle (Granvela), comenzó a emerger como una importante figura política.

Llegados a este punto, es conveniente echar una rápida mirada a los territorios que ahora reconocían la autoridad del nuevo emperador. Por derecho propio, Carlos era duque de Borgoña, gobernando por tanto las provincias que componían los Países Bajos, así como el territorio del Franco Condado. Asimismo había sido reconocido como rey de Castilla y Aragón, y por extensión también gobernaba en Sicilia y Nápoles. En los territorios germanos tenía derecho a la lealtad de los príncipes que componían el Sacro Imperio Romano, pero su autoridad real estaba determinada solamente por la tradición, y su poder político era limitado. Posteriormente, lograría incorporar otros territorios, de los cuales el más importante fue el ducado de Milán. Y, con el tiempo, pudo contar con los recursos procedentes de territorios fuera de Europa, más concretamente de las tierras del Nuevo Mundo. Pero por encima y más allá de su autoridad territorial, pudo apoyarse en una extensa red de influencias que había sido creada gracias a las alianzas matrimoniales concertadas por el emperador Maximiliano. Todos estos intereses habían llegado a él como herencia, y no a través de la conquista. Sin embargo,

considerados en su conjunto, le convertían en el gobernante potencialmente más poderoso de Europa, y sus esfuerzos por mantener esos intereses determinaron la naturaleza de las políticas europeas durante el siguiente medio siglo.

Inglaterra fue el eslabón clave en la cadena de intereses. Su tía Catalina era reina de Inglaterra y él tenía la obligación de visitarla, saludarla y mantener sus buenas relaciones con su esposo, el rey. Carlos estaba especialmente interesado en obtener la ayuda de los ingleses ya que los agresivos planes de Francisco I se estaban dirigiendo no solo contra los Países Bajos, sino también hacia Navarra, reino que Francia continuaba reclamando como consecuencia de su reciente anexión por Fernando de Aragón. El emperador tenía además buenas razones para temer las intenciones francesas en Italia. Por todo ello, resultaba imperativo organizar alianzas, y para lograrlo Carlos buscó el apoyo de Inglaterra y del papado. Respecto a este último, recibió una ayuda inesperada. El papa León X murió a causa de sus problemas de salud en diciembre de 1521, y el cónclave de cardenales celebrado en enero de 1522 eligió al antiguo tutor de Carlos, Adriano de Utrecht, como papa. Lamentablemente, esta no fue una elección que complaciera al cardenal Wolsey, quien había trabajado duro para establecer alianzas y asegurar su propia elección al trono de Pedro. Se enviaron mensajes a España, donde Adriano estaba ejerciendo como uno de los regentes en ausencia del emperador, invitándole a aceptar ese honor y rogándole que partiera a Italia de inmediato. Adriano se tomó dos semanas para considerarlo, y entonces anunció su aceptación, adoptando el nombre de Adriano VI. La elección era muy beneficiosa para Carlos, pero no estaba destinada a durar demasiado, pues tan solo un año más tarde Adriano moría en septiembre de 1523. Un mes después, se eligió un nuevo papa con el nombre de Clemente VII.

Había llegado el momento de emprender nuevos viajes. Consciente de los peligros que siempre amenazaban tanto por

tierra como por mar, el emperador redactó su primer testamento, fechado en Brujas el 22 de mayo de 1522. En él, expresaba su deseo de que si moría en España fuese enterrado en Granada junto a su padre, Felipe, y sus abuelos Fernando e Isabel; si lo hacía en los Países Bajos, en Brujas, cerca de su abuela María de Borgoña. Si no tenía hijos legítimos, entonces su heredero universal sería su hermano Fernando. A lo largo de los años haría dos testamentos más, en 1536 y 1554, además de varios codicilos.

En la tercera semana de mayo de 1522 el emperador dio orden para que su flota de barcos —ciento cincuenta navíos que transportaban un millar de tropas alemanas y de los Países Bajos— le aguardara en el puerto de Calais antes de su viaje a España. Él y su corte se dirigieron entonces por tierra hasta Calais, donde una escolta inglesa liderada por Wolsey supervisó una visita a Inglaterra. Los barcos restantes y las tropas cruzarían más tarde, el 2 de julio, en dirección a Southampton donde esperarían a Carlos. En la tarde del 25 de mayo los visitantes —cerca de dos mil— desembarcaron en Dover, donde fueron recibidos y agasajados por el rey inglés. Desde Dover los dos reyes emprendieron un recorrido triunfal a través de Canterbury, Sittingbourne y Rochester hasta Gravesend, donde tomaron las barcazas reales que les conducirían hasta Greenwich. La reina Catalina aguardaba a su sobrino ante la puerta del palacio de Greenwich, rodeada de sus damas y llevando de la mano a la pequeña princesa María. Durante las seis semanas siguientes, su visita a Inglaterra fue una continua ronda de festejos, danzas, cacerías, bailes de máscaras y diversiones. Pasaron la fiesta del Corpus Christi en Windsor, donde se celebró una sesión de los caballeros de la Jarretera, en la que el emperador fue nombrado miembro de la orden.

Esta segunda visita de Carlos a Inglaterra no era de mera cortesía, sino resultado directo de los conflictos planteados por Francisco I. En Windsor los dos monarcas ratificaron su secreto tratado de alianza contra el rey de Francia. Los españoles conti-

nuaron su recorrido con una visita a Winchester para poder admirar la Tabla Redonda que se decía habían utilizado los caballeros del rey Arturo. Las cercanas y cordiales relaciones entre los dos jóvenes monarcas, Enrique y Carlos, perduraron durante diez años más, lo que explica que las posteriores tensiones creadas por el deseo de Enrique de divorciarse de su esposa no rompieran la alianza que había sido sellada durante todos esos meses, tanto en el continente como en Inglaterra.

Cuando finalmente Carlos embarcó desde el puerto de Southampton el 7 de julio, lo hizo con una gran flota de más de «ochenta navíos en cuyos barcos viajaban seis mil alemanes y muchos españoles e italianos». La flota transportaba además un amplio cargamento de cañones y armas, compradas en Alemania, de una calidad desconocida en España. Nueve días más tarde arribaron al puerto de Santander. El emperador emprendió camino a través de Vitoria y llegó a Valladolid, desde donde escribió a Margarita: «He sido recibido con gran júbilo y triunfo por todo el mundo, y todos parecían estar mucho mejor dispuestos hacia mí de lo que cabría esperar, y en general me suplican que muestre clemencia y perdón para aquellos responsables de los disturbios pasados». De hecho la pacificación tras la revuelta de los Comuneros era ahora una prioridad.

El 2 de septiembre viajó hasta Tordesillas para visitar a su madre «y con mucha humildad le besó la mano», según relata un testigo. Pero no solamente deseaba verla, sino también entender qué razones podrían haberla llevado a verse involucrada con los Comuneros. En ese asunto, no fue capaz de obtener ninguna explicación por su parte, y regresó a Valladolid cuatro días más tarde, decidido a sacar a su joven hermana Catalina de la incómoda situación en que vivía junto a su madre. Debía concertarse un matrimonio.

La cuestión primordial, sin embargo, era la pacificación. Para el día de Todos los Santos de 1522, cuando firmó una amnistía

general, ya habían sido ejecutados veintidós rebeldes; y otros doscientos noventa y tres pertenecientes principalmente a las élites urbanas, quedaron excluidos del perdón, pero no hubo más ejecuciones. Todas las ciudades que participaron en la revuelta mantuvieron intactos sus privilegios; esa clemencia, seguida por otras concesiones y una limitada amnistía en 1527, proporcionó al rey una fuerte base para la reconciliación con sus súbditos. A finales de mes, el 30 de noviembre, celebró la tradicional fiesta de San Andrés, patrón de la Orden del Toisón, invitando a los seis caballeros de la orden que estaban en la corte a cenar con él en Valladolid. Fue una celebración que confirmó su compromiso con España, a la que convirtió en su hogar durante los siguientes siete años.

CAPÍTULO 3. Nuevos horizontes para España 1522-1529

En Castilla, la derrota de los Comuneros fue un duro golpe a las pretensiones políticas de las ciudades, si bien, durante los años siguientes, algunas de sus principales demandas lograron hacerse efectivas: las Cortes, por ejemplo, llegaron a reunirse con regularidad para renovar el pago de concesiones (servicios); y en 1525 y 1534 se otorgó la recaudación de impuestos a las ciudades. Sin embargo, Carlos quiso dejar perfectamente claro que no iban a desempeñar ningún papel en las decisiones del gobierno. Entonces, ¿quién salió beneficiado tras la batalla de Villalar? Los grandes de España, cuyo enorme poder militar había ayudado a salvar al gobierno, fueron ampliamente ratificados en su posición social y privilegios, si bien se les denegó cualquier incremento de su poder político. A partir de ese momento, la autoridad descansaría en manos de la corona, la verdadera vencedora de Villalar.

Después de su regreso en 1522, el emperador hizo de España su hogar durante los siguientes siete años, el período más largo que llegó a pasar en cualquiera de sus dominios. Esta fue tal vez la etapa de más éxito de todo su reinado, en la que los castellanos pudieron reconciliarse con un rey que ahora hablaba un poco de castellano y gobernaba a través de castellanos. Más aún, como informó a las Cortes en 1523, contemplaba «a estos reinos [de Castilla] por cabeza» de los reinos españoles, aunque solo fuera porque se estaban convirtiendo en una valiosa fuente de ingresos. Las Cortes, cuyas sesiones se iniciaron en Valladolid en julio de 1523, fueron posiblemente las más importantes del siglo, ya que Carlos y sus consejeros las utilizaron como el medio para asegurar su control tras el período de rebelión, esforzándose en

destacar el compromiso del emperador con España. El discurso concebido para él por sus asesores expresaba con firmeza:

> Yo amo y quiero tanto estos reinos y los súbditos dellos como a mí mismo, y con este amor a los procuradores que estáis juntos en esta villa… En verdad desde que desembarqué en Santander me determiné de proveer las cosas que cumplen al bien de todos estos reinos…

Desde 1522 fue haciendo prudentes concesiones a las principales demandas que habían inspirado la revuelta de los Comuneros. Estos se habían quejado de su ausencia. Ahora se quedaría durante siete años, el período más prolongado de su estancia en la península. En lo más alto de la lista de reclamaciones presentada estaba la petición para que el rey contrajera matrimonio, dadas las implicaciones que eso podría traer al reino. Él era joven, el soltero más codiciado de la Europa occidental (si bien ya había sido padre de una niña, Margarita, fruto de un escarceo con una muchacha flamenca; una hija que, como pronto veremos, fue criada y educada en su familia). Los diputados castellanos a las Cortes de 1525 confiaban que se casase con su prima Isabel, hermana del rey de Portugal. Sin embargo, Carlos ya estaba virtualmente comprometido para casarse con María, la hija de Enrique VIII de Inglaterra. No obstante, en 1525 había abandonado la idea de una alianza con Inglaterra y se inclinaba por el vínculo con Portugal. Su trabajo en España le hacía feliz. Tal y como Martín de Salinas, embajador del archiduque Fernando, hermano de Carlos, escribió desde España en 1524: «Está bueno y después que de Flandes partió ha mucho crecido y enfornecido y está bien barbado. Trabaja lo que es posible, porque el tiempo y la sazón no dan lugar a otra cosa».

Los asuntos de familia adquirieron gran importancia, especialmente a causa de su hermana mayor, Leonor, que había enviudado en 1521 de su esposo, el rey de Portugal. Carlos deseaba tenerla a su lado en España y ella regresó obediente, dejando a una hija infanta en Lisboa. Una vez más se hacía necesario asegurar el vínculo dinástico con Portugal. Carlos realizó tres visitas a Tordesillas en 1523, para asegurarse que Catalina aceptaría cumplir

con su cometido. Regresó de nuevo en el otoño de 1524, cuando las negociaciones con los portugueses sugerían un posible matrimonio entre Juan III, el nuevo rey de Portugal y Catalina, junto con otra unión entre la hermana de Juan, Isabel, y el propio emperador. Esta última propuesta, sin embargo, no parecía factible por el momento.

En cambio Catalina, que había vivido toda su vida en compañía de su madre Juana en Tordesillas, estaba deseando aceptar la sugerencia. En septiembre, Carlos escribió a Margarita de Austria: «Debo concluir primero el matrimonio de mi hermana, la joven Catalina, y atender algunos asuntos del reino. Por lo demás, llevo varios días padeciendo de una fiebre intermitente que me ha impedido dedicar mucho tiempo a los asuntos». Pasó todo el mes de octubre y la primera semana de noviembre de 1524 en Tordesillas, donde finalmente se cerró el matrimonio de Catalina y Juan. No obstante, para evitar estar presente ante cualquier reacción histérica de Juana cuando llegara el momento de separarse de su hija, prefirió marcharse a Madrid y así no tener que presenciar la escena. Por esa misma razón, la infanta evitó deliberadamente una despedida formal de su madre. El 2 de enero de 1525, poco después de su decimoctavo cumpleaños, libre ya de la reclusión de Tordesillas y de todo lo que había representado para ella, Catalina, acompañada de una escolta especial, partió a Lisboa, donde la aguardaba un nuevo destino como reina de Portugal.

Los matrimonios y alianzas formaban parte esencial en la lucha por mantener la seguridad internacional. La elección de Carlos como emperador contra la candidatura rival de Francisco I intensificó la tensión entre los dos monarcas que, como ya hemos visto, había provocado un conflicto bélico en la frontera de los Países Bajos. La rivalidad con el rey de Francia se debía principalmente a tres causas: Navarra, que Fernando el Católico se había anexionado en 1512 y que Francia reclamaba; el antiguo

ducado de Borgoña, con su capital en Dijon, que había sido anexionado a Francia desde 1477, pero que Carlos reivindicaba insistentemente como suyo por derecho de nacimiento, «nuestra patria», según la describió unos años más tarde a su hijo; e Italia, donde todas las partes se disputaban el control del estratégico ducado de Milán. Hubo incluso algunos momentos en los que el conflicto entre ellos adquirió tintes de disputa personal, culminando con caballerescos desafíos entre los reyes, sobre todo en el año 1528 y, más tarde, en 1536 en presencia del papa, cuando Carlos declaró que «para evitar la muerte de muchas personas», las disputas con Francisco «se resolverán mejor cara a cara con espadas, capas y dagas… en tierra o en el mar, en un campo acotado o delante de nuestros ejércitos, donde quiera que él elija».

Las hostilidades entre ambos habían comenzado en 1521 con una infructuosa invasión francesa (proyectada para coincidir con las Comunidades en Castilla) de Navarra, que terminó en junio de ese mismo año. A partir de entonces la lucha se centraría en Italia, donde a comienzos de 1522 los cardenales eligieron como papa a Adriano de Utrecht, antiguo tutor de Carlos, regente e inquisidor general de España, y el único holandés en la historia elevado al trono de Pedro. Inglaterra, el papado y los príncipes italianos fueron arrastrados a una alianza internacional contra Francia. Por otra parte, en 1521, Francisco I tenía el problema adicional de una seria disputa con su noble más poderoso y principal, el condestable de Francia, Carlos, duque de Borbón. Este había huido buscando refugio en Milán en 1523, donde fue recibido por el duque de Milán, Francisco Sforza, partidario de los intereses imperiales. Debemos señalar que Milán era un feudo del Sacro Imperio Romano, pero también tenía una crucial importancia estratégica como el estado más poderoso del norte de Italia, siendo objeto de continuas disputas entre los intereses franceses y austriacos. Consciente de la fama militar del condes-

table, el emperador, que por entonces se hallaba en España, le nombró comandante en jefe de las fuerzas imperiales de Italia.

Entretanto, la situación de guerra en Italia continuó. En el verano de 1521, un ejército de más de veinte mil tropas al mando de Prospero Colonna, el principal general del papa, marchó a favor del emperador contra los franceses. Pese a que los soldados eran principalmente italianos y alemanes, un pequeño contingente español de dos mil hombres llegados de Nápoles les acompañaba, a las órdenes del general napolitano Fernando de Ávalos, marqués de Pescara, y del español Antonio de Leyva. Fue un importante paso en favor de los españoles, quienes por primera vez hacían sentir su presencia en un área alejada de la tradicional zona de influencia aragonesa. Pero la guerra también señaló a Milán como un objetivo de posible interés para los españoles. Tras la muerte de Colonna en diciembre de 1523, Carlos designó como comandante al virrey flamenco de Nápoles, Carlos de Lannoy, que reforzó el ejército con nuevas tropas de Nápoles. El propio Lannoy estaba supeditado a las órdenes del condestable de Francia, Carlos de Borbón. Las tropas españolas al mando de Pescara y su sobrino Alfonso de Ávalos, marqués del Vasto, se convirtieron en pieza fundamental del ejército internacional al servicio del emperador.

A lo largo de 1521, los franceses no tuvieron demasiado éxito, de modo que en la primavera de 1522 Francisco I envió otro ejército, con resultados igualmente decepcionantes. En mayo de 1522, los franceses fueron derrotados y todos sus generales capturados. Entonces a principios de 1523, Francisco, para no verse superado, envió nuevamente un enorme ejército (los franceses formaban solo una parte de las tropas, como era corriente en todos los ejércitos de la época, ya que la mayoría eran suizos y alemanes). La campaña principal comenzó en la primavera de 1524, pero los primeros enfrentamientos fueron desfavorables para los franceses y terminaron con la muerte del caballero Bayard, quien

fue visitado en su lecho de muerte por su compatriota el condestable Carlos de Borbón. Aprovechando la ventaja, el emperador dio a Borbón instrucciones para invadir Francia. Las tropas imperiales bajo el mando de Borbón tuvieron inicialmente éxito y penetraron hasta Marsella. Sin embargo, fueron incapaces de avanzar y se retiraron a Lombardía a finales de septiembre de 1524, en una desastrosa maniobra durante la cual, de acuerdo con las memorias del soldado del Franco Condado Féry de Guyon, arrasaron los huertos de la Provenza «durante una semana entera, con el enemigo siempre sobre nuestros pasos y atacándonos constantemente».

Había llegado el turno de Francisco I de ejecutar un movimiento dramático. En octubre de 1524, cuando quedó claro que las tropas imperiales no suponían una amenaza para Francia, él personalmente lideró a su ejército a través de los pasos alpinos hasta las llanuras de Lombardía. El ejército francés, de alrededor de veinte mil hombres en total, se abrió paso hasta Italia y el 25 de octubre de 1524 ocuparon sin demasiada resistencia la ciudad de Milán, mientras Lannoy y Sforza retrocedían a cierta distancia con el grueso del ejército imperial. Entonces Francisco decidió sitiar Pavía, la segunda ciudad de la región a unos pocos kilómetros al sur de Milán. Las fuerzas de Borbón retrocedieron hasta la ciudad de Lodi, mientras el rey francés continuaba avanzando y el 28 de octubre puso sitio a Pavía, defendida por tropas alemanas al mando de Leyva. El propio Borbón en persona viajó al norte, fuera de Italia, y consiguió reclutar más tropas de Suiza y Borgoña, así como un gran número de infantería y caballería enviada desde Alemania por el archiduque Fernando, el hermano del emperador. Después de tres meses de asedio, a finales de enero de 1525, Borbón y Lannoy condujeron su reforzado ejército de vuelta en un intento de expulsar a los franceses. A finales de febrero decidieron que esa situación de punto muerto

debía resolverse con una batalla, a pesar de la posible superioridad de la caballería y artillería francesa.

El ejército imperial, de más de veinticuatro mil hombres, comprendía catorce mil alemanes, unos cinco mil italianos, y cinco mil hombres de infantería de Nápoles, la mayoría castellanos, al mando de Pescara. El ataque sobre las posiciones francesas comenzó la tarde del 23 de febrero de 1525, y para el amanecer del día siguiente la victoria imperial era absoluta. En el campo de batalla un grupo de soldados procedentes del tercio de Nápoles —tres castellanos y uno del Franco Condado— capturaron al rey, quien se rindió formalmente a Lannoy. La victoria se debió, en opinión de los testigos, a la eficacia con que la infantería alemana, los *landsknechte* (lansquenetes), atacó a la infantería suiza al servicio de Francia, y a la potencia de fuego letal de los arcabuces de los soldados castellanos de Nápoles. Al igual que en la batalla lidiada por los españoles dos décadas atrás en Ceriñola en 1503, el empleo ahora habitual de una unidad de arcabuceros por las tropas de Nápoles, desempeñó un importante papel para alcanzar el triunfo. Aunque los alemanes fueron los más determinantes en la victoria, en Pavía los españoles también lograron granjearse una reputación como fuerza militar. Una semana después de la victoria, prácticamente todas las fuerzas francesas se habían retirado de Italia. Milán permaneció firmemente controlada por el emperador. El comandante militar, Pescara, moriría poco tiempo después de tifus en 1525, y en su lugar Carlos nombró a su sobrino, Alfonso de Ávalos, marqués del Vasto.

La batalla de Pavía se ganó en nombre del ausente Carlos el día de su veinticinco cumpleaños, el 24 de febrero, y tuvo profundas repercusiones para el cada vez más emergente papel de España en la política europea. Ni un solo soldado había partido de la península para tomar parte en ella y, por lo tanto, no hubo celebraciones públicas cuando las noticias se propagaron. No obstante, no todos los días el rey más poderoso de Europa era

hecho prisionero en batalla. El emperador se encontraba en Madrid cuando un mensajero apareció el 10 de marzo hacia el mediodía con la noticia de la victoria. El embajador de Mantua, que casualmente estaba presente, lo relató así: «El correo, al entrar en palacio, fue conducido hasta la cámara de Su Majestad, donde lo encontró hablando con dos o tres personas sobre asuntos de Italia, y anunció: "¡Mi señor, la batalla se luchó cerca de Pavía, el rey de Francia ha sido hecho prisionero en poder de Su Majestad, y todo su ejército ha sido destruido!"». Como aturdido por las noticias, el emperador se quedó inmóvil, repitiendo en español, evidentemente para el beneficio de aquellos que estaban presentes, pero también porque él mismo apenas daba crédito a lo escuchado: «¡El rey de Francia se encuentra prisionero en mi poder, y la batalla se ha ganado en mi nombre!». El embajador de Mantua prosiguió:

> Sin decir más palabras, y no queriendo escuchar nada más en ese momento, se retiró solo a otra cámara, y arrodillándose ante un retrato de la Virgen que tiene a la cabecera de su cama, permaneció de ese modo durante un tiempo, dando gracias a Dios y a la madre de Cristo por el gran favor que le había sido otorgado. Entonces regresó y pidió ser informado con todo detalle; y el mensajero, no habiendo traído consigo carta alguna, dijo que tenía como prueba el salvoconducto escrito de manos del propio rey, que le permitía circular por toda Francia sin peligro. De modo que el emperador, cerciorado de la verdad, ordenó la publicación de las nuevas, pero prohibió cualquier regocijo público a excepción de una procesión en alabanza a Dios y oraciones por los muertos, al haberse obtenido la victoria contra cristianos.

Carlos prohibió expresamente cualquier tipo de luminarias y festejos públicos por considerarlos inadecuados «cuando un rey cristiano ha caído en tan grande desgracia». El embajador inglés, también presente, informó del asombro de todos ante la contención del joven emperador, «magna cum admiratione in aetate tam tenera». Eso no impidió que recibiera toda una avalancha de cartas de felicitación, incluyendo una misiva escrita en francés por el propio Enrique VIII en persona (que iba firmada: «*C'est de la main de votre père, frère, et cousin, et bel oncle, Henry*»)[1] y otra del papa en la que se refería al cautivo Francisco como «nuestro común enemigo».

Tras permanecer cautivo tres meses en la fortaleza de Pizzighettone, en la ribera del Adda, cerca de Cremona, donde fue visitado por las más altas autoridades de la Iglesia y el Estado, Francisco accedió a ser trasladado a España. La idea había surgido del propio rey, que temía la posibilidad alternativa de ser llevado a Nápoles, y fue secundada por razones de seguridad por Lannoy. Borbón no fue informado hasta el último momento, y protestó enérgicamente al emperador, quien, a su vez, sabía poco o nada del traslado hasta que llegaron los mensajeros para informarle de que el rey había arribado a España. Carlos aplaudió la maniobra. Las autoridades de la ciudad de Barcelona se llevaron un buen sobresalto cuando el 18 de junio, poco después de las seis de la tarde, una flota de veintiún galeras «molt armades y ornades», entró en el puerto al mando de Lannoy y del capitán Hernando de Alarcón, trayendo con ellos como prisionero al rey de Francia. Todas las clases altas de la ciudad, con el gobernador de Cataluña al frente, se acercaron a presentar sus respetos y a contemplar al ilustre prisionero. Cuatro días más tarde, la flota reanudó su viaje hasta Tarragona, y luego a Valencia, donde Francisco fue tratado con honores reales y visitó al virrey y a su esposa, su pariente Germana de Foix. Tras un lento y regio recorrido de tres semanas desde Valencia, Francisco llegó a Madrid el 11 de agosto de 1525 y fue tratado con todos los honores, si bien se le mantuvo bajo custodia en el Alcázar de Madrid, que se convertiría en su casa hasta febrero de 1526.

Ese año de cautividad del rey de Francia resulta también relevante por la luz que arroja sobre la personalidad del emperador. Francisco quedó bajo custodia en el Alcázar de Madrid, pero no recibió sin embargo la visita del emperador hasta un mes más tarde, cuando cayó enfermo. Alarmado, Carlos se acercó a verle y, de acuerdo con las crónicas, los dos se abrazaron. Carlos le prometió que pronto sería liberado. El emperador, para quien aquel era un momento memorable, comentaría más tarde en sus

memorias que «era la primera vez que le veía». La visita duró media hora. Hubo largas y numerosas negociaciones sobre las condiciones de su liberación. Varias propuestas presentadas por Francisco fueron rechazadas, y sus embajadores enseguida comprendieron que el principal escollo era la insistencia para que cediera el ducado de Borgoña. En septiembre, el mismo día que el emperador visitó a Francisco, la hermana de este último, Margarita, duquesa de Alençon, viajó desde Francia para negociar directamente con Carlos. Sus caminos se cruzaron en el momento en que Carlos abandonaba la habitación de Francisco, y se abrazaron formalmente. Ella era joven (treinta y dos años), una hermosa viuda intelectualmente reconocida como autora del *Heptamerón*. Los ministros de Carlos temían que pudiera emplear sus encantos para influenciarle. Pero sus esfuerzos a favor de su hermano fueron infructuosos; regresó a Francia y un año más tarde se casó con el joven rey de Navarra.

En este caso, el emperador no estaba dispuesto a renunciar a su principal demanda por la que Francisco debía cederle la posesión de «nada menos que el ducado de Borgoña, su antiguo patrimonio, cuna de la fundación de su orden [el Toisón de Oro], del que portaba nombre y armas». El resto de condiciones estaban subordinadas a esta. Nicolás Perrenot, quien junto a Gattinara estaba a cargo de las conversaciones, informaba sin embargo que Francisco «estaba firmemente determinado a no ceder el citado ducado». Conviene recordar aquí que Borgoña durante mucho tiempo había sido motivo de disputa entre las familias gobernantes de Francia y de los Países Bajos, y de hecho se había dividido en dos partes, una mitad conocida como el Franco Condado, ahora gobernada por Carlos como duque de Borgoña, y la otra mitad con su capital en Dijon, gobernada por Francia. Ambas mitades, insistía Carlos, constituían un solo país y eso es lo que él quería conseguir de Francisco I.

Para el rey francés todo su encierro fue una desagradable y humillante experiencia. Finalmente, el 14 de enero de 1526 firmó el tratado de Madrid, accediendo a casarse con la hermana de Carlos, Leonor, y a ceder Borgoña según le pedían. Gattinara se opuso ante lo que consideraba un acuerdo favorable para Francisco, y se negó a emplear el sello imperial en el documento. Carlos, que tuvo que sellarlo por sí mismo, murmuró que en el futuro no volvería a designar a ningún canciller. Gattinara, como posteriormente se demostró, había acertado en sus sospechas. Poco tiempo después de firmar el tratado, Francisco hizo una declaración secreta anulando de antemano cualquier rendición de Borgoña. Había también otras cláusulas acordadas en el documento, incluida la liberación de todos los prisioneros hechos en Pavía. Según los términos del tratado, el rey de Francia debía ser puesto en libertad en marzo de 1526 y su lugar ocupado por sus dos hijos (de ocho y seis años de edad), ambos rescatados posteriormente según los términos de la Paz de Cambrai de 1529.

Los dos monarcas se encontraron a menudo a solas durante largos períodos. En una de esas reuniones, fueron trasportados en la misma litera. Como informa Sandoval: «Cosa digna de memoria fue ver dos tan grandes príncipes, mozos, briosos, amigos de honra y tan poderosos, cuyos corazones no cabían en España ni Francia, que los llevase la Fortuna juntos en una pequeña litera». A finales de febrero, Carlos describió personalmente los pasos dados para la liberación del rey:

> Permanecemos en Madrid el martes por la noche, el miércoles y el jueves, y al día siguiente saldremos con el citado rey nuestro hermano, y dormiremos a cuatro leguas de Madrid, para así poder llegar a Illescas, dos leguas más lejos, el sábado. En Illescas nos encontraremos a la reina nuestra hermana (Leonor). Allí se conocerán y se verán uno al otro y hablarán juntos; y luego el rey regresará a Madrid, y nosotros continuaremos acompañándole por la noche. Al día siguiente emprenderá viaje en dirección a Bayona acompañado por nuestro citado virrey. Poco después nuestra hermana la reina también partirá hacia allí, asistida por nuestro condestable de Castilla. Y para nosotros mismos, pretendemos tomar la carretera hacia Sevilla, donde nos encontraremos a nuestra emperatriz, y tendrá lugar nuestro matrimonio.

Ese matrimonio sería uno de los momentos clave en la vida de Carlos, y como tal vamos a considerarlo unas líneas más abajo. Carlos se despidió de Leonor en Illescas el 23 de febrero e hizo su entrada en Sevilla el 9 de marzo. Una semana después Francisco estaba de vuelta en Francia. Carlos informó a Fernando: «El rey de Francia ha sido devuelto a su reino el 17 de febrero, mientras yo recibía al delfín y al duque de Orleáns como rehenes, los cuales hubiera deseado poder llevar a Burgos; y el citado rey de Francia ha prometido cumplir todo aquello a lo que se ha comprometido en el tratado de paz». Sin embargo, al verse a salvo en casa, Francisco reveló que no tenía ninguna intención de cumplir el tratado. En cuanto Carlos tuvo noticia de ello, envió un mensajero urgente para alcanzar a su hermana, que había llegado a Vitoria, prohibiéndola que continuara su viaje a Francia. Francisco protestó, pero no podía hacer mucho más. El matrimonio entre Leonor y el rey no tendría lugar hasta tres años más tarde, como parte del tratado de Cambrai en 1529.

Francisco se preparó para devolver el golpe a su antiguo captor. Contaba con el respaldo de su alto tribunal, el Parlamento de París, quien juzgó que un acuerdo hecho bajo presión a un prisionero no tenía validez. Se había procurado también el apoyo de Enrique VIII (al que los agentes de Francisco habían sobornado generosamente), del nuevo papa Clemente VII (Adriano había muerto a finales de 1523) y de muchos príncipes italianos, ninguno de los cuales deseaba que Carlos estuviera en posición de dictar sus deseos a Europa. La situación amenazaba irremediablemente con generar nuevos conflictos en Italia. En mayo de 1526 el papa, Venecia y Francia firmaron un tratado secreto en Cognac, Francia, en el que proponían resolver las disputas sobre Milán confirmando los derechos del duque actual, Francisco Sforza, y de ese modo persuadirlo a poner fin a su alianza con Carlos; también planteaban amenazar los territorios italianos del emperador (principalmente Nápoles) por tierra y

mar. Inglaterra, según acordaron los firmantes, sería un activo aliado. La intención de las distintas partes era claramente restringir el ámbito de poder de Carlos. Si el emperador aceptaba esas medidas de presión, el papa ratificaría su todavía pendiente coronación. Para llevar el asunto a su terreno, Francisco I invitó a los embajadores del emperador a Cognac para que vieran por sí mismos cómo los nobles del parlamento de la Borgoña francesa se negaban a aceptar la trasferencia de su territorio a manos del emperador. Las condiciones parecían las propicias para entablar nuevamente la guerra. En Italia la Liga de Cognac reunió a un ejército y marchó sobre Milán.

En medio de este constante ambiente de guerra, hubo un hecho que habló solamente de paz. Uno de los acontecimientos más decisivos en la vida personal del emperador fue su primer y único matrimonio. En términos de vínculos familiares, Carlos era ciertamente el soltero más codiciado de Europa, y como tal desde su infancia se había acordado por tres veces su matrimonio: primero con dos hijas del rey Luis XII de Francia, las princesas Claudia y posteriormente Renata, y luego con su prima María, hija de Enrique VIII de Inglaterra y Catalina de Aragón. Carlos había conocido a María durante su segunda visita a Inglaterra, pero el matrimonio nunca tuvo lugar, y María muchos años después se casaría con Felipe, el hijo de su antiguo prometido.

Como hemos visto, el posible enlace matrimonial con Isabel, hermana de Juan III de Portugal, ya había estado sobre la mesa durante algún tiempo, mucho antes del matrimonio de su hermana Catalina. La reina viuda de Portugal, Leonor, hermana mayor de Carlos y última viuda del anterior rey, era decididamente partidaria de un casamiento que, a los ojos de Carlos, tenía el mérito político de unir los intereses de España y Portugal en la península. El canciller Gattinara, como otros ministros, se había posicionado desde 1523 claramente a favor de la idea, y

con mayor motivo aún, debido a la cuantiosa dote prometida. Nada se interponía en el camino de la propuesta unión. Es más, había incluso ventajas. Gracias al reciente regreso de Magallanes —un navegante portugués— de las islas de las Especias, Carlos podía reclamar su participación en el comercio de especias, por lo que era importante alcanzar un acuerdo con el portugués respecto a un negocio en el que hasta entonces habían ejercido el monopolio. Evidentemente, Carlos debió meditar profundamente sobre el asunto. En una reflexión que aparentemente dejó plasmada de su propia mano el día de su cumpleaños en 1525, escribió:

> Para remediar todo esto, no veo otro medio mejor sino que desde ahora se tratase el matrimonio de la hija del rey de Portugal conmigo y su inmediata venida a España. Con motivo de la boda, obtener una buena cantidad y reunir para este y otros asuntos las Cortes, dejando a la infanta de Portugal, que para entonces será mi esposa, la regencia de estos reinos.

Esa confesión resulta increíblemente interesante por cuanto vincula la importancia de su matrimonio con otras dos consideraciones: la necesidad de dinero y la inevitable separación de su futura esposa, quien tendría que actuar como regente. «No deseo una guerra este año», escribió Carlos en junio al archiduque Fernando, «sino más bien asistir al matrimonio y viajar a Italia por mar». Las negociaciones con Portugal llevaron todavía algún tiempo. Asimismo se enviaron embajadores a Londres para tratar el delicado asunto de romper el compromiso con la aún niña, princesa María, a la vez que se aseguraba la alianza con Inglaterra contra Francia. Finalmente, en octubre de 1525, las cláusulas portuguesas para el matrimonio fueron aceptadas y selladas; al mismo tiempo se solicitó la necesaria dispensa del papa, ya que Isabel, como nieta de Isabel la Católica, era prima de Carlos. La dote aportada por Portugal alcanzaba la enorme suma de ocho mil kilos de oro. El solemne matrimonio por poderes fue celebrado el 1 de noviembre al anochecer en Almeirim; entre las personas presentes se encontraban el rey Juan III y la reina Cata-

lina, hermana pequeña de Carlos. Las ceremonias fueron seguidas de baile y de un banquete de dos horas de duración.

Se había decidido que la novia viajara acompañada desde Lisboa a Sevilla, con una parada de una semana en Badajoz. Sevilla fue elegida como escenario para el casamiento público, sin duda porque era la ciudad más grande de Castilla, y el principal puerto con acceso al Nuevo Mundo, pero también porque Carlos había planeado combinar el acontecimiento con una visita a las provincias del sur. La comitiva de Isabel llegó a la ciudad el 3 de marzo, lo que proporcionó a Sevilla la oportunidad de organizar las oportunas celebraciones para recibirla. Siete arcos fueron erigidos en las principales calles en honor a la pareja real.

Carlos llegó una semana después. La tarde del 9 de marzo de 1526, en presencia de una enorme multitud y bajo la deslumbrante luz de un gran despliegue de antorchas, el emperador conoció a su princesa. La joven de veintitrés años de edad, era elegante y grácil y, como muestra su retrato más allá de toda duda y así lo confirman todos los contemporáneos, de una asombrosa belleza. El cronista Alonso de Santa Cruz informaba: «Era la emperatriz blanca de rostro. Tenía los ojos grandes, la boca pequeña, la nariz aguileña, los pechos secos, de buenas manos, la garganta alta y hermosa». El embajador de Margarita de Austria la escribió diciendo: «Yo estuve presente la primera vez que el emperador se acercó a Isabel, y nunca había visto dos recién casados más contentos el uno con el otro que ellos». Debieron hablarse en castellano, la única lengua que tenían en común.

Los dos actos necesarios para completar el casamiento se llevaron a cabo esa misma tarde en el Alcázar. Primeramente, el contrato matrimonial fue confirmado por el legado del papa, quien además llevaba consigo la dispensa para el matrimonio, al ser los cónyuges primos hermanos. Y luego, a medianoche, en una ceremonia separada, el arzobispo de Toledo impartió la bendición nupcial. El regocijo público comenzó y ya solo faltaba que la pa-

reja se retirara a descansar. «E desque fue acostada», comentó un cronista, «pasó el emperador a consumar el matrimonio, como católico príncipe». El éxito del coito sexual era un acontecimiento público donde se demostraba que el principal propósito del matrimonio había sido cumplido, y la muchedumbre aguardaba fuera, en las calles, cuando el suceso fue proclamado. Los recién casados obviamente disfrutaron de su relación; cuando la ciudad volvió al trabajo al alba como cada día, ellos aún permanecieron en la cama hasta las once de la mañana.

El embajador de Portugal informó a su rey: «En cuanto están juntos, aunque todo el mundo esté presente, no ven a nadie… ambos hablan y ríen, que nunca hacen otra cosa…». Aquella resultó ser una sorprendente y exitosa unión, en la que Isabel siempre supo estar a la altura del papel que se esperaba de ella como emperatriz. Si hubo alguna decepción privada, esta sería a consecuencia del carácter público del cargo de su esposo, pues como hombre y como marido, Carlos nunca cesó de colmarla de atenciones y respetarla y ella, por su parte, le profesó un profundo afecto. Uno de los secretarios de la archiduquesa Margarita, que estuvo presente en las celebraciones de Sevilla, la escribió: «Daría lo que fuera porque pudieseis verla, pues si ya os han contado de sus muchas bellezas, virtudes y bondades, aún le encontraríais muchas más, y veríais lo felices que están juntos». Dos semanas después del casamiento, el propio Carlos informaba sucintamente a su hermano Fernando: «Ahora he entrado en el estado de casado, que me complace plenamente».

Durante su larga luna de miel permanecieron en Sevilla hasta el mes de mayo, cuando la primavera en Andalucía comenzaba a dar paso al verano. En los corrillos se rumoreaba que «la emperatriz duerme cada noche con su marido en brazos». Nadie dudaba de que Carlos estuviera enamorado, y así continuó durante toda su vida. Pero había importantes asuntos de estado que requerían su atención. El mismo día de su boda recibió la noticia de que un

juez real había ordenado la ejecución en Valladolid del rebelde obispo comunero Acuña, quien había matado a su carcelero tratando de escapar de su prisión en el castillo de Simancas. Tanto Carlos como sus oficiales sabían que la ejecución de un obispo llevaba aparejada la inmediata excomunión, es decir, la privación de los sacramentos. Efectivamente, la excomunión llegó de Roma y Carlos esa Pascua de 1526 se vio obligado a no asistir a misa ni recibir la comunión. Algún tiempo después, obtendría el perdón del papa. En ese mismo período recibió también la triste noticia de la muerte de su hermana Isabel, con la que se había criado en Gante, pero a la que no había vuelto a ver desde su matrimonio en 1515 con el rey de Dinamarca, Cristián II. El suyo había sido un matrimonio desdichado e Isabel tuvo que huir con sus hijos de Copenhague cuando una revolución derrocó al rey. Desde entonces vivía exiliada en los Países Bajos con Margarita.

El 14 de mayo, la corte real abandonó Sevilla y se dirigió a Granada, en busca de un clima más fresco. Al pasar por Córdoba, el emperador criticó los cambios realizados en la antigua mezquita, donde una parte del interior había sido reformada para construir una iglesia cristiana. Las autoridades locales habían tratado de conservar el edificio tal y como se encontraba en tiempos de los musulmanes «porque la obra que se desfaze es de calidad que no se podrá boluer a fazer en la bondad e perfición questa fecha». A pesar de todo, la construcción de la iglesia cristiana siguió adelante. Cuando Carlos contempló lo que se había hecho, señaló: «Yo no sabía que era esto, pues no hubiera permitido que se llegara a lo antiguo; por qué hacéis lo que puede haber en otras partes y habéis deshecho lo que era singular en el mundo». Fue la primera de las muchas cosas que llegaría a aprender sobre los antiguos territorios islámicos que ahora gobernaba. El conjunto de su visita a Andalucía, un tumultuoso periplo que combinaba la llegada de los cientos de personas que acompaña-

ban a la corte con los miles de campesinos musulmanes que se apiñaban para ver el espectáculo, debió resultar una inolvidable experiencia para él. En Granada, adonde llegó el 4 de junio, fue alojado en una Alhambra medio en ruinas, para cuya restauración ordenó que se dispusiera inmediatamente el dinero necesario. Así lo recogió el cronista Santa Cruz: «Aunque de todas las ciudades de sus Reinos había mostrado tener gran contento, mostró tener a esta mucho más». La noche del 4 de julio se produjo un importante temblor de tierra en Granada, lo que le hizo adoptar la medida de seguridad de alojar a la emperatriz no arriba en la Alhambra, sino en la ciudad, en un convento. En el mes de septiembre, resultó evidente que ella estaba embarazada, proporcionándole mayor motivo aún para incrementar su seguridad. Todo esfuerzo era poco para el caso de un posible heredero.

Desde Granada tuvo que hacerse cargo de muchos y serios asuntos del gobierno tales como la creación formal de un Consejo de Estado, una suerte de órgano supremo para cuestiones imperiales. Los tribunales judiciales de España fueron también reorganizados. Principalmente se tomaron decisiones —que trataremos más tarde (capítulo 8)— sobre la situación de la población islámica en la región, que había sido mal tratada en las circunstancias de la ocupación por los señores cristianos e inmigrantes. Solo en septiembre, Carlos firmó cuarenta nuevas leyes para regular el tema. En diciembre una junta especial adoptó disposiciones sobre la religión y educación de los jóvenes. También durante su estancia en la ciudad tuvo que ocuparse de otros asuntos relacionados con el resto de España, pero hubo dos cuestiones que hicieron necesaria su salida de Andalucía y su regreso a Castilla.

La primera, y ciertamente la más importante, era el embarazo de Isabel. Granada no tenía un entorno adecuado para el nacimiento real. La segunda era la situación bélica que amenazaba con estallar fuera de España. En el norte de Italia ya se habían

producido movimientos de tropas en las que el ejército imperial tuvo que enfrentarse a maniobras hostiles por parte de Francia y del papa. Más tarde, a mediados de noviembre, llegaron a Granada las noticias del desastre de Mohács y de la muerte de su cuñado, Ludwig (Luis) de Hungría (véase más adelante en este mismo capítulo). El poder musulmán se había recrudecido y el emperador necesitaba obtener ayuda de su hermano Fernando. En la primera semana de diciembre envió la convocatoria para que las Cortes de Castilla se reunieran en Valladolid, donde se celebraron en febrero. Carlos y gran parte de su corte dejaron Granada el 10 de diciembre; la comitiva de Isabel le seguiría más tarde, a un paso más tranquilo. Según informó un cronista, el emperador, «detúvose mucho en el camino, por las grandes aguas y nieves que en toda España hubo este año, que fue su invierno de los rigurosos que los nacidos vieron, y resultaron grandes daños con las crecidas de los ríos y enfermedades peligrosas».

Esa fue la única visita de Carlos a Granada, que quedaría grabada por siempre en su memoria, pues habían sido los días más felices e idílicos de su reinado. El lugar le agradó tanto que excepcionalmente decidió construir un nuevo palacio real allí. Las obras comenzaron en 1527, inmediatamente después de su luna de miel; pero debido a sus obligaciones en el extranjero nunca llegó a residir en él, y el edificio permaneció como un cascarón vacío. Mientras Carlos negociaba con las Cortes, su familia tuvo un nuevo miembro: fue allí, en uno de los palacios de Valladolid, donde Isabel dio a luz a un niño la tarde del 21 de mayo de 1527. Estuvo trece horas de parto, pero Carlos permaneció todo el tiempo a su lado. El orgulloso padre estaba «tan alegre y regocijado y gozoso del nuevo hijo», según informó el embajador de Fernando, que pasó el tiempo sin hacer nada más que organizar celebraciones y festejos. El infante, llamado Felipe, no sería bautizado por el arzobispo de Toledo hasta seis semanas más tarde, en el monasterio de San Pablo en Valladolid. Sus padrinos fue-

ron el condestable de Castilla (que lo llevó en brazos), el duque de Béjar y la hermana mayor de Carlos, la reina Leonor. El emperador dispuso, según declaró el embajador, «torneos y aventuras de la manera que Amadís lo cuenta, muy más fieros y graciosos que en el libro, así que ni antes ni después nunca tales fiestas se hicieron».

Los siete años que Carlos pasó en España fueron importantes en tanto en cuanto los aprovechó para establecer el gobierno del país: reformó la corte, reorganizó la administración y presidió un significativo resurgir cultural en su corte. En la práctica, aún no se había fijado una ciudad como capital de Castilla, y Carlos continuó siendo un rey itinerante. Invirtió dinero en restaurar viejos palacios, pero como confió a su hijo Felipe una vez, «los reyes no necesitan tener casas»; le satisfacía estar siempre en movimiento, como sucedió el año 1526, cuando tuvo que pasar largos períodos en Madrid (por el asunto de Francisco I), en Sevilla (por su matrimonio), y en Granada. Los desplazamientos por España demuestran que Carlos había reanudado el carácter viajero del reinado de Fernando e Isabel: fue visto en todas partes y, en consecuencia, se ganó la lealtad de muchos españoles. Ese hecho resulta esencial para comprender cómo la inicial suspicacia general de 1520 fue reemplazada por una considerable dosis de devoción. Cataluña en particular se vería especialmente privilegiada: prácticamente todas las idas y venidas del emperador fueron a través del puerto de Barcelona, donde en abril de 1535 reunió el espléndido contingente de fuerzas destinadas al asedio de Túnez.

La corte creció en tamaño debido a sus responsabilidades y, a pesar de los viajes de Carlos por la península, se hizo más sedentaria y distante del pueblo llano. Las Cortes solicitaron a Carlos «que celebrara sesiones públicas determinados días de la semana como era la costumbre del Rey Católico», con el fin de dispensar justicia; pero eso nunca llegó a suceder. En su lugar, la casa real adoptó a partir de 1548 el complejo y lujoso ceremonial de Bor-

goña, con un enorme plantel que iba desde el mayordomo mayor a caballeros de la corte y pajes. Hacia el final de su reinado, Carlos contaba con setecientas sesenta y dos personas en su casa de España, con un coste de doscientos mil ducados al año: la suma excluye las casas de la emperatriz y del príncipe. Esta abultada cifra incluye necesariamente la mayoría de los funcionarios del estado, ya que en esa época el gobierno era inseparable de la casa del rey.

Teóricamente la administración de España estaba bajo la dirección de Gattinara como gran canciller, pero el control efectivo fue recayendo cada vez más en manos de españoles. De ellos el más importante fue Francisco de los Cobos (fallecido en 1547), un andaluz de origen humilde que sirvió en la Secretaría Real en España y luego marchó a Flandes en 1516, donde se ganó el favor de Chièvres y un puesto influyente cuando la corte vino a España en 1517. Al morir Chièvres súbitamente en Alemania a causa de la peste en 1521, el emperador empezó a apoyarse en Cobos, que también le acompañaba, requiriendo su consejo en los asuntos españoles. A partir de entonces la estrella de Cobos fue emergiendo mientras la de Gattinara se desvanecía. Se convirtió en secretario principal del emperador, y en 1529 fue designado miembro del Consejo de Estado, ocupando el cargo de consejero principal del rey junto con Nicolás Perrenot, señor de Granvela. La muerte de Gattinara en 1530 confirmó su preeminencia. A lo largo de los siguientes ocho años, Cobos acompañó al emperador en todos sus viajes, pero progresivamente fue derivando en Perrenot los asuntos del extranjero; desde 1539 se apartó de la primera línea y se consagró exclusivamente a la administración de España. Así lo recogió el embajador de Venecia en 1546: «Cuando está con el emperador todo pasa por sus manos; y cuando está ausente, su opinión es requerida en todas las ocasiones de importancia».

La mayor contribución de Cobos fue el reclutamiento y formación de una burocracia para el leal gobierno de Castilla. Sus funcionarios de mayor rango, que incluían a su sobrino Juan Vázquez de Molina y a Gonzalo Pérez, que sucedió a Alfonso de Valdés como secretario de latín y más tarde se convirtió en el secretario principal de Felipe II, no eran los hijos menores de la nobleza ni (exceptuando a Pérez) abogados (letrados). Provenientes de familias burguesas menores, mostraban deseos de ascender en la jerarquía, pero con una dedicación absoluta al servicio del emperador.

La felicidad de su matrimonio y el nacimiento de un hijo no garantizaron al emperador la más mínima tranquilidad. Los asuntos de fuera de España seguían inevitablemente reclamando su atención, así como su presencia. En la primera semana de julio de 1526, los comandantes italianos del ejército de la Liga de Cognac emprendieron operaciones militares contra los aliados del emperador y sitiaron Milán. Pero aparte del asedio no hicieron demasiados progresos y además, a primeros de septiembre, recibieron la mala noticia concerniente a la contundente victoria de las fuerzas otomanas sobre las cristianas en Mohács, Hungría. Es posible encontrar una crónica completa del desastre en una carta de Fernando dirigida a la archiduquesa Margarita en septiembre de 1526:

> Acaba de llegarme la noticia que los turcos con doscientos mil hombres se han enfrentado al rey de Hungría, mi difunto cuñado a unas veinte millas de Buda, donde se había apostado con cuarenta mil hombres para defender su país. El 29 de agosto pasado se entabló la batalla, la cual fue ganada por los turcos, y toda la enorme cantidad de artillería del difunto rey fue destruida y él mismo muerto, algunos dicen que mientras luchaba, otros, que advirtiendo que dicha batalla estaba perdida, se retiró, y pensando en escapar, se adentró en un cenagal donde permaneció, lo que parece más probable. De modo que ya podéis imaginar, señora, lo perplejo que estoy por verme privado de dinero y ayuda contra tan formidable potencia como la del citado turco… Hoy me ha llegado la noticia según la cual los turcos han tomado la ciudad de Buda y han enviado a dos de sus principales capitanes, cada uno con un gran número de hombres, uno para invadir mi país de Austria… y el otro para hacer lo mismo en Estiria, lo que ya han comenzado, adentrándose hasta quince o dieciséis millas de Viena. Si su majestad no encuentra rápidamente un remedio, no solo yo, nuestra Casa de Austria, y toda Alemania caerá en una completa ruina y desolación, sino también toda la cristiandad…

Fue un suceso, como pronto veremos, que tuvo un efecto inmediato en las decisiones políticas del emperador. Pero también

trajo lamentables consecuencias para el papa, quien buscaba aliarse con Carlos contra la amenaza musulmana, pero se vio obligado por sus aliados a mantener a un ejército en el campo con el objetivo de oponerse a las fuerzas del duque de Borbón. Dos meses después de Mohács, la Dieta Húngara eligió a Fernando rey de Hungría y Bohemia en lugar de su fallecido cuñado. Carlos, como ya hemos visto, estaba en Granada cuando recibió la noticia de los acontecimientos. Rápidamente se hicieron los preparativos para que pudiera regresar a la sede del gobierno. Las Cortes de Castilla fueron convocadas y se reunieron en Valladolid en 1527, pero a pesar de la esperanza de que pudieran lograr autorizar un crédito para reparar la situación causada por Mohács, se negaron; solo el clero proporcionó algún dinero.

También en Italia los acontecimientos dieron un drástico giro durante el año 1527. A principios de ese mismo año, los destacamentos imperiales en Italia, comandados por Borbón y por el general alemán Georg von Frundsberg, unieron fuerzas en Piacenza y saliendo desde Milán se desplazaron hacia el sur. Al mismo tiempo las fuerzas de Nápoles, capitaneadas por Lannoy, amenazaban desde el sur, aunque el propio Lannoy accediendo a una petición del papa ofreció una breve tregua. Borbón, en cambio, prefirió no prestar atención al acuerdo con Nápoles y, en la primera semana de mayo, su ejército se presentó ante Roma. Cuando el papa se negó a dejar entrar a las tropas en la ciudad, Borbón en persona lideró el asalto a sus muros, aunque murió al alcanzarle una bala. El papa y los cardenales se refugiaron en el Castillo de Sant'Angelo, pero el vengativo ejército imperial, compuesto principalmente por mercenarios alemanes y soldados españoles, saqueó la Ciudad Eterna, expolió los ricos edificios y violó a las mujeres. Las crónicas contemporáneas no dejan duda sobre la atrocidad de la escena, un ultraje que provocaría el horror universal.

Lannoy trató de llegar rápidamente hasta Sant'Angelo y negociar los términos con el papa, que, a partir de entonces, quedó bajo la protección del emperador. Las noticias tardaron varios días en llegar a Madrid, donde el emperador se quedó consternado al oírlas. Afortunadamente, Carlos no fue considerado culpable, pero en España algunos se apresuraron a condenar públicamente el ultraje. En gran medida, las aspiraciones de Carlos dependían de que consiguiera mantener la buena voluntad del papa, al que confiaba ver lo más pronto posible (si bien no ocurriría hasta tres años más tarde), cuando también esperaba ser reconfirmado como emperador con la imprescindible ceremonia de coronación.

En privado se palpaba una considerable satisfacción en muchos sectores ante el ultraje perpetrado sobre el papado. Sus adversarios sentían que el papa merecía recoger los frutos de sus políticas, mientras que los reformistas religiosos y humanistas consideraban que la corrupción en la Iglesia había sido por fin castigada. El secretario de latín de Carlos, Alfonso de Valdés, escribió un ensayo literario, titulado *Diálogo sobre los recientes acontecimientos en Roma*, que circuló en forma de manuscrito entre los funcionarios y recibió la aprobación general por sus críticas al papado. Ese año fue también el de la muerte en septiembre de Carlos de Lannoy, que había sido virrey de Nápoles desde 1522. Su puesto fue ocupado por Hugo de Moncada, quien a finales de año firmó un tratado de paz con el papa. Mientras tanto Carlos había escrito a Roma lamentando los incidentes de los pasados meses.

El saqueo de Roma trajo inevitablemente muchas consecuencias negativas para Carlos. Francisco I aprovechó la oportunidad para pactar acuerdos en abril y agosto de 1527 con Enrique VIII de Inglaterra (que en esa época aún era un católico acérrimo). Francisco renunció a la proposición de matrimonio con Leonor, la hermana de Carlos, y accedió en su lugar a casarse con María,

la hija de nueve años de edad de Enrique (que previamente se había comprometido con el emperador, y muchos años después se casaría con Felipe II de España). Los dos reyes acordaron también solicitar la liberación de los hijos de Francisco de su cautiverio en Madrid. Hubo además varios planes para unirse en una intervención militar contra el emperador, todos los cuales acabaron en nada. Las guerras en Italia continuaron, pero únicamente porque Francisco organizó nuevos ejércitos, desde julio de 1527, para invadirla tanto por tierra como por mar con la presunta excusa de liberar al papa. Asimismo la flota francesa inició una tentativa (sin éxito) de alzamiento en Sicilia contra el emperador.

En el continuo relato de las acciones militares en Italia, nada resulta más obvio que la persistente intención de Francisco I de causar el mayor daño posible a Carlos sin preocuparse demasiado del terrible impacto causado en la vida diaria de los italianos. En enero de 1528, Francisco envió un heraldo de armas a Burgos para anunciar formalmente al emperador una declaración de guerra acompañada del sonido de trompetas y toda la pompa medieval. Al mismo tiempo, llegó un mensajero inglés de parte de Enrique VIII con idéntica misión. Carlos replicó por escrito al heraldo inglés diciéndole que no había excusa para la guerra, y aprovechó la oportunidad para criticar al rey por abandonar a su esposa. Sin dejarse impresionar por el mensaje francés, el emperador envió a París a su embajador Nicolás Perrenot para tratar personalmente con Francisco. «Voluntariamente suspendería algunos de mis derechos con el propósito de obtener la paz», escribió a Perrenot, «y poner fin así a los males que sin tener nosotros culpa se han perpetrado hasta el presente y evitar aquellos que pudieran llegar en el futuro». La respuesta de Francisco fue encarcelar a Perrenot en el castillo de Vincennes.

Furioso, Carlos le pidió al embajador francés que transmitiera el siguiente mensaje: «Yo he dicho y diré sin mentir, que Vos havéis hecho ruinmente y vilmente en no guardarme la fe que me

distes conforme a la capitulación de Madrid. Y si quisierdes afirmar lo contrario, digo que por bien de la christiandad y por evitar efusión de sangre y poner fin a esta guerra, mantendré de mi persona a la vuestra ser lo que he dicho verdad». La carta resultó de extrema importancia, pues era la primera vez que Carlos recurría a la tradición medieval de defender el propio honor mediante un combate personal. Su educación como un príncipe del Renacimiento le había hecho familiarizarse con el procedimiento. ¿Aceptaría el rey de Francia el desafío? Francisco redactó de inmediato una respuesta pidiendo a Perrenot que se la llevara al emperador, pero este sabía que aquel no era su papel y replicó que dado que sus poderes como embajador habían expirado no podía llevar el mensaje. Finalmente se buscó otro mensajero y Perrenot fue puesto en libertad.

La historia tuvo su secuela. Estando Carlos en Monzón el 5 de junio, llegó el mensajero de Francisco, quien de hecho era el heraldo real de armas, con el mensaje del rey. Sospechando cuál sería su contenido, Carlos pospuso el encuentro hasta dos días más tarde, cuando recibió formalmente al emisario en presencia de sus cortesanos y ministros. El heraldo, vestido con su uniforme de gala, llevaba la carta en la mano; se acercó al emperador e hizo cinco reverencias ante él. «Ahora miraré la carta que traéis —dijo Carlos— y pondré gran atención en obtener satisfacción y proteger mi honor. Mi canciller Mercurino Gattinara os dará una respuesta». Cuando el hombre se marchó, un cortesano flamenco leyó la carta en la que Francisco acusaba a Carlos de insultarle y expresaba su determinación de «satisfacer nuestro honor, si es voluntad de Dios, hasta la muerte». «Nunca hicimos nada que un caballero que aprecie su honor pudiera hacer, y declaramos que habéis mentido por vuestra boca y mentiréis cada vez que repitáis lo que habéis dicho». El desafío para un enfrentamiento personal dejó a Carlos impasible. Cuando el lector llegó a las palabras «habéis mentido», Carlos lo interrumpió, y co-

mentó sonriendo que el autor de la carta era el verdadero mentiroso. El emperador entonces pasó el mensaje al duque del Infantado solicitándole consejo sobre si debía aceptar el desafío. A finales de ese mes, el duque le contestó que un duelo solo era deseable en aquellas ocasiones en las que la disputa sobre algún asunto puesto en cuestión requiriese el juicio de Dios, pero en el caso presente no había duda ninguna sobre la responsabilidad del rey de Francia, y por tanto el duelo era innecesario. Carlos siguió el consejo del duque.

Entretanto en Italia, a lo largo de 1528, las fuerzas francesas dirigieron su atención al reino de Nápoles. Sus tropas estaban bajo el mando del mariscal Lautrec, y por mar contaban con el apoyo fuera de Nápoles de la flota genovesa comandada por la familia Doria. Una tentativa de ataque sobre los genoveses perpetrada por las galeras napolitanas al mando del virrey Moncada terminó en fracaso, con la muerte del virrey. Carlos entonces nombró al príncipe de Orange, Filiberto de Châlons, como virrey y supremo comandante en Italia. Por suerte para Orange, las largas semanas de campaña habían pasado factura a las fuerzas francesas cuyo número había quedado reducido y severamente debilitado por un brote de enfermedad que se llevó consigo a muchos comandantes, entre ellos al propio Lautrec, que murió en agosto. Los nuevos generales decidieron salir de Nápoles y retirarse hacia el norte, pero las fuerzas de Orange les presionaron con insistencia y en una confrontación los franceses fueron dispersados y sus generales capturados y llevados prisioneros a Nápoles. Francisco envió nuevas tropas desde Francia en un intento de unirse con los venecianos y capturar Milán, pero en junio las tropas imperiales al mando de Antonio de Leyva derrotaron a los franceses, se apoderaron de su artillería y persuadieron a los venecianos para retirarse. Fue el final del persistente sueño de los reyes franceses de establecerse permanentemente en Italia. Habían fracasado tanto en Milán como en Nápoles y Carlos conti-

nuó siendo la influencia extranjera dominante. Aparte del papado, solo la república de Venecia se mantenía como un poderoso estado autónomo.

Hubo además otro acontecimiento de gran importancia. Desde el siglo XIV el estratégico estado de Génova había estado asociado políticamente con Francia, que había recibido excelentes servicios de la flota privada de barcos bajo el mando de la poderosa familia patricia de los Doria. La vulnerable posición del emperador en el Mediterráneo occidental se puso de manifiesto en mayo de 1528 cuando su flota, comandada por el noble genovés Fabrizio Giustiniano fue derrotada por la armada de Doria en la bahía de Salerno. El antiguo virrey de Sicilia, Hugo de Moncada, murió durante la acción, y otros distinguidos nobles, incluyendo a Del Vasto y Colonna, fueron hechos prisioneros y conducidos a Génova.

Esa desgracia resultó tener consecuencias que estaban lejos de ser desfavorables para el emperador. Andrea Doria se encontraba en el proceso de deshacer su alianza con Francia, y en verano establecería un acuerdo histórico con el nuevo comandante supremo de Carlos en Italia, el joven príncipe de Orange. Por este acuerdo, Doria ponía su propia flota de doce galeras al servicio del emperador, recibiendo a cambio un importante número de concesiones que reforzaron su posición en el estado de Génova. Al mismo tiempo, un golpe perpetrado por su familia situó firmemente a la gran ciudad financiera y marítima en el campo de los Habsburgo. El almirante regresó en septiembre a Génova, que había sido evacuada a toda prisa por los franceses. Su deserción, junto con los consiguientes reveses militares sufridos por las tropas de Lautrec, obligó a Francia a firmar la paz con el emperador. Desde esa fecha, la flota de Doria tuvo un carácter destacado en todas las expediciones de Carlos V, y los incalculables servicios navales de los genoveses durante el resto del siglo transformaron la naturaleza del poder español en el Mediterráneo.

Tras el fracaso de los franceses en Italia en el año 1520 y siguientes, el mapa de la política europea cambió decisivamente a favor de Carlos. En su propia tierra, los Países Bajos, la archiduquesa Margarita le ayudó a llevar a cabo cambios fundamentales en la forma de gobierno. Cuando Carlos se convirtió en emperador, los Países Bajos eran una unión de doce provincias todas independientes unas de otras. Margarita negoció la anexión a esa unión, durante el año 1528, de las dos provincias de Utrecht y Overijssel. En ese mismo período, la archiduquesa se hallaba en conversaciones con Inglaterra y Francia con el propósito de alcanzar acuerdos de paz que pusieran fin a los conflictos que implicaban a los Países Bajos. Estos encuentros se desarrollaron en el palacio de Hampton Court y finalizaron en junio de 1528. Carlos estaba convencido de que solo una paz universal podría hacer que los distintos poderes aceptaran lo que aún quedaba por hacer para confirmarle en su título de emperador: una coronación formal por el papa. A comienzos de 1529, cuando parecía haberse alcanzado la paz en todos los escenarios de guerra, el papa Clemente VII dio su consentimiento para que comenzaran las conversaciones entre los agentes de Carlos y él mismo en Génova. En esas entrevistas preliminares se acordó que el papa coronaría al emperador en Bolonia antes de un año, y que las tropas imperiales ayudarían al sobrino de Clemente, Alessandro de Médicis, a recuperar el poder en la ciudad de Florencia.

Por fin los acontecimientos avanzaban hacia un acuerdo más firme entre los estados de la Europa occidental. El papa envió una delegación para que hablara directamente con Carlos en Barcelona, adonde había llegado el 30 de abril para presidir la apertura de las Cortes el 4 de mayo. El acuerdo alcanzado en representación de Carlos por Gattinara y Perrenot, conocido como tratado de Barcelona, fue firmado el 29 de junio de 1529; en él se confirmaba a Carlos como rey del feudo papal de Nápoles, otorgando a sus tropas el derecho a cruzar a través del territorio

papal cuando fuera necesario, y reafirmaba que Carlos apoyaría a Alejandro de Médicis como duque de Florencia dándole en matrimonio a su propia hija natural, Margarita, nacida en Flandes en 1522 y que tenía siete años de edad en el momento del tratado. El papa también prometió conceder el título imperial a Carlos, así como la potestad de que fuera él quien decidiera la persona a investir como duque de Milán, un título en duda en aquella época debido a las confusiones políticas que rodeaban al por entonces duque, Francisco Sforza. Carlos firmó el tratado en una solemne ceremonia celebrada en la catedral de Barcelona, «en la qual», según informó un cronista de la ciudad, «se congregà gran multitut de poble, e de cavallers, e gentils hòmens y de altra condició de gent».

El importantísimo acuerdo de Barcelona, que establecía la paz entre el emperador y el papa, y confirmaba efectivamente a Carlos como árbitro de las políticas italianas al asegurar su control tanto en Milán como en Nápoles, fue complementado en el norte de Europa por la diplomacia de Margarita de Austria. Francisco I estaba ansioso por obtener la libertad de sus dos hijos, e Inglaterra tenía interés en convertir la tregua de Hampton Court en un acuerdo de paz. El 7 de julio, Margarita y sus ministros entraron en la ciudad fronteriza de Cambrai y comenzaron sus reuniones en la abadía de Saint-Aubert con los distinguidos negociadores franceses liderados por la madre del rey, la duquesa Luisa de Saboya, cuñada de Margarita. Los ingleses y el papado también habían enviado una distinguida delegación cada uno. Las conversaciones se iniciaron diez días más tarde y poco después llegó a Cambrai la noticia de los acuerdos concluidos en Barcelona en junio. Esas noticias positivas tuvieron el efecto deseado.

El acuerdo de Cambrai, a veces conocido como la Paz de las Damas, debido a sus dos principales negociadoras, fue firmado y sellado el 5 de agosto de 1529 siendo uno de los acuerdos inter-

nacionales más decisivos en la historia de Europa. El principal motivo de desacuerdo entre Francisco y el emperador, relativo a la posesión del ducado de Borgoña, fue cuidadosamente soslayado, en vista de que no era posible llegar a un entendimiento. La petición de Francisco de libertar a sus hijos fue concedida a cambio del pago de una suma de dos millones de coronas, debiendo hacerse efectiva la liberación en el plazo de seis semanas. Sin embargo, antes de poder recuperar a los infantes, Francisco se comprometía a retirar todas las tropas francesas de Italia y entregar al emperador cualquier ciudad y fortaleza (como Milán) donde existieran guarniciones francesas. Con respecto a los territorios de los Países Bajos, Francisco renunciaba a toda pretensión de soberanía sobre las provincias de Flandes y Artois y ciudades como Arras y Lille. Las concesiones confirmaban la independencia de los Países Bajos de su anterior vinculación a la jurisdicción feudal francesa. El emperador por su parte hizo algunas renuncias similares sobre la jurisdicción de esa misma frontera. El tratado de Cambrai confirmaba también los planes para el matrimonio francés de Leonor, la hermana de Carlos, tal y como se habían previsto en el tratado de Madrid. Ella debía viajar a Francia en el mismo grupo que acompañaría a los príncipes franceses hasta la frontera. Tras firmar la paz, las cuñadas asistieron a misa mayor en la iglesia de Cambrai y juraron observar todas las estipulaciones. Francisco I, que en ese momento residía en una ciudad cercana, se apresuró a llegar a Cambrai para encontrarse con Margarita y tomar parte en las celebraciones de paz.

Vamos a adelantarnos ligeramente en el tiempo para analizar una consecuencia de este acuerdo de paz. A principios de febrero de 1530 el condestable de Castilla, Pedro Fernández de Velasco, escoltó a Leonor y a los príncipes hasta la isla de los Faisanes, en el río Bidasoa, donde un gran destacamento militar les aguardaba. Los reales personajes fueron entregados, al mismo tiempo que se transfería el dinero de su rescate. Francisco I había dis-

puesto todos los preparativos para recibirles en una abadía cercana a Roquefort sur la Douze, donde tuvo lugar el solemne matrimonio real. La nueva reina de Francia tenía treinta y dos años y el rey treinta y seis. La pareja comenzó haciendo su entrada real en Burdeos, y luego hicieron lo propio en otras ciudades de camino a París. El primer domingo de marzo, Leonor fue coronada reina con toda la pompa y ceremonia debida en la abadía de Saint Denis justo en las afueras de París, con la nobleza, los cardenales y obispos de Francia presentes. Su solemne entrada en la ciudad fue demorada diez días para poder disponer los preparativos de los festejos. Todos los augurios prometían felicidad y éxito. La pareja real se entendió bien (pese a que Francisco ya tenía una amante). El rey y el emperador estaban en paz y los acontecimientos políticos de Italia aún les permitirían prolongar esa situación de estabilidad durante algunos años más. Fue una época de rotundo éxito para Carlos. Había dejado en suspenso sus pretensiones sobre Borgoña, pero a cambio había logrado la paz en el norte y obtenido el incontestable control sobre Italia. La paz puso fin a una época en la política de Carlos. Hasta entonces sus principales preocupaciones se habían dirigido hacia el Mediterráneo; en lo sucesivo, a pesar de nuevas guerras en Italia, sus compromisos residirían en el norte con el crecimiento de la Reforma (un problema del que nos ocuparemos en el capítulo 5).

A lo largo de todos esos acontecimientos Carlos, con buen juicio, mantuvo las miras puestas en Italia, donde debía resolver su relación con Francia y lograr la paz con el papa. En consecuencia, durante muchos meses a lo largo del año 1528, estuvo muy ocupado preparando sus asuntos en España antes de realizar una nueva visita a Alemania. La emperatriz no podía acompañarle en sus obligaciones porque volvió a quedarse embarazada en noviembre de 1527, poco después de haberse recobrado del nacimiento de Felipe. En todo caso, ella debía gobernar los reinos en su ausencia, y además Carlos necesitaba asegurarse que su

nuevo hijo fuera aceptado como heredero de la corona. Esa primavera, los procuradores de las Cortes de Castilla se reunieron en el monasterio de San Jerónimo en Madrid y reconocieron al infante Felipe como heredero al trono. También proporcionaron a Carlos dinero para sus viajes y reconocieron a la emperatriz Isabel como regente del reino durante su inminente ausencia. Carlos entonces se dirigió a Valencia, ciudad a la que debía una visita desde su primera llegada a España en 1520, pero su estancia de diecisiete días en mayo de 1528 comenzó trágicamente, ya que la muchedumbre que esperaba para verle era tan numerosa que provocó el hundimiento de un puente, muriendo muchas personas. Su siguiente parada fue Monzón, donde inauguró la sesión de las Cortes de Aragón y Cataluña. Mientras estaba allí, la emperatriz dio a luz a una niña, María, el 21 de junio de 1528 en el palacio real del Alcázar de Madrid. Ese año en lo referente a los asuntos internos de España no pudo ser más satisfactorio, a excepción de los problemas de abastecimiento de alimentos causados por la sequía. Según informó Martín de Salinas al archiduque Fernando: «Toda España está muy trabajada, sin que ninguna parte se pueda reservar de mucha hambre por la mucha seca que ha habida este año».

Los preparativos para el nuevo viaje habían sido dispuestos desde enero de 1529. Pero en ningún caso puede considerarse que esa marcha contara con la aprobación popular. «Todos los de su Consejo y aun todos los del reino [es decir, las Cortes] son de contraria opinión», informó Salinas. Carlos, en su propio nombre y en el de su madre, promulgó un decreto designando a su esposa Isabel, de veinticinco años, regente de los reinos hasta que su hijo Felipe cumpliera la edad de catorce. Asimismo fue nombrada lugarteniente general de la corona de Aragón. Se trataba de un proceso similar al modo en que había asegurado la autoridad de Margarita en los Países Bajos y de Fernando en Alemania. En la práctica, la dirección del gobierno recaería sobre el conse-

jero jefe de Isabel, el cardenal Juan de Tavera, arzobispo de Toledo. Carlos también impartió, en su propio nombre exclusivamente, instrucciones precisas a la regencia para las cuestiones políticas. La partida formal, con Barcelona como primera parada prevista, comenzó en Toledo el 8 de marzo. Fue una masiva operación que implicó a todo el personal del gobierno imperial y a toda la alta aristocracia de Castilla, una multitud de miles de personas.

En el puerto de Barcelona el almirante Andrea Doria aguardaba con sus trece galeras. El distinguido almirante, ahora de sesenta y cuatro años, con su largo cabello y su barba blanca, llegó acompañado por un grupo de nobles genoveses para tener su primera reunión personal con el emperador. Cuando el marino hizo amago de quitarse el sombrero, Carlos le detuvo y en su lugar fue él quien se descubrió la cabeza. Fue un gesto que en la España de los Habsburgo venía a significar el otorgar rango de grande al noble privilegiado por mantenerse cubierto en presencia real. Doria diría: «Poderoso príncipe, no diré demasiado, pero haré mucho más. Puedo asegurar a Su Majestad que estoy preparado para llevar a cabo con lealtad todo lo que sirva a sus intereses». El joven emperador replicó: «He depositado mi confianza en vos». La alianza perduró a lo largo de toda su vida. Durante los reinados de Carlos y de su hijo Felipe II, las flotas genovesas garantizaron la superioridad del Sacro Imperio Romano y de España en el Mediterráneo occidental.

Cuando Carlos partió de Barcelona rumbo a Italia en el verano de 1529, llevaba el cabello corto en deferencia al estilo ahora común en la Europa occidental. Aquellos de su entorno que fueron igualmente obligados a cortarse el cabello, lloraron cuando lo hicieron. Él y su corte zarparon de Barcelona a las cinco de la mañana del 28 de julio de 1529, en una imponente flota compuesta finalmente por treinta y cuatro navíos y ciento treinta naves de transporte, llevando a todo un ejército de caballería e in-

fantería, unos diez mil infantes y jinetes que había requerido para su actividad en Italia. Solo el número de caballos se estimaba en dos mil quinientos. Curiosamente, era el primer viaje de Carlos a través del Mediterráneo. No regresaría hasta 1533. La noticia de la partida fue lo suficientemente asombrosa para que el exiliado valenciano Juan Luis Vives oyera hablar de ella en los Países Bajos y escribiera excitado al humanista Erasmo que «¡España está al mando de todo!».

Carlos dejó tras de sí a una afligida emperatriz y un reino que lamentaba su partida. Los españoles no entendían la razón por la que deseaba marcharse. «Todo el reino está bueno», informaba poco después Martín de Salinas, «pacífico y en toda quietud; y es tanto el deseo de la avenida de S. M. que el que tal nueva truxere será bienvenido; que en Corte y caminos esto es lo que agora se trata, demandando en qué lugar está S. M. y si tiene exército el Lutero, y el turco si está en persona en Hungría, y desta calidad todos lo que se puede platicar».

La flota del emperador se mantuvo cerca de la costa, por razones de seguridad. Dos días después de dejar Barcelona, Carlos desembarcó en Palamós por una noche y pasó cuatro días a bordo en el puerto. Entonces reanudaron el viaje, haciendo paradas en Villefranche cerca de Niza, Mónaco y luego en Savona. La expedición llegó el 12 de agosto a Génova, donde las tropas españolas fueron reforzadas con ocho mil hombres más traídos de Alemania, y por destacamentos del ejército imperial con base en Milán comandados por Antonio de Leyva. Fue el comienzo de otra fase esencial en la carrera del emperador.

[1] Escrita por la mano de vuestro padre, hermano, primo y tío político, Enrique.

CAPÍTULO 4. El círculo familiar

Quizá la descripción más fiable de Carlos como persona al principio de su extraordinaria andadura es la ofrecida por el eminente diplomático veneciano y posteriormente cardenal, Gasparo Contarini. En septiembre de 1520, en el preciso momento de la elección de Carlos, la república de Venecia designó a Contarini como embajador ante el nuevo emperador. A lo largo de los cuatro años siguientes, el diplomático acompañaría a Carlos a Alemania, los Países Bajos y España. Cuando regresó a Venecia en 1525 incluyó en su informe una concisa descripción del rey:

> Es de mediana estatura, ni demasiado alto ni tampoco bajo, tez blanca, más pálida que rubicunda, de cuerpo bien proporcionado, piernas fuertes, buenos brazos, nariz ligeramente aquilina pero no demasiado, de ojos inquietos, aspecto grave, pero no severo ni hosco, sin que se pueda reprochar ninguna otra parte de su persona excepto su mentón, o más bien toda la mandíbula inferior que es tan ancha y protuberante que no parece natural con el cuerpo sino postiza, de modo que cuando cierra la boca no puede juntar los dientes inferiores con los superiores y estos quedan separados por el grosor de un diente haciendo que cuando habla, especialmente al final de una frase, balbucee algunas palabras que a menudo no se le entienden muy bien.
>
> Es hombre muy religioso, justo, desprovisto de todo vicio, nada inclinado a las distracciones a las que los jóvenes suelen entregarse, ni tampoco se complace en pasatiempo alguno. En ocasiones sale de caza, pero no con frecuencia, su única satisfacción es el trabajo y asistir a sus consejos, en lo que es muy diligente, dedicando mucho tiempo a esas tareas. No es muy afable, más bien parco que generoso, a causa de lo cual no es muy apreciado; no muestra signos de ambición, sino una gran avidez por combatir, un gran deseo de participar en campañas de guerra, y un gran deseo de entrar en combate contra el infiel.
>
> El emperador es hombre de pocas palabras y muy moderado carácter; no se entusiasma en los buenos tiempos ni se deprime en las adversidades. Sin embargo, es cierto que siente más tristeza que alegría, esa es su naturaleza, que como ya he mencionado es melancólica. Ciertamente en esta gran victoria contra el rey cristiano mostró tal modestia, que resultó milagrosa; no se apreció en él signo de arrogancia alguna ni en sus palabras ni en sus gestos.

Tanto en privado como en público la conducta de Carlos fue cuidadosamente observada en esos primeros años por visitantes y diplomáticos, y ampliamente comentada. Todos coincidían en su intensa piedad, pero la mayoría se contuvo a la hora de indagar sobre su conducta moral, si bien aceptaron como normales el puñado de romances que se le atribuyeron en los años anteriores a su matrimonio. Entre la década de 1520 y la de 1530 su principal confesor fue el español García de Loaysa, primer obispo de

Osma y posteriormente de Sigüenza, cuyos moderados consejos parecen haber influenciado al emperador de diversas maneras. En una carta privada de Loaysa dirigida a Carlos en 1530, observaba: «Hay en Su Majestad dos antagonistas principales, la indolencia y la ambición, que siempre han mantenido una dura disputa por la supremacía». Además destacaba que el emperador tenía «un enemigo natural en su interior, que le inclina a la glotonería». La debilidad de Carlos por la comida le persiguió durante toda su vida.

Es probable que disfrutara demasiado en la mesa, pero esa evidencia no es en ningún caso definitiva. «Suplico a Vuestra Magestad no coma manjares contrarios a su salud», le recomendó un consejero en 1530; y en 1550 el embajador veneciano en Bruselas declaró: «Su Majestad siempre come en exceso». Sus comidas favoritas incluían animales de caza (jabalíes, venados, aves, conejos) y pescado (incluidos arenques, ostras y langosta). También en 1550 un enviado inglés a los Países Bajos, Roger Ascham, atestiguó haber visto al emperador comer muy bien y beber más de lo que lo hacían otros. Comiera o no copiosamente, lo que es incuestionable es que bebía con moderación, algunas veces vino blanco y, más comúnmente, cerveza. Gracias a él se introdujo por primera vez en España la cerveza como bebida. En ese sentido, los comentarios del escritor y soldado Brantôme apoyan la idea de un hombre con un apetito moderado: «Se dice del emperador que ingiere tres vasos en la comida y en la cena, pero siempre ha sido moderado tanto con la bebida como con la comida». Su almuerzo solía ser hacia las doce del mediodía y su cena a las ocho, con una ligera recena a última hora.

Sus problemas de salud eran cuidadosamente anotados por sus observadores, ya que a medida que se fue haciendo mayor llegaron a afectar a sus obligaciones y, con el tiempo, se volvieron tan graves que, como veremos, le obligaron a retirarse de la vida pública. De joven, sin embargo, no parecía existir límite a su capa-

cidad física, pues era un vigoroso cazador, y mostraba una activa dedicación a las armas y las artes de la caballería, participando al máximo en arriesgadas operaciones militares. Pero a medida que envejeció, dormía cada vez menos. Se dice que cuando contaba más de cuarenta años, nunca dormía más de cuatro horas seguidas de las veinticuatro.

Aunque el destino le había llevado al punto más alto de la política europea, Carlos no estaba nunca solo, siendo apoyado en cada paso por los vínculos que le ataban a su familia, sus relaciones y sus consejeros. Estos últimos (véase capítulo 7) viajaban invariablemente con él a todas partes, pero su familia no podía hacerlo y, por tanto, su apego hacia ellos se vio continuamente minado por la ausencia de estos de su lado, dado que muchos estaban casados con gobernantes extranjeros y apenas le veían. No obstante, su importancia política hacía esencial que Carlos estuviera en contacto constante con ellos. De no haber contado con el apoyo en cada momento de sus familiares, a los que estaba unido por lazos de afecto y de lealtad dinástica, nunca habría podido ser quien fue. Ese principio dinástico estaba fuertemente arraigado en todos los miembros de la nobleza de la época, pero mucho más en los Habsburgo, como hemos podido apreciar a través de los impresionantes esfuerzos del emperador Maximiliano I por mantener el contacto con la familia a pesar de las grandes distancias que les separaban debido a las alianzas matrimoniales efectuadas. Carlos, inevitablemente, se hallaba profundamente comprometido a esos mismos intereses personales y dinásticos.

Su primer vínculo dinástico importante fue con su tía Margarita de Austria (1480-1530), a la que hemos destacado como una determinante influencia en su vida. Cuando su tercer esposo, Filiberto de Saboya, murió (en 1504) a causa de un accidente de caza con tan solo veinticuatro años, ella decidió permanecer en Bourg-en-Bresse, Saboya, y supervisar la construcción de un

edificio conmemorativo de su marido: el monasterio real de Brou y su anexo, una magnífica iglesia gótica. Sin embargo, nunca llegó a ver la iglesia terminada, pues fue requerida para acudir a los Países Bajos, donde desde 1507 ejerció con plenos poderes como regente en nombre de su sobrino Carlos. Se retiró de la política activa cuando Carlos asumió el poder en 1515, pero continuó actuando como su regente cuando él viajó a España dos años más tarde. Desde entonces se convirtió en un agente clave en las manipulaciones que garantizaron la corona imperial para su sobrino, ejerciendo, a partir de ese momento, un papel activo entre bastidores, y actuando en favor de Carlos, especialmente a la hora de lograr la Paz de Cambrai. Las pensiones que recibía de sus matrimonios la habían convertido en una mujer rica. Empleó el dinero en promocionar el arte y la cultura renacentista en Malinas, pero su mayor logro artístico fue el monasterio de Brou, adonde fue trasladado su cuerpo para ser sepultado en 1532.

Además de Margarita, Carlos estaba estrechamente unido a sus hermanas. Su hermana mayor Leonor, nacida el 15 de noviembre de 1498 en Gante, fue criada en el mundo cortesano y cultural del Renacimiento. La familia buscó celebrar un matrimonio real para ella en varias ocasiones, pero todas sin demasiado éxito. Al final, acompañaría a su hermano a España en 1517, con el propósito de que contrajera matrimonio con el rey viudo Manuel de Portugal, veintinueve años mayor que ella. La boda (por poderes) tuvo lugar en Castilla en 1518, tras la cual se marchó a Portugal donde se convirtió en madre de un niño, que murió en la infancia, y de una niña, María. Cuando Manuel falleció en diciembre de 1521, regresó a Tordesillas y retomó el contacto con su madre Juana.

El primer matrimonio de Manuel había sido con Isabel, hija de Fernando e Isabel de España, que murió en 1498; luego se casó con la otra hermana, María. El heredero de Manuel, Juan III

contrajo matrimonio por poderes en el verano de 1524 en Tordesillas en presencia del emperador y de su familia con la hija menor de Juana la Loca, la infanta Catalina, por entonces de dieciocho años. Catalina demostró ser una muy buena reina, continuando la tradición de los matrimonios interfamiliares. Su hijo Juan se casaría posteriormente con la infanta Juana, una de las dos hijas del emperador. Además fue ella quien concertó personalmente el matrimonio en 1526 de su cuñada Isabel de Portugal con el emperador.

Leonor llegó a conocer España en profundidad a partir de 1521. Se encontraba con Carlos cuando el rey de Francia, Francisco I, fue hecho prisionero tras la batalla de Pavía. Carlos no perdió la oportunidad de imponer sus deseos al rey francés estableciendo, como una de las condiciones del acuerdo, que se casara con Leonor; las capitulaciones fueron firmadas en enero de 1526. Ese mismo año, Francisco regresó a Francia, dejando en su lugar a sus dos hijos. Sin embargo, Leonor no llegaría a Francia en calidad de soberana hasta julio de 1530, descubriendo muy pronto que no era la reina de su corazón; ese puesto ya estaba ocupado por la amante real Ana de Pisseleu, posteriormente duquesa de Étampes. A pesar de todos los problemas entre las facciones rivales de la corte francesa, fue capaz de cumplir su labor con dignidad, desempeñando un papel fundamental en todas las negociaciones diplomáticas que tuvieron lugar entre Francisco y Carlos a lo largo de los siguientes veinte años. Cuando Francisco murió en marzo de 1547, ella recogió todas sus pertenencias y se marchó a vivir con su hermana María de Hungría a Bruselas en diciembre de 1548.

Leonor es una de las grandes mujeres olvidadas de la historia. Una talentosa princesa del Renacimiento que ya de niña era (según recoge en 1506 Laurent Vital) «todo un placer verla y escucharla, tocando el laúd, cantando o bailando». Dominaba el latín, coleccionaba libros y era una consumada amazona. En sus

años adultos, prácticamente todos los éxitos diplomáticos de Carlos son obra suya. Fue ella quien al casarse con el cautivo Francisco I, construyó una relación que garantizaría el éxito del emperador en sus políticas europeas. Ella, quien orquestó la Paz de Cambrai, y fue directamente responsable de la reunión de los reyes en Aigues-Mortes. Asimismo presidió la recepción acordada en favor de Carlos cuando este viajó al norte en 1519, para pacificar Gante y se quedó en la corte francesa. Y fue también ella quien estuvo con él hasta el final, retirándose a España con el emperador.

Después de Leonor, Carlos tenía también un estrecho vínculo con una de sus hermanas menores María de Hungría. María, nacida en los Países Bajos el 15 de septiembre de 1505, era la penúltima de los seis hijos de Juana de Castilla. Cuando tan solo tenía dos años formó parte del contrato entre el emperador Maximiliano y el rey de Hungría, por el cual la princesa Ana de Hungría se casaría con uno de los hijos de Juana de Castilla —concretamente, Fernando— y el príncipe Luis, su hermano, lo haría con María. En 1514 fue llevada a Viena para vivir en la corte, y al año siguiente, con diez años de edad, se prometió al príncipe. «Aquí estoy muy lejos de todas mis amistades, gobernada por extraños», escribió María en una carta dirigida a su hermano Fernando pocos años después. «Si no fuera por la confianza que tengo en vosotros dos (Fernando y Carlos) como mis hermanos, sería la mujer más desconsolada del mundo».

Su casamiento formal con el joven rey Luis II, quien por entonces tenía dieciséis años de edad, tuvo lugar en Buda en 1522. La reputación de la joven como administradora —que además hablaba con fluidez el alemán, el francés y el latín— aumentó durante los años que fue reina de Hungría y Bohemia, estados donde los nobles supieron apreciar sus grandes aptitudes. Sin embargo, la tragedia la golpeó en el verano de 1526, cuando el 29 de agosto las fuerzas húngaras se enfrentaron con gran opti-

mismo a un enorme ejército otomano en la meseta de Mohács y el joven rey murió de forma bastante ignominiosa al resbalar su caballo por un barranco. Como consecuencia de la derrota, la práctica totalidad de la nobleza húngara fue aniquilada, al igual que siete de sus diez obispos. Se estima que unos 24.000 húngaros murieron en la batalla, y otros miles fueron asesinados por las victoriosas tropas turcas de Suleimán. María, junto con la mayoría de la población de Buda, abandonó la capital tras el desastre y huyó a Bratislava. Viuda desde los veintiún años, y exreina después de que su hermano Fernando fuera aceptado como nuevo rey de Hungría en 1527, María pasó varios años inactiva, años durante los cuales se dedicó a formarse intelectualmente. En ese período Erasmo le dedicó una de sus obras. En abril de 1530, se unió a Fernando y a su esposa Ana en Innsbruck para así tener la oportunidad de conversar en persona con el emperador Carlos, siendo la primera vez que le veía en dieciséis años.

En ese mismo período les llegó la noticia de la muerte de la regente Margarita en los Países Bajos. Carlos, confiando en sus habilidades, escribió a María en enero de 1531, «escrito en Colonia el 3 de enero de la mano de vuestro buen hermano Carlos», invitándola a asumir el cargo y las obligaciones de Margarita. Tan solo tenía veinticinco años, pero aceptó el encargo, regresando después de diecisiete años de ausencia a la tierra que la vio nacer, donde fue recibida por el propio Carlos en persona. Sin embargo, insistió en permanecer viuda y rechazó numerosas proposiciones de matrimonio. El documento en el que se exponían los detalles de su autoridad fue leído en una solemne sesión de los Estados Generales el 7 de octubre de 1531. Desde esa posición, María resultó ser una consejera clave para Carlos, y en muchas de sus cartas puede apreciarse cómo le mantenía bien informado del desarrollo de los acontecimientos tanto en los Países Bajos como en la vecina Alemania.

Demostró ser decisiva al aconsejar prudencia y desempeñó un papel esencial en el mantenimiento del orden, la recaudación de impuestos y la defensa de los Países Bajos. María, además, dirigió con éxito la defensa de esos territorios contra la invasión francesa 1537, permitiendo que Carlos se centrara en otros asuntos. En el cuarto de siglo que gobernó los Países Bajos, logró hacerse un hueco entre los grandes gobernantes de comienzos de la Europa moderna. Sus poderes estaban limitados de una parte por la autoridad de su hermano, el emperador, y de otra por los privilegios constitucionales de los estados de los Países Bajos, pero esta joven y decidida viuda de voz suave logró mantener el equilibrio entre las dos partes y conducir al país a través de uno de sus períodos más críticos.

En cambio, Carlos tuvo menos oportunidades de contactar con su hermana Isabel, apenas un año menor que él. De acuerdo con la política de alianzas dinásticas de los Habsburgo, en 1515 ella contrajo matrimonio con el rey Cristián II de Dinamarca, veinte años mayor y que ya tenía una amante. Así se quejó amargamente a su familia de la «desagradable y vergonzosa» vida con él. Hubo también serios problemas políticos —dado que Dinamarca en esa época también controlaba Noruega y Suecia—, cuando la masacre de los líderes de la oposición planeada por el rey en Estocolmo, en noviembre de 1520, fue una de las causas que provocó la exitosa rebelión de Suecia en 1523. En ese mismo año, los daneses expulsaron del trono a Cristián y eligieron a su tío Federico como nuevo rey. Isabel huyó de Copenhague con su hijo Juan y sus dos hijas Dorotea y Cristina, aceptando el refugio ofrecido por Margarita de Austria en los Países Bajos. Poco después, en enero de 1526, murió víctima de una enfermedad. La noticia de su muerte le llegaría a Carlos precisamente cuando se encontraba en plena celebración de su matrimonio, lo que le obligó a interrumpir los fastos previstos. Juan fue adoptado por el emperador y parecía estar predestinado a una promete-

dora carrera, pero murió siendo aún joven; Dorotea se casaría más tarde con el elector del Palatinado, mientras que Cristina lo haría con Sforza, duque de Milán. Cristián II, que había compartido exilio con su esposa, trató de invadir Dinamarca en 1531, pero fue capturado y pasó el resto de sus días en cautiverio.

Sin embargo, el compañero más importante para Carlos, más aún que sus hermanas Leonor y María, fue Fernando, quien llegó a Europa Central en 1521. En mayo de ese mismo año, se casó con Ana de Hungría, hermana mayor del rey Luis, en la catedral de Linz. Leal y capaz tanto como consejero como administrador, Fernando estableció su residencia en Bohemia y presidió los dominios austriacos de Carlos desde 1520 hasta mucho después de la muerte de su hermano en 1558. Carlos y Fernando intercambiaron una ingente correspondencia, normalmente en francés (lengua que Fernando había aprendido nada más llegar a los Países Bajos con quince años), pero también en alemán, latín y castellano, concerniente al estado de sus asuntos en Alemania, una región que Fernando llegó a conocer más profundamente que Carlos. En ocasiones, sus estrategias para tratar las dificultades diferían. Fue Fernando quien actuó en nombre de Carlos para defender la frontera oriental de los Habsburgo contra las continuas hostilidades de los turcos, y quien con el apoyo de María asumió la corona de Hungría tras la muerte del rey Luis. En 1529 ayudó a defender con éxito la ciudad de Viena contra una nueva invasión de las fuerzas de Suleimán. Su esposa Ana le dio diez hijas y tres hijos; dos hijos más murieron siendo aún jóvenes.

Carlos utilizaba invariablemente a Fernando en cuestiones internas del imperio cuando no podía estar presente; se apoyaba continuamente en él como supervisor personal, político y militar de las relaciones con los príncipes alemanes; y muy raras veces expresó su desacuerdo o decepción por las acciones de su

hermano. En una carta de junio de 1525 dirigida a Fernando, Carlos enfatizaba su deseo de coincidir en todo con su hermano: «Comunicaré todo con vos tan abiertamente como lo hago conmigo mismo. Debatiré con vos cuando nos reunamos, pues es mi deseo haceros formar parte de nuestros asuntos así como incrementar vuestro honor y reputación que son los míos. Todo deberá hacerse según vuestros deseos, que son unos con los míos en todo propósito e intención». En 1546 el embajador veneciano destacó de Fernando: «No solo ama a su hermano el emperador, sino que lo reverencia como a un padre y lo obedece como soberano. Es ciertamente algo notable presenciar la unión de esos hermanos de corazón, que son tan diferentes en temperamento, costumbres y maneras». Fernando sucedería a su hermano como emperador y desempeñaría un papel crucial en la política de Europa.

Carlos había postergado durante algún tiempo la idea de su casamiento ya que las primeras propuestas para encontrarle esposa (en Francia e Inglaterra) acabaron frustrándose como consecuencia de las circunstancias políticas. En 1520, su conducta sexual ya había sido objeto de críticas por parte de su confesor, si bien su comportamiento a ese respecto parece haber sido, desde cualquier punto de vista, perfectamente normal para un joven soltero. A medida que fue madurando, buscó el afecto donde se le ofrecía. Brantôme nos brinda un fragmento personal que puede parecer un tanto chismoso: «Cuando se acostaba con alguna dama (le gustaba amar, demasiado para su gota), nunca se retiraba sin haber disfrutado de ella tres veces». Resultaba inevitable que Carlos tuviera escarceos y aventuras, dado que su matrimonio no se produjo hasta muy tarde —cuando tenía veintiséis años— e incluso durante su matrimonio, los períodos de separación de su esposa fueron largos y frecuentes. Fue en esos años de soltería, cuando encontró compañía y consuelo, y engendró varios hijos ilegítimos, aunque aquellos que sobrevivieron a la in-

fancia serían atendidos y tratados como correspondía a la progenie de un emperador.

La primera relación amorosa que supuestamente mantuvo fue con la viuda de su abuelo Fernando el Católico, Germana de Foix, de veintisiete años. En la última carta dirigida a su nieto, Fernando le pedía que cuidara de Germana «pues no le queda, después de Dios, otro remedio sino solo vos». Se conocieron en 1517, poco después de su llegada a Valladolid, hasta donde Germana se había desplazado para presentarle sus respetos en compañía del hijo ilegítimo de Fernando, Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza. Ya hicimos constar anteriormente el informe de Laurent Vital donde se describía la galería de madera construida entre sus dos residencias «para poder ir en seco y más cubiertamente a ver a la dicha reina… y también la dicha reina iría por él al palacio del rey».

Al parecer, como consecuencia de esa relación de Carlos y la reina Germana nació un bebé, pero el asunto se mantuvo en secreto. Las pruebas de la existencia de una hija llamada Isabel solo aparecen en el testamento de Germana (1536), donde lega un collar de ciento treinta y tres perlas a la «serenissima doña Isabel, infanta de Castilla, hija de la Majestad del Emperador, mi señor e hijo, y esto por el sobrado amor que tenemos a su alteza». En esa fecha, 1536, la esposa de Carlos era Isabel de Portugal, la cual como cabeza del gobierno y de la familia real, habría visto una copia del testamento y presumiblemente aceptó la condición de hija natural de Isabel. Tal y como sabemos por otros casos de ese mismo período, todos los hijos de los reyes eran inmediatamente aceptados por sus señores, incluso si no podían ser legitimados. Sin embargo, la hija de Germana constituía un caso especial, puesto que sobre su nacimiento pesaba la sombra del incesto (incluso en el testamento de Germana, la madre se refiere a Carlos como a su «hijo», dado que había sido la esposa del abuelo de Carlos). Es posible que para acallar cualquier rumor sobre el

asunto, Carlos decidiese concertar inmediatamente el matrimonio de Germana, que se celebró el 17 de junio de 1519 en Barcelona con el margrave Juan de Brandeburgo-Ansbach, de por entonces veintiséis años y recién elegido caballero del Toisón de Oro. Ambos acompañaron a Carlos cuando volvió a los Países Bajos en 1520. La recién casada y su marido fueron más tarde nombrados virreyes del reino de Valencia en 1523, y regresaron a España. Nada se sabe de la posterior historia de su hija Isabel, que debió morir joven, pero en cualquier caso no fue aceptada en el seno de la familia real como sucedió con otros hijos ilegítimos.

En los últimos meses de 1521, el emperador acompañó al rey de Inglaterra, Enrique VIII, durante el asedio que los ingleses dirigieron contra la ciudad francesa de Tournai, que fue capturada e integrada en los Países Bajos. En esas semanas, el rey soltero tuvo un romance con Johanna van der Gheynst, una de los cuatro hijos de un humilde trabajador textil de Oudenaarde. De ese encuentro nació una niña, en julio de 1522, llamada Margarita, quien fue criada en el más estricto secreto como hija real. Poco después, Carlos arregló el matrimonio de Johanna con un noble flamenco, mientras Margarita quedaba bajo la tutela de Margarita de Austria y, posteriormente, era prometida como esposa del joven primer duque de Florencia, Alejandro de Médicis, por el tratado de Barcelona de 1529, cuando apenas tenía siete años de edad. La primera vez que Carlos posó sus ojos sobre su hija fue cuando esta tenía ocho años. El matrimonio por poderes, que pareció proporcionar a Carlos una enorme satisfacción, ya que se concertó para que tuviera lugar justo después de su cumpleaños, se ofició en la ciudad de Nápoles el 29 de febrero de 1536, mientras que la ceremonia religiosa se celebró en Florencia, que acababa de ser recuperada para el duque por las tropas de Carlos V, el 14 de junio. Un eclipse solar ensombreció, sin embargo, el evento y fue considerado un mal augurio.

Efectivamente el matrimonio no tuvo un final feliz debido a la proliferación de la violencia entre los clanes de la nobleza. En un notorio suceso que causó gran conmoción en Italia en aquel tiempo y ha sido objeto de especulación desde entonces, apenas un año después de celebrarse el matrimonio, un primo lejano aunque también compañero del duque, Lorenzino de Médicis, le apuñaló hasta matarlo la noche del 6 de enero de 1527. La viuda de quince años fue casada entonces con el joven de catorce Octavio Farnesio, duque de Parma, con quien tuvo mellizos, de los cuales solo uno sobrevivió. El bebé superviviente, Alejandro, sería posteriormente llevado a la corte de España, donde llegaría a convertirse en uno de los más grandes generales de la corona española; por su parte, su madre sirvió a la corona como regente de los Países Bajos.

Poco o nada se sabe de los otros escarceos del joven Carlos. Al parecer en 1522 tuvo una hija en Bruselas con una dama cortesana de la casa del conde de Nassau; la niña, llamada Juana, murió joven. En ese mismo período, en Bruselas, mantuvo aparentemente una aventura con la esposa de un diplomático italiano, Ursulina della Penna, quien supuestamente dio a luz a una niña llamada Tadea.

Pero sin duda alguna el vástago más célebre del emperador fue don Juan de Austria. Había nacido en Ratisbona el 24 de febrero de 1547, fruto de la relación entre el emperador y la joven de diecinueve años Bárbara Blomberg, la rubia hija de un acaudalado burgués de Ratisbona. La curiosa coincidencia de su fecha de nacimiento con la del emperador no podía pasarle desapercibida. La información histórica existente sobre Bárbara es confusa. Al parecer fue casada inmediatamente después con Jerónimo Píramo Kegel, un funcionario de la corte en Bruselas, y el hijo de ella llegó a ser conocido como Jeromín [Jerónimo]. Sabemos con certeza que Carlos mantuvo su identidad en secreto para no complicar los ya de por sí complejos problemas de herencia en su

propia familia Habsburgo, a quienes no informó de la existencia del muchacho. Antes de cumplir los tres años, fue separado de su madre y entregado al cuidado de un viejo amigo de Carlos, Adrián de Bois, quien dejó al niño en manos de un músico cortesano flamenco, Francisco Massy y su esposa española.

Tras recibir dinero para su viaje y mantenimiento, Massy y su esposa lo llevaron con ellos a España y, en 1550, se establecieron en Leganés. Allí, Jeromín aprendió a hablar castellano, jugaba con los niños del pueblo y asistía a una escuela en Getafe. Cuatro años más tarde, cuando tenía siete, fue entregado siguiendo las órdenes del emperador al cuidado de uno de sus más cercanos cortesanos, Luis de Quijada y su esposa Magdalena de Ulloa, que vivían en Villagarcía de Campos. Se le impuso un estricto programa de estudios y aprendió latín. A partir de 1556, como veremos, Carlos volvió a entrar en contacto con su hijo, que poco después recibiría el nombre de Juan, y sería conocido como don Juan de Austria.

A pesar de estos escarceos —que es importante destacar tuvieron lugar antes o después de su matrimonio—, el emperador estaba profundamente comprometido con su única esposa, Isabel de Portugal. La idea de encontrarle una compañera idónea, tuvo que dar más de un quebradero de cabeza a su familia al estar obligados a seguir el principio dinástico. Por aquel entonces, él era ya el gobernante más poderoso de Europa y cualquier pareja debía ser escogida con sumo cuidado. Prácticamente cada año sus consejeros traían proposiciones sobre posibles consortes; la oferta que parecía más firme era su compromiso con la princesa María de Inglaterra, hija de Enrique VIII, con la que había estipulado casarse. Sin embargo, hacia 1524, la hermana del rey de Portugal era sin duda la candidata preferida, como ya vimos en líneas anteriores al tratar la ceremonia de matrimonio entre Carlos e Isabel en 1526 (capítulo 3).

Durante su corto pero notable reinado, Isabel cumplió con su deber de engendrar hijos. Tuvo tres niños que sobrevivieron a la infancia: Felipe, nacido el 21 de mayo de 1527; María, nacida el 21 de junio de 1528; y Juana, nacida el 24 de junio de 1535. Su hijo Fernando, nacido el 22 de noviembre de 1529, murió a los pocos meses, el 13 de julio de 1530. Aquel no fue un buen presagio para sus posteriores embarazos. Perdió un bebé en junio de 1534 y en octubre de 1537 dio a luz a un hijo, Juan, que falleció unos días después. El sufrimiento y consecuente depresión como resultado de esas experiencias ha sido ampliamente narrado por los cronistas. Finalmente, el 1 de mayo de 1539 la emperatriz moriría durante su último parto.

Su correspondencia personal demuestra que estaba especialmente preocupada por la educación de sus hijos. Sin embargo, su mayor aflicción fueron las regulares ausencias de su esposo, a quien amaba profundamente y cuyos viajes no cesaron nunca de disgustarla. En una ocasión, cuando habían transcurrido treinta días desde la última carta de su marido ausente en Alemania, le escribió: «Ha tanto tiempo que no tengo cartas de vuestra majestad que estoy con mucha pena y cuidado por saber de su salud» (octubre de 1530). En esa misma semana, Martín de Salinas, que acababa de regresar de acompañar al emperador en Austria, informaba que «está apasionada por la ausencia de S.M., y toda cosa es menester para la consolar y esforzar». Él mismo tuvo que tranquilizar a la emperatriz diciendo que «si ella tenía congoxa, mayor la tenía el emperador por venir». Salinas comentó:

> Otras muchas cosas que para este propósito me pareció que convenía decirle, se dixeron; porque aprendí que en otra cosa no piensa sino en la venida de Su Majestad.

Los cronistas han observado y comentado la angustia que la embargaba la víspera de sus periódicas partidas. Además de la preocupación por su vida, habría sido testigo directo del sufrimiento que le causaba cada ataque de gota. De igual modo, a Carlos le preocupaba no recibir correspondencia de ella: «Estoy

con mucho cuidado de no tener cartas suyas tantos días ha, que las postreras son de veinte y uno de abril» (escribió desde Augsburgo el 8 de julio de 1530). Tanto cuando estaba con ella en España como cuando se hallaba lejos, en Europa, Carlos nunca dejó de preocuparse por Isabel, como podemos apreciar por su inquietud en 1533 y 1537 (capítulo 5) cuando ella, estando separados, cayó enferma. Entretanto, Isabel desempeñó magníficamente el papel que se esperaba de ella como regente del reino en ausencia de su esposo.

Indudablemente el miembro más importante de la familia de Carlos era Felipe. Como hijo y heredero directo, Felipe atraía naturalmente toda la atención y cuidados de su padre. Pero la ausencia de la figura paterna fue casi absoluta, y hubiera sido imposible poder superar la consecuente falta de afecto entre ellos. Felipe fue educado para profesar un profundo respeto a Carlos, pero en lo referente a sentir el cariño familiar hubo de buscar en otra parte, principalmente con la familia Requesens, que durante algunos años estuvo a cargo de su formación. En los diez años transcurridos hasta cumplir los dieciséis, Felipe solo vio a su padre en contadas ocasiones, y después de eso nada en absoluto. Lo mismo sucedió con sus otros hijos. Carlos apenas vio a su hija María cuando era una niña, y solo lo hizo de forma más continuada cuando esta se hizo adulta y con veinte años se casó con su sobrino Maximiliano, quien más tarde se convertiría en el emperador Maximiliano II. De igual modo, no vio a su hija Juana con regularidad hasta que esta no cumplió dieciocho años y fue Regente de España. Carlos era consciente de que debía reparar esa falta de contacto, y no debemos desdeñar la veracidad de las muestras de afecto que a menudo pueden encontrarse en su correspondencia.

Nadie fue más consciente que el emperador de la importancia dinástica de tener un hijo para perpetuar el poder de la familia Habsburgo. De vez en cuando, en sus viajes a través de Europa,

tomaba bajo su ala a los jóvenes príncipes y princesas que constituían sus lazos de sangre más cercanos y para quienes siempre trató de concertar buenos matrimonios o acuerdos políticos. El más famoso de ellos, al que volveremos de nuevo (véase capítulo 14) fue el de su hijo ilegítimo, don Juan de Austria. También mostró una genuina preocupación por Alejandro Farnesio, el niño de su hija Margarita de Parma, quien ante su insistencia había sido educado en España junto con el príncipe Felipe. Todos estos príncipes desempeñaron un papel crucial a la hora de extender la red de alianzas por las que se hizo famosa la casa de Austria. Algunos no alcanzaron la edad adulta. Su sobrino Juan, por ejemplo, hijo de su hermana Isabel, la reina exiliada de Dinamarca, murió a los trece años, en Ratisbona cuando le acompañaba en 1532. Carlos escribió a María: «Estoy profundamente apenado, pues era el niño más apuesto de su edad que uno pueda imaginar. Su muerte me ha afectado tanto como la de un hijo propio, pues le conocía bien al ser ya mayor, y le tenía como a un hijo. Pero tal vez el muchacho se encuentre mejor donde está ahora que aquí donde yo desearía que estuviera, y tal vez se esté riendo de buena gana de mí porque le añore tanto».

Dos hijos varones en concreto fueron de crucial importancia en la dinastía: el hijo de Carlos, Felipe y su nieto don Carlos. Don Carlos era descendiente de Felipe y María de Portugal, que murió cuatro días después de dar a luz el 8 de julio de 1545. La noticia del nacimiento y el nombre del niño complacieron al emperador, que la conoció estando en Worms y ordenó un tedeum y fuegos artificiales para celebrar el acontecimiento. Sin embargo, a medida que el niño fue creciendo pudieron advertirse signos inquietantes. De pequeño su comportamiento era a menudo agresivo; al parecer no empezó a hablar hasta que tenía cinco años; y se crio carente del entorno familiar de una madre y un padre (Felipe estaba siempre ausente, normalmente en el extranjero, durante largos períodos). El emperador no conoció a su

nieto hasta el año de su abdicación, cuando Carlos contaba once años. Fue un encuentro muy ansiado por ambos, pero, como veremos (capítulo 14) el emperador tuvo algunas reservas respecto al muchacho.

Las ambiciones de Carlos estuvieron siempre inevitablemente centradas en su hijo y heredero Felipe, de cuya compañía disfrutó durante un breve período a finales de su larga estancia de siete años en 1529. Cuando regresó a España en abril de 1533 había llegado el momento de acometer la siguiente etapa en la formación del príncipe. En julio de 1534 nombró un tutor para Felipe, «para que le enseñase a leer y escribir». Juan Martínez de Silíceo era un sacerdote que más tarde ascendió hasta convertirse en arzobispo de Toledo. Al año siguiente se nombró un nuevo preceptor para el príncipe, Juan de Zúñiga y Requesens, un noble compañero del emperador que desde 1532 ostentaba el título de comendador mayor de Castilla. Carlos volvió a dejar España en abril de 1535 y continuó ausentándose periódicamente durante los siguientes años (se hallaba en el extranjero cuando Isabel dio a luz el 24 de junio de 1535 al tercero de sus hijos, Juana). Antes de marcharse en 1535, dispuso todos los arreglos necesarios para que el príncipe tuviera su propia casa. Eso implicaba que tendría alojamiento, ayudantes y una capilla independiente de la reina. Silíceo y Zúñiga quedaron encargados de su educación.

Así, para la instrucción de Felipe ordenó que se escribieran expresamente manuales de lectura y gramática encargados a un miembro humanista de la casa real, que también había traducido al castellano la *Educación del príncipe cristiano* de Erasmo con ese mismo propósito.

Ocasionalmente las enfermedades interrumpían su educación. pero en general el alumno hacía grandes progresos. Silíceo comentaba en noviembre de 1535 que «el juizio que tiene basta para que en poco tiempo sepa mucho». En febrero de 1536, «en lo de leer por latín, por romance y rezar, va mucho adelante». En

septiembre de ese mismo año, «sabe las conjugaciones y algunos otros principios; presto començará a oyr algún autor, y será el primero Catón». En marzo de 1540, «en el hablar latín ha arto aprovechado, porque no se habla otra lengua en todo el tiempo del estudio… El escribir en latín se ha començado». Esos optimistas informes pretendían transmitir una buena impresión de las enseñanzas de Silíceo.

A la música se le asignó también gran importancia en la formación del príncipe. Las casas aristocráticas de la época —la gran familia Mendoza es un ejemplo de ello— contaban con sus propios músicos y montaban exclusivos entretenimientos musicales. En España la variedad musical iba desde las propias canciones populares, a la música morisca, o la importada por influencia de Italia, Francia y Países Bajos. El príncipe siempre estuvo interesado en la música y sus hermanas aprendieron a bailar al estilo francés. Hacia 1540, el compositor granadino Luis Narváez fue su tutor de música y le enseñó a tocar la guitarra (vihuela). Resulta significativo que el nombre de Felipe aparezca en esos años en la dedicatoria de algunos libros de música para guitarra.

Los intereses no académicos surgieron también desde bien temprano, como señala Silíceo en una carta de 1540. «Aunque la caça es al presente la cosa a que muestra más voluntad, no por eso afloxa en lo del estudyo un punto. Y a se de tener a mucho que con esta hedad de catorze años en la qual naturaleza comiença a sentir flaquezas, aya Dyos dado al principe tanta voluntad a la caça que en ella y en su estudyo la mayor parte del tyempo se ocupe». En septiembre añadió, «los pasatiempos que tiene después de su estudio son yr a caça algunas vezes y correr sortija». Es razonable preguntarse si Silíceo estaba en lo cierto al pensar que las urgencias sexuales de la adolescencia quedaban satisfechas por la caza y el estudio.

Poco después, en febrero de 1541, Silíceo fue nombrado obispo de Cartagena. La verdad es que Carlos no estaba satisfecho

con el progreso educativo de Felipe. Así le dijo a su hijo con toda franqueza que Silíceo «no ha sydo ny es el que más os convyene para vuestro estudio; ha deseado contentaros demasyadamente». La designación del tutor al obispado de Cartagena allanó el camino para su destitución, si bien el sacerdote no partiría hacia su nueva sede hasta 1544. En 1541, se asignaron como nuevos preceptores de Felipe a Cristóbal Calvet de Estrella para enseñar a Felipe latín y griego, a Honorato Juan para matemáticas y arquitectura y a Juan Ginés de Sepúlveda para instruirle en geografía e historia. Estos ilustres sabios y humanistas fueron, sin embargo, incapaces de guiar al príncipe a los niveles de excelencia deseados por su padre.

A Felipe como a cualquier joven en edad escolar, no le gustaba la escuela. «Aprende muy bien después que está en el escuela —escribió Zúñiga al emperador en 1565—, aunque cuando va a ella parece un poco a su padre quando era de su hedad». Carlos sin duda debió reírse ante esa alusión. En ese mismo correo Zúñiga le enviaba la primera de las diversas cartas escritas por el príncipe «de su letra y de su nota». Ninguna de ellas parece haber llegado hasta nuestros días. Zúñiga recibía informes de Silíceo y, a su vez, se los enviaba a Carlos, adjuntando sus comentarios sobre los progresos realizados por el príncipe en otras materias. Del gran comendador Felipe había recibido la pasión por la caza. «Sigue su estudio como quando V. M. aquí estava, y después que vino la caça sale dos vezes al campo cada semana», escribía Zúñiga en enero de 1540. Dos semanas más tarde, Felipe «fue a Alcalá, y estuvo quatro días… Holgó mucho allá, specialmente en el soto, donde mató nueve conejos por su vallesta, sin otros que le fueron heridos». Una semana después, «ayer salió a caça y mató quatro milanos y voló otros dos». A la semana siguiente, «fue al Pardo y tiró dos saetas… Fué y vino en litera, pero anduvo en el monte a cavallo bien seys oras, que a él no se le hizieron dos y a mí más de doze».

Zúñiga era consciente de la importancia del estudio del latín. «Lo tengo por parte muy principal en un príncipe ser buen latino, así para saberse regir a sy como a otros, specialmente quien espera tener debaxo de sy tanta diferencia de lenguas». También Sepúlveda se afanó en que por medio del latín el príncipe pudiera aprender a hablar directamente con los embajadores y así evitar el uso de intérpretes. Fue un cometido que el emperador exigió repetidamente al príncipe. Pero durante las clases, cuando sus tutores humanistas se dirigían a él en latín, Felipe insistía en responder en castellano. El príncipe no era ni un pupilo modelo ni mucho menos un estudiante destacado. Su dominio del latín fue siempre regular, su estilo literario en el mejor de los casos mediocre, y su caligrafía generalmente deforme. Educado como un humanista, nunca se convirtió en uno de ellos. Su griego continuó siendo muy rudimentario. Cuando en 1527, su por entonces secretario, Gonzalo Pérez, le dedicó su traducción al castellano de la *Ilíada*, manifestó su esperanza en que Felipe «pueda ver en su lengua lo que tantos príncipes señalados leyeron en griego».

Pero su rechazo a convertirse en un erudito no significa que no apreciase la importancia del conocimiento. Sus tutores, especialmente Calvet de Estrella, recibieron fondos para constituir una biblioteca para el príncipe. De este modo, Felipe creció rodeado de libros escritos por los genios de la civilización occidental. Debemos suponer que el emperador dio su aprobación a todos los autores escogidos. Entre los volúmenes adquiridos por Calvet para Felipe en 1545, comprados en Salamanca y Medina del Campo, pero en su mayoría impresos en el extranjero, había obras de Sófocles, Virgilio, Aquino, Boccaccio, Savonarola, Petrarca, Vitrubio, Copérnico y las obras completas de Erasmo. En 1553, la biblioteca contenía «libros de todas facultades y lenguas», incluyendo trabajos de Durero, Dante y Maquiavelo. Con los años la colección fue creciendo a medida que continuó com-

prando ejemplares que despertaban en él un interés especial: arquitectura y arte, música, arte militar, magia y teología. Sin duda el príncipe se sumergía vehemente en estos volúmenes. La rica selección también estimuló sus deseos de seguir coleccionando.

Desde 1535, cuando Felipe quedó al cuidado de Zúñiga, se incorporaron además a las clases un buen número de pajes nobles. Entre ellos se encontraba el hijo de Zúñiga, Luis de Requesens, de quien se burlaban despiadadamente los otros debido a su fuerte acento catalán. En 1537, el grupo estaba formado por seis jóvenes. «*Dels que estudien ab lo Princep* —informaba en 1537 la esposa de Zúñiga, Estefanía— *és Lloyset lo més xic… Dos dies a que lo Princep y sis altres xics feren una travesura*».[1] Desde muy joven, el príncipe organizaba torneos infantiles y danzas entre su grupo. En 1537, por ejemplo, «*una gentil justa, y al vespre un sarau… dansaren lo princep y la infanta*».[2] Felipe continuaría siendo durante el resto de su vida un gran devoto del baile, las fiestas cortesanas y los ritos de la caballería. Cuando cumplió dieciséis años, Zúñiga declaró que era «el más gentil hombre de armas de esta corte, que esto se puede decir sin lisonja, que esta semana passada hizieron una escaramuça de cavallos lijeros, él y el duque de Alva en el campo». Y añadía: «Era dado a combatir a pie y a cavallo muy bien».

A lo largo de su niñez, el príncipe parece haber sufrido periódicamente algunas enfermedades, que Zúñiga se apresuraba a detallar al emperador puesto que concernían a su único heredero varón. Sin embargo, no por ello debemos concluir que era un ser enfermizo por naturaleza. Llevaba una vida activa y vigorosa y tomaba parte en todas las actividades. Su constitución y dieta le predisponían a trastornos digestivos y fiebres, pero superó con éxito dolencias más graves. Su mayor privación fue la ausencia de su padre, que Isabel sobrellevaba con dificultad. «*La emperatriz y sos fils estan molt bons* —informaba Estefanía en 1538—, *però Sa*

Majestat molt amarga desta partida del Emperador per por que no es detinga allà mes de lo que diu; y te rao, que molt trista vida pasa en sa absènsia».[3] La angustia de Isabel nos obliga a retroceder en el tiempo hasta 1529, el momento del comienzo del viaje de Carlos, una de las ausencias más importantes y de mayor duración para su familia inmediata.

[1] De los que estudian con el príncipe, Luisito es el más pequeño… Dos días hace que el príncipe y los otros seis no cometen una travesura.

[2] Una justa gentil, y por la tarde una fiesta… el príncipe y la infanta bailaron.

[3] La emperatriz y sus hijos se encuentran muy bien, pero a su majestad se le hace muy amarga esta partida del emperador por miedo a que permanezca allí más de lo que dice; y en verdad pasa muy triste vida en su ausencia.

A lo largo de las seis semanas del verano de 1529 en las que permaneció en Génova, Carlos recompensó a Andrea Doria con el título de príncipe de Melfi, que llevaba aparejado el señorío sobre la ciudad napolitana de ese mismo nombre. Por otro lado, Carlos también volvió a ser muy consciente de la continua amenaza corsaria proveniente del norte de África cuando, en octubre, seis galeras de la flota española fueron destruidas por Barbarroja en un enfrentamiento naval cerca de la costa de Formentera, en lo que un contemporáneo describió como «la más grande derrota sufrida nunca por España en un combate entre galeras».

La agotadora visita del emperador a Italia en 1529 —él y su séquito hicieron paradas en todas las ciudades de importancia— estuvo centrada principalmente en celebrar reuniones con los príncipes de toda la península. En ese aspecto, su visita en septiembre a la ciudad de Piacenza, que formaba parte de los territorios pertenecientes a la Santa Sede, resultó especialmente significativa. Fue en Piacenza donde recibió el documento del tratado acordado en Cambrai, y desde donde envió a su agente diplomático Chapuys en una misión secreta especial a Inglaterra para descubrir las razones de la reciente destitución como canciller del cardenal Wolsey por Enrique VIII. Carlos sospechaba que el asunto estaba relacionado con su tía, la reina Catalina, cuya situación era cada vez más difícil. Algunas semanas después, recibió un informe de su embajador, Chapuys: «La reina está recibiendo un trato aún más duro si cabe que antes. El rey evita su compañía tanto como puede».

También en Piacenza se vio obligado una vez más a retomar la cuestión de los problemas religiosos de Alemania, cuando una pequeña delegación de príncipes protestantes se presentó en la

ciudad para darle garantías de su lealtad y solicitar que les fuera permitida la libertad de conciencia en el imperio hasta que un concilio de la iglesia se reuniera en Alemania para debatir esos temas. Carlos aseguró que trataría el asunto tan pronto como llegara a Alemania. El viaje continuó su lento avance, debido a los muchos y variados problemas que había que dirimir en cada ciudad, hasta que el 4 de noviembre la corte imperial llegó finalmente a la ciudad de Bolonia.

Apenas diez días antes, el papa Clemente VII y su corte habían fijado su residencia en la ciudad para preparar un acontecimiento que había tardado años en llevarse a efecto: el ceremonial de coronación del sacro emperador romano. El encuentro había sido meticulosamente organizado por los embajadores de ambas partes, con intención de garantizar la paz y estabilidad en una Italia ahora libre de la presencia francesa. Durante algún tiempo, Carlos había dudado sobre qué ciudad escoger; solo tenía decidido el día en que la ceremonia había de celebrarse. Finalmente se eligió Bolonia por ser la más cercana en su ruta prevista hacia Alemania, habida cuenta que la ciudad de Roma todavía no había borrado de su memoria la ruina y desolación causada por los sucesos acontecidos en 1527.

En la mañana del 5 de noviembre, el emperador efectuó su entrada formal en Bolonia. Iba precedido por un millar de infantes al mando del anciano Antonio de Leyva, recién nombrado príncipe de Ascoli, pero que aquejado de gota, tuvo que ser transportado en litera. La procesión militar continuaba con doscientos jinetes arrastrando doce piezas de artillería, y cuatro mil soldados imperiales de infantería junto con nobles armados montados a caballo. La primera parte de la procesión era seguida por la comitiva del emperador, con los estandartes del imperio y de España desplegados, tras de la cual desfilaban los nobles con sus escoltas armadas. Luego venía el emperador, montado en un corcel blanco, armado y vistiendo una capa de paño de oro cu-

briendo un costado, y un casco abierto coronado por un águila; en su mano derecha portaba el cetro y veinticuatro pajes le rodeaban. A continuación iba la guardia armada y montada, y detrás los principales señores y oficiales de la casa, los embajadores y el príncipe de Melfi. La ciudad había sido brillantemente engalanada, con la presencia de los príncipes más importantes de Italia. Las calles estaban engalanadas con arcos triunfales y de las ventanas de las casas colgaban decorativas guirnaldas. El despliegue, relatado por el historiador Paolo Giovio, era «*quanto terribile per lo splendore dell'armi, et per la bravura dell'aspetto*».[1]

El papa Médicis, Clemente VII, pese a no gozar de buena salud, se alegró de recibir a Carlos: aún quedaban algunas diferencias por dirimir, compromisos que afianzar y acuerdos políticos que asegurar. Las prolongadas conversaciones de Bolonia, que condujeron a un famoso tratado a finales de diciembre y sirvieron para organizar la naturaleza política de todos los estados italianos, fueron sobre todo un logro del canciller piamontés, Gattinara. Los problemas relativos a Milán, Venecia y otros estados quedaron resueltos. El duque de Milán, Francisco María Sforza, fue ratificado en la posesión de su ducado, lugar donde se establecería un ejército mantenido por el emperador que, desde ese momento, se convirtió en el poder militar dominante en el norte de Italia. Los contactos y negociaciones se prolongaron algo más de tres meses, durante los cuales también se dispusieron los preparativos para la coronación.

El 22 de febrero de 1530, Carlos fue solemnemente investido por el papa en una majestuosa ceremonia celebrada en la catedral de San Petronio, en la que se le impuso la corona de hierro de Lombardía; la corona, guardada en Monza, cerca de Milán, había sido llevada especialmente para la ocasión. Los instrumentos de poder de la coronación fueron portados en procesión por dos nobles italianos y dos españoles; Carlos iba ataviado con un traje de seda ribeteada en armiño y una capa de paño de oro. Flan-

queado por los cardenales, se arrodilló ante el altar mayor durante la misa pontifical y aceptó la espada, el cetro y el globo entregados por el papa, quien completó la ceremonia posando la corona en su cabeza y luego entonando un tedeum.

El día 24, fecha especialmente escogida por el emperador por ser su cumpleaños, se celebró una ceremonia aún más fastuosa en la catedral de San Petronio. La plaza pública fue rodeada por tropas imperiales y el vino brotaba de fuentes artificiales. El duque de Sajonia trajo la corona imperial de Alemania, el duque de Baviera, el orbe y otros príncipes portaban la espada y el cetro. Entonces el emperador fue conducido en procesión a través de la calle que desembocaba en la catedral, donde el papa le estaba esperando. Según entraba en el templo, los cardenales y obispos le vistieron con los atributos imperiales y le guiaron hasta el trono junto al altar mayor. A continuación, el papa celebró misa. En la larga ceremonia, durante la cual el emperador hubo de arrodillarse, el papa depositó los símbolos de poder en sus manos y la corona de oro del Sacro Imperio Romano en su cabeza. Terminada la ceremonia de coronación, se organizaron procesiones y cabalgatas por toda la ciudad que se prolongarían hasta bien entrada la tarde. Un banquete oficial puso el broche final a las celebraciones mientras las hogueras resplandecían en la noche. A partir de ese momento, Carlos emplearía el término «Majestad» por delante de sus otros títulos, mientras que hasta entonces, como Rey de Romanos pero aún no coronado por el papa, había usado el término «Alteza».

Clemente VII hizo un esfuerzo por poner buena cara en las ceremonias que confirmaban la supremacía de Carlos. «El papa ha tratado de mostrar al emperador su mejor sonrisa —observó un obispo francés que estuvo presente—, pero creo que nunca en su vida había celebrado una ceremonia que le resultara tan costosa; en numerosas ocasiones, cuando pensaba que nadie le observaba, emitió tales suspiros que, por pesada que fuera su ca-

pa pluvial, esta tembló visiblemente». Finalizado el ritual, la procesión salió del templo encabezada por los guardias del papa y seguida por los oficiales del emperador y, los príncipes y dignatarios presentes; entonces los grupos papales y la comitiva imperial tomaron caminos separados. Fue la última vez que un sacro emperador romano sería coronado por un papa, un proceso que se produjo debido a la naturaleza cambiante del estatus del emperador. El papa y su séquito regresarían a Roma unos días más tarde. Transcurridas cuatro semanas de la coronación, Carlos dejó Bolonia y emprendió viaje hacia los territorios alemanes, a los que envió una orden convocando a la Dieta en Augsburgo para el mes de abril.

En cada etapa de su nuevo viaje había asuntos que atender. El día después de dejar Bolonia, firmó un decreto en calidad de rey de Sicilia, declarando a las islas de Malta y Gozo, junto con la ciudad de Trípoli, sujetas a la protección de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, quienes desde el momento de la donación en 1530, adoptaron el título de caballeros de la Orden de Malta. Por aquel entonces, el grupo estaba prácticamente desaparecido, al haber caído su antigua sede de la isla de Rodas en manos turcas. Gracias a esa donación, Carlos confiaba en dar nueva vida a un cuerpo militar que podría actuar como protección contra los ataques turcos. Los caballeros y su gran maestre tendrían su base en las islas y rendirían vasallaje al rey de Sicilia. Fue una decisión que adquiriría gran importancia en los sucesos militares del Mediterráneo occidental.

La siguiente parada de Carlos fue la ciudad de Mantua, donde se le agasajó con una festiva recepción organizada por el gobernador Gonzaga, de su misma edad, a quien concedió el título de duque. El embajador de Fernando que acompañaba a Carlos, Martín de Salinas, informó de que el emperador estaba encantado de tener un descanso en su intensa agenda: «Su Majestad vino muy alegre hasta esta cibdad en cuatro días, como hombre que se

escapaba de la prisión. Otro día que aquí llegó, fue a la caza». Se quedó en Mantua durante casi un mes («S.M. toma placer en esta cibdad en ir a caza y en fiestas que el marqués le hace»), luego continuó su avance a través de los Alpes hasta la ciudad de Trento, pasando por Austria. Cruzó por el paso del Brennero, cuando las montañas tirolesas se hallaban en pleno esplendor primaveral: ese fue su primer contacto con los Alpes, y su primera visita a los dominios austriacos de su linaje. «Su Majestad —escribió Salinas— está muy alegre y contento de verse en esta tierra». El 4 de mayo de 1530 llegó a Innsbruck, que resplandecía en medio de la verde campiña refrescada por la continua lluvia de primavera.

Su llegada supuso un acontecimiento histórico que marcaría el inicio de su reinado como emperador coronado. Estaba en la cúspide de su poder. Los reinos españoles habían sido pacificados y sometidos. A lo largo de los diez meses transcurridos desde su partida de Barcelona, había logrado a través de sus contactos personales, intensas negociaciones, una indiscutible presión y una extensa distribución de incentivos, honores, tierras y títulos, consolidar su control de Italia, además de ayudar a afianzar los intereses españoles en el lugar. Rebosante de satisfacción, Carlos escribió en mayo desde Innsbruck a su esposa que «los asuntos en Italia están ahora más tranquilos».

Quedaba solo un importante problema por resolver, el de Florencia. La ciudad, una posesión de la familia Médicis y teóricamente sometida a la potestad de Clemente VII, se había rebelado contra sus amos, si bien Carlos había prometido en el tratado de Barcelona restablecer su *statu quo*. Desde 1530, los florentinos habían resistido con éxito el asedio de las tropas imperiales comandadas por el virrey de Nápoles, el príncipe de Orange (que falleció a consecuencia de un disparo durante uno de los ataques). Tras once meses de cerco, los defensores, entre los cuales se encontraba el gran artista Miguel Ángel, capitularon para unirse a las fuerzas papales-imperiales en agosto de 1530. Fue el

último rescoldo de descontento en la región. En julio de 1531 Alejandro de Médicis, por entonces de veintiún años, sería recibido como duque en su ciudad. Algunos años más tarde, un embajador veneciano, resumiendo la situación política en la península, concluyó que Carlos era «el amo de una gran parte de Italia; hay pocos gobernantes o estados que se escapen a su control, salvo el Pontificio, Venecia y en cierta medida el duque de Ferrara, todos los demás son sus vasallos o están a su cargo y algunos incluso son siervos de Su Majestad».

¿Qué le esperaba en 1530 en los territorios alemanes? Para empezar, tuvo que acometer un cambio de ministros. Poco después de su llegada a Innsbruck, Mercurino de Gattinara, quien desde 1521 había ejercido como canciller de Carlos y llevaba indispuesto algunas semanas, falleció el 5 de junio. Como ya hemos resaltado, Gattinara, oriundo del Piamonte, había entrado al servicio de la familia como secretario de la archiduquesa Margarita de Austria, continuando al lado de Carlos tras la muerte de esta. Sin embargo, tras su fallecimiento, el puesto de canciller ocupado por Gattinara dejaría de existir, recayendo la administración en las hábiles manos de Nicolás Perrenot de Granvela, del Franco Condado.

Cuando Carlos regresó a España en 1522, se vio obligado a delegar los problemas de Alemania en su hermano Fernando, encargado de dirigir el imperio bajo los términos del acuerdo de Worms de 1521. Fernando había sido educado en España y, de algún modo, todos esperaban que compartiera el punto de vista asociado con un país famoso por su Inquisición. Sin embargo, también era muy cercano a las opiniones de humanistas como Erasmo, cuyas ideas no solo estaban en boga en España (véase capítulo 6), sino que asimismo eran compartidas por el emperador. Erasmo, además de ser un católico inflexible, se mostraba muy crítico con el papel político desempeñado por el papado y algunos sectores de la Iglesia, especialmente las órdenes religiosas.

Como muchos otros humanistas, tenía una mentalidad abierta sobre algunas de las ideas de Martín Lutero.

En la década de 1520, la Reforma apenas había comenzado a desarrollarse, originando vivos debates entre los líderes religiosos que se mostraban optimistas sobre la posibilidad de la reconciliación. En 1524, Fernando presidió una sesión de la Dieta que fracasó en su intento de llegar a un acuerdo. Carlos escribió a su hermano desde España instándole a hacer efectivo el edicto de Worms, promulgado en 1521, contra Lutero y sus partidarios. En 1525 el elector Federico de Sajonia, que había ayudado a proteger a Lutero de sus críticos y había mantenido al reformista en su cargo de la universidad sajona de Wittenberg, falleció sin dejar heredero. Fue sucedido por su hermano menor, que estaba estrechamente relacionado con uno de los mayores simpatizantes de Lutero, Jorge Espalatino. A partir de ese momento, el electorado de Sajonia se convirtió en un firme estado luterano, y en 1526 el nuevo elector influyó en el joven landgrave de Hesse, Felipe, para que adoptara también las nuevas doctrinas. Es importante recordar que el electorado sajón era un estado diferente del ducado de Sajonia, que lo bordeaba y cuyo territorio en aquella época no vaciló en afirmar su lealtad a la causa católica. Estos fueron los hechos que ayudaron a Lutero a encontrar el respaldo político que necesitaba en una Alemania que aún era abrumadoramente católica. Carlos hizo cuanto pudo por mantenerse al tanto de una situación que parecía escapar a su control. En marzo de 1526, envió una circular a todos los príncipes del imperio expresando su descontento ante su fracaso para poner en práctica el edicto de Worms. También manifestaba su intención de consultar al papa a fin de cumplir una de las principales demandas expresadas entonces en el Imperio y convocar un concilio general de la Iglesia en la nación alemana. Fernando convocó a la Dieta para que se reuniera en junio de ese año en Espira.

La Dieta fracasó en su intento de encontrar una solución y, de hecho, ayudó a identificar a las partes contendientes. El elector y el landgrave lideraron un movimiento de oposición exigiendo la libertad pública para practicar el nuevo culto reformado. Con el fin de alcanzar un acuerdo entre las distintas opiniones entonces en vigor, también impulsaron la celebración de un coloquio entre los líderes religiosos partidarios de la Reforma que tendría lugar en Marburgo en 1526. Los cabecillas de los disidentes no católicos, principalmente Lutero, Melanchthon, Zuinglio y algunos otros se encontraron en una reunión que serviría para perfilar las ideas centrales del movimiento que, más adelante, se conocería como la Reforma.

En abril de 1529, se convocó otra Dieta en Espira a la que asistieron los príncipes y autoridades municipales que aceptaban las doctrinas reformistas. Fernando informó a la asamblea de su intención de insistir en la implementación del edicto de Worms, en línea con las exigencias del emperador. Sin embargo, cuando trató de llevarlo a cabo, los simpatizantes luteranos redactaron una «protesta» de donde derivaría la palabra «protestantes» que se les aplicaría más adelante. Para entonces, su presencia en la Dieta había aumentado significativamente: al puñado de príncipes protestantes se unieron los representantes de catorce ciudades imperiales. En cuanto la Dieta concluyó, volvieron a reunirse y redactaron una declaración general sobre sus creencias comunes, el primer intento de definir la fe luterana. El momento para causar esa disensión en el seno del Sacro Imperio Romano no podía ser menos oportuno, precisamente cuando el emperador estaba ausente y no podía ejercer su autoridad, y cuando la propia seguridad del imperio se hallaba en peligro por la terrible amenaza del imperio otomano, cuyo ejército había sitiado la ciudad de Viena. Fernando abandonó sus obligaciones en Espira y se apresuró a volver a Austria. Carlos estaba plenamente informado de la situación y ya había comenzado a organizar amplios preparati-

vos. Entretanto, su primera preocupación era, tal y como hemos visto, lograr ser confirmado formalmente como emperador por el papa.

Carlos no podía equivocarse en dar prioridad al problema provocado por los luteranos. En un primer momento, la religión no fue vista como un tema capital, pues las creencias de los reformistas no diferían sustancialmente de las de los católicos. El problema central era más bien el de la lealtad política de los príncipes. El poder del emperador dependía de ellos. En junio de 1530 pasó por Múnich y a mediados de junio se encontraba en la ciudad imperial de Augsburgo, donde se había convocado la asamblea de la Dieta Imperial. Para entonces los líderes luteranos estaban de acuerdo, tras haber consultado con sus teólogos, en redactar una declaración general sobre sus creencias. Esa declaración, llamada la Confesión de Augsburgo, un moderado documento diseñado principalmente por el teólogo Felipe Melanchthon, fue leída en alto —durante dos horas— ante el emperador y los miembros de la Dieta. Asimismo se envió una copia en latín al papa a la espera de sus comentarios, a la vez que los propios teólogos del emperador examinaban el texto. A mediados de agosto, un comité designado por Carlos anunciaba sus sorprendentes conclusiones: prácticamente todos los términos de la Confesión fueron aceptados, y únicamente se rechazaron tres cláusulas. Ese verano gozaron de temperaturas muy agradables y el ambiente general fue de buena voluntad.

Por su parte, Carlos se había reunido en privado con los príncipes luteranos —el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, y el margrave de Brandeburgo— a quienes pidió que desistieran de las nuevas prácticas. Les habló a través de un intérprete, dado que su alemán no era bueno y tendía más bien al flamenco. En un momento dado, el margrave perdió la paciencia y declaró que antes daría su cabeza —hizo un gesto de rajarse la garganta— que renunciar a su religión. Carlos lo apaciguó con un áspero

alemán: «Lieber Fürst, nicht Kopfe af! (Querido príncipe, ¡nada de cortase la cabeza!)». Todavía necesitaría tener mucha paciencia y moderación, tal y como demostraron los acontecimientos del día siguiente: los católicos y luteranos celebraron por separado sus servicios en la misma ciudad con el consentimiento del emperador.

La Dieta se inauguró oficialmente el 30 de junio, con el elector de Sajonia tomando parte en la misa de apertura dado que su papel allí, según le aseguraron sus consejeros, era ceremonial y no religioso. En la sesión inaugural, los participantes fueron informados de los dos asuntos principales que habían urgido al emperador a convocar la Dieta: la guerra contra los turcos y la cuestión religiosa. El 7 de septiembre, el emperador llamó a las partes en discordia a sus aposentos y les notificó que había solicitado al papa su consentimiento ante la principal exigencia de los luteranos: que se convocara un concilio general de la Iglesia. Entretanto, insistió, el ejercicio público de la antigua religión debía continuar como hasta entonces. Los luteranos quedaron complacidos con una decisión, pero no con la otra.

Aquello resultó ser el comienzo de la separación de caminos, siendo las conversaciones de Augsburgo el último gran intento de conservar la esencia del sistema católico antiguo. Carlos había puesto todo su empeño en aplacar a los luteranos, y aún no se había producido una ruptura formal, pero los líderes de ambos lados eran cada vez más conscientes de los puntos en los que no sería posible llegar a un acuerdo. En septiembre, los príncipes, tanto luteranos como católicos, se despidieron del emperador. Ahora existía el peligro de que se produjeran movimientos insurgentes en algunos estados alemanes. Los príncipes protestantes formaron una liga de solidaridad, que tenía su centro en la población de Esmalcalda, en Franconia. Por su parte, el emperador les aseguró que haría todo lo posible por mantener la paz,

que la vieja religión continuaría teniendo plenos derechos y que el papa convocaría un concilio en pocos meses.

La Dieta de Augsburgo, como hemos visto, estaba preocupada en parte por la amenaza de los turcos. A lo largo de esos meses y mientras Carlos aún continuaba en España, las fronteras orientales del Sacro Imperio Romano se encontraron en serio peligro. Viena fue el ojo del huracán: el imperio otomano había ocupado los Balcanes y ahora penetraba en Europa central. En agosto de 1526, el ejército del sultán Suleimán el Magnífico derrotó de forma contundente (véase capítulo 3) a las fuerzas cristianas de Hungría lideradas por su rey en la batalla de Mohács.

El archiduque Fernando, que había estado casado con Ana, la hermana del difunto rey, reclamó ahora el trono, pero su reivindicación solo fue reconocida en Hungría occidental; la otra mitad de la nación se hallaba bajo el control del gobernante de Transilvania, Juan de Zápolya, cuya pretensión era apoyada por Suleimán. A fin de desechar la supuesta amenaza de Austria, en la primavera de 1529, Suleimán emprendió una campaña para apoderarse de toda Hungría. Los cronistas de la época estiman que su ejército estaba compuesto por entre 120.000 a 300.000 hombres, comandados por el propio Suleimán. En septiembre recuperaron Buda a las fuerzas de Fernando, pero entonces se enfrentaron al obstáculo de Viena, iniciando su asedio. Durante las siguientes cuatro semanas la ciudad fue sometida a ataques diarios de los turcos, quienes al final tuvieron que retirarse en octubre de 1529, desalentados por las malas condiciones climatológicas, la falta de víveres y la feroz resistencia de los defensores de la ciudad, cuya guarnición estaba a cargo del conde Nicolás de Salm.

En ese preciso momento, las energías del emperador estaban dirigidas a los territorios alemanes. Hemos visto cómo Carlos hizo enormes esfuerzos para solucionar la cuestión luterana mediante un compromiso religioso; lamentablemente, el asunto es-

taba adquiriendo un cariz militar en el que el emperador comenzó a tomar la iniciativa. Era una situación de lo más irónica, dado que él había ido desprendiéndose gradualmente de sus poderes en Alemania. Desde el año 1520, había ido delegando poco a poco partes fundamentales de su herencia en su hermano menor, Fernando. Durante un tiempo, este se convirtió en el gobernador temporal de los Países Bajos y, más tarde, al ausentarse el emperador a España, asumió la regencia de los territorios alemanes. Durante las sesiones de Augsburgo, Carlos decidió disponer lo necesario para la sucesión de Fernando y, de camino a los Países Bajos, presidió una reunión con los príncipes electores alemanes en Colonia en el mes de diciembre, explicándoles la necesidad de que Fernando pudiera gobernar sin tener que depender constantemente de él. Pronunció su discurso en alemán, como tributo a los esfuerzos realizados para dominar la lengua. Después los electores viajaron hasta Aquisgrán, el lugar prescrito para la elección, donde en enero de 1531 votaron a favor de Fernando como Rey de Romanos. El emperador y otros miembros de la familia real también se desplazaron hasta allí para la solemne coronación en la catedral.

Fue el primer paso capital requerido para confirmar la autoridad de Fernando, quien en ese momento también era rey de Hungría. Unos días más tarde, en un documento formal promulgado en Maastricht el 16 de enero de 1531, el emperador delegaba en su hermano sus propios poderes para el ejercicio en el territorio imperial, de todas las cuestiones incluidas la propiedad, la administración y la justicia. En efecto, Fernando ahora podría actuar como emperador siempre que Carlos estuviera ausente. Fue, a todos los efectos prácticos, una forma de abdicación que haría innecesario, dos décadas más tarde, un procedimiento específico para ratificar la sucesión en el imperio. Los nuevos poderes delegados recibirían la aprobación de la Dieta de Augsburgo al año siguiente, en 1532.

Es preciso ahora volver atrás en el tiempo. Cuando Carlos concluyó sus empresas en Augsburgo en noviembre de 1530, se dispuso a viajar a los Países Bajos, pero al llegar a Colonia recibió la noticia de la prematura muerte de Margarita de Austria. La regente había sufrido un accidente en un pie, y aunque fue operada de urgencia por los cirujanos, no logró recuperarse y murió el 30 de noviembre, a los cincuenta años. Carlos se quedó profundamente consternado al recibir la noticia y ordenó que se celebrara una misa mayor en la catedral de Colonia, a la que asistió con toda su corte. Además de destacar como humanista, administradora y diplomática, Margarita había sido una de las grandes personalidades de su tiempo. Como gobernadora de los Países Bajos, sería sucedida por otra excelente administradora, una vez más perteneciente a la propia familia de Carlos. A mediados de marzo de 1531, su hermana María de Hungría llegó desde Viena. Inmediatamente Carlos la nombró gobernadora general. Tenía veinticinco años, era una hermosa viuda, una magnífica lingüista y una ferviente entusiasta del arte y la arquitectura renacentista; su posterior e impactante legado al pueblo de los Países Bajos fueron los castillos que mandó construir y embellecer en Binche y Mariemont. Era, además, una mujer increíblemente activa, apasionada amazona y cazadora, partidaria incluso de la guerra, dado que los años pasados como reina de Hungría fueron años de constantes campañas contra los turcos. En los veinticuatro años siguientes gobernó con acierto los Países Bajos en nombre de su hermano. Carlos permaneció en el país el resto de ese año de 1531 con la intención de reformar la estructura del gobierno.

La inspiradora trascendencia internacional de la influencia de Carlos se puso claramente de manifiesto en el vigésimo capítulo de la Orden del Toisón de Oro que presidió en Tournai el 30 de noviembre de 1531. Era la continuación del capítulo celebrado en Barcelona en 1519 y reflejaba, mucho más que el anterior, la

experiencia acumulada durante una década de contacto con Europa. Los nuevos caballeros incluían al rey Jacobo V de Escocia (padre de María Estuardo), al rey Juan III de Portugal (casado con la hermana menor de Carlos, Catalina), a su propio hijo, el infante don Felipe (de cuatro años), y a Andrea Doria, príncipe de Melfi. Más tarde, en enero de 1532, anunció en la asamblea de los Estados Generales en Bruselas su propósito de partir hacia Alemania, obteniendo la aceptación de María como gobernadora general.

La cuestión religiosa (véase capítulo 6) estaba comenzando a cubrir de nubes negras el horizonte político germano. En febrero de 1531, los príncipes protestantes, reunidos en Esmalcalda, accedieron a formar una liga defensiva que perduraría durante seis años. Sus cabecillas principales fueron el joven y entusiasta elector Juan de Sajonia, de veintiocho años, y el landgrave Felipe de Hesse, de veintiséis. Entre las numerosas ciudades imperiales que se adhirieron a la liga se encontraban Estrasburgo, Lübeck y Bremen. La liga negó haber puesto en duda en algún momento la autoridad del emperador, y proclamó que su único propósito era defender la libre práctica de la religión «evangélica». Es cierto que la liga no suponía una amenaza inmediata para Carlos y que, incluso, le ofrecieron prestar su apoyo militar contra los turcos. Sin embargo, al mismo tiempo, sus líderes entraron en contacto con Francia buscando un posible apoyo contra las pretensiones de la casa de Austria. Lo que sin duda resultaba mucho más alarmante que la existencia de la liga, fue el hecho de que el luteranismo estuviera empezando a imponerse en varias partes de Alemania. Los informes llegados de todas partes indicaban que la situación de paz lograda en Augsburgo, estaba ayudando a extender las nuevas ideas por todo el territorio alemán e incluso por los Países Bajos.

Carlos partió de los Países Bajos a finales de enero de 1532 y a mediados de febrero se encontraba en Ratisbona para presidir la

sesión de la Dieta Imperial. Fue en Ratisbona donde sufrió la pérdida del joven príncipe Juan de Dinamarca, hijo de su hermana Isabel, quien en 1514 se había casado con el rey de ese país. El propio Carlos no gozó precisamente de buena salud durante sus primeras semanas en la ciudad, pero procuró tratar directamente el problema luterano al igual que la amenaza militar de los turcos. Como después resultó, los líderes de Esmalcalda desistieron en la presión de sus demandas, al tiempo que el emperador se mostró decidido a no adoptar medidas extremas. La política del papado era el único factor preocupante: desafiado por la crisis religiosa en Inglaterra, el papa no parecía inclinado a hacer concesiones a Alemania. Las tensiones se alargaron, permitiendo a Alemania algunos años más de paz. En medio de sus ocupaciones políticas, el emperador supo también encontrar tiempo para relajarse. En mayo de 1532 escribió a María desde Ratisbona: «Me levanto temprano y me acuesto pronto… salgo a cazar sin hacer demasiado esfuerzo, y esta mañana recorrí casi media legua a pie, lo que resulta todo un milagro, y lo mejor de todo es que por estos medios puedo recuperar la salud. No sé cuánto durará, pero tengo el firme propósito de seguir haciéndolo».

En 1532 la mayor preocupación era la amenaza procedente del imperio otomano. En mayo de 1532, Suleimán el Magnífico salió de Constantinopla con un enorme ejército con el que pretendía resolver la situación que había dejado en 1529. El número de sus fuerzas se ha estimado que rondaba los 300.000 hombres, pero esa cifra no resulta tan relevante como el estado de su estrategia, ya que en aquel momento los cristianos en Viena estaban reuniendo un ejército igual de impresionante. Al parecer Suleimán no quería implicarse él mismo en una batalla cuyo resultado podía ser incierto. Muy pronto también se hizo evidente que, a la luz de la experiencia de 1529, un asedio sería muy poco aconsejable. Carlos y Fernando abandonaron Ratisbona en septiembre de 1532 y el día 23 entraron en Viena, donde se estaban con-

centrando tropas procedentes de todos los lugares de Europa. El emperador llegó justo a tiempo para recibir a los tercios venidos de Italia.

España tomó parte indirecta en los acontecimientos. Los líderes castellanos se habían mostrado dispuestos a asumir los costes en defensa de la península, pero la mayoría de ellos se opuso con firmeza a los intentos de Carlos por recaudar dinero contra los turcos que amenazaban Viena. Un miembro de su Consejo Real de Castilla, Lorenzo Galíndez de Carvajal, señaló que «las necesidades del imperio y de otras tierras que no son España, no se podrán pagar con lo de España ni imponerlas a España». En consecuencia, Carlos decidió no presionar a los castellanos, pero sí ejerció su derecho a utilizar a las tropas asentadas en Italia. Los tercios castellanos e italianos, constituidos por más de seis mil hombres comandados por el marqués del Vasto, se encontraron en consecuencia estacionados en el Danubio. Habían emprendido una histórica marcha desde Milán ascendiendo a través de la Valtelina en dirección este, pasando por Innsbruck, Passau y Linz hasta llegar a Viena, el primer ejército ítalo-español que había aparecido nunca en el Sacro Imperio Romano. Un curioso detalle de la expedición es que muchos iban acompañados por sus mujeres, un total de 2.500 damas de indeterminada procedencia —presumiblemente italianas en su mayoría— y rango social. La marcha de los tercios a través de Europa central supuso un significativo avance en la respuesta española a las obligaciones internacionales derivadas de su poder.

Cientos de nobles aventureros llegados de todos los lugares del continente pusieron también rumbo a Viena en 1532 para servir contra los turcos. Entre ellos hubo un buen número de grandes castellanos que deseaban demostrar su lealtad al emperador. Los duques de Alba y Béjar, los marqueses de Villafranca y Cogolludo, los condes de Monterrey y Fuentes, y los vástagos de grandes familias de la nobleza —las casas de Medina-Sidonia,

Nájera, Alburquerque, Mondéjar— se encontraban entre los muchos que viajaron al norte. Su presencia era más bien simbólica, pues al ver el inmenso ejército que el emperador había logrado reunir en defensa de Viena —unos 150.000 hombres y 60.000 efectivos de caballería, descritos elogiosamente por Féry de Guyon, oriundo del Franco Condado, como el «mayor y más bello ejército que nadie haya visto en medio siglo»—, los turcos decidieron levantar el campamento. Los tercios aparecieron el 24 de septiembre de 1532, cuando la retirada turca ya se había puesto en marcha y, en consecuencia, nunca presenciaron batalla alguna. Francisco de los Cobos, escribiendo desde Viena, informaba orgulloso cómo el emperador inspeccionaba los recién llegados contingentes: «El día de anteayer salió al campo para ver al contingente español y al italiano, que son los mejores que se hayan visto, en especial los españoles».

El final, al menos por algún tiempo, de la amenaza turca permitió al emperador concentrarse en los asuntos germanos. Una vez bloqueado el avance de los turcos por Europa central, estos dirigieron sus esfuerzos hacia el Mediterráneo. Sus ejércitos y los de sus aliados ejercían el control efectivo de la mayor parte de los Balcanes, pero no hicieron ningún nuevo intento de extender la frontera contra los cristianos. Resultaba más viable hacer uso de los recursos navales, especialmente aquellos disponibles en el Mediterráneo occidental, en Argelia. Durante la siguiente generación, la lucha entre la cruz y la media luna se centraría en el mar, en las vastas aguas del Mediterráneo.

Tras la liberación de Viena, el emperador determinó regresar a España viajando a través de Italia. En sus escuetas y concisas memorias, que por lo demás no ofrecen demasiados detalles de interés para el historiador, Carlos incluso logró encontrar un hueco para un rasgo de afecto humano. «Era su mayor deseo —declara en el texto— llegar a España, puesto que había estado cuatro años separado de su esposa, la emperatriz». Las memorias no ci-

tan ningún otro motivo, pero de hecho existían muchos otros, entre ellos algunos de gran importancia en Italia. Carlos partió de Viena el 4 de octubre de 1532, y se dirigió a los pasos alpinos. En noviembre llegó a Mantua, y luego a Bolonia, donde entró el 13 de diciembre en una procesión de 800 hombres de caballería y 4.000 tropas alemanas flanqueadas por los principales príncipes del norte de Italia. Al igual que sucedió en 1530, se encaminó directamente hacia la iglesia de San Petronio, donde el papa le aguardaba.

Los italianos deseaban felicitarle por haber rechazado el avance de los turcos, pero en su mente lo más importante era la urgente necesidad de celebrar un concilio general de la Iglesia. De un modo u otro, las discusiones sobre distintos temas le tuvieron ocupado varios meses, debido a que los príncipes también estaban ansiosos por poner un poco de orden en los asuntos italianos. Parece indudable que el emperador se dejó llevar por su egotismo, o tal vez por cierta superstición, al elegir el día 24 de febrero, fecha de su cumpleaños, para firmar un tratado de adhesión con el papa en el que se resolvían las diferencias más destacadas. Tres días más tarde, llegó a un acuerdo similar con los príncipes italianos. Ambos tratados fueron redactados por Nicolás Perrenot. En ellos se hacía énfasis en dos puntos concretos: la convocatoria de un concilio general de la Iglesia, y la formación de una nueva alianza contra los turcos. Carlos se mostró especialmente interesado en obtener la adhesión de Francia a esos acuerdos, pues estaba al corriente de los contactos de los franceses con los príncipes luteranos, y conocía los vínculos de los diplomáticos franceses con Constantinopla. La sobrina de Clemente VII, Catalina de Médicis había sido propuesta como esposa del segundo hijo de Francisco I, Enrique, duque de Orleáns; el matrimonio sería bendecido solemnemente por el papa un año más tarde en Marsella. Inducido por la delicada situación de Alemania, donde una alianza entre los príncipes parecía desafiar el

poder del emperador, Carlos obtuvo mediante el acuerdo con los italianos, un compromiso para contribuir a una fuerza militar común, así como la posibilidad de tomar medidas contra cualquier príncipe que pudiera desertar a la fe evangélica.

Cuando todos los asuntos quedaron resueltos, partió rumbo a España, zarpando de Génova el 9 de abril de 1533 y llevando en su compañía a su sobrino, el joven heredero del ducado de Saboya, Manuel Filiberto. El muchacho, de diez años de edad, había quedado a cargo del emperador y con el tiempo se convertiría en uno de los grandes comandantes militares de la casa de Austria. La flota imperial recaló en Marsella y luego, a causa de los fuertes vientos y oleaje se vio obligada a terminar su viaje en Rosas, desde donde el emperador cabalgó a Barcelona, entrando al día siguiente, 22 de abril. La emperatriz, que había llegado a la ciudad con sus hijos y numerosos miembros de la nobleza el 28 de marzo, se encontraba entre la enorme muchedumbre que aguardaba para darle la bienvenida.

No hubo necesidad de que el emperador se apresurara a regresar a Castilla, pues los asuntos llegaban igualmente hasta él. Fue una primavera encantadora, una temporada perfecta para pasar en compañía de Isabel: se quedaron juntos en Barcelona más de dos meses. Durante ese tiempo, Carlos también se trasladó a Monzón donde inauguró las Cortes de la Corona de Aragón en junio. Cuando estando todavía allí recibió la noticia de que la emperatriz estaba enferma, se subió a su caballo y galopó sin descanso para poder verla, quedándose a su lado hasta que volvió a encontrarse bien a comienzos de julio. Su estado de salud fue lo suficientemente alarmante para que se organizaran procesiones y rogativas por toda la ciudad pidiendo por su recuperación. Entonces Carlos regresó a sus obligaciones en Monzón, donde permaneció solo hasta finales de diciembre. «Las cortes han sido largas —escribió Salinas desde Monzón— S. M. se ha detenido aquí siete meses. Pensando acabar antes de las fiestas, envió a la

emperatriz a Çaragoça, y S. M. partirá a tener año nuevo en Çaragoça».

Como si no hubiera tenido suficiente con soportar la carga de los sucesos de Alemania, desde 1533 el emperador tuvo además que prestar máxima atención a los acontecimientos desarrollados en Inglaterra. Haremos un breve resumen de los hechos. La tía de Carlos, Catalina de Aragón, había estado casada en primeras nupcias con el hijo del rey de Inglaterra, Arturo, sin que aparentemente hubiese consumación sexual. Cuando, tras la muerte de Arturo, su hermano, Enrique VIII, fue proclamado rey en 1504, se casó con Catalina. El matrimonio tuvo una hija, María. Carlos siempre había apreciado la tradicional alianza flamenca con Inglaterra, y como ya vimos, realizó dos visitas al país, donde fue agasajado y festejado por el joven Enrique VIII y su corte. Las buenas relaciones dieron sus frutos en alianzas militares, juramentos de amistad e incluso —como ya se destacó— en una proposición matrimonial entre el joven Carlos y la infanta María. Enrique y Carlos compartían un activo interés por la cultura, el arte, la música y los ritos de la caballería. Todo parecía presagiar una duradera y estrecha amistad entre la casa de Austria y la de los Tudor.

Sin embargo, el fracaso del matrimonio con la española lo echó todo por tierra. Ha sido uno de los asuntos más estudiados de la historia, por lo que apenas queda algo nuevo que decir. Enrique no amaba a Catalina. Cuando tomó la determinación de encontrar una forma de divorciarse de ella para poder casarse con su amante Ana Bolena, removió literalmente cielo y tierra para lograr su propósito. Su propósito era engendrar un heredero varón. La Iglesia, cuyos estrechos lazos con el emperador hicieron imposible para el papa aceptar las razones presentadas para el divorcio, se convirtió en blanco de la cólera del rey. Enrique despidió a su ministro principal, el hasta entonces poderoso cardenal Wolsey, reemplazándolo por un clérigo sumiso, Cranmer,

quien obedientemente decretó el divorcio y declaró a Ana Bolena como la auténtica reina. Además Enrique también decidió separar completamente la Iglesia —y por extensión, a Inglaterra— de la jurisdicción papal. Un Acta del Parlamento de 1533 formalizó la separación e instituyó una Iglesia nacional cuya única cabeza era el propio rey. La abandonada reina Catalina moriría en su residencia del castillo de Kimbolton en 1536. Carlos siempre trató de ofrecer apoyo diplomático para apoyar sus intereses, si bien nunca llegó al extremo de tomar medidas políticas contra el rey. De hecho, a lo largo de los siguientes años, después de los alarmantes e incluso sangrientos acontecimientos de la Reforma en Inglaterra, parece haber albergado esperanzas de que Inglaterra pudiera regresar al seno del catolicismo, pero siempre en estrecha alianza con la casa de Austria. No hay duda de que estaba en lo cierto. Menos de dos décadas más tarde, Inglaterra volvió a ser un país católico, con una reina católica. En gran medida esa transición fue posible gracias a la moderada diplomacia del emperador y de sus consejeros, especialmente de su más importante agente, Eustace Chapuys.

En esta fase de crecientes compromisos internacionales, el emperador comenzó a recibir ayuda de una fuente largamente esperada. Diez años atrás, había podido vislumbrar una muestra de los tesoros traídos de México por Cortés. En la década de 1530, gracias a los hermanos Pizarro, comenzaron a llegar nuevas riquezas del Perú. El cronista Alonso de Santa Cruz informó cómo en 1564 «en este año vinieron de la provincia del Perú, en las Indias occidentales, muchas naos, y vino en ellas mucho oro y plata, así de su Majestad como de particulares… y su Majestad mandó labrar en Sevilla mucha moneda de reales y ducados». Los cargamentos con los tesoros abrieron nuevos horizontes a su imperio y, en particular, a España. En este sentido, el inca Atahualpa contribuyó en gran medida a las campañas militares de Carlos, especialmente en su conquista de Túnez. A su regreso

a Castilla, en la primavera de 1533, el emperador estaba ansioso por llevar a efecto su largamente meditada idea de eliminar a los corsarios del norte de África en su raíz, las ciudades de la costa africana. La campaña de Túnez exigiría un gran esfuerzo de mano de obra y dinero, como se describe más adelante (capítulo 8).

Tras completar la empresa de Túnez, Carlos y sus más inmediatos acompañantes zarparon en agosto de 1535 desde La Goleta y arribaron a la costa occidental de Sicilia, su propio reino, aunque nunca lo hubiera visitado. Evidentemente su prioridad inmediata era remediar esa situación, pero además debía reducir sus costes y para ello dio orden de desmovilizar la mayor parte de su ejército, conservando solo para su escolta más próxima los «veteranos» españoles que originalmente habían estado en Sicilia y Nápoles, y a 2.000 tropas de infantería alemana. El 12 de septiembre entró en Palermo, la capital, donde se quedó durante un mes y juró observar las leyes del reino y de la ciudad. Los sicilianos estaban entusiasmados por su éxito militar en Túnez. Los estamentos del reino se reunieron en Palermo para dirimir cuestiones políticas con él y le garantizaron una generosa subvención en efectivo. El emperador se trasladó entonces a Mesina y desde allí, a principios de noviembre, tomó un barco hasta tierra firme en Italia, recalando en Calabria desde donde a final de mes volvió a partir en dirección a la ciudad de Nápoles.

Era como si toda Italia estuviera aguardándole en Nápoles. Al ser el primer rey español que visitaba la ciudad desde Fernando el Católico, hacía más de dieciocho años, se juzgó apropiado recibir al nuevo rey, emperador y conquistador con una festiva recepción. El virrey, Pedro Álvarez de Toledo, segundo marqués de Villafranca, había escrito por adelantado al emperador sugiriendo disponer una clásica ceremonia romana de triunfo: «Esta ciudad quiere hazer grandes demostraciones en la venida de S. M., y es razón se le haga un carro triunfal para que entre con triunfo». Calles y ventanas se llenaron de gente tratando de con-

templar al emperador y a sus soldados mientras entraban al son de trompetas; se dispararon salvas, y se lanzaron fuegos artificiales; se erigieron arcos de triunfo y estatuas. En Nápoles, Carlos fue informado del fallecimiento del duque de Milán, Sforza, sin dejar heredero, por lo que el ducado pasaba a su señor feudal, el emperador. Inmediatamente se enviaron órdenes a Antonio de Leyva para que ocupara el ducado en nombre del imperio. Fue una astuta maniobra, pues casi al mismo tiempo Francisco I había comenzado a desplegar todos sus esfuerzos para reclamar el ducado, un síntoma seguro de que se avecinaba una nueva guerra.

En esas mismas semanas, y de acuerdo con los términos establecidos en el tratado de Barcelona de 1529, Carlos convocó a su hija natural, Margarita van der Gheynst, a Italia para celebrar su casamiento con Médicis, duque de Florencia. Ya hemos tenido ocasión de discutir las circunstancias de ese matrimonio. El emperador pasó un invierno tranquilo bajo el sol meridional, y luego se dispuso a reanudar sus viajes. La partida imperial —una ingente multitud que incluía toda la corte, escoltada por 5.000 soldados de los tercios y 300 hombres armados de caballería— dejó Nápoles el 12 de marzo de 1536, dirigiéndose al norte. Su avance fue lento a causa de las lluvias primaverales. El papa, Alejandro Farnesio, de sesenta y ocho años, conocido como Pablo III —Clemente VII había fallecido en septiembre de 1534—, no pensaba escatimar esfuerzos para celebrar la llegada del victorioso emperador. Carlos cruzó por los territorios de los estados de la Iglesia, donde pronunció el juramento acostumbrado de respetar los privilegios del papa. En cada etapa, el pontífice enviaba cardenales para recibirle.

El 5 de abril la partida imperial entró en Roma, donde Carlos fue agasajado con una entrada triunfal en celebración por los hechos de Túnez. El papa salió personalmente a recibirle mientras el emperador entraba a caballo en la ciudad flanqueado por sus

principales comandantes, entre ellos el joven duque de Alba. Al día siguiente se celebró una misa solemne en San Pedro, con el papa portando la tiara y Carlos la corona imperial. Sin embargo, el evento quedó empañado por la política internacional. El 17 de abril, el papa celebró un consistorio abierto con la presencia de sus cardenales, el emperador y los embajadores de Francia y Venecia. El sumo pontífice pronunció un discurso destacando los caminos por los cuales los objetivos del emperador y de la Iglesia podían prosperar. Carlos respondió con otro largo discurso, resumiendo todo lo que se había conseguido hasta entonces en la pacificación de Italia, y comentando los distintos acuerdos internacionales que se habían logrado, especialmente respecto a Milán.

Su discurso, excepcionalmente, fue pronunciado en castellano; más adelante analizaremos el significado de este hecho en el capítulo 12. El principal objetivo de su mensaje era transmitir su amarga queja porque las tropas del rey francés, Francisco I, hubieran cruzado a principios de abril la frontera de Italia y ahora existiera un nuevo estado de guerra entre Francia y el emperador. Aprovechó la oportunidad para defender sus políticas. «Algunos dicen que yo quiero ser monarca del mundo; y mi pensamiento y obras lo muestran, que es al contrario. Mi intención no es desear guerra contra cristianos, sino contra infieles; y que Italia y la Cristiandad estén en paz». Francisco, declaró Carlos, había enviado un heraldo a Burgos para denunciarle por sus políticas, y declarar la guerra. ¿Pero de verdad quiere Francisco la guerra?, se preguntaba, su voz alzándose iracunda. Irritado denunció las amenazas para romper la paz efectuadas por Francia, y su inaceptable alianza con el infiel Barbarroja. Sosteniendo en la mano un fajo de la correspondencia secreta entre Francisco I y Barbarroja, declaró: «Yo propio, con mis manos, tomé en La Goleta estas cartas que tengo en la mano». En consecuencia, desafió a Francisco a resolver sus diferencias en un duelo personal en lu-

gar de poner en peligro las vidas de tantos cristianos. Al final de su larga perorata, pronunciada sin recurrir a ninguna nota, insistió repetidamente: «¡Quiero la paz, quiero la paz, quiero la paz!». Francisco respondería posteriormente en una carta dirigida al papa, que aceptaba la propuesta de un duelo que, evidentemente, nunca tuvo lugar. Pese al desafortunado estallido de la guerra, el consistorio de 17 de abril en Roma logró un excepcional resultado que se adecuaba a las aspiraciones de muchos: Pablo III promulgó una bula convocando un concilio general de la Iglesia que debía celebrarse en mayo de 1537.

Entretanto, Carlos había estado reuniendo sus fuerzas terrestres y navales en Génova, adonde se dirigió el día después de terminar el consistorio de Roma; las tropas provenían de Italia, Alemania y España. El emperador, junto con Alba y los otros comandantes, pasó los meses de mayo y junio en Asti, en el Piamonte y en la frontera del ducado de Milán, donde tomó las disposiciones necesarias para invadir el sur de Francia con la esperanza de poder así lograr la paz. La situación no era en absoluto prometedora. Francia había ocupado prácticamente toda Saboya, cuyo duque era un aliado del emperador. Por otro lado, un gran ejército francés había penetrado en Italia y ocupado Turín. Las negociaciones sobre un acuerdo para Milán estaban en marcha, pero Francisco I insistía en que el próximo duque debía ser uno de sus hijos. Desde que regresara de Túnez, Carlos había estado manteniendo correspondencia con Francia respecto a ese tema; él sugirió intercambiar Milán por el ducado de Borgoña. Era una oferta en firme, pero no la que Francisco estaba dispuesto a aceptar.

El emperador logró reunir un inmenso ejército que realizó pequeñas incursiones en la zona de alrededor de Turín. La principal estrategia de Carlos era invadir la propia Francia a través de Provenza, una propuesta que no era del agrado de algunos de sus generales. El duque de Alba, junto con otros jóvenes nobles cor-

tesanos españoles, participó activamente en la posterior invasión de Provenza. Había 2.000 españoles y 15.000 lansquenetes en el ejército que emprendió la invasión desde Milán bajo el mando de Antonio de Leyva y el emperador en mayo de 1536; el total de las fuerzas reunidas posiblemente superara los 30.000 efectivos de infantería y caballería. Algunas unidades entraron en la meseta de la Provenza por tierra, pero la mayor parte fueron transportadas a lo largo de la costa por Doria y desembarcadas en Antibes. Finalmente, todas las secciones del ejército se reagruparon en Fréjus. Las tropas españolas estaban comandadas por Del Vasto, mientras Carlos y Alba acaudillaban las unidades alemanas. La tercera semana de julio, un optimista Carlos condujo personalmente a sus tropas a través de la frontera montañosa desde Italia. Martín de Salinas, embajador del Rey de Romanos, envió un informe personal a su amo:

> Holgaría vuestra merced de ver como S.M. camina esta jornada. Va vestido de soldado, en calzas y jubón y su coselete vestido y una cuera de seda toda acuchillada y labrada de recamado y sin otra ropa encima y una banda de tafetan colorado, que es la seña que todos llevamos. Quiere pasar los puertos en compañía de los soldados y a la causa va de este atavio. Es muy grande placer verle tan sano y alegre en estos trabajos, y no es el que menos parte dellos toma. Dios le dé salud y victoria que todos se la deseamos. Sé decir a vuestra merced que va la gente de guerra y la que no lo es la más grande del mundo, como si fuesen a jubileo.

Carlos, escribió Salinas, «está muy bueno, mejor que yo le había visto jamás, y alegre y con gran deseo de ser partido para esta empresa». El marqués del Vasto comentó que «el emperador nunca había tenido un ejército tan grande y bien equipado en el campo para la guerra contra otra potencia cristiana». El optimismo no podía ser mayor. Solo Salinas abrigaba dudas: «a mí me parece que esta empresa que entre manos tenemos no tiene tan buenas apariencias como yo querría».

Las tropas imperiales establecieron su campamento en Aix-en-Provence, que había quedado deliberadamente indefensa por los franceses, pues sabían que no podrían disponer del número de hombres necesarios para guarnecerla. Fue en este punto cuando el emperador y sus generales comenzaron a entender la estrategia adoptada por el futuro condestable de Francia, Anne de

Montmorency. Montmorency había determinado fortificar tan solo las ciudades que podían ser razonablemente sostenidas, tales como Marsella y Arlés, dejando a sus fuerzas acampadas en Aviñón, y concentrándose en bloquear todas las fuentes de suministro de alimentos de la región, como los molinos donde se almacenaba el grano. Rechazó decidido cualquier pretensión de enfrentarse a los invasores en una batalla. Las tropas imperiales, privadas de la oportunidad de utilizar la superioridad de su poder, se vieron limitadas a realizar breves incursiones por la campiña en busca de provisiones con las que sobrevivir. La falta de una alimentación adecuada en el ejército contribuyó a la aparición de un brote de disentería que rápidamente se convirtió en una epidemia mortal. Fue una experiencia que el joven Alba nunca olvidaría, y ciertamente influyó en sus ideas sobre la estrategia militar. Evitar el enfrentamiento, comprendió, podría ser más fructífero que recurrir a la batalla.

Después de tres meses en Provenza, el ejército no había logrado ningún avance. En una carta de septiembre, escrita desde Aix, el emperador se quejaba: «Las carreteras no han sido menos difíciles en esta región (Aix) sobre todo teniendo en cuenta la falta de vituallas, que no hemos sido capaces de traer por mar, sin contar que el rey de Francia ha obligado a sus campesinos y súbditos a ausentarse y ocultar todo suministro. Los franceses han destruido los molinos, y hemos tenido que salir cada día en busca de alimento, custodiados por una fuerte escolta, de modo que una buena parte del ejército no ha podido comer pan o carne durante varios días y todos los soldados de élite, a caballo o a pie, han hecho lo posible para ayudarles con la fruta y viñas y otras cosas, incluso recolectando grano para poder hacer harina». El propio Carlos hizo un gran esfuerzo por ayudar a sus hombres. Salinas, que estaba con el emperador, informaba: «Esta mañana caminó S. M. tres leguas y mañana caminará cuatro. Pasa gran fatiga por respeto que con su persona ha de visitar todo su

exército para lo meter en orden, y la fatiga que pasa es grandísima». «Caminamos a toda furia y vamos cargados como hormigas, porque llevamos el bizcocho y comida para seis días, y llegamos a un pueblo despoblado y muy maltratado y creemos que lo hayan hecho los franceses por quitarnos las vituallas. … Yo voy harto de la guerra, y aun otros muchos». El 12 de septiembre Carlos ordenó una retirada general.

Otros destacamentos del ejército tuvieron experiencias similares entre las colinas y viñedos del sur de Provenza. Martín de Salinas informaba de los afanes:

> Los de las tierras se van huyendo y nosotros sin vituallas… Algunas tierras hemos pasado las cuales han desamparado los moradores llevando lo que podían… S. M. ha traído su exército en orden y nosotros nos desordenamos, porque es tanto el bagaje y putas que son más que las estrellas… En el primero día que llegamos a la tierra, los villanos habían gritado algunos: «¡Francia!», y aun habían tirado piedras a los españoles.

La invasión fracasó porque no había contra quien luchar, ni se encontraron víveres para mantenerse. Leyva, ahora con más de ochenta años, cayó enfermo y murió en Aix, junto con muchos otros soldados. Como militar, había pasado toda su carrera en Italia, siendo uno de los generales más destacados del emperador. El historiador Gómara comentó: «Fue siempre buen capitán y nunca parecía ser vencido, siendo muchas veces, y algunas en andas que fue mas, ca, por ser gafo de pierna y manos, no caualgaua en cauallo. Marauillauanse todos por donde iua, oyendo que assi tollido fuese tan baliente excelentissimo capitán». Además, se había hecho inmensamente rico durante las campañas de Italia, lo que condujo a Gómara a añadir que también era «áspero, cruel, codizioso y agorero». Entre las miles de bajas se encontraba el poeta Garcilaso, amigo y compañero de Alba. Un contemporáneo francés, sin duda con cierta exageración, estimó las pérdidas del emperador en 20.000 hombres, uno de los mayores desastres militares de la época, en una campaña marcada «por el deshonor y la pérdida» como posteriormente la definiría el soldado francés Blaise de Montluc. Carlos se retiró a lo largo

de la costa con las unidades restantes y luego embarcó con Andrea Doria desde Niza para volver a Génova.

La flota de barcos llevando al desanimado emperador de vuelta a España zarpó de Génova el 16 de noviembre de 1536, alcanzando el puerto de Palamós el 5 de diciembre. Carlos se dispuso a emprender viaje a través de la península con un pequeño grupo de cortesanos. Tras pernoctar en Barcelona, reanudaron su viaje a través del país. En Valladolid, su amada emperatriz le aguardaba, pero recibió instrucciones de encontrarse con Carlos en Tordesillas y así presentar juntos sus respetos a la reina Juana. A su llegada a Tordesillas, Carlos fue recibido por los altos oficiales de Castilla, incluyendo los cardenales Tavera y Loaysa y el condestable de Castilla. Un cronista presente describió cómo Carlos, después de recibirles, se marchó a la reunión con su madre:

> Y fuese ansi hablando con ellos hasta la sala donde estaban la reina y la emperatriz. S.M. se hincó de rodillas y pidió la mano a la reina, su madre. Ella respondió que se levantase, que ya sabía que no daba la mano. El emperador se levantó y abrazó a la emperatriz. Ella le hizo una reverencia baxa. S.M. la alzó y tornó a hablar con la reina, con quien estuvo un poco hablando.

La pareja real, junto con sus tres hijos, pasó toda la semana de Navidad con la reina Juana. Durante los tres días siguientes cayó una copiosa e intensa nevada, una nieve «que los hombres viejos dicen que había más de cuarenta años que nunca se había visto en esta tierra». Después se marcharon a Valladolid para presidir, en 1537, la sesión de las Cortes de Castilla.

En el curso de los siguientes meses se cerraron varios tratados de paz con el rey francés, que sin embargo no impidieron que la lucha continuara. Francisco I, frustrado por su fracaso de obtener Milán, renovó las pretensiones de Francia sobre Flandes, a pesar de los anteriores acuerdos en los que se confirmaba el señorío de Carlos V. En el verano de 1536, al mismo tiempo que se llevaba a cabo la invasión de Provenza, se produjeron conflictos armados a lo largo de la frontera de Francia y los Países Bajos. En enero de 1537, en una solemne sesión del Parlamento de París, Francisco reivindicó su señorío sobre Flandes declarando a Car-

los V —en su cargo de administrador de Flandes— como rebelde; un heraldo fue enviado a la frontera para declarar los condados de Flandes, Artois y Charolais unidos a la corona de Francia. Inevitablemente, María de Hungría se vio obligada a comenzar a reclutar un ejército compuesto por alemanes y valones para defender a los Países Bajos de una posible agresión francesa. Por fortuna ella y su hermana, la reina Leonor de Francia, estaban en posición de hablar abiertamente sobre la paz. Se acordó una tregua de diez años que se haría efectiva desde julio de 1537, pero obviamente se trató de un arreglo poco satisfactorio al quedar muchas cuestiones sin resolver. Parecía que solo una reunión entre los líderes principales podría solucionar los temas en liza. En consecuencia se determinó celebrar una cumbre en la ciudad de Niza en junio de 1538.

Carlos aprovechó ese respiro para visitar la corona de Aragón, de la que necesitaba recaudar dinero para sus campañas. En agosto de 1537, las Cortes de la Corona de Aragón abrieron la sesión en Monzón, y Carlos presentó una petición para su apoyo. El progreso fue lento. En noviembre recibió la preocupante noticia de que Isabel, a la que había dejado en estado de preñez, acababa de dar a luz a un hijo, pero se encontraba en malas condiciones. Rápidamente tomó un caballo y en una semana estuvo en Valladolid. Isabel comenzaba a recobrarse, pero su nuevo hijo, llamado Juan y nacido el 19 de octubre, viviría solo unos pocos meses muriendo en marzo de 1538. Carlos tuvo que ausentarse de nuevo a causa de sus compromisos, mientras Isabel hubo de quedarse, aún débil y desolada. «Todo este tiempo la emperatriz estuvo muy triste», observó un cronista. Sin embargo, el comentario del emperador, escrito doce años más tarde, es aún más penetrante: «La emperatriz quedó tan mal de aquel parto que desde entonces hasta su muerte tuvo poca salud».

El 31 de diciembre de 1537 Carlos se encontraba en Barcelona, y más tarde, en febrero de 1538, pasó una semana en Rose-

llón, para luego descender en dirección sur a través de Gerona y pasar la Cuaresma en Barcelona, donde un legado papal le informó de los preparativos para la reunión de Niza. El emperador zarpó de Barcelona el 25 de abril de 1538 con una flota de veintisiete galeras comandada por el príncipe de Melfi, y un séquito que incluía a Alba y Perrenot entre otros grandes señores. Niza era territorio neutral, dado que pertenecía al duque de Saboya, y el papa, Pablo III, se había ofrecido voluntario para mediar entre Carlos V y Francisco I. Francisco I acudió con la reina Leonor, la hermana de Carlos. Al final resultó ser una curiosa conferencia, ya que los dos reyes nunca llegaron a verse cara a cara, prefiriendo mantener contacto diplomático solamente a través del papa. El embajador veneciano Tiepolo, que también estuvo en Niza, informó de la hostilidad entre los reyes y cómo Francisco se aprovechó de Leonor para que visitara al emperador haciendo de intermediaria. Carlos se mostró especialmente contento por reunirse con su hermana favorita, quien llegó con una flota de diez galeras el 10 de junio. Carlos cruzó sobre una plancha de madera para darle la bienvenida, pero esta se rompió y tanto él como la reina cayeron al mar. Inmediatamente fueron rescatados, pero otros señores que les acompañaban se zambulleron por entero en el agua, «pasado todo —relataba un testigo— en risa y en burlas». Las indirectas conversaciones entre los reyes salieron bien. Se acordó una tregua de diez años, con el papa amenazando con actuar contra cualquiera de ellos si la rompían. A finales de mes, tanto el papa como el emperador regresaron a Génova, donde mantuvieron varias reuniones.

Ante el apremio de Leonor, los dos reyes consintieron en repetir la conferencia un mes más tarde en Aigues-Mortes, Francia, muy cerca de la frontera con España. Esta vez el escenario fue diferente. Carlos tenía previsto zarpar desde Génova, pero tuvo que permanecer en tierra durante algunos días debido a una indisposición, y no entró en el puerto de Aigues-Mortes hasta el

14 de julio. Allí recibió al rey francés a bordo de su galera, y luego desembarcó al día siguiente para aceptar la hospitalidad de Francisco. En la reunión, los reyes se abrazaron el uno al otro, se juraron amistad e incluso compartieron el mismo aposento. Al día siguiente durante el desayuno, el rey francés aguardó a Carlos y pasaron otro día juntos. Cuando se separaron, como recoge un testigo, «el rey de Francia sacó un anillo del dedo con un diamante y dixo a S.M. que desde aquella ahora en adelante, él se tenía por su verdadero amigo y hermano para ser siempre amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos. … Ha dicho el rey cosas a S.M. que nunca se pensaron». En todos los encuentros oficiales Alba se mantuvo al lado del emperador. Se hicieron promesas para concertar alianzas matrimoniales y unirse en la lucha contra la herejía y la flota otomana. El 18 de julio, Carlos partió con sus galeras hacia Barcelona, adonde llegó dos días más tarde.

La amenaza turca ocupaba ahora un lugar prominente en la mente del emperador, debido a la situación de su hermano Fernando en Hungría, donde el ejército turco al mando de Suleimán había infligido una sangrienta derrota a las fuerzas cristianas. Carlos obtuvo la colaboración de Andrea Doria para devolver el golpe a los turcos, pero no en África, sino en los mares del Mediterráneo oriental. Tras pasar unos días en Barcelona, partió en dirección a Valladolid y a su emperatriz a finales de julio. En octubre de 1538 los dos presidieron juntos la asamblea de las Cortes Castellanas en Toledo.

Las Cortes, sin embargo, no se mostraron en modo alguno tan cooperadoras como el emperador hubiera deseado. Carlos explicó las extraordinarias circunstancias que habían motivado esa asamblea especial. Intentaba obtener su aprobación para poder cobrar impuestos al clero y la nobleza, que siempre habían estado exentos; pero su maniobra no tuvo éxito. Las incesantes guerras y la continua ausencia de su rey llevaron finalmente a los

grandes nobles a exigir un cambio de política. En la asamblea de los nobles, dos tercios de sus miembros se opusieron a los impuestos propuestos, instando en su lugar al emperador a permanecer en Castilla y dedicarse a resolver los asuntos del reino. Otros, que comprendían y aceptaban la importancia de sus compromisos internacionales, disentían del resto. Ese grupo minoritario, compuesto por Alba, el duque del Infantado y otros diecisiete miembros, aceptaban el impuesto y lo que implicaba, pero fueron incapaces de influir en la asamblea. El condestable lideró una delegación que presentó a Carlos una petición por escrito leyéndola lenta e intencionadamente en su presencia:

> Parécenos que el mas importante y mas debido a nuestra fidelidad es suplicar a V.M. trabaje por tener suspensión de guerras, y de residir por aora en estos reinos, hasta que por algun tiempo se repare el cansancio y gastos de V.M. y de otros muchos, que le han servido y servirán, pues es cosa notoria que las principales causas de las necesidades en que V.M. está han nacido de los dieciocho años que ha que V.M. está en armas por mar y tierra y los grandes gastos que a causa destos recrescen.

Surgieron protestas por todos lados. El historiador Sandoval informa que en esta ocasión un furioso Carlos amenazó al condestable: «¡Voy a arrojaros por la ventana!», a lo que se dice replicó el condestable: «¡Mirarlo ha mejor Vuestra Majestad, que si bien soy pequeño, peso mucho!». Según se cuenta, Carlos, decepcionado por la actitud de los nobles, comentó: «¡Fue entonces cuando comprendí el poco poder que en realidad tengo!». Resultaba más que evidente que sobre esa cuestión no podría esperarse ningún progreso. Tras despedir a los grandes bruscamente de las Cortes en febrero, el ministro principal de Carlos, el cardenal Tavera declaró: «No hay para qué detener aquí a vuestras señorías, sino que cada uno se vaya a su casa o a donde por bien tuviere». La sesión tuvo una importancia decisiva para el estamento de la nobleza, que nunca más sería convocado a una sesión de las Cortes de Castilla.

En el otoño de 1538, Isabel estaba una vez más encinta, pero pasó los días tranquila en compañía de su esposo y su familia entre Tordesillas y Toledo. En marzo de 1539 empezaron a surgir síntomas inquietantes de su indisposición, y el 20 de abril dio a

luz en Toledo a un hijo muerto. La madre estuvo también a punto de morir, obligando a tomar todas las precauciones posibles; sin embargo, cinco días más tarde su fiebre empeoró y continuó elevándose a lo largo de los días siguientes. Murió el 1 de mayo al mediodía. Sandoval informa que Carlos «no se apartó de rodillas delante de la cama hasta que expiró». El emperador rompió a llorar y abrazó el cuerpo, negándose a separarse de él y diciendo: «¡Dejadme, que he perdido todo mi bien!». «Y entonces —relata Sandoval—, besándole la mano, se retrujó a su cámara». En su dolor, dispuso todo para permanecer confinado en el monasterio de La Sisla durante siete semanas. Su amor por Isabel seguiría presente hasta el final de sus días.

El cuerpo de la emperatriz yacía en su féretro. Al día siguiente sería acompañado hasta las afueras de Toledo por los ministros y los grandes. Felipe, de doce años, no se encontraba bien y solo realizó una parte del camino con la procesión. Después se retiró y se metió en cama. El 4 de mayo, el cuerpo de Isabel fue acompañado desde los límites de la ciudad hasta su lugar de descanso real en Granada (donde se encontraban también las tumbas de los abuelos de Carlos, Fernando e Isabel) por miembros de su casa y otros oficiales, conducidos por el marqués de Llombay, Francisco de Borja, caballerizo de la emperatriz. Dos semanas más tarde, el 20 de mayo, el príncipe y sus jóvenes hermanas presidieron las solemnes exequias celebradas por la emperatriz en la iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo.

La realidad de la vida y la muerte hizo a Carlos considerar una vez más su propio testamento. Como ya hemos visto, había redactado un primer documento con sus últimas voluntades en Brujas, el 22 de mayo de 1522. Después redactó otro en Madrid el 28 de febrero de 1536. Ahora se añadieron codicilos a ambos testamentos. Curiosamente, el redactado en 1536, especificaba que si tenía un segundo varón ese hijo heredaría el territorio del ducado de Borgoña, más concretamente los Países Bajos y el

Franco Condado. De haber sucedido así, hubiera cambiado toda la historia europea, pues Felipe nunca habría gobernado en los Países Bajos. De ser una de sus hijas quien lo heredase, debía casarse con un descendiente de su hermano Fernando; claramente la intención era preservar la sucesión en el seno de la casa de Austria. En todo momento, Carlos hacía hincapié en confirmar el poder de su hermano. Sin embargo, y de igual importancia que la sucesión de los principales territorios, estaba la cuestión concerniente a Milán, causa de tantas guerras. Ahora que Carlos poseía el control legal de Milán, estaba más preocupado que nunca por mantener el ducado alejado de las manos francesas. La decisión definitiva a esta cuestión llegaría más tarde, el 8 de octubre de 1540 cuando, en un codicilo añadido a su testamento, Carlos confirió el ducado, un feudo del imperio, a su hijo Felipe. A partir de ese momento permanecería bajo el control de la corona española, quien designó un virrey para gobernarlo.

Entretanto, a finales de 1539 nombró a Felipe, recién cumplidos los doce años, regente nominal de España. Pero antes dejó escrita una breve *Instrucción* para guiar a su hijo. El gobierno quedó en manos del cardenal Tavera, como regente, con el duque de Alba y Francisco de los Cobos como colaboradores. Felipe, por primera vez sin ningún progenitor a quien acudir, permaneció bajo la competente guía de su tutor, Juan de Zúñiga. Esa maniobra resultaba inevitable ya que los acontecimientos del extranjero exigían que el emperador dejase nuevamente a su familia en España, donde solo había permanecido un año.

El problema era una rebelión de las autoridades en su ciudad natal de Gante, en los Países Bajos. En los años transcurridos desde que se convirtiera en duque de Borgoña y luego en emperador, Carlos había tenido que tratar con algunos serios disturbios y guerras dentro de las fronteras de los Países Bajos. Recientemente en 1533, María de Hungría tuvo que enfrentarse a una rebelión en la ciudad de Bruselas, que terminó con los burgueses

postrándose de rodillas y suplicando perdón. Los acontecimientos de 1539, en la ciudad de nacimiento de Carlos, le decidieron a intervenir en persona.

Gracias a las aparentemente cordiales relaciones que ahora se habían establecido con Francia, y a la intervención directa de su hermana la reina Leonor, Carlos aceptó una invitación para atravesar el reino —la ruta más directa y segura hacia los Países Bajos— y recibir su hospitalidad. La decisión de atravesar Francia, hasta hacía poco tiempo su enemiga, causó asombro general en Europa y también en España. Sin embargo, Carlos sintió que podía confiar en la promesa enviada directamente a él en una carta personal del rey, «*escrypté et sygnée de ma mayn, sur mon honneur*» (escrita y firmada por mi mano, por mi honor), de garantizar su seguridad. Solo Cobos y Granvela confiaban en lo acertado de la decisión de su amo. El grupo real abandonó Madrid el 11 de noviembre. Carlos iba acompañado por un pequeño séquito de veinte nobles, entre ellos Alba. El personal auxiliar incluía dos secretarios, un médico, un barbero y dos cocineros. El viaje resultó ser motivo de algunas de las más suntuosas celebraciones renacentistas de la época.

Los memorables entretenimientos dispuestos para el emperador prolongaron su viaje, que terminaría durando dos meses, desde finales de noviembre cuando el grupo llegó a Bayona, hasta finales de enero de 1540 cuando se despidieron de la corte francesa en Valenciennes. Dos días después de cruzar la frontera de Francia, fueron recibidos (y acompañados durante la mayor parte del viaje) por el delfín y el condestable Montmorency. Una semana más tarde, todos entraban en la ciudad de Poitiers, donde se celebró la primera de las muchas y memorables festividades renacentistas organizadas para ellos por la ciudad, la catedral y la universidad. Al día siguiente, el propio rey así como su corte apareció para unirse a ellos, encontrándose la reina Leonor entre aquellos que presidieron los festejos organizados en favor

del huésped imperial en el castillo de Loches. Desde allí, fue una continua procesión triunfal de un hermoso castillo al siguiente. La víspera de Navidad se reunieron todos en el palacio de Fontainebleau, el castillo favorito de Francisco I, donde los invitados disfrutaron de los festejos y cazaron todos los días.

El día de Año Nuevo se organizó un gran banquete a las afueras de París para el emperador y la alta nobleza de España y de los Países Bajos que le acompañaban, y posteriormente el emperador hizo su entrada solemne en París, «montado —según relata una crónica contemporánea— en un corcel negro español, en señal de luto por su esposa, la más ilustre emperatriz, y a ambos lados de su persona, a la derecha el delfín y a su izquierda el duque de Orleáns, hijos del más ilustre rey de Francia, con ropas de terciopelo negro ribeteadas de oro y plata, montados en dos nobles corceles españoles». Pasaron la primera semana del nuevo año de 1540 en París. En la cena ofrecida por el rey francés, aquellos sentados en la mesa principal eran personas reales, dos cardenales, el duque de Guisa y un español: el duque de Alba. El emperador se permitió augurar ante un noble francés que el duque de Alba tenía los mimbres para ser un buen general. «Ha comenzado bien —declaró Carlos—, y pretendo ascenderle de acuerdo con sus méritos, en los que tengo grandes esperanzas».

Pero según resultó, las festividades y esplendor eran tan solo una parte de las complejas maniobras que se desarrollaban por detrás, a puerta cerrada. El tratado de Madrid aun constituía el principal motivo de queja por parte de Francisco I, pero sus dos hijos iban más allá en sus intenciones: habían conspirado para secuestrar a la persona del emperador, encarcelarle y, mediante extorsión, exigirle los dos territorios por los cuales Francia ya había vertido demasiada sangre: el ducado de Milán y el reino de Nápoles. Cuando Montmorency tuvo noticia del plan, advirtió a los dos príncipes de la imposibilidad de su proyecto, ya que el rey había dado su palabra y salvoconducto al emperador. Cierta-

mente Carlos no abrigaba dudas respecto a Francisco I: «Por su buena actitud hacia mi persona y el buen servicio que me ha prestado al no auxiliar a esos payasos de Gante, nunca más iré a la guerra contra él, y en el futuro permaneceremos perpetuamente buenos amigos y hermanos». Nunca unas buenas palabras estuvieron más destinadas a incumplirse.

A mediados de enero el emperador y su escolta cruzaron la frontera hacia su territorio de los Países Bajos, donde fue recibido por todos los grandes oficiales del estado —su hermana la reina de Hungría, los obispos, y una hueste de dos mil nobles incluyendo los principales caballeros del Toisón—. Los dos príncipes de Francia, que todavía conservaban algunos derechos soberanos sobre las provincias limítrofes, seguían aún con él. En ese momento Carlos tenía la firme intención de aceptar al más joven de los dos, a Carlos, duque de Orleáns, como futuro duque de Milán, siempre y cuando pudiera concertarse un matrimonio entre el príncipe y una hija de Fernando, el hermano de Carlos. Era una opinión que compartía con su hermana la reina de Francia. En Valenciennes, María de Hungría organizó un gran festejo para el emperador y los nobles, cuya entrada en la ciudad fue celebrada con música y arcos triunfales.

El 29 de enero el emperador entró en Bruselas. La principal cuestión que exigía su atención era, por supuesto, Gante. Una diputación llegó de esa ciudad para visitar a Carlos, quien les informó que pretendía castigar a los rebeldes. Nada más sucedió en ese mes, durante el cual se formó un cuerpo de tropas valonas, mientras Fernando envió 4.000 soldados alemanes. El emperador, en su papel de conde de Flandes, llegó a Gante el 14 de febrero de 1540, escoltado por la regente, los embajadores, los nobles y una inmensa fuerza de infantería y caballería. Se nombró un nuevo concejo municipal, sin que sucediera nada más. Luego, al tercer día, cuando las tensiones amainaron, empezaron a efectuarse las detenciones. El 24 de ese mismo mes, el día del cum-

pleaños del emperador, todo el cuerpo de gobierno de la ciudad fue convocado en el palacio real, donde se les informó en presencia de Carlos de cómo, a causa de la rebelión, habían perdido todo derecho sobre sus vidas, propiedades y privilegios; se les concedió un plazo de diez días para preparar un alegato. La argumentación, que incluía una petición de piedad, resultó inefectiva. Las ejecuciones ya habían comenzado. Unos días más tarde, el magistrado jefe leyó públicamente la inflexible y despiadada sentencia. De los más de cincuenta burgueses de la ciudad que fueron arrestados, dieciséis serían decapitados por traición; los privilegios y libertades de la ciudad anulados. La medida, como comentó un español del entorno de Carlos, «se a tenido por tan aspera en estas partes, que no se la diera aver ganado a Constantinopla», queriendo decir que parecía poco cristiana en su severidad. El 3 de mayo treinta líderes burgueses, junto con seis representantes de cada gremio, y cincuenta más del vulgo, todos con sogas alrededor de sus cuellos, desfilaron en procesión desde el tribunal de justicia al castillo, donde arrodillados «pasarían de quatro cientos, y hincados de rodillas» —informó un observador —, pidieron perdón a su gobernante.

Los acontecimientos de Gante no fueron, en modo alguno, la acción de un gobernante vengativo. Durante varios años, el gobierno de Bruselas había intentado solventar los conflictos y disturbios en las provincias, y el caso de Gante fue un ejemplo más del orden que Carlos trataba de imponer. Mientras permaneció en Gante, invitó al Rey de Romanos y a una enorme hueste de príncipes y clérigos alemanes, a acudir a Bruselas para discutir el modo de resolver la cuestión religiosa del imperio; al mismo tiempo, aprovechó la oportunidad para mantener conversaciones con la familia reunida, respecto a cómo establecer la sucesión del ducado de Milán. Fue la primera de las muchas importantes conferencias familiares que Carlos mantendría a lo largo de los años siguientes. La reina Leonor acudió para obtener una resolu-

ción sobre Milán, que se suponía debía recaer en el duque de Orleáns, con la condición de que se casara con una de las hijas de Fernando. Era el único candidato francés que Carlos aceptaría, pero al final Milán fue un problema que, tras interminables consultas con la familia, Carlos decidió resolver a su manera. Tras completar los asuntos en Gante, partió para residir en Bruselas, donde el 28 de octubre de ese mismo año, 1540, firmó un acta secreta concediendo el ducado de Milán a su hijo Felipe, de por entonces trece años.

Durante la primavera y el verano, Carlos viajó acompañado de María de Hungría por las provincias de los Países Bajos, finalizando con una asamblea de los Estados Generales en Bruselas, en la que informó a los miembros de su intención de partir a Alemania. Antes de marcharse, sin embargo, visitó una vez más Gante en noviembre para comprobar por sí mismo que se había restaurado el orden por completo. En la primera semana de enero de 1541, entró en territorio alemán decidido a tratar directamente los problemas que habían surgido a causa del movimiento luterano. De camino, se detuvo en Metz, una ciudad que años más tarde desempeñaría un papel crucial en su carrera. El alcalde, los magistrados y el clero le recibieron con honores; le concedieron las llaves de la ciudad y lo agasajaron con una impresionante ceremonia en la catedral. Precisamente el día de su cumpleaños, llegó a la ciudad imperial de Ratisbona, donde dedicó toda su atención a los asuntos alemanes.

[1] Impresionante tanto por el esplendor de las armas como por la fiereza de su aspecto.

El acontecimiento clave donde se manifiesta el punto de vista de Carlos V sobre las cuestiones religiosas es el discurso que pronunció para la Dieta Imperial en Worms en 1521, cuando hubo de enfrentarse al desafío planteado por Martín Lutero. Lutero, de acuerdo con la versión tradicional que nos ha llegado de sus palabras cuando plantó cara al emperador y a la Dieta, desafió al poder de la antigua iglesia con las reivindicaciones de su propia conciencia: «Esa es mi postura. No puedo hacer nada más». Sin embargo, no menos firme fue la promesa hecha por el joven emperador a esa misma Dieta para erradicar la herejía: «Un solo monje, llevado al mal camino por su juicio particular, se ha posicionado contra la fe mantenida por todos los cristianos durante mil años y más, concluyendo en su insolencia que todos los cristianos hasta el presente hemos estado errados. Por ende, he resuelto apuntalar esta causa con todos mis dominios, amigos, mi cuerpo y mi sangre, mi vida y mi alma». Esa, según se desprende, fue la declaración que determinaría su política religiosa durante los siguientes treinta años. Parecía ser una obligación personal para no llegar a ningún tipo de concesión.

A pesar de ello, toda la carrera de Carlos transcurrió intentando hacer concesiones en materia de religión. A lo largo de esos años procedió con mucha cautela en los asuntos religiosos, especialmente en los Países Bajos, una región que siempre se había mostrado excepcionalmente vulnerable a nuevas tendencias en cultura y religión. Esas nuevas tendencias, en el contexto de la cultura de hombres educados, habían recibido por lo general una cálida acogida de la élite. El propio Carlos era un destacado partidario del aprendizaje humanista, y un conocido protector de Erasmo. Mientras Lutero, cuya protesta contra la práctica católi-

ca de las indulgencias fue presentada en 1517 —el mismo año en que Carlos llegó para asumir su herencia española—, parecía estar exigiendo el tipo de cambio que muchos otros habían apoyado antes que él, las autoridades de la Iglesia y el Estado no se mostraron demasiado preocupadas. La Reforma, sin embargo, no era solamente un cambio religioso; también tuvo poderosos apoyos de nobles ricos y rebeldes sociales, factores que muy pronto comenzarían a alterar el aspecto de la política europea.

En los Países Bajos, en la década de 1520, las autoridades mantuvieron una postura firme contra la herejía con el apoyo de la Inquisición local (1522) y después de 1525 por medio de rigurosos edictos (*placards*) contra luteranos y anabaptistas. Estos últimos en particular fueron duramente perseguidos, especialmente tras el notorio caso de actividad anabaptista en Münster y Ámsterdam (1534-1535), que derivó en la represión y las ejecuciones ordenadas por juzgados locales y no directamente por el emperador. En los Países Bajos, la ejecución de disidentes se encontraba entre la más numerosa de Europa. De los ciento treinta y un herejes ejecutados por las autoridades de Amberes en los años cincuenta del siglo, ciento diecisiete (casi un 90%) fueron anabaptistas. Carlos escribió a María de Hungría, «lo que es tolerado en Alemania no debe suceder nunca en los Países Bajos». En esa región, la represión de la herejía continuó practicándose con considerable severidad hasta el final del reinado del emperador.

Por el contrario, en España, Carlos no fue de ningún modo un opresor de herejes, dado que el país apenas tenía experiencia histórica en herejías. Cuando asumió el trono ya existía la Inquisición, si bien estaba relativamente inactiva (durante la anterior generación había actuado principalmente contra los conversos de origen judío). Carlos no desempeñó un papel significativo en las actividades de la Inquisición española, y nunca estuvo presente en un auto de fe público, un tipo de ceremonia que no adquirió existencia formal hasta justo después de su muerte. Durante sus

primeros años, se plantearon tanto a él como a sus oficiales muchas propuestas para reformar la estructura y reglas de la Inquisición, pero ninguna de ellas fue aceptada. Aparte de alguna persecución esporádica de españoles de origen judío y musulmán, durante el reinado de Carlos la Inquisición actuó con firmeza solo contra pequeños grupos de iluminados, conocidos en España como *alumbrados*, que sufrieron severos castigos en manos de la Inquisición, pero ninguno acabó sus días en prisión o en la hoguera, como normalmente sucedía con los herejes. La reacción más significativa en España no fue contra la herejía sino, como veremos más adelante (capítulo 12), contra los escritos de Erasmo.

En fecha tan tardía como 1520, en España aún no se había oído hablar de Lutero, y los primeros españoles que entraron en contacto con sus enseñanzas fueron aquellos que acompañaron al emperador a Alemania. Algunos de esos hombres, viéndole tan solo como un reformista, se mostraron favorables a sus ideas. En la Dieta de Worms de 1520, cuando Lutero tuvo que defenderse públicamente, iba «todo el mundo a verlo, especialmente los españoles», reconocía el humanista Juan de Vergara. «Al principio… todo el mundo lo aprobaba —proseguía Vergara—, y los que escriben contra él confiesan en sus libros que al principio se le aficionaron». A comienzos de 1521, los libros luteranos, traducidos al latín, se valían de la ruta comercial de Flandes para poder entrar en España. En 1524, se informaba que en la corte del emperador en España, «es tanto el interés por Lutero que no se habla de otra cosa». En realidad, aunque algunos libros luteranos habían logrado introducirse en el país y unos cuantos individuos mostraron simpatía por sus ideas, en España no surgió ningún movimiento luterano autóctono, ni tampoco una herejía nativa sobre la que poder desarrollar las ideas alemanas. Lo que resulta más sorprendente de esos años es que las ideas de la Reforma no llegaran a materializarse en España, pese a la infiltración de los libros.

Hasta los años treinta del siglo xvi, los reinos del emperador en el Mediterráneo (principalmente España e Italia) continuaban relativamente ajenos a la difusión de las nuevas doctrinas. No fue hasta los años cincuenta, y bajo determinadas circunstancias que obligaron a Carlos a intervenir (como veremos más adelante), cuando el luteranismo adquirió cierta relevancia en España. Sin embargo, durante la generación anterior, menos de cincuenta casos de supuesto luteranismo entre españoles llegaron a conocimiento de los inquisidores. En la mayoría de ellos, resulta difícil identificar alguna creencia especialmente protestante. Hubo cierta curiosidad por las herejías que Lutero exponía, pero pocos síntomas de algún interés activo entre los españoles. Solo a finales de su reinado, cuando Carlos ya se había retirado, hizo un llamamiento para llevar a cabo en España una dura represión de las ideas luteranas que, en su opinión, habían desbaratado sus proyectos políticos y arruinado su salud.

Los problemas surgirían principalmente en Alemania, lo que explica la constante preocupación del emperador por los asuntos de esa parte de Europa. Cuando hizo la declaración de Worms, aún era un joven entusiasta; sin embargo, con los años su actitud se fue modificando debido a la realidad política. El Sacro Imperio Romano era, como lo había sido durante siglos, una inestable sociedad gobernada en sus más altas esferas por más de doscientos príncipes y ciudades libres siempre divididas por la rivalidad entre ellas. En el nivel más bajo, los problemas económicos afectaban a la estabilidad de la población rural. Tanto los príncipes como los campesinos se valieron de las nuevas ideas religiosas del momento para atraer la atención del emperador hacia sus demandas.

Durante la ausencia de Carlos de Alemania en la década de 1520, la situación quedó enteramente en manos de Fernando, quien encontró grandes dificultades para abordar un problema que se extendía por todas las capas de la sociedad alemana. El de-

safío más serio fue planteado por aquellos príncipes que cambiaron su religión a fin de conseguir ventajas políticas. Pero no menos grave fue el desafío, concretamente durante el año 1525 cuando Carlos aún disfrutaba de su victoria militar en Pavía, procedente de las extensas revueltas campesinas en los territorios alemanes, que consolidaron la actitud de los príncipes ante el problema de los desórdenes sociales y religiosos. Los levantamientos acaecieron principalmente en todas las áreas de Alemania central y del sur, y condujeron a la muerte de posiblemente unos 130.000 campesinos durante la represión, lo que proporcionó un enorme ímpetu a la extensión de las doctrinas luteranas entre las clases rurales. Sería un tanto temerario sugerir que Carlos hubiera podido conseguir algo más en Alemania, incluso de haber estado presente durante aquellos hechos.

En 1526 escribió a Fernando desde Sevilla diciendo que «las costumbres y ceremonias de la Iglesia debían ser preservadas exactamente como siempre habían sido, profesadas y practicadas. Estoy decidido a no participar en modo alguno dispensando, cambiando o alterando algo de nuestra fe; pero tampoco consentiré, que durante mi reinado nuestra fe reciba ofensa alguna de la nación alemana». No obstante, en ese mismo año prometió a la Dieta de Espira que «no estaba dispuesto a tomar decisiones en cuestiones concernientes a nuestra santa fe, pero instaba diligente a que el papa convocara un concilio». A partir de ese momento se mantuvo fiel a su compromiso de convocar un concilio. En 1529, en la Dieta de Espira, insistió en que mientras se aguardaba a la celebración del concilio, no debía producirse violencia alguna por razones religiosas: «Nadie, ya sea por condición espiritual o temporal, debe, en detrimento de nuestra verdadera fe cristiana, emplear violencia o fuerza contra antiguos usos y costumbres, o pasarse a cualquier credo equivocado o extraño, ni aferrarse a ninguna nueva secta».

Fue en respuesta a estas moderadas políticas por lo que los príncipes luteranos, guiados por su principal teólogo Melanchthon, redactaron en 1530 la Confesión de Augsburgo, que ambas partes confiaban pudiera servir como base a la reforma, así como para traer de nuevo la unidad a la dividida Iglesia. «Se debe ganar a los luteranos con mucha delicadeza», declaró el emperador. En su fuero interno confiaba en que estos regresarían a la Iglesia una vez se hubieran acometido las reformas necesarias. Sin embargo, durante la siguiente década las esperanzas poco a poco empezaron a trocarse en decepción. El primer gran signo negativo fue la formación en 1531, por Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia, de la Liga militar de Esmalcalda. A lo largo de los siguientes años, otros príncipes se unieron abiertamente a la causa protestante. Al parecer, la moderada política de Carlos no iba a dar el fruto deseado.

En sus memorias, Carlos señala la firmeza de su compromiso: «Desde el año 1529 el emperador nunca ha cesado, en cada uno de sus viajes, y en cada Dieta en Alemania, y en cada momento y oportunidad, de solicitar constantemente, ya fuera en persona o a través de sus ministros, la convocatoria de un Concilio General para proveer un remedio a los errores que estaban siendo propagados por la cristiandad». Tanto Carlos como Fernando coincidían en que, hasta que se reuniera el prometido concilio general, debía hacerse un esfuerzo por resolver las diferencias religiosas en Alemania a través de conversaciones, o «coloquios», entre las partes. Esa fue quizá la más importante contribución hecha por el emperador en aras de resolver las controversias religiosas de la época, algo que rara vez ha sido adecuadamente reconocido. Dos principios básicos inspiraban los coloquios: el deseo, compartido por los humanistas que tomaron sus ideas de Erasmo, de preservar la unidad religiosa a través de la moderación y el acercamiento; y la convicción de que el poder secular era el más apropiado para resolver disputas religiosas.

El primer gran coloquio organizado por Carlos se celebró en la Dieta de Espira en la primavera de 1540. En mayo, esa Dieta se trasladó a Haguenau debido a la peste. El emperador intentó adaptar las diligencias a lo que los luteranos habían deseado largamente «un concilio cristiano de la nación alemana»; pero las diferencias entre las partes hicieron inevitable su fracaso. La conferencia quedó suspendida después de un mes, y una nueva, un «coloquio cristiano», fue convocada en Worms para octubre de 1540, seguida de una Dieta Imperial. El representante del emperador era Nicolás Perrenot, mientras que el papa estaba representado por el cardenal Campeggio y otros prelados. Las discusiones no comenzaron hasta enero de 1541. Cuatro días más tarde, después de que las dos partes hubieran alcanzado un acuerdo sobre la doctrina de la Trinidad, pero no sobre el pecado original, la asamblea quedó nuevamente aplazada hasta la Dieta de Ratisbona, esta vez con la presencia del emperador. Tras las medidas adoptadas en los Países Bajos, a finales de 1540 Carlos y su séquito se dirigieron a Alemania tomando la ruta a través de Namur y Metz y llegando a Ratisbona la última semana de febrero de 1541. La cuestión principal en la Dieta Imperial, reunida en Ratisbona desde enero, era el problema religioso. Parecía ser un tema sobre el que existía, en ese momento, un gran optimismo.

En Ratisbona todas las esperanzas se centraron en la figura del legado papal, el cardenal Gasparo Contarini, uno de los más eminentes diplomáticos de su tiempo. Su llegada a Ratisbona en marzo de 1541 hizo surgir las esperanzas en Alemania. Contarini se mostraba ciertamente optimista; así escribió a un corresponsal: «Como a menudo he transmitido al pontífice, las discrepancias no son tan serias como muchos suponen». Ambas partes incluían liberales erasmistas: entre los protestantes se encontraban Felipe Melanchthon, Martín Bucero y Pistorius, los católicos incluían a Gropper, Pflug y Eck. La base de la discusión la constituía un moderado documento especial llamado el «libro de

Ratisbona», redactado esencialmente por Gropper. El 2 de mayo ambas partes lograron un acuerdo sobre uno de los principios centrales de las creencias cristianas, la doctrina de la justificación. Pero a pesar del deseo de Perrenot y del emperador de llegar a un entendimiento sobre otros puntos, las conversaciones se atascaron. Además, a primeros de junio llegaron a Ratisbona noticias sobre la posible intención de los turcos de invadir Hungría, y pocos días más tarde el Rey de Romanos se presentó allí para confirmar la situación. Tanto los príncipes católicos como los protestantes accedieron de inmediato a recaudar fondos para hacer frente a la emergencia. También estuvieron de acuerdo en reclutar un gran número de tropas y caballería. La cuestión religiosa no quedó olvidada. El 29 de julio de 1541, justo antes de ser disuelta por el emperador, la Dieta accedió a que se mantuviera la paz religiosa en Alemania, a que las conclusiones de los coloquios fueran presentadas en la futura reunión del concilio general de la Iglesia, y que dicho concilio se celebrase en una de las ciudades de Alemania. Carlos y Fernando tenían motivos sobrados para estar satisfechos por el duro trabajo que había hecho posible llegar a esos acuerdos en materias tanto religiosas como políticas. Dejando sus empresas en las competentes manos de su hermano, Carlos partió ese mismo día hacia el sur en dirección al Mediterráneo.

La política de coloquios continuó en vigor, como enseguida veremos, y de hecho se convirtió en un modelo que otros países (como Francia) adoptarían cuando se enfrentaran a un problema de disensión similar. Los años, sin embargo, seguían pasando y los acontecimientos se estaban escapando del control de Carlos y Fernando. En gran medida, eso se debió a que el poder político de los príncipes se convirtió en el factor crucial para la determinación de su adhesión religiosa. Ese fue el caso no solo en Alemania, sino en toda Europa: allí donde la Reforma triunfó, lo hizo porque, al igual que en Dinamarca e Inglaterra, el príncipe

había logrado imponer sus preferencias. En Alemania, los príncipes entraron en guerra entre ellos a fin de imponer el cambio religioso: los príncipes de Esmalcalda se valieron de la fuerza para apropiarse de tierras de la Iglesia. A pesar de la «libertad» prometida por la Reforma, los ciudadanos no fueron realmente libres para elegir su credo, y tuvieron que aceptar obligatoriamente las creencias que su príncipe decidía para ellos. Esa actitud favoreció inevitablemente el aumento de la coacción, la persecución y la guerra. Con la ayuda de Fernando, Carlos, al igual que otros príncipes, hizo uso de las iniciativas a su disposición como gobernante de Alemania, con el resultado de que la cuestión religiosa tuvo que resolverse a través de medios políticos y militares, y no por la libre elección.

Tras dejar Ratisbona, Carlos y su comitiva llegaron a Innsbruck en la primera semana de agosto, donde pasó algunos días de descanso en compañía de la esposa de Fernando, la reina Ana de Bohemia, y su familia. Desde allí siguieron la ruta tradicional hasta Italia, llegando dos semanas después a Milán, donde fue recibido con una majestuosa ceremonia por el gobernador, el marqués del Vasto. El 3 de septiembre entraron por fin en Génova, el puerto desde el que tenía previsto zarpar. De haber estado aún con vida la emperatriz, sin duda su decisión habría sido muy diferente; pero esta vez su destino no era España.

Su anfitrión era su íntimo amigo y aliado Andrea Doria. Una semana más tarde, Doria, comandaba la flota de diecisiete galeras que llevaba al emperador, acompañada por otras trece galeras al mando del virrey de Nápoles. Los viajeros hicieron una parada un poco más abajo de la costa, en Viareggio, donde el emperador bajó a tierra y se dirigió a la ciudad de Lucca para celebrar una importante reunión. Allí se encontró con el papa; los dos líderes mantuvieron largas reuniones cuyo asunto principal fue la celebración del concilio general. Carlos explicó además al papa su intención de lanzar un ataque naval contra los turcos en Argelia.

Era su forma de desviar la atención de los turcos lejos de Hungría. Durante los meses de ausencia del Mediterráneo, sus oficiales habían estado recaudando el dinero, las tropas y los barcos requeridos para otra incursión sobre el norte de África. Al despedirse del pontífice el 18 de septiembre, Carlos se dirigió al sur hasta La Spezia, y luego sus galeras le escoltaron a través de Córcega y Cerdeña. En esta última isla, que formaba parte de sus territorios, comenzó a coordinar los arreglos para la programada expedición a Argelia. De los detalles de ese acontecimiento nos ocuparemos más adelante (en el capítulo 8).

A su regresó a Alemania en 1546, después de una breve estancia en España, Carlos convocó otro coloquio de teólogos. Las reuniones se celebraron en Ratisbona, iniciándose la primera sesión el 17 de enero, casi un mes después de la apertura del concilio de Trento. Fue, como sabemos, un año de grandes acontecimientos. El primer evento importante fue la muerte de Martín Lutero en febrero de 1546. El segundo, la celebración del Concilio General de la Iglesia. En 1542, el legado del papa había anunciado en la Dieta de Espira a los príncipes allí reunidos que el concilio no se celebraría en Italia, como había sido la norma durante mucho tiempo, sino en territorio imperial, concretamente en la ciudad de Trento, en la montañosa región del Tirol. Las buenas noticias animaron a los alemanes a conceder aún más fondos al rey de Hungría para su lucha contra los turcos. Finalmente el concilio fue convocado por el papa en el otoño de 1545. Había costado muchos años y muchas negociaciones, y solo tuvo lugar gracias al establecimiento de la paz en el tratado de Crépy.

Como ya se ha destacado, si bien el emperador se ha presentado frecuentemente como acérrimo oponente a la Reforma, lo cierto es que en cada etapa realizó enormes esfuerzos por mantenerse a medio camino de las exigencias religiosas y políticas de los luteranos. En cada etapa contó además con consejeros que coincidían en la necesidad de una reforma de las ideas y estructu-

ras de la Iglesia. Y no hay mejor evidencia de ello que en España, donde existía una gran tradición de independencia en los asuntos de la Iglesia. A principios de su reinado, Carlos había alentado activamente a sus publicistas para que atacaran los defectos del papado y la Iglesia. El más destacado entre estos era su secretario de latín Alfonso de Valdés, cuyo *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* (1527) constituye un brillante epítome de los vicios de la Iglesia no reformada, argumentando que el saqueo de Roma de ese año no había sido culpa del emperador, sino un juicio de Dios. Su obra deleitó a los españoles instruidos de toda la península. Unos años más tarde, en 1536, Alfonso Álvarez Guerrero publicó su *Tratado de la Reforma de la Iglesia*, probablemente a petición del emperador. El tratado cuestionaba la naturaleza de la autoridad secular del papa, insistiendo en que, en algunos casos, un concilio general de la Iglesia era superior al papa, y declarando que el emperador tenía el derecho de convocar el concilio si el papa no lograba hacerlo.

Durante los muchos años que él (y Fernando) lucharon contra los problemas presentados por los protestantes alemanes, Carlos continuó creyendo que un concilio proporcionaría el modo de salir de ellos. Era en esa solución, y no en ninguna acción militar, en la que había puesto su confianza. Además, como enseguida veremos, siempre podía contar con la alianza de algunos líderes protestantes. El Concilio General, con una buena representación del clero y los teólogos, y la presencia de los principales diplomáticos, tuvo su ceremonia de apertura en la catedral de Trento en diciembre, y celebró su primera sesión formal el 7 de enero de 1546, un mes antes del fallecimiento de Martín Lutero. En las primeras sesiones, la asistencia osciló entre treinta y setenta prelados, principalmente obispos y cabezas de órdenes religiosas, la mayoría italianos. Las sesiones posteriores no fueron en absoluto tranquilas, ya que en el verano de ese mismo año se temía una invasión militar turca y, al año siguiente, existió la posi-

bilidad de un brote de peste, circunstancias que en ambos casos motivaron que los padres reverendos suspendieran la asamblea.

Teóricamente el concilio se convocaba para proporcionar una plataforma de debate, pero sin embargo existían poderosas razones para la hostilidad de muchos luteranos. A pesar de celebrarse dentro de los territorios del imperio, Trento se encontraba fuera de las tierras principales alemanas y, por tanto, era vista por algunos príncipes luteranos como una ciudad extranjera. Además, pese a la continua insistencia del emperador, el papa se negó a permitir que los clérigos protestantes y teólogos (es decir, «herejes») formaran parte de lo que se consideraba un concilio católico. Carlos insistió en la presencia de los protestantes (curiosamente los obispos españoles le apoyaron) y finalmente se les permitiría asistir a la segunda sesión de la asamblea unos años más tarde.

Aunque en Alemania el emperador no hiciera demasiado hincapié en la noción de «herejía», había sin embargo tres aspectos prácticos que hacían difícil encontrar una solución. En primer lugar, puso mucho cuidado en respetar la constitución alemana, actuando siempre de acuerdo con su hermano Fernando, y tomando en lo posible todas las precauciones para obtener el apoyo de los príncipes y las ciudades imperiales. Eso significaba que incluso si quería adoptar medidas radicales, las leyes y los gobernantes de Alemania harían imposible que pudiera actuar arbitrariamente. Es más, hasta 1530, cuando fue coronado por el papa, no se le consideraba técnicamente emperador y por tanto hubo de poner mucha atención en sus acciones. En cualquier caso, actuar contra los deseos de los príncipes y la Dieta implicaba automáticamente la pérdida de financiación por parte de estos. De hecho, en determinadas circunstancias, como sucedió a partir de 1540, solo pudo actuar aliándose en persona y directamente con líderes protestantes como Mauricio de Sajonia. Esa no era una

política que le hiciera ganar apoyos con el papado, si bien era necesaria e inevitable.

En segundo lugar, incluso cuando fue arrastrado a una situación de conflicto, como la ocurrida con las dos guerras contra la liga Esmalcalda a finales de los años cuarenta y cincuenta de ese siglo, insistió repetidamente en que la religión no era el problema. En cada Dieta alemana de ese período, declaró que debía alcanzarse la unidad entre los cristianos, sobre todo a causa de la amenaza turca en la frontera húngara. «No deseo la guerra», escribió a Fernando en 1525. Y en tercer lugar, la escasez en las finanzas le impidió con frecuencia emprender una acción militar, de haber deseado utilizar esa opción contra los protestantes.

Esa perspectiva de las acciones políticas de Carlos en cuestiones de religión, nos permite penetrar en su visión religiosa. Aunque a menudo ha sido presentado como paladín de la Iglesia conservadora contra las nuevas fuerzas de la Reforma, existe sin embargo amplia evidencia para que no aceptemos esta semblanza sin modificarla. Está fuera de discusión que era un ferviente y devoto cristiano; toda su correspondencia a los miembros de su familia, por no hablar de la dirigida a su hijo Felipe, muestra su preocupación por la religión. Igualmente está fuera de toda duda su percepción de que ser rey implicaba la obligación de honrar y defender a Dios y a la religión. Tras ser elegido emperador promulgó una declaración según la cual: «Mis predecesores, los más cristianos emperadores de la raza alemana… fueron hasta su muerte verdaderos hijos de la Iglesia Católica, defendiendo y extendiendo sus creencias para mayor gloria de Dios, la propagación de la fe y la salvación de sus almas. Ellos nos han dejado los ritos de la Iglesia Católica según los cuales yo vivo y moriré, y así ha sido como he vivido hasta ahora con la ayuda de Dios, como corresponde a un emperador cristiano». Carlos se veía a sí mismo como un pastor escogido por designio divino para guiar al pueblo, y por tanto responsable ante Dios de cualquier fallo

en el mantenimiento de la unidad de la Iglesia. Buscaba la paz universal dentro de la cristiandad, y entablar una cruzada contra los turcos.

Al mismo tiempo, sin embargo, y de acuerdo con la formación humanista en la que se había educado, Carlos creía firmemente en la necesidad de reformar y perfeccionar la Iglesia. En ese sentido, simpatizaba con ciertos principios del movimiento de la Reforma en Alemania. Es un gran error considerarlo como un inflexible oponente al cambio, o como el brazo militar de la antigua iglesia. Durante su reinado prestó un activo apoyo a las nuevas tendencias que caracterizaron los distintivos aspectos de la reforma católica; mostró su agrado por la obra de la Compañía de Jesús, quizá la más conocida de las nuevas órdenes religiosas; y tuvo una influencia vital en la convocatoria del Concilio de Trento. Por todas estas razones, se puede considerar a Carlos como un católico que, siendo firmemente fiel a la fe tradicional, se manifestaba partidario de abrir ventanas a nuevas posibilidades.

Sin embargo, al igual que otros conservadores, se mostró inflexible a la hora de preservar el orden social. En Alemania, como todos los príncipes gobernantes, dio pleno respaldo a las medidas tomadas por su hermano contra las tendencias radicales de la revuelta campesina de 1525. En los Países Bajos, apoyó las duras medidas contra los anabaptistas y, por extensión, contra otros radicales religiosos. En España, siguió la opinión de los consejeros que le recomendaron apoyar a la Inquisición contra sus detractores. Cuando en 1518 se produjeron en Aragón disputas a propósito de la Inquisición, Carlos informó a las Cortes en los siguientes términos: «Sed ciertos que antes acordaríamos perder parte de nuestros reynos y Estados que permitiéssemos fazerse cosa en ellos contra la honra de Dios Nuestro Señor y en disminución y desautorización del dicho Santo Oficio». Durante la sublevación de las Comunidades, Carlos exhortó a sus virreyes

en España a oponerse a cualquier ataque contra la Inquisición. Tras su abdicación, también instó a la princesa Juana a actuar contra los supuestos luteranos por considerarlos perturbadores del orden público. El último gran esfuerzo para alcanzar un acuerdo religioso en Alemania llegó prácticamente al final de su reinado, con la Paz de Augsburgo de 1556, cuando la dirección del imperio estaba de facto en manos de su hermano Fernando.

Durante esos años también recibió el apoyo de los teólogos españoles por sus esfuerzos para encontrar una solución. Su confesor García de Loaysa, quien se convertiría en arzobispo de Sevilla e inquisidor general hasta 1546, escribió expresamente al emperador: «Soy de voto que se concierte Vuestra Majestad con toda Alemania y disimuléis sus herejías». Cuando Carlos estaba preparando el decreto de compromiso conocido como *Interim* (véase capítulo 9), el comité de quince teólogos que dio su aprobación al acuerdo estaba formado mayoritariamente por alemanes, pero incluía a tres destacados españoles: Domingo de Soto, Pedro de Maluenda y Pedro de Soto. Los tres eran dominicos, la orden más íntimamente asociada con la Inquisición Española; y Pedro de Soto en particular era (como informó un contemporáneo) «un partidario entusiasta» del *Interim*. El acuerdo entre católicos y luteranos dio un paso más cuando en la siguiente sesión del Concilio de Trento, en 1551, el representante del emperador insistió en que se permitiera a los luteranos tomar parte en él, y el arzobispo de Granada, Pedro Guerrero, recibió a los delegados luteranos en su residencia privada de Trento.

En suma, la Reforma fue un movimiento ante el que Carlos no se mostró como un incondicional enemigo, pero al que pronto descubrió difícil de controlar. Su formación humanista le llevó a creer que al final podría ganar la mano haciendo uso de una razonable negociación y conciliación, pero esos métodos fracasaron, y el verdadero peligro emergió en forma de una amenaza militar y política de los príncipes y ciudades. Tras su anterior ex-

periencia con los Comuneros en España, no podía descartar la posibilidad de que sucediera lo mismo en la península, donde plantó cara con firmeza contra cualquier tipo de concesión.

CAPÍTULO 7. Construyendo un imperio

Por primera y última vez en la historia de Europa, un solo hombre —el emperador Carlos— parecía haber acumulado tantos títulos y tanto poder que todos sus contemporáneos le mostraban un temor reverencial. En 1525, cinco años después de haber sido elegido emperador, ostentaba setenta y dos títulos oficiales; estos incluían veintisiete reinos, trece ducados, veintidós condados y nueve señoríos. ¿Pero era realmente tan poderoso? En gran medida no era más que una ilusión. Aunque Carlos disfrutaba del título de emperador, únicamente lo era de facto en los territorios germanos, e incluso allí su autoridad como emperador se hallaba severamente limitada, como muy pronto descubriremos. Tampoco era, como en los días de Alejandro Magno o César, un imperio de «conquista», una característica que no desempeñaría papel alguno en la formación de su imperio, ni siquiera en los territorios del Nuevo Mundo. En Europa, sus reinos le habían llegado casi exclusivamente por herencia, y gobernaba cada uno de ellos con independencia de los otros, de modo que en realidad nunca formaron un reino unido o un imperio. El factor que aglutinaba todos sus territorios era su derecho dinástico; el mismo derecho que le permitiría repartir sus territorios entre los miembros de su familia, al final de su reinado.

Inevitablemente, y al mismo tiempo, la actividad militar adquirió un papel fundamental en el mantenimiento de su posición. La guerra y las campañas militares fueron una característica constante del reinado del emperador, absorbiendo la mayor parte de su tiempo y de los ingresos; las guerras ocuparon más de la mitad de sus años de reinado. Pero salvo algunas excepciones (más concretamente las campañas de África), las guerras agresivas no constituyeron la base de su poder, y siempre que fue posible

—si hacemos caso de sus propias declaraciones— trató de evitarlas. «De las cosas que más encomiendo —informó a su hijo en 1548— es la paz, sin la cual no puede ser bien servido, demás de los otros infinitos inconvenientes que trae la guerra». «Debéis evitar la guerra por lo que los dichos reinos, estados y señoríos que heredaste son y quedan muy cansados, gastados y trabajados de las guerras pasadas, a las cuales he sido forzado siempre por la defensión de ellos». Y añadía: «Aunque de evitar la guerra y apartarse a ella no sea siempre en la mano de los que lo desean, como muchas veces me ha sucedido». El diplomático veneciano Contarini dijo de él en 1536 «no se muestra deseoso de territorios sino muy deseoso de paz y tranquilidad». Desde cierto punto de vista, todas sus guerras pueden ser consideradas como defensivas. En el momento de su abdicación en 1555, llegó incluso a proclamar que «he procurado la paz durante toda mi vida y sacrificado todo por ella».

Mediante sus variados títulos tradicionales —como rey, duque, conde, príncipe y señor— gobernó sobre un impresionante conjunto de estados de Europa que se extendían desde las fronteras de Polonia hasta las costas del Atlántico. Cada título llevaba consigo poderes concretos y también limitaciones de ese poder; y cada territorio era independiente de los demás, de modo que los Países Bajos, por ejemplo, eran independientes de España. ¿Cómo podía entonces controlar cada territorio? Hasta cierta medida, eso no suponía un problema, pues cada territorio tenía su propio gobierno. La dificultad consistía en ser capaz de transmitir sus deseos a esos gobiernos, una tarea convenientemente resuelta con los viajes que realizó a cada uno de los estados tan a menudo como le fue posible. En consecuencia, se pasó viajando un cuarto de su reinado. En el período transcurrido entre su elección como emperador y su abdicación treinta y seis años más tarde, un 29 por ciento de su tiempo lo pasó en Castilla, un 10 por ciento en Aragón, un 26 por ciento en los Países Bajos, un

24 por ciento en Alemania y un 12 por ciento en Italia; el 9 por ciento restante fue empleado en desplazamientos a través de países que no eran suyos. Por ende, estuvo destinado a convertirse en un perenne viajero, una situación que describió con emoción en su último gran discurso público en Bruselas en 1555. «Mi reino —declaró en esa ocasión— ha sido un largo viaje».

Los viajes, sin embargo, no eran únicamente desplazamientos personales. Aparte de un puñado de excepciones, en cada uno de ellos se llevaba consigo una buena parte de su cuerpo de casa, incluyendo todos sus asistentes en labores domésticas, tales como comida, salud y ocio; todo el equipo administrativo y secretarios para las distintas naciones; la mayoría de sus ministros de estado; sus ayudantes personales; un puñado de nobles, clérigos y embajadores, además de los familiares y sirvientes de cada uno de los anteriormente mencionados. Normalmente había también un nutrido grupo de personas dedicadas a servir y transportar objetos pesados (incluyendo arcas llenas de dinero en metálico); un número de caballos apropiado para el transporte; y una pequeña guardia personal. Un viaje normal suponía, por tanto, el desplazamiento de alrededor de tres mil personas, como fue el caso de la primera llegada a España de Carlos en 1517. Hubo, sin embargo ocasiones excepcionales en las que el emperador también viajó acompañado de un ejército, como hizo más de una vez al cruzar el mar rumbo a España e Italia; en esas ocasiones las cifras podían exceder las diez mil personas.

Para ayudarle a gobernar sus tierras durante su ausencia, el emperador se valió de dos medios de coordinación: conceder plenos poderes a un representante personal que actuaba en sus principales territorios, y llevar a cabo las reformas en el sistema de gobierno para poder incrementar su eficacia.

Ese representante personal era conocido en los Países Bajos como regente o gobernador general, siendo normalmente un miembro de la familia real. El sistema de regentes se había veni-

do practicando desde mucho antes de los tiempos de Carlos, y él continuó empleándolo al designar como regentes a su tía Margarita de Austria desde 1507 a 1530, y a su hermana María de Hungría desde 1531 a 1555. Del mismo modo, los regentes designados en España durante su ausencia (primero su esposa, y luego su hijo) eran también miembros de la familia real. En Alemania, la posición del archiduque Fernando iba más allá de la de un mero regente, pues fue también ratificado como el heredero del emperador. En Nápoles, Fernando el Católico había nombrado un virrey para representarle, y Carlos perpetuó ese mismo sistema. Los cambios en el gobierno se produjeron principalmente en los Países Bajos y en España. Ambos estados habían sido gobernados durante los últimos tiempos del medievo por una serie de consejos administrativos; Gattinara y otros oficiales confiaban en extender ese sistema. Durante el reinado de Carlos, los Países Bajos terminaron contando con tres consejos «colaterales», y España con una serie de consejos superiores encabezados por el Consejo de Estado.

Para el control global del gobierno, Carlos se apoyó en sus consejeros principales, que fueron en sus comienzos Guillaume de Croÿ, señor de Chièvres (fallecido en 1521) y luego Mercurino de Gattinara (fallecido en 1530), seguido por Nicolás Perrenot, señor de Granvela (fallecido en 1550), y después de él por su hijo, Antonio Perrenot, obispo de Arras. Estos hombres, junto con otros en su mayoría de los Países Bajos, poseían una amplia cultura europea, hablaban distintas lenguas y desplegaron su actividad sobre la escena europea. En los territorios españoles, se apoyó principalmente en Francisco de los Cobos (fallecido en 1547), en eminentes clérigos como el cardenal Tavera y en nobles elegidos principalmente del clan de los Álvarez de Toledo. Todos ellos sostuvieron el tejido del imperio. En 1546 el embajador veneciano Navagero informó:

> El emperador tiene dos consejeros principales que soportan la carga de todos sus estados, principalmente Cobos y Granvela. Cualquier asunto importante o confidencial en España, Alemania e Italia, ha

pasado en un momento u otro por las manos de esos dos ministros. Cobos conoce perfectamente la disposición del emperador, y el momento adecuado para presentarle las demandas. Cuando está con el emperador, todo pasa por sus manos, y si está ausente, su opinión es requerida en todas las cuestiones de importancia. Siempre que el emperador deja España para ir a Alemania o a Flandes, Granvela asciende en importancia, y últimamente ha sido requerido tan de continuo, que nada pequeño o grande puede hacerse sin su concurrencia. El señor de Granvela pretende ahora incorporar a su hijo, el obispo de Arras, una persona muy agradable, bien educada y culta. Habla cinco o seis idiomas, y es muy popular en la corte. Ha empezado a tomar parte en todas las negociaciones importantes.

A pesar de sus consejeros, Carlos dependía en gran medida de su propia iniciativa, lo que le provocaba mucho estrés y, en años posteriores, le conduciría a sufrir periódicas depresiones. Sepúlveda fue testigo en este último período de su «carácter desconfiado y receloso en casi todos los temas, sobre todo en la vejez y tras la muerte de Francisco Cobos y Granvela. Desde entonces no confiaba en casi ningún consejero y confiaba sus planes a muy pocos».

El control del gobierno era solo una parte de la tarea a la que debía enfrentarse un gobernante; la otra parte consistía en organizar los recursos disponibles (principalmente, por supuesto, las finanzas). Resultaba especialmente difícil lograr que los diferentes territorios cooperaran unos con otros o compartieran puntos de vista similares. Ahí es donde el reinado del emperador aportó cambios fundamentales.

Tal y como descubrió cuando tuvo que negociar con las distintas Cortes de sus reinos peninsulares en 1517, España tenía pocos recursos financieros, y ninguno que pudiera servirle de ayuda con sus empresas internacionales. Desde el principio tuvo que depender de los hombres de negocios europeos en lugar de los de la península. Los grandes centros bancarios europeos se encontraban en los Países Bajos, en Alemania central y en el norte de Italia, y fue hacia esos lugares adonde Carlos dirigió su mirada para recaudar fondos que, más tarde, podría devolver gracias a los ingresos por los tributos de cada uno de sus reinos. Alemania fue la que menos contribuyó a las finanzas del imperio. Las deudas con ese país se acumularon rápidamente, sobre todo

cuando estaba tratando de allanar el camino para su elección como emperador en 1519.

Los Países Bajos (y con ellos el resto de su herencia borgoñona, incluyendo el Franco Condado) eran de todas sus posesiones, las más próximas al corazón del emperador. Se sentía unido a ellas por vínculos de familia y afecto, y allí pasó la mayor parte de su reinado —doce años—, más que en cualquier otra parte de su monarquía después de España. Ese vínculo explica por qué decidió unir los Países Bajos a España cuando dividió sus territorios, y por qué encargó a Felipe preservarlos como un legado sagrado. De hecho, existían también fundadas razones prácticas para la actitud de Carlos. Situados en la confluencia de las rutas de comercio de Europa, y en posesión de una gran variedad de industria pesada y ligera, servida por la gran metrópolis capitalista de Amberes, los Países Bajos eran la región más próspera de su imperio y la más capaz de contribuir a sus necesidades financieras. Su aportación al tesoro llegó incluso a sobrepasar, durante algún tiempo, la que llegaba desde el Nuevo Mundo.

En 1525, al contemplar la magnitud de la tarea que tenía por delante, el joven Carlos fue consciente que no debía fallarse a sí mismo. «Veo y siento que el tiempo pasa, y nosotros con él, y no quisiera perderlo sin dejar recuerdo de mi fama. Teniendo todo esto presente, nada encuentro que me impida hacer algo grande si la gracia del Señor me asiste para que disfrute con paz y sosiego». La coronación en Bolonia en 1530 abrió las puertas a un diluvio de escritos que proclamaban el hecho como el comienzo de una nueva era de poder imperial y paz universal. Para muchos escritores de la época, la paz coincidía con las aspiraciones místicas de una monarquía general («universal») que resolvería los conflictos en el interior de la cristiandad y eliminaría las amenazas exteriores (más concretamente del Islam). Muy lentamente, los españoles comenzaron a identificarse a sí mismos con un destino más amplio. El secretario de latín de Carlos, Alfonso de Val-

dés, describió a su amo como la personificación de la aspiración de paz y unidad entre los pueblos: «*Fiet unum ovile et unus pastor*» (Habrá un solo rebaño y un solo pastor), escribió en uno de sus tratados. Otros dieron rienda suelta en las calles a un genuino entusiasmo popular en ese mismo sentido. Cuando el emperador visitó la ciudad de Sevilla con motivo de su casamiento con Isabel, un arco triunfal proclamaba que «la campaña que os guio hasta aquí con tanto bien os pondrá en Jerusalén». La posesión de Jerusalén (de la que teóricamente Carlos ya era rey, dado que el título era uno de los que figuraban entre los del rey de Nápoles) era comúnmente vista en la tradición cristiana como el logro supremo. A medida que los años pasaron, sus aduladores dedicaron a Carlos los mismos apelativos que habían empleado con Fernando el Católico. En 1538, la población de Gibraltar afirmó que era destino del rey liberar Jerusalén, «como está pronosticado por santos varones».

Dado que el llamado «imperio» de Carlos carecía de una configuración constitucional, política o militar, quedaba al arbitrio del emperador y de sus colaboradores lograr que los distintos territorios trabajaran unidos por un interés común. Sus consejeros —principalmente Gattinara— no se tomaban en serio la idea de que un grupo de administradores pudiera supervisar la política general; el Consejo de Estado, que podría haber desempeñado ese papel, era puramente honorífico. Por otra parte, a Carlos le preocupaba profundamente lograr una eficiente administración en las transacciones *entre* sus estados. Se había fijado tres prioridades fundamentales: que pudiera obtenerse dinero cuándo y dónde fuera necesario; establecer una comunicación fiable de sus órdenes y correspondencia; y tener soldados a su disposición. Todo ello requería la creación de una red internacional, sin la cual el poder del imperio no podía funcionar. Los limitados recursos disponibles de España no eran suficientes. Había aún menos posibilidades en Alemania, un territorio disperso constituido

por miles de pequeños principados sin una administración central que le sirviera de ayuda. La atención del emperador a las imprescindibles tareas de gobierno no era simplemente innovadora: representaba un enorme paso adelante en la organización de la sociedad europea, además de posibilitar que con sus muy limitados recursos hiciera frente a la aparentemente imposible tarea de controlar territorios que se extendían sobre la mitad de la superficie del mundo conocido.

La primera de sus innovaciones fue constituir un capital móvil sobre una base internacional. Obviamente la provisión de dinero era fundamental. Al viajar a España el emperador había llevado consigo a sus propios banqueros, así que por el momento no existía una excesiva presión por recabar recursos de la península. Sin embargo, los castellanos descubrieron muy pronto que debían de competir con poderosos intereses financieros entre los cortesanos. Los primeros contactos de Carlos fueron con los banqueros de las familias Fugger y Welser establecidos en Alemania. Más tarde, alrededor de 1560, serían los banqueros de Génova los que irrumpirían con fuerza en escena.

La segunda innovación importante estaba relacionada con el problema de las comunicaciones. En el mundo premoderno, muchas decisiones esenciales para la guerra, la política y el comercio se habían visto retrasadas y frustradas al no poder recibir a tiempo la oportuna información. Existían tres medios de transporte: por barco, a caballo o en carruaje, pero su eficacia era variable. Todos eran muy lentos y, lo que es peor, inseguros. Desde 1490 el gobierno de Bruselas había empleado como administrador de correos a un hombre extraordinario, Francisco de Tassis, miembro de una destacada familia, los Tasso que originalmente provenía de las afueras de Bérgamo, en el norte de Italia. En el siglo xv algunos miembros de la familia se establecieron tanto en los Países Bajos (donde su apellido se deletreaba Tassis) como en Alemania (donde se escribía Taxis). Hacia 1450 ya se

habían organizado para el emperador enlaces de correo desde Viena a Italia y Bruselas. Al acceder al trono de España en 1516, Carlos confirmó a Tassis y a sus socios en el negocio como los administradores del correo de todos los territorios gobernados por él. Se trataba de un inmenso monopolio. En 1518, las Cortes de Valladolid protestaron enérgicamente contra la concesión del servicio en Castilla a extranjeros: «No se diese a extranjeros oficios ni beneficios ni dignidades ni gobiernos ni cartas de naturaleza». En Aragón hubo también protestas similares contra los Tassis. Los privilegios de la familia se mantuvieron intactos, estableciendo un gigantesco servicio postal que conectaba Viena, Bruselas, Roma y los dominios españoles hasta Nápoles. En Castilla se convirtieron en distinguidos miembros de la aristocracia. De ese modo, los españoles comenzaron a entender que una empresa internacional como las comunicaciones requería más experiencia y recursos de los que ellos poseían. Las tareas del imperio eran globales y exigían soluciones globales.

El volumen de correspondencia escrita que recayó sobre Carlos como consecuencia de sus obligaciones fue colosal. No solo tenía que mantener contacto por carta con funcionarios y diplomáticos de cada rincón de Europa, sino que debía tomar importantes decisiones que requerían un constante soporte escrito. Afortunadamente, podía contar con la ayuda de secretarios que redactaban las cartas que él dictaba, en su mayoría en francés o en español. En determinadas ocasiones, llegó incluso a escribir sus propias cartas y memoriales. En 1527, por ejemplo, cuando la situación de la reina Catalina en Inglaterra se volvió muy complicada a consecuencia del deseo de Enrique VIII de conseguir el divorcio, Carlos escribió personalmente tanto a su embajador, Mendoza, como al rey, asumiendo la difícil tarea de pasar ambas cartas a lenguaje cifrado. A Mendoza le escribió:

> Lo mejor para convencer al rey de nuestro deseo de mantener este asunto en secreto, y así se lo transmitiréis, aunque nuestra primera intención fuese enviarle a uno de los caballeros de nuestra cámara, hemos variado de parecer desde entonces, decidiendo escribirle de nuestra propia mano; y, más aún,

previendo que este despacho, así como nuestra carta privada y confidencial para él, precisará viajar por tierra, hemos considerado con las infinitas molestias que para nosotros conlleva, pasar la misma a lenguaje cifrado, por intrincado y difícil que como sabéis resulta este proceso.

Algunos meses más tarde, refiriéndose a la misma cuestión, escribió:

> La carta adjunta no está cifrada, a fin de que podáis, si lo consideráis adecuado, mostrársela a la gente de la corte. Al hacerlo, el pueblo de Inglaterra, tanto nobles como plebeyos, será informado de nuestra determinación de apoyar la causa de la reina como si fuera la nuestra. Se adjunta una traducción del latín que quizá deseéis emplear para ese propósito.

A fin de desarrollar y expandir el contacto con otros estados, el emperador necesitaba embajadores que pudieran hablar por él y mantenerle informado. El servicio diplomático de Carlos estaba centrado en los Países Bajos, pero sus agentes habían sido reclutados de todos los rincones de sus territorios. Los españoles tan solo formaban una pequeña parte de esa red que se extendía a lo largo y ancho de Europa. Carlos incorporó a aquellos que habían servido a Fernando, si bien sus principales agentes durante su reinado solían ser de los Países Bajos y Borgoña, o de Italia. Hasta que Felipe II no creó la infraestructura de un imperio específicamente español, los diplomáticos castellanos (que raramente hablaban más lengua contemporánea que la suya) desempeñaron un papel secundario en los asuntos internacionales. La élite militar y administrativa del emperador fue en un primer momento exclusivamente del norte de Europa, lo que motivó que un oficial del ejército español de Nápoles se quejase al marqués de Pescara diciendo que «el emperador solo asciende a los flamencos, y solo a ellos otorga los puestos principales; españoles e italianos no pueden esperar de él grandes favores». Pero españoles e italianos demostraron muy pronto su valor, alzándose hasta los puestos más altos de la jerarquía militar.

La tercera área importante en la innovación del gobierno descansaba en la difusión del riesgo en los negocios, mediante el ofrecimiento a comerciantes y financieros de los recursos del estado como garantía. Esa práctica ya se había hecho muy común en los círculos comerciales, permitiendo a los armadores poder

pagar primas para cubrir sus riesgos en el mar. Del mismo modo, los financieros necesitaban protegerse contra los gobiernos que no hacían honor a sus deudas. Carlos se encontraba quizá en la posición única de poder ofrecerles la seguridad no solo de un gobierno, sino de muchos. En sus últimos años de reinado, acabó dependiendo cada vez más del dinero que llegaba de América, si bien en las primeras décadas de su gobierno, los reinos no españoles contribuyeron cuantiosamente a los costes y, por tanto, a la expansión del riesgo. Como su virrey de Nápoles, Lannoy, le recordó, «desde que dejasteis España [en 1520], solo habéis retirado plata de aquí y de Flandes».

Una vez que los compromisos de la corona adquirieron dimensiones globales, se convirtió en una prioridad defenderlos. En el caso de España, las pequeñas fuerzas armadas de carácter local y temporal empleadas por la corona resultaban desesperadamente inadecuadas para la tarea de ejercer de policía internacional. Afortunadamente, los territorios europeos de la monarquía se vieron por lo general capacitados para asumir su propia defensa; reclutaban hombres y recaudaban dinero cuando se requería, permitiendo que la corona utilizara generosamente ambas cosas. Los castellanos comenzaron a asumir que debían participar en las empresas del emperador. Los soldados y nobles que habían servido en las guerras de Italia se ofrecieron ahora para servir en las campañas en otros lugares. Esto no implica que los españoles se vieran obligados a desempeñar un papel militar. Más bien al contrario, el reinado del emperador fue para los españoles una etapa de inesperada tranquilidad, un hecho que se olvida con demasiada frecuencia. Aparte de algunos enfrentamientos ocasionales con los corsarios del norte de África, apenas hubo guerras. El final (en 1504) de la primera fase de la contienda de Italia trajo tanto a Castilla como a Aragón un largo período de paz doméstica. Durante los cincuenta años siguientes, no surgió ninguna amenaza militar seria a la España peninsular, permitiendo que

el estado persiguiera compromisos concretos sin verse arrastrado a un conflicto general. Las disputas dinásticas en Europa entre la familia Habsburgo y la dinastía Valois de Francia, involucraron a tropas españolas, pero apenas afectaron a la península y solo provocaron algunas escaramuzas aisladas en la frontera de los Pirineos, principalmente alrededor de Perpiñán. En Castilla, las Cortes estaban dispuestas a financiar (como sucedió en 1527) la cruzada contra los turcos, debido a que se encontraban en la puerta trasera de España. Pero por otro lado se negaban (como en 1538) a financiar una guerra contra los turcos cuando estos se encontraban muy lejos, en Viena.

Los amplios territorios de Europa requerían obviamente que las fuerzas armadas estuvieran disponibles en todo momento, pero eso era una responsabilidad de cada estado. En España, la ausencia de guerra implicaba la escasa necesidad de disponer de un estamento militar sustancial. En su lugar, Castilla mantenía una presencia militar fuera del país, a través de sus famosos tercios, que tenían su base en Italia. Bajo el mando de Carlos V, se les proporcionó un conjunto de reglas que determinaron su organización y disciplina. A lo largo de su reinado, las tropas españolas, aunque poco numerosas, continuaron siendo un componente esencial del ejército de los Habsburgo. No eran necesariamente mejores que otras tropas, pero tenían la ventaja de su continuidad en el servicio, lo que implicaba que reunían una considerable experiencia. En años posteriores se haría referencia a esos soldados, no sin razón, como «veteranos», una descripción que llevaban con orgullo. Constituían menos de una quinta parte del ejército que saqueó Roma en 1527, y menos de un sexto de las tropas que sirvieron a Carlos en Alemania en 1547. Aparte de esas campañas, había también destacamentos armados españoles en ubicaciones específicas, principalmente en los fuertes africanos, y desde el año 1536 se establecieron tropas en Milán. Sin

embargo, y por lo general, la contribución efectiva de España fue siempre menor.

Los largos años de paz en España sin duda debieron aburrir a aquellos nobles que mostraban interés por el arte militar, base perenne de la ética de la nobleza. La mayoría de los imperios están cimentados en una estrecha colaboración activa con la nobleza, que normalmente aporta los fondos y servicios requeridos por el poder imperial. En el caso de España, que no se encontró directamente involucrada en una guerra en ningún momento del reinado del emperador, los nobles quedaron limitados a un papel defensivo en la frontera contra los franceses y en las costas contra Barbarroja y los turcos. Por ello, los más emprendedores acogieron con entusiasmo la posibilidad de servir fuera de la península. Un buen ejemplo de noble español que hizo de la guerra su carrera fue Antonio de Leyva, príncipe de Ascoli, a quien Carlos nombró su gobernador en Milán en 1525. Leyva se pagó los gastos de su bolsillo, pero guardó las cuentas que más tarde presentaría al emperador para su reembolso. En 1532, cuando los turcos se adentraron en el territorio Habsburgo del Danubio, fueron tantos los nobles castellanos que solicitaron autorización para marchar a Alemania que la emperatriz se quedó seriamente preocupada. «En irse muchos del reino y sacar tantos caballos y dineros», escribió, Castilla perdería sus propias defensas. Por supuesto, el emperador se mostró encantado: «Holgaría que todos viniesen», escribió.

Una generación después del reinado del emperador, los castellanos habían superado la desconfianza del período comunero llegando a sentirse orgullosos de los logros de Carlos. Sin embargo, se mostraron muy selectivos en su apoyo. Aprobaban al emperador cuando este entraba en conflicto con aquellos que aparentemente también eran enemigos de España: los turcos, los franceses o los herejes, siendo vistas las acciones contra ellos como defensivas y aceptables. Por el contrario, permanecían indi-

ferentes a los aspectos de la herencia de los Habsburgo que no entendían. Como resultado de ello, se negaron reiteradamente a proporcionar dinero para empresas extranjeras, incluyendo Italia. «En España no aprueban que gaste ni una parte de su dinero en Italia», escribió Carlos desde Bolonia a su hermano Fernando en 1530.

En décadas posteriores, los historiadores castellanos acabaron reconciliándose con la dinastía Habsburgo tan completamente que llegó a crearse la imagen de una monarquía universal y transoceánica que Carlos V, con la ayuda de los ejércitos y la armada castellana, había logrado crear. La realidad, sin embargo, era que los recursos españoles resultaban insuficientes para construir un imperio. Ciertamente, Castilla fue el único reino de la península que contribuyó generosamente a las finanzas de la corona. El embajador inglés ante el emperador observó en 1520 que «*nervus belli pecunia est*, lo que no se conseguirá sin España». Además los castellanos, pese a las repetidas críticas, continuaron siendo generosos en su conjunto, sin que Carlos les otorgara nunca un lugar especial en la organización de sus diversos territorios, a los que continuó tratando con igualdad. Él mismo explicó en 1523 a las Cortes que «pretendemos, como es razonable, ser servidos conjuntamente por todas las naciones de nuestros reinos y dominios, conservando en cada uno de ellos leyes y costumbres».

Los españoles realizaron una importante contribución en la defensa de sus propias fronteras contra los franceses y los musulmanes, pero apenas tenían experiencia en desempeñar un papel militar más amplio, a excepción de en Italia. Y fue precisamente allí, en Italia, donde los españoles y sus tercios continuaron consolidando su reputación militar. Los territorios italianos llegaron a tener una importancia mucho mayor en la formación de su eventual poder en Europa, de lo que los españoles han querido reconocer. Tal y como realmente sucedieron los acontecimientos, no habría existido un imperio español sin Italia. Los italia-

nos detestaban a los franceses a los que consideraban auténticos «bárbaros» por haber tratado de apoderarse de sus tierras, y muy pronto aprendieron también a detestar a los españoles. Los españoles, sin embargo, representaban una presencia militar, y no tanto una ocupación militar. De hecho, el número de tropas españolas con base en la península italiana fue siempre (con la excepción de Milán) muy pequeño. En todo momento, a lo largo del siglo XVI, no había más de veinte mil soldados españoles en toda Italia, la mayoría de ellos con base en Milán.

Cuando en tiempos de Carlos V, España se vio periódicamente involucrada en acciones militares en los estados italianos, su poder allí no estuvo basado en la ocupación y la opresión, sino en una fuerte red de clientes y en intereses económicos. Las posteriores generaciones de castellanos tendieron a asumir que habían conquistado Italia, aunque no existía ninguna base real para esa creencia.

En primer lugar, el poder del emperador estaba basado en el control dinástico de dos de los principales territorios de Italia. Nápoles pertenecía a la dinastía de Aragón después de que Fernando lo asegurase con éxito en 1504. Milán, por la que Francia había provocado guerras durante una generación, continuó a todos los efectos prácticos bajo el poder del emperador tras la batalla de Pavía, y a la muerte del último duque Sforza, en 1535, fue integrada con los territorios de Carlos, para pasar más tarde a su hijo Felipe. Además, Carlos poseía los territorios hereditarios de Sicilia y Cerdeña y el control de las fortalezas costeras en la Toscana. Todos esos territorios unidos representaban alrededor de un 40 por ciento de la superficie de la Italia moderna. Desde la fecha de la paz de Bolonia (1530), cuando la supremacía de Carlos fue reconocida por los italianos y el papa le coronó formalmente como sacro emperador romano, el papel de la dinastía Habsburgo en Italia había quedado firmemente asentado, si bien

ese papel estaba basado en derechos dinásticos, más que en un control militar.

En segundo lugar, fuera de los territorios que se hallaban directamente sometidos a la corona, el dominio Habsburgo se apoyaba en estrechas alianzas con las élites de los estados líderes. En Génova, una de las ciudades con más actividad comercial y marítima de Europa, los Habsburgo mantenían desde 1520 una estrecha alianza con la gran familia Spínola. A partir de 1528, cuando la familia Doria se pasó al bando de los Habsburgo, estos lograron una alianza esencial a la hora de asegurar la posesión de Milán. Y lo mismo sucedió con otras ciudades-estado. Como ejemplo, basta fijarse en Florencia, donde el apoyo de Carlos a la familia Médicis quedó sellado con el matrimonio de su hija Margarita y el duque en 1536. A la muerte de este, Margarita se desposaría con el joven Farnesio, duque de Parma. Los nobles italianos se mostraban encantados de colaborar con los poderosos Habsburgo, especialmente si a la vez podían obtener beneficios y seguridad para ellos mismos. Algunos fueron debidamente invitados a participar en el imperio internacional de Carlos: en el capítulo de la Orden del Toisón de Oro celebrado en Tournai en 1561, tres nobles italianos fueron investidos miembros: el marqués del Vasto, Andrea Doria y Ferrante Gonzaga.

Al mismo tiempo, los italianos y españoles serían alentados a formar alianzas políticas. Los matrimonios entre nobles italianos y españoles asentarían las bases de una cooperación entre las dos naciones durante prácticamente dos siglos, creando en Italia una reconocible élite gobernante de soldados y administradores. En los años treinta de ese siglo, la hija del virrey de Nápoles, Pedro de Toledo, hijo a su vez del duque de Alba, se casó con Cósimo I de Médicis, duque de Florencia; mientras que el hijo de Toledo lo hacía con la hija de Del Vasto; por otro lado el cuñado de Del Vasto, Vespasiano Colonna contrajo matrimonio con la hermana de Gonzaga; y el hijo de Gonzaga se casó con la hija de Doria.

Durante esos años, Toledo ocupó el cargo de virrey de Nápoles; Del Vasto, el de virrey de Milán y Gonzaga, el de virrey de Sicilia antes de suceder a Del Vasto en Milán. Esa apretada red de vínculos de sangre e influencia sirvió para identificar los intereses de la élite con aquellos de la dinastía reinante. Se trataba de un arreglo que convenía a todo el mundo, entre ellos a los españoles, que siempre tuvieron que lidiar con la hostilidad de los napolitanos. En 1525, el embajador veneciano en España fue informado de que en Nápoles «*molti e molti sono di mal animo e poco contenti*».[1] Los españoles de Nápoles trataron de superar esa situación.

En tercer lugar, la corona española empleó los servicios de los banqueros más importantes del norte de Italia que se habían erigido como pioneros de las modernas técnicas financieras y ahora pusieron su experiencia y recursos a disposición del emperador. Desde al menos el siglo xv, los financieros genoveses, florentinos y venecianos se habían mostrado muy activos en muchos aspectos de la cultura y el comercio de la península ibérica. A partir de 1530 se convirtieron en el pilar primordial de la política imperial. En el reinado de Carlos V, los genoveses serían los principales banqueros y capitalistas de la monarquía, ayudando a financiar las grandes empresas de la corona y extendiendo también, mediante sus préstamos y créditos, sus conexiones por todo el Mediterráneo occidental. Su papel a la hora de hacer posible el lanzamiento del imperio como un gran negocio resultó crucial. Adelantaron dinero para la financiación de emigrantes, el comercio de bienes, el envío de esclavos y el fomento de la producción de azúcar en el Nuevo Mundo. Siempre que era posible, preferían cobrar sus beneficios con los lingotes que las flotas traían a Sevilla desde América. En consecuencia, se transfirieron enormes sumas de dinero desde España a sus agentes de Amberes y Génova.

Finalmente, en esta lista de los vínculos cruciales que ayudaron al funcionamiento del imperio, Italia se convirtió en la base fundamental del poder naval y militar de la monarquía en el Mediterráneo. El mar Mediterráneo era, como lo había sido siempre, un coto de los italianos más que de los españoles. Todas las fuerzas navales de importancia eran italianas, y si el emperador emprendió algunas campañas militares lo hizo con vistas a proteger la seguridad de Italia. Los contingentes navales españoles estaban limitados a sus propios barcos costeros y a las «galeras de España», una pequeña flota de unos doce navíos contratados por la corona y bajo las órdenes, en los días del emperador, del más destacado marino castellano, el noble Álvaro de Bazán, fundador de una larga y distinguida dinastía de comandantes navales. La vulnerable posición del emperador en el Mediterráneo Occidental quedó de manifiesto en mayo de 1528 cuando su flota, al mando del noble genovés Fabrizio Giustiniano, fue derrotada por la armada de Doria en la bahía de Salerno. Ese desastre, como ya vimos (en el capítulo 3), acabó teniendo consecuencias que estaban muy lejos de ser desfavorables para el emperador.

Las fuerzas de Italia y España unidas podían dominar el Mediterráneo occidental casi sin esfuerzo. Al escribir a la emperatriz en febrero de 1530 desde Bolonia, Carlos recalcó que Castilla se encontraba en disposición de apoyar su poder principalmente de dos formas, mediante barcos y dinero. En la práctica, sin embargo, la mayoría de los recursos de Carlos provenían generalmente de Italia. Apenas dos meses después de la citada carta, escribió a su esposa desde Mantua en abril de 1530 explicando que había decidido confiar prácticamente por entero en Italia para todo aquello que pudiera necesitar en su planeada incursión en África contra Barbarroja. Los soldados que emplearía serían aquellos (alemanes, italianos y españoles), que servían en Italia, «por la industria y experiencia que tienen». Prefirió no recurrir a nadie de España porque los españoles reclutados serían gente «nueva y sin

experiencia». Por esa misma razón, «me he determinado que la armada se haga acá». Esperaba poder disponer de cincuenta galeras, todas ellas de Italia y Francia, aunque contaba con tener terminados los navíos que en ese momento se construían en Barcelona. Por supuesto, Castilla debía proporcionar una parte del dinero requerido, pero este tendría que ser enviado a los genoveses que se harían cargo del resto. En Génova debían proveerse de «artillería, escaleras de mano, herramientas, pólvora, fulminantes para arcabuces y otros artículos». En cuanto a los víveres para la expedición, «yo he scripto a Nápoles y Sicilia y Cerdeña se hagan luego hazer allí cierta quantidad de vizcochos, carnes, vino, legumbres y otros mantenimientos para la dicha armada». Obviamente, los castellanos también debían contribuir con provisiones que serían almacenadas en Málaga; necesitaría «10.000 quintales de vizcocho, 100 botas de vino, mil barriles de anchoa y sardina, 300 quintales de pólvora y 500 pelotas de cañón».

En efecto, Italia continuó siendo para los españoles una experiencia fundamental en el período marcado por el reinado del emperador. Aunque Carlos en sus últimos años pasó la mayor parte del tiempo preocupado por los problemas alemanes surgidos por la convulsión de la reforma luterana, los españoles teníian su mirada fija en Italia. Tras dejar Roma en la primavera de 1536, el emperador ordenó que sus fuerzas se desplazaran hacia el norte para bloquear cualquier posible entrada de los franceses en Italia. El ejército quedó al mando de un español, Antonio de Leyva, pero estaba compuesto, en palabras del emperador, por «15.000 alemanes, 2.000 españoles y algunos suiços que an venido a servirnos y una buena banda de italianos». De hecho, ese era únicamente el núcleo central del ejército, ya que el emperador confiaba en contratar a más de treinta mil alemanes para poder mantener a raya a los franceses. Un soldado retirado, basándose en sus propias experiencias así como en estimaciones hechas por sus contemporáneos, calculó que en los años que él mismo había

servido en Italia, desde 1521 a 1544, el emperador había empleado un total de 348.000 soldados, de los cuales un 44 por ciento habían sido alemanes, un 30 por ciento italianos, un 5 por ciento españoles y un 5 por ciento suizos. Esas cifras son un reflejo bastante aproximado de la contribución hecha por las respectivas naciones para el mantenimiento del poder imperial.

Un territorio italiano que resultó directamente afectado por los compromisos internacionales del emperador fue el reino de Nápoles. Gobernado directamente por el rey de Aragón desde 1504, Nápoles continuó siendo, tanto política como económicamente, un reino totalmente autónomo de España, con sus propias leyes e instituciones. En la práctica, sin embargo, comenzó a ser absorbido en la enorme red imperial de España. Los primeros cambios significativos en su constitución tuvieron lugar entre 1506 y 1507, cuando Fernando el Católico visitó el reino y destituyó al Gran Capitán del mando. En lugar de convertirse en sede de un rey, Nápoles a partir de entonces sería gobernada únicamente a través del representante del rey, su virrey. Además, a partir de 1507, debía ser administrada por un Consejo Colateral, en el que se incluían españoles y que tenía precedencia sobre los tribunales locales. El proceso atravesó su fase más crucial bajo el gobierno del más importante de los virreyes designados por Carlos, Pedro de Toledo. Durante el período de Toledo como virrey, se dieron los pasos necesarios para convertir el territorio en uno de los mayores centros de construcción naval del Mediterráneo. A finales de los años treinta del siglo, las galeras de Nápoles se convirtieron en un componente clave de las fuerzas de defensa disponibles de la corona española.

El imperio de Carlos V en Europa estaba formado por estados completamente independientes, sin que hubiera una administración central. Cada región era gobernada de acuerdo con sus tradiciones y leyes y Carlos tuvo la buena fortuna de poder apoyarse, como ya hemos visto, en miembros de su familia para que go-

bernaran en su nombre, y en distinguidos nobles que le sirvieron como virreyes y generales. En cierto sentido, los diferentes territorios estaban unidos por su experiencia de la guerra, y el reinado se distinguió por los comandantes militares llegados de todas partes del continente. Entre ellos estaban: Filiberto de Châlons, príncipe de Orange; Carlos de Lannoy; Antonio de Leyva, príncipe de Ascoli; Ferrante de Ávalos, marqués de Pescara; el tercer duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo; y el gran almirante de Génova, Andrea Doria, príncipe de Melfi.

En la época del Renacimiento existían muchos puntos de vista diferentes sobre lo que las palabras «imperio» o «monarquía» podían representar. Algunos veían en ellas una afirmación de poder casi universal. El propio Carlos no alimentó ideas sobre el «imperio», ni tuvo nunca una imagen grandiosa sobre lo que sus territorios podrían significar, dejando la denominación de la teoría «imperialista» a sus consejeros, especialmente al jurista que fue su canciller desde 1518, el noble originario de Saboya, Mercurino Gattinara. En 1519 Gattinara escribió al emperador:

> Señor, Dios os ha elevado a vos sobre todos los reyes y príncipes de la cristiandad hasta un poder tal como ningún soberano ha disfrutado desde vuestro antepasado Carlomagno. Él os ha colocado en el camino hacia una monarquía mundial, hacia la unidad de toda la cristiandad bajo un solo pastor.

En una de sus obras, se refirió a Carlos como «el último emperador del mundo». Era una visión compartida por el secretario de latín de Carlos, Alfonso de Valdés, quien escribió: «Todo el orbe quedará sometido a este único príncipe cristiano y recibirá nuestra fe. Así se cumplirán las palabras de nuestro redentor: Que haya un solo rebaño y un solo pastor». Para Gattinara, admirador de los logros de los romanos, la palabra «imperio» implicaba la capacidad de ejercitar el poder soberano sin límites. Pero nunca tuvo connotaciones de expansión internacional o territorial. De hecho, el propio Gattinara parece no haber considerado al Nuevo Mundo como una parte relevante del «imperio» de su amo.

A pesar de la hostilidad mostrada en el período de las Comunidades, los castellanos también terminaron por ver a Carlos como su emperador, uno que hablaba en su lengua, la cual aprendió rápidamente. Sin embargo, pese a aceptar la figura del emperador, abrigaban serias dudas sobre la idea de un imperio. Había escritores que afirmaban enérgicamente sus propias reivindicaciones sobre ser un imperio mientras rechazaban las pretensiones del imperio alemán. Era una forma de reivindicar la autonomía, y con ella un papel principal para España dentro de la monarquía universal de Carlos. Así por ejemplo, muchos miembros de la Orden de los Dominicos en España, continuaron oponiéndose durante largo tiempo al concepto de monarquía universal porque sentían que iba contra los intereses de su país.

En el siglo xx, algunos castellanos han expuesto su propio punto de vista basado en las ideas propuestas en la década de 1930 por el erudito Ramón Menéndez Pidal, quien sostenía que Carlos tenía una visión imperial basada no en Gattinara, sino en su experiencia de España, un país que (según Pidal) inspiró todas sus ideas. Pidal creía que el emperador de veinte años había absorbido las ideas españolas, haciéndose español y, por lo tanto, estaba decidido a convertir sus territorios europeos en un imperio español:

> Él pensó de su imperio por sí mismo, con sentimientos heredados de Isabel la Católica. Carlos V se ha hispanizado ya y quiere hispanizar a Europa. Digo hispanizar porque él quiere transfundir en Europa el sentido de un pueblo cruzado que España mantenía abnegadamente desde hacía ocho siglos, y que acababa de coronar hacía pocos años por la guerra de Granada, mientras Europa había olvidado el ideal de cruzada hacía siglos.

Los argumentos de Pidal no estaban basados en ninguna evidencia histórica y por tanto nunca han sido secundados por los historiadores. Suponen un interesante ejemplo del modo en que se ha intentado presentar a Carlos como un rey de mentalidad española. Otro par de historiadores han preferido enfatizar el papel internacional de Carlos sugiriendo, en su lugar, que el emperador albergaba un ideal de unidad entre los europeos. Esa teoría tampoco ha recibido apoyo de los académicos, no solo por la ab-

soluta falta de evidencias, sino también porque supone un intento de imponer en el contexto del siglo XVI las aspiraciones de hombres de estado del siglo XX.

[1] Muchos están desanimados y poco contentos.

CAPÍTULO 8. La frontera africana

Como cualquier aristócrata cristiano procedente del norte de Europa, Carlos estaba familiarizado con la noción de los musulmanes como enemigos de la civilización cristiana, mucho antes de tener contacto con ellos. Durante su infancia en los Países Bajos a menudo jugaba a las batallas entre turcos y cristianos, pero insistía siempre en pedir el lado de los cristianos. Muchos años después, en 1536, proclamó que «mi intención no es hacer la guerra contra los cristianos, sino contra el infiel», pero ese no era más que un ritual tradicional de invocación compartido por todos los monarcas de la época. La política de Fernando el Católico había sido, de acuerdo con su secretario, tener «paz entre los cristianos y guerra contra el infiel». Igualmente Carlos estaba comprometido con la lucha antimusulmana, que veía como una misión divina; ya en 1519, estando en Barcelona, la describió como «la cosa más deseada por nosotros en este mundo, en la que pretendemos implicar a todos nuestros reinos». En este sentido y por una vez, las simpatías españolas coincidían enteramente con la suyas.

Existían dos grandes áreas geográficas principales en las que Carlos, que siempre se vio a sí mismo como el paladín de la Europa cristiana, entró en contacto con el infiel. De esas dos, la más importante con gran diferencia era la Europa Oriental, donde, como ya vimos (capítulo 5), los musulmanes habían mostrado la abrumadora superioridad de sus fuerzas terrestres, con las que amenazaban con ocupar y dominar territorios cristianos que normalmente estaban en manos alemanas. En esa frontera, Carlos, como emperador, se convirtió en la esperanza y el símbolo de la cristiandad. Afortunadamente, no fue requerido para desempeñar personalmente un papel activo, ya que todo el go-

bierno de las tierras del este descansaba en las manos de su hermano Fernando, que se las arreglaba a la perfección. La segunda frontera, mucho más compleja en carácter y cuya importancia se incrementó a medida que el siglo avanzaba, estaba en el Mediterráneo, en donde españoles e italianos se habían erigido en la vanguardia de la resistencia para frenar el creciente poder naval musulmán. Fue aquí también donde Carlos tendría un activo papel militar, y por esa razón debemos detenernos a considerar en este capítulo la naturaleza de su tarea y los logros en el Mediterráneo.

El contacto más directo de los españoles con los musulmanes se había producido siempre con aquellos de la península. La guerra contra los musulmanes formaba parte de la ideología de los nobles cristianos de la Castilla medieval. La caída de Granada a manos de los cristianos, en 1492, fue un paso gigantesco para avanzar en esa lucha. Expediciones posteriores a África, y la toma de Orán en 1509, marcaron el comienzo de la expansión española. A partir de 1502, los musulmanes en Castilla fueron oficialmente cristianizados como «moriscos», pero en Aragón se les dejó tranquilos hasta ser forzosamente convertidos por miles durante las Germanías de Valencia en 1520-1522. Los bautismos forzosos eran considerados normalmente como nulos, pero después de 1522 las autoridades se mostraron renuentes a dejar que los nuevos moriscos regresaran a su antigua religión. Aunque muchos nobles aragoneses se abstuvieron de interferir en la religión de sus vasallos, se adoptaron algunas medidas para persuadir a estos últimos a convertirse. Finalmente, en noviembre de 1525, Carlos V promulgó un decreto ordenando la conversión de todos los musulmanes de la corona de Aragón, en Valencia para finales de ese año y, en el resto del territorio, para finales de enero de 1526. Desde 1526, la religión musulmana dejó de existir en España: ahora todos los musulmanes eran moriscos. Al escribir al papa en diciembre de ese mismo año, Carlos admitió

que «la conversión que assí se hizo no fue del todo voluntaria en muchos dellos, y después no han sido doctrinados, instruydos y enseñados en nuestra sancta fe cathólica».

La población morisca no aceptó esa nueva situación pasivamente y continuó manteniendo activos vínculos con sus hermanos musulmanes de fuera de España. Naturalmente, las autoridades se mostraron alarmadas ante esa amenaza a su seguridad. De todos era conocido que los gobiernos de Marruecos y Turquía seguían en contacto con ellos. En los pueblos circulaban profecías que anunciaban la conquista de España por el Islam. Los bandidos moriscos seguían actuando en la parte oriental de la península y los piratas del norte de África eran bienvenidos en las zonas costeras. En consecuencia, se efectuaron varias tentativas para desarmar a la población, pero sin demasiado éxito.

Carlos se tomó un interés personal en la situación. En 1526, durante su luna de miel en Granada, donde como hemos visto permaneció desde junio a diciembre, pudo comprobar por sí mismo la situación de los moriscos. Así, durante su estancia, se decidió a incrementar la presión sobre los convertidos. En una junta de gobierno reunida en Granada en diciembre de 1526, todas las características distintivas de la civilización morisca —el uso del árabe, sus ropas, sus joyas, el sacrificio ritual de animales, la circuncisión— fueron criticadas. Se aprobó un decreto animando a celebrar matrimonios entre cristianos viejos (los que no eran de sangre árabe o judía) y moriscos. Para poder comprobar las prácticas religiosas de los cristianizados se decidió también transferir el tribunal local de la Inquisición desde Jaén a Granada. Se hizo además un esfuerzo positivo: a partir de 1526, se enviaron misioneros a Valencia y Granada para predicar a los moriscos. Se dieron algunos pasos para establecer centros educativos para niños moriscos, pero los centros tardaron años en implantarse y su éxito fue muy limitado. Dado que las medidas del control cultural no podían imponerse de manera adecuada, fue

inevitable hacer algunas concesiones. Durante la visita de Carlos se cerró un acuerdo transaccional con los líderes moriscos que se comprometieron a pagar al gobierno una suma determinada, a cambio de mostrar una mayor tolerancia hacia la cultura musulmana de los nuevos cristianizados.

La seguridad española en el sur continuaba estando amenazada por el poder naval musulmán en África y el Mediterráneo. El reinado del emperador coincidió con el período de expansión de más éxito en toda la historia del imperio otomano, que desde 1520 hasta 1566 estuvo gobernado por Suleimán el Magnífico. Los españoles en modo alguno se libraron de sufrir las consecuencias. En 1518, el corsario norteafricano Khayr al-Din Barbarroja se declaró vasallo del sultán, y con la garantía de contar con el respaldo de Estambul continuó apresando barcos cristianos en el Mediterráneo occidental. En 1522, volvió a capturar Vélez de la Gomera, y en 1529 el Peñón de Argel, donde dio muerte a la pequeña guarnición castellana compuesta por ciento cincuenta hombres que previamente habían rechazado la oferta de un seguro regreso a España si se rendían. El impacto alcanzado por Barbarroja y su flota de sesenta navíos se extendió más allá de esos incidentes menores, pues contaba con el apoyo dentro de España de una numerosa población morisca descontenta. La sonada derrota a manos de Barbarroja en la isla de Formentera de las ocho galeras enviadas por el emperador desde Génova en 1529, alertó a Carlos de la urgente necesidad de pasar a la acción. Sin embargo, estaba en un momento especialmente difícil, y las opciones disponibles eran escasas. A partir de abril de 1530, la mayor parte de su tiempo tuvo que pasarlo en el imperio, donde trataba de afrontar simultáneamente a los príncipes alemanes y a la inminente amenaza otomana sobre la ciudad de Viena.

En España existía escaso interés por la amenaza en Europa oriental. Cuando Carlos solicitó a las Cortes Castellanas en 1532

que contribuyeran con dinero a su campaña de Viena, estas se negaron declarando: «Que la guerra del Turco no tocava a España y que bastava que por causa della se sacava de España mucho dinero y cavallos y se ivan allá muchos cavalleros del reino». Los líderes castellanos estaban deseando asumir los costes de la defensa de la península, pero se opusieron firmemente al empeño de Carlos de recaudar dinero para enfrentarse a los turcos que amenazaban Viena. La defensa de Viena fue acompañada de un contraataque efectuado en el Mediterráneo oriental, en un intento por desviar a los turcos lejos del asedio. En la primavera de 1532, Andrea Doria capitaneó una flota de cuarenta y cuatro galeras (de las cuales diecisiete eran españolas), que transportaba más de diez mil soldados alemanes, italianos y españoles hasta Grecia. En esta ocasión, la expedición consiguió ocupar Corón en septiembre, (donde Doria estableció una guarnición castellana) y Patras.

Aunque los castellanos desempeñaron un papel menor, la campaña evocaba aquella llevada a cabo una generación antes por el Gran Capitán. Al año siguiente, Suleimán envió nuevas fuerzas para recuperar Corón, pero Doria regresó al Egeo con treinta navíos (incluyendo doce buques al mando de Álvaro de Bazán) y dispersó a las fuerzas turcas. Las posiciones capturadas resultaban prácticamente imposibles de mantener, y tuvieron que ser abandonadas en 1534 cuando los turcos volvieron a atacarlas. La tesorería imperial no podía afrontar los enormes costes de las campañas, y cuando los tercios españoles alcanzaron Mesina, en 1534, amenazaron con amotinarse si no se les pagaba. Era un síntoma inquietante. Ya en anteriores campañas en Italia, los alemanes se habían amotinado con frecuencia, si bien los castellanos se habían abstenido. A partir de 1534, los motines entre los tercios se sucedieron con regularidad.

Tan pronto como Doria estuvo de regreso, hubo de enfrentarse a un escenario completamente alterado y considerablemen-

te más peligroso en el Mediterráneo occidental. Barbarroja había viajado a Estambul en 1533, donde recibió de los otomanos el nombramiento de almirante para el Occidente, junto con la ayuda de barcos turcos y tropas. Con estos nuevos refuerzos procedió a imponer su control en las principales ciudades de la costa norte de África, asaltando e incendiando las costas de Italia.

Cuando el emperador regresó a Castilla en la primavera de 1533, estaba ansioso por llevar a cabo su largamente planeada idea de aniquilar a los corsarios norteafricanos en sus mismas raíces, las ciudades de la costa de África. Los líderes castellanos, con el cardenal Tavera a la cabeza y con el apoyo de la emperatriz, expresaron su desacuerdo en la elección de Túnez como objetivo, ya que Túnez servía de protección no a España, sino a Italia. El objetivo deseable para ellos era Argelia, cuyos barcos suponían una mayor amenaza a sus costas. Al final los consejeros del emperador optaron por una expedición a Túnez.

En abril de 1535, Carlos se encontraba en Barcelona y allí informó a sus consejeros que Isabel —de quien se había despedido en Valladolid— asumiría una vez más el papel de regente en su ausencia. La sola idea de una ausencia fue suficiente para disgustar a la gente de Madrid: «Toda esta Corte —informó Salinas— está alborotada y creen y afirman que S.M. quiere pasar en la dicha armada. Yo por congeturas creo que será verdad, y el principal motivo será a la empresa de Barbarroxa». En las calles de Barcelona, Carlos presidió una magnífica demostración del poder cristiano. El enorme desembolso, el elaborado despliegue de caballería y la participación de grandes príncipes, daban no tanto la imagen de una operación militar como de un enorme entretenimiento organizado a beneficio de la aristocracia occidental europea. (Como veremos a continuación, apenas hubo lucha durante la campaña). Prácticamente toda la alta nobleza de Castilla estuvo presente en Barcelona (entre ellos la familia Álvarez de Toledo), engalanada con ropas de oro y plata, y acompañada de todos

sus soldados. Junto a ellos estaba la crema de la nobleza italiana y de los Países Bajos, así como prelados (entre ellos Nicolás Perrenot de Granvela) y ministros del gobierno.

El primer contingente de tropas y galeras de la famosa expedición a Túnez se concentró frente a Barcelona el 12 de mayo. Salinas informó:

> El emperador quería en persona tomar la muestra, y mandó que todos se hallasen armados en cierta parte a la alba del día; y allí se halló S.M. armado, y en persona sentado con sus oficiales tomó la muestra de todos los que aquel día parecieron, que fue en número de mil de caballo; y acabada la muestra los puso en orden y entró con ellos en la cibdad, la guarda de pié delante, y los oficiales y caballeriza tras ellos; y luego un estandarte grande y colorado y en él pintado un Crucifixo con la devisa de *Plus Ultra*.

El emperador navegó a su encuentro desde el puerto de Barcelona con un gran número de galeras españolas y barcos de escolta; también llegaron navíos de Portugal al mando del hermano de la emperatriz Isabel. El principal punto de concentración, en esos primeros días de junio de 1535, era el puerto de Cagliari, en Cerdeña, donde la escuadra se vio reforzada por nuevas tropas y barcos procedentes de Malta y los estados pontificios. Fue, como todas las operaciones en el Mediterráneo occidental llegarían a ser, una empresa internacional, pero de constitución predominantemente italiana, dado que el objetivo principal era la defensa de la costa de Italia. Portugal, los Países Bajos, Génova, el papado, Nápoles, Sicilia y los caballeros de Malta enviaron navíos.

Diez mil nuevos reclutas de España fueron embarcados en buques de transporte proporcionados por las autoridades de Vizcaya y Málaga. La fuerza que se congregó en Cagliari resultaba una imponente visión, con un total de más de cuatrocientos navíos cuyos mástiles —de acuerdo con un testigo— tenían la apariencia de un enorme bosque flotando en el mar. De las ochenta y dos galeras equipadas para la guerra, el 18 por ciento provenían de España, el 40 de Génova (principalmente los navíos de Andrea Doria), y el 42 por ciento restante de otros estados italianos (incluyendo galeras de Nápoles al mando de García de Toledo). Había más de 30.000 soldados en la flota; entre los que se in-

cluían los reclutas españoles, junto con 4.000 veteranos de los tercios de Italia, 7.000 alemanes y 8.000 italianos, así como varios miles de aventureros europeos que habían llegado por su cuenta. El armamento necesario para la expedición se llevó desde las fábricas de Milán.

La operación quedó al mando de dos generales italianos, Andrea Doria para la armada y Alfonso de Ávalos, marqués del Vasto, para los soldados. La financiación se obtuvo de una fuente totalmente nueva. Los costes del ejercicio fueron cubiertos en gran medida por el emperador inca Atahualpa, parte de cuyo rescate, exigido por Francisco Pizarro, había llegado ahora a la península. Esa fue quizá la primera empresa importante europea pagada con dinero de América, y los banqueros genoveses que habían adelantado el crédito también fueron reembolsados con oro americano. La expedición de Túnez fue la más grandiosa jamás organizada por potencias cristianas a lo largo de la historia del Mediterráneo occidental. Fue también el culmen de los numerosos despliegues de capacidad militar organizados durante el reinado de Carlos, quien se aseguró de que artistas (cuyo trabajo analizaremos más adelante en el capítulo 12) e historiadores (entre ellos, Antonio de Guevara y Juan Ginés de Sepúlveda) le acompañaran para inmortalizar la gloria de esa acción.

Henchido de orgullo por la fuerza internacional que había logrado reunir, Carlos en ningún momento puso en duda que el campo de batalla tenía que ser solamente suyo. En sus memorias resume concisamente la contienda: «El emperador dispuso a su ejército en orden de batalla y marchó sobre la ciudad de Túnez». Podría haber sido el mismísimo Julio César quien narrara la campaña. La acción militar se inició el 20 de junio con el asedio de la fortaleza de La Goleta (Halq al-Wadi), en la entrada a la bahía de Túnez, defendida por una poderosa guarnición turca. El asedio se prolongó durante tres semanas y media, durante las cuales se unieron un gran número de refuerzos procedentes de los líderes

musulmanes locales amigos del emperador. Finalmente, el fuerte cayó el 14 de julio, un día de intenso calor que afectó a vencedores y vencidos por igual. Las pérdidas musulmanas en el fuerte se estimaron en unos dos mil hombres. «Logramos la victoria a pesar del terrible calor», recordaba el veterano del Franco Condado Féry de Guyon en sus memorias, «ese día no había agua disponible en pozos o ríos, y la batalla comenzó después de las cuatro de la tarde; los soldados estaban tan fatigados que inmediatamente después de ganar la batalla se dejaban caer sentándose o recostándose en el suelo». Carlos informó a su embajador en París: «El enemigo defendía las murallas y mantenía La Goleta con soldados y con el extremo celo que se espera en tales circunstancias, pero Dios quiso que les superáramos en su sagrado servicio y en dicha captura un buen número de galeras, barcos y navíos con una gran cantidad de artillería han caído en nuestras manos. Y ahora hemos levantado el campamento para dirigirnos a Túnez».

Carlos estaba decidido a continuar hasta la ciudad de Túnez, que fue arrebatada al infiel el 21 de julio y saqueada por la triunfal soldadesca. Alrededor de veinte mil cristianos fueron liberados de su condición de esclavos pero, al mismo tiempo, miles de tunecinos indefensos resultaron asesinados en sus hogares y alrededor de diez mil vendidos como esclavos. Barbarroja escapó, siendo reemplazado como gobernador de Túnez por Muley Hassan, que había llegado con la flota y jurado lealtad al emperador, mientras La Goleta quedaba con una guarnición y unas cuantas galeras. La toma de La Goleta se había llevado acabo en favor de Italia, como ya hemos observado, y no de España. Tras su conquista, quedó bajo el control de Sicilia, desde donde se llevaron los materiales de construcción para edificar nuevas fortificaciones. Carlos tenía motivos sobrados para estar satisfecho con una campaña que trajo regocijo y consuelo al Mediterráneo cristiano: el formidable divertimento (el costoso preludio de Barcelona, y la aplastante superioridad de las fuerzas desplegadas en la

campaña, no permite otra descripción) había costado las vidas de poco más de un centenar de sus soldados. La enorme armada emprendió entonces el regreso hacia sus distintos destinos. Fue la primera campaña militar que Carlos había dirigido personalmente.

Cerca de las costas de Italia, una de las galeras, cargada de soldados alemanes, volcó y perecieron todos los que iban a bordo, en torno a 1.500 hombres. En este accidente murieron diez veces más soldados que durante toda la acción militar en Túnez. Los breves comentarios que Garcilaso de la Vega, también presente en la contienda, hizo sobre la campaña fueron quizás poco más que una elaboración literaria sobre la evanescencia de la gloria, pero sirven además para ofrecer una perspectiva general de la campaña:

> *¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?*
> *¿Algunos premios o aborreamientos?*
> *Sabrálo quien le leyere nuestra historia;*
> *veráse allí que como el humo al viento*
> *así se deshará nuestra fatiga.*

El cinismo de Garcilaso es compartido por los especialistas en la materia de hoy en día. El enorme ejército y flota nunca participó en ninguna batalla, y la ciudad de Túnez nunca ofreció resistencia. Cuando las fuerzas del emperador la ocuparon, la ciudad ya había sido liberada gracias a una revuelta interna provocada por los miles de esclavos cristianos que capturaron el arsenal y obligaron a huir a Barbarroja. Los líderes de la ciudad se presentaron para suplicar una capitulación acordada, pero el emperador, sabiendo que de otro modo sus hombres se sentirían frustrados, permitió que las tropas saquearan la ciudad durante tres días. La innecesaria barbarie fue criticada incluso por algunos de los generales de Carlos. En términos de seguridad no se consiguió nada significativo y, a largo plazo, la expedición no logró tampoco ningún objetivo político estratégico que Carlos hubiera esperado alcanzar. Barbarroja simplemente trasladó su base a Ar-

gel, también en la costa, pero algo más al oeste de Túnez. Muley Hassan continuó como rey quince años más. En 1550 fue derrocado por sus propios hijos, y se marchó a Alemania donde se unió al entorno del emperador.

Los españoles no se mostraron demasiado impresionados por la victoria de Túnez. En septiembre de 1535, la emperatriz informó a Carlos: «Las victorias que Nuestro Señor han dado a Su Magestad en la empresa de Túnez han gozado mas particularmente los reinos de Nápoles y Sicilia y todo Italia, por haberles echado de allí tan mal vecino». Pero también dejó claro que los castellanos no estaban interesados en Túnez, y más bien deseaban un ataque sobre Argelia, el centro desde el cual los musulmanes africanos atacaban España. Carlos estuvo terriblemente ocupado durante los siguientes años, y no fue hasta una década más tarde cuando ordenó que quedara constancia oficial de la expedición en forma de los famosos tapices de Túnez (véase capítulo 12).

Las dos décadas posteriores al episodio de Túnez fueron testigos del lento deterioro del poder cristiano, debido principalmente a los prioritarios compromisos de Carlos en el norte de Europa. Una gran expedición internacional basada en la colaboración entre Doria, Venecia y el papa, que anticipaba la gran empresa de Lepanto una generación después, tuvo un enfrentamiento con Barbarroja frente a la isla griega de Prevesa en septiembre de 1538. Una semana después de escoltar a Carlos a España en julio de 1538, el almirante Doria inició los preparativos para la expedición de Prevesa, que fue financiada en buena parte por el emperador. Tras reponer sus recursos en Génova, Doria condujo a su flota hacia el sur, a Nápoles y Sicilia. A finales de agosto, se le unieron en la costa de Mesina barcos procedentes de Sicilia y de los Caballeros de Malta: en total su escuadra estaba formada por cincuenta y cinco navíos, entre ellos cuarenta y dos galeras. Aparte de artillería, transportaban a 19.000 hombres, dos terceras partes eran españoles y un tercio italianos. Navega-

ron rumbo al este donde, al llegar a Corfú, se les unieron otras cincuenta galeras de Venecia y treinta del papa. El objetivo era atacar y destruir las bases empleadas por Barbarroja en el Mediterráneo oriental, pero en última instancia toda la campaña de Prevesa resultó un fracaso, y las enormes sumas y muchas vidas empleadas por las potencias cristianas en un intento de detener el avance turco, demostraron ser inútiles. Por aquel entonces Carlos no lo supo, pero ese fue el principio del fin, para prácticamente una generación, de los éxitos cristianos contra el avance musulmán. En circunstancias diferentes, el propio Carlos llevó a cabo un esfuerzo más determinante en octubre de 1541 contra la ciudad de Argel, como en seguida veremos.

Apenas había alcanzado Carlos su momento de gloria en Túnez, cuando surgió una nueva amenaza, esta vez —como ya hemos visto— procedente de Francia. Ese fue el motivo principal de la visita que realizó al papa en aquellos meses (capítulo 5) y que le ocupó buena parte del año 1536. Los castellanos siempre habían insistido en organizar una expedición contra Argelia, mostrando poco interés en Túnez, que se encontraba en una parte de la costa africana considerada solo de interés para la corona de Aragón. De hecho, ya en 1510, el rey Fernando había declarado que «la conquista del reino de Túnez es responsabilidad de la corona de Aragón». Los castellanos por tanto continuaron insistiendo en la necesidad de tomar Argel. En cualquier caso, los corsarios no habían sido detenidos. En una sorprendente respuesta a la pérdida de Túnez, Barbarroja, respaldado por treinta galeras, lanzó un ataque fulminante contra el puerto de Mahón en las Islas Baleares el 1 de septiembre de 1535. Saquearon la ciudad, hicieron prisionera a una buena parte de la población y se marcharon cinco días después.

Una posible expedición a Argelia, al menos eso esperaban la emperatriz y sus consejeros, supondría un intento de compensar la incompleta victoria de Túnez. Pero el proyecto tuvo que ser

pospuesto durante algún tiempo debido a la implicación del emperador en la situación de Milán provocada por la muerte de su duque, Francisco Sforza, en noviembre de 1535. Carlos, que en ese momento se encontraba en Nápoles, escribió en febrero de 1536 a la emperatriz, rogándole que continuara con la idea de la propuesta expedición a Argelia, pero también que enviara inmediatamente recursos a Génova para enfrentarse a la posibilidad de un estallido de las hostilidades con Francia en el norte de Italia. Todas las galeras disponibles, escribió el emperador, debían ser enviadas a Génova al mando de Álvaro de Bazán, junto con tres mil hombres de infantería, todas las provisiones que pudiesen reunir y dinero acuñado del oro y plata de América que recientemente había llegado a Sevilla. La naturaleza de la ayuda requerida mostraba que España había ascendido en la lista de prioridades del emperador. De ser simplemente una más de las piezas del imperio, se había vuelto la más crucial. El discurso que pronunció en castellano ese mismo año en Roma, proclamó esa nueva realidad al mundo entero. Cuando escribió a su esposa el día después del discurso, Carlos admitió francamente y por primera vez, que para sus necesidades militares «no hay otra forma de encontrar financiación en otra parte que no sea España». Dado que España, como ya hemos visto, contribuía poco a través de los impuestos, la mente del emperador estaba puesta evidentemente en los metales preciosos llegados del Nuevo Mundo.

La constante situación de vulnerabilidad de los estados cristianos fue confirmada, como pudimos ver, por el revés sufrido por sus fuerzas en Prevesa en septiembre de 1538. Las tropas cristianas fracasaron a la hora de obtener un resultado decisivo, excepto para dejar claro que los turcos continuaban siendo la suprema fuerza naval en el Mediterráneo oriental. Durante la siguiente generación, la defensa del mar tendría que ser conducida desde Occidente, donde la sucesión de ataques sobre territorio cristiano era incesante. La presión sobre el emperador, especialmente

por parte de los españoles, para atacar Argelia se incrementó. Entretanto Carlos, valiéndose del príncipe de Melfi como intermediario, trató de negociar algún tipo de acuerdo con Barbarroja, a fin de obtener seguridad para la navegación por el oeste. También entabló negociaciones con el gobernador de Argelia, Hassan Agha.

Las distintas conversaciones no llegaron a nada, y en 1541 se lanzó un desafortunado ataque contra Argelia. De acuerdo con las estimaciones oficiales, Nápoles y Sicilia debían asumir un 60 por ciento de los costes y Castilla un 40. Una proporción similar se aplicaba a las galeras, de las cuales los italianos aportarían dos tercios y España uno. Además, dos terceras partes de los soldados serían italianos (al mando de Colonna), de los Países Bajos y Alemania (a las órdenes de Alba) y un tercio españoles (capitaneados por Ferrante Gonzaga). Las fuerzas reunidas zarparon desde Mallorca a mediados de octubre de 1541, recogiendo en el camino al duque de Alba, que estaba en Cartagena. El total de fuerzas se estimó en 65 galeras, 450 embarcaciones y transportes de apoyo, con 12.000 marineros y 24.000 tropas. Entre los capitanes se encontraba el mismísimo conquistador de México, Hernán Cortés. El domingo 23 de octubre la infantería comenzó a desembarcar a unas seis millas de la ciudad de Argel. Hassan Agha, con un limitado número de defensores, se preparó para resistir.

Lamentablemente para los invasores, el otoño con su tiempo impredecible no era el momento más adecuado para realizar una incursión. La tarde del lunes, una súbita tormenta azotó la costa. «A la tarde —informó el emperador— se comenzó a turbar el cielo, y en anocheciendo comenzó a llover con viento de tramontana», de modo que no solo fue imposible descargar las provisiones y cañones, sino que muchas embarcaciones pequeñas volcaron y también trece o catorce galeras. Carlos informó: «De las naves de la armada dieron en tierra todos los baxeles pequeños y algunas de las gruesas, y de otras cortaron y derribaron ár-

boles, y de todos echaron a la mar para poderse sostener de la victualla y provisión, artillería y municiones y carga que en ellas había». Llovió toda la noche, y al amanecer una densa niebla cubría la playa. Los hombres estaban empapados, las armas de fuego húmedas. Los defensores musulmanes aprovecharon la situación para lanzar ataques.

La tormenta continuó sin amainar durante cuatro días, acabando con una buena parte de los barcos y muchos de los hombres («en los que se perdieron y fueron muertos, no hubo hombre de cuenta», relató el emperador). Resultó imposible descargar la artillería. El día 26, para asombro de los asediados argelinos, el emperador ordenó la retirada de sus fuerzas. El mal tiempo continuó dificultando una retirada ordenada, pero Carlos acompañó a sus hombres en cada etapa del difícil proceso. Cortés se ofreció a liderar un contraataque que fue inmediatamente desestimado por los consejeros del emperador. El propio Cortés también sufrió significativas pérdidas: desde su éxito en México siempre había llevado consigo, como amuleto de buena suerte, cinco grandes esmeraldas procedentes del saqueo de esa ciudad, pero cuando su barco empezó a zozobrar en Argelia las esmeraldas, que había envuelto cuidadosamente en un pañuelo, cayeron accidentalmente al mar.

Según declararon algunos testigos, además de los hombres, la más trágica pérdida en Argelia fue la de cientos de caballos. Brantôme informó: «No hubo corazón que no se partiera por la pena y el dolor de verlos nadando en mar abierto, batiéndose con las olas y tratando de salvarse, mientras perdían la esperanza de llegar a tierra y seguían con los ojos a sus barcos y a sus amos que les miraban impotentes viéndoles perecer y ahogarse frente a ellos». El propio Carlos insistió en deshacerse de los caballos para hacer hueco a los soldados en los barcos que quedaban intactos. El cronista Sandoval declaró que el emperador se plantó frente a

sus hombres y les dijo: «No me voy; el primero que aquí ha de quedar seré yo».

El 1 de noviembre, Carlos volvió a embarcar con el grueso de las tropas restantes; necesitaron entre tres y cuatro días para poder llegar a Bugía, que sirvió de base para la evacuación. Las condiciones climatológicas continuaron siendo adversas, haciendo que el emperador no pudiera abandonar Bugía hasta el día 23. No llegó a Mallorca hasta la tarde del 26 de noviembre. Algunos destacamentos también lograron alcanzar Cerdeña y Valencia. El 1 de diciembre, Carlos desembarcó en Cartagena, en España. El total de pérdidas sufridas por sus fuerzas fue posiblemente de no menos de 150 embarcaciones y 12.000 hombres, sin contar cañones y suministros. Fue la primera derrota sonada del emperador, un verdadero desastre en todos los sentidos, una profunda humillación y, por todas las razones precedentes, su última expedición contra las fuerzas del Islam. Había dejado atrás una guarnición para defender Bugía, pero la pequeña población fue recuperada por los musulmanes el verano siguiente. El almirante Doria regresó a Génova tras haber escoltado hasta casa al emperador, que por fin pisaba suelo español después de dos años. Desde ese momento, la principal presencia española superviviente en la costa del norte de África estaba en Orán.

Los franceses se aprovecharon del desastre para alcanzar un acuerdo en julio de 1542 con Suleimán, y declararon la guerra al emperador. La consecuencia de ello fue, como enseguida veremos (capítulo 9), el ataque a Niza por una flota franco-turca. La defensa de los intereses italianos y españoles durante los años siguientes fue asumida por Andrea Doria y su flota. Las operaciones terrestres quedaron todas suspendidas, una situación que ofendió al comandante local de Orán, el conde de Alcaudete, quien desde su llegada al cargo, en 1525, había realizado ambiciosos esfuerzos para extender la autoridad española al reino de Tremecén, aunque siempre con escaso éxito. Los otomanos esta-

ban consolidando su dominio en el norte de África, y en 1552 Tremecén fue tomada por los turcos. En 1555, la población de Bugía, que había estado bajo el control de Castilla durante cuarenta y cinco años, se perdió a manos de una fuerza musulmana llegada de Argelia. Barbarroja murió en 1546 a la edad de ochenta años, pero la erosión de la seguridad española prosiguió en manos del pirata Dragut. Los musulmanes tomaron Trípoli en 1551, el Peñón de Vélez en 1554 y Bugía en 1555. A finales del reinado de Carlos V, la presencia española en el norte de África se limitaba únicamente a Melilla, Orán, Mers el-Kebir y La Goleta. Pero incluso esa presencia se hallaba amenazada. Finalmente, en 1558 una expedición liderada por Alcaudete, en contra del consejo del entonces rey Felipe II, fue aplastada por los musulmanes y su comandante muerto.

En 1546 el diplomático veneciano Navagero informó: «El emperador se encuentra totalmente descorazonado por la necesidad de renunciar a toda esperanza de conquistar al Turco. Durante su última conferencia con el papa, le dijo a Su Santidad: "Estoy empezando a temer que Dios pretenda que todos nosotros nos convirtamos en musulmanes; ¡pero ciertamente pospondré mi conversión hasta el último momento!"».

CAPÍTULO 9. Tiempos afanosos 1541-1548

Al volver a España tras la debacle de Argel, Carlos descubrió que su agenda estaba abrumadoramente repleta. En Cartagena, fue recibido por su ministro principal en España, Francisco de los Cobos. Desde allí, el grupo real se dirigió a Castilla, haciendo una parada preliminar en Ocaña el 18 de diciembre de 1541, donde el hijo de Carlos y actual regente, Felipe, de catorce años, acompañado de sus hermanas María y Juana, y de todos los altos cargos del estado, aguardaban para darle la bienvenida. El emperador pasó una tranquila semana en Ocaña con sus hijos, antes de reanudar viaje hacia Toledo, adonde llegaron el último día del año. Durante su estancia en Ocaña dio instrucciones para convocar las Cortes de Castilla en Valladolid el 10 de febrero. A finales de enero de 1542, dedicó cuatro días a la acostumbrada visita a su madre en Tordesillas, antes de continuar hacia Valladolid.

Las Cortes, una vez reunidas, manifestaron su simpatía por los esfuerzos y peligros afrontados en Argelia y su confianza en que ahora Carlos comprendiera por qué era conveniente no dejar España. El emperador, con gran tacto, les dio la razón, pero en ningún momento aseguró que no tuviera que viajar de nuevo. En esta ocasión, obtuvo, sin embargo, cierto beneficio del desastre de Argelia, ya que las Cortes, que siempre habían puesto a África en la primera línea de su atención, acordaron financiarle durante tres años con la espléndida suma de cuatrocientos mil ducados anuales, la mayor cantidad jamás garantizada en su historia. Las sesiones de las Cortes se prolongaron hasta el 4 de abril, lo que permitió al emperador atender a continuación a los otros reinos de la península, a los que envió órdenes para reunir sus respectivas Cortes. El 22 de mayo Felipe y él salían de Valladolid.

Se trataba de un viaje formal que implicaba llevar consigo a un gran número de funcionarios y asistentes. El emperador, que había pasado la mayor parte de su vida viajando de un sitio a otro, estaba muy familiarizado con esa rutina. Así, por ejemplo, se hacía siempre acompañar de oficiales de los distintos reinos que gobernaba, y tenía perennemente a su disposición numerosos secretarios, a los que les dictaba en las diferentes lenguas de sus territorios. Para Felipe, por el contrario, esa era su primera experiencia de un viaje real. El itinerario trazado incluía el reino de Navarra, y luego Aragón, Cataluña y Valencia, los reinos de la Corona de Aragón. En cada uno de los reinos de España, era tradición que el heredero al trono visitara el reino y prestara el juramento formal. La comitiva real se dirigió primero a Burgos. Desde ahí partieron el 2 de junio hacia Navarra, donde tomaron parte en la ceremonia oficial; una vez concluida, continuaron camino hasta llegar finalmente el 22 de junio a Monzón, en Aragón. Aquí la reunión conjunta de las Cortes de Aragón, Cataluña y Valencia ya había comenzado. Lamentablemente, Felipe cayó enfermo de fiebres, continuando indispuesto durante los meses de julio y agosto. Por fortuna, las sesiones de las Cortes se dilataron durante todo el verano, lo que permitió a los reinos del este, en una serie de ceremonias entre septiembre y octubre, poder pronunciar el juramento formal de lealtad al príncipe como futuro heredero: los catalanes lo hicieron el 14 de septiembre, los valencianos el 23 y los aragoneses en último lugar, el 6 de octubre.

Ese verano de 1542, el emperador también hubo de hacer frente a una amenaza de invasión por parte de Francia. El tratado de paz de 1538 y todas las buenas relaciones establecidas el año 1539 entre el emperador y Francisco I habían quedado en papel mojado debido a un incidente en el que Carlos no tuvo nada que ver. En julio de 1541, dos embajadores al servicio de Francisco I (uno de ellos un español, Antonio Rincón) habían sido asesina-

dos cerca de Turín, ciudad que por entonces estaba ocupada por Francia. Las autoridades francesas achacaron de inmediato la responsabilidad al gobernador de Carlos en Milán, Del Vasto. Tras meses de recriminaciones, un año después, en julio de 1542, Francisco I declaró la guerra al emperador «a consecuencia del gran, execrable e inusual trato inhumano empleado por el emperador contra el rey y sus embajadores». Al mismo tiempo, el monarca francés envió una misión a los turcos para tratar de buscar una alianza con ellos contra la casa de Austria. Carlos conoció la declaración de guerra cuando se encontraba en las Cortes de Monzón, en el verano de 1542.

España se vería inmediatamente afectada ya que Francisco reivindicó su derecho sobre los condados del Rosellón y Cerdaña, que desde los tiempos de Fernando el Católico habían disfrutado de tranquilidad en posesión de la corona española. Eso obligó a fortalecer las defensas a lo largo de los Pirineos. La amenaza se tornó real cuando las fuerzas francesas pusieron sitio a Perpiñán, en la frontera catalana con Francia. En julio, Carlos envió al duque de Alba, junto con un pequeño contingente castellano, para tratar el problema. El almirante Doria aportó una flota con seis mil soldados alemanes. En pocas semanas los franceses tuvieron que cesar en su empeño.

Entretanto, el emperador continuó su periplo hasta Barcelona, a la que llegó el 16 de octubre y donde estaba previsto que Felipe efectuara una solemne entrada en la ciudad el 8 de noviembre. De hecho, el príncipe se anticipó un día sobre el calendario previsto, por lo que tuvo que pernoctar en un convento de las afueras. Sin embargo, no queriendo quedarse atrás, se infiltró secretamente en la ciudad la tarde del día 7, visitó a su padre y luego salió «por la noche para conocer los divertimentos que ofrecía la ciudad» antes de regresar a su alojamiento de extramuros. La tarde siguiente efectuó su entrada oficial y juró las Constituciones de Cataluña. El día 9 recibió el homenaje público de

las autoridades. Entre estas se encontraba el gran amigo de Carlos, Francisco de Borja, que llevaba ejerciendo como virrey de Cataluña desde 1539, y había sucedido a comienzos de ese año a su padre en el título de duque de Gandía. Los dos hombres, que albergaban un profundo deseo de transformación de su vida espiritual, mantuvieron durante esos días conversaciones muy íntimas. De acuerdo con el posterior biógrafo de Borja, Pedro de Ribadeneira, se confesaron el uno al otro su intención de abandonar sus actuales ocupaciones para retirarse a una vida religiosa. Un anhelo que tiene todos los visos de ser cierto. Carlos aún estaba tratando de recuperarse de la devastadora conmoción sufrida por la muerte de su esposa; ya en esa ocasión había mencionado que podría retirarse. Es posible también que interpretase su fracaso en Argelia como una señal divina. Ahora que había logrado que se reconociese a Felipe como su sucesor en España, debió de considerar en su fuero interno la idea del retiro como una posibilidad real. Su amigo Borja ya lo tenía decidido. Al año siguiente dejó el virreinato y, cuando su esposa falleció unos años más tarde, tomó los votos como sacerdote de la recién fundada Compañía de Jesús.

Mientras tanto, en el otoño de 1542 las festividades organizadas en Barcelona para la comitiva real se prolongaron durante dos semanas. Hubo «luminarias, danzas y bailes de máscaras», en los que el emperador también tomó parte. El 16 de noviembre, por ejemplo, Carlos fue invitado a una de esas mascaradas y apareció con un vestido púrpura y amarillo, bailando con los invitados hasta las tres de la mañana. El 21 de noviembre, en medio de una lluvia torrencial, el emperador y Felipe partieron para Valencia. Habiendo asegurado la posición constitucional de Felipe como su heredero en Valencia, el emperador dispuso los últimos preparativos para su marcha al extranjero. La corte abandonó Valencia el 16 de diciembre y regresó a Castilla.

El esfuerzo empleado en recorrer España para que su hijo fuera confirmado como heredero de los distintos reinos, era solo la primera parte del programa de Carlos para asegurar la posición de su sucesor. El día después de Navidad de 1542, informó a su corte que había decidido casar a Felipe, de casi dieciséis años, con la princesa María de Portugal. El matrimonio se celebraría finalmente a finales de 1543. Tras el anuncio del casamiento, ya podía pasar a preparar el siguiente asunto de su agenda, uno que de ningún modo complacía a sus súbditos españoles. En la primera semana de febrero de 1543, anunció oficialmente en Madrid que volvía a dejar el país, y que los asuntos de España recaerían en las manos de su hijo, ayudado principalmente por el duque de Alba, el cardenal arzobispo de Toledo, Juan de Tavera y Francisco de los Cobos.

No había sido, en absoluto, la prolongada estancia que los administradores y nobles de Castilla esperaban. El 1 de marzo de 1543, Carlos y Felipe partieron una vez más de Madrid. Este último acompañó a su padre hasta Alcalá de Henares. Carlos entonces continuó viaje hasta Zaragoza y Barcelona, llegando a esta última el 10 de abril. El día 1 de mayo zarpó desde el puerto de Barcelona con una flota de cincuenta y siete galeras al mando de Andrea Doria, que navegó a lo largo de la costa hasta Palamós donde, debido al mal estado del mar tuvo que permanecer en tierra durante unos diez días. Esa parada le proporcionó el tiempo preciso para dar los últimos retoques a los documentos, las *Instrucciones*, que estaba redactando de su propia mano para su hijo y que vamos a pasar a comentar. El viaje se reanudó brevemente hasta Rosas, donde se hizo una nueva parada de tres días. Tras recalar nuevamente durante un día en Cadaqués toda la flota, un total de ciento cuarenta navíos incluyendo las galeras, zarpó finalmente al amanecer del 19 de mayo para cruzar el Mediterráneo con destino a Génova. Fue un momento de gran trascendencia, ya que Carlos iniciaba su ausencia más larga de la pe-

nínsula, un increíble período de catorce años, durante el que se producirían grandes cambios en los territorios que gobernaba.

Antes de zarpar desde Palamós, el emperador dejó a cargo del tutor de Felipe, Juan de Zúñiga, los dos documentos manuscritos de las *Instrucciones* para su hijo, uno de ellos fechado el 4 de mayo, y el otro el 6 de mayo de 1543. El primero, una «carta e instrucción» cuyo contenido era confidencial, consistía en diversos consejos para su comportamiento personal y público. Zúñiga debía entregárselo en mano a Felipe y este leerlo en su presencia, dado que Zúñiga aún era responsable de su conducta. El emperador explicaba que su tema era «la manera que en el gobierno de vuestra persona como en el de los negocios en general os habéis de guiar y gobernar». Se trata de uno de los documentos más personales jamás redactados por el emperador, donde se pone de manifiesto su amor y preocupación por su hijo y que, incidentalmente, revela sus propias ideas y actitudes personales. Por esa razón, es importante que nos detengamos y analicemos sus palabras.

En el documento Carlos indicaba que le dejaba «durante my ausencia en mi lugar, para que goberneys estos reynos». Felipe, a su vez, era requerido a regirse siempre por dos principios: «Tener siempre a Dyos delante de vuestros ojos»; y «ser sujeto a todo buen consejo». Debía servir a Dios por encima de todo: «Nunca permytays que heregías entren en vuestros reinos; favoreced la Santa Inquisición… y por cosas del mundo no hagays cosa que sea en su ofensa». Tenía que ser «muy justiciero» y erradicar toda forma de corrupción entre sus funcionarios. Debía mostrarse «en todo muy tenplado y moderado. Guardaos de ser furyoso, y con la furya nunca executeys nada». Además debía escapar de los aduladores, pero aceptar los buenos consejos ofrecidos por sus consejeros y «guardar mucho la libertad entre todos para que sus botos sean libres». Debía poner mucho cuidado en no decir, o indicar, nada que pudiera crear problemas en el futu-

ro, y conducirse con cautela con la corona de Aragón, «porque mas presto podryades herrar en esta gobernación que en la de Castilla». Al conceder audiencias debía mostrarse paciente, «y también aveys de tener horas para ser entre la jente visto y platicado».

La *Instrucción* del 4 de mayo pasaba a abordar entonces la vida personal del joven Felipe, de dieciséis años. Lo primero de todo, su falta de inclinación por el estudio. «Como os dixe en Madrid, no aveys de pensar quel estudyo os hará alargar la niñez». El estudio ayudaba a formar al hombre. Ser un hombre hecho y derecho no era cuestión de cuerpo, sino de mente, y solo el estudio permitía alcanzar esa condición. «El ser hombre temprano no está en pensar ni quererlo ser, ni en ser grande de cuerpo, sino solo en tener juicio y saber con qué se hagan las obras de hombre, y de hombre sabio, cuerdo, bueno y honrado. Y para esto es muy necesario a todos el estudio y buenos ejemplos y pláticas». Además, él iba a gobernar sobre muchas gentes con lenguas diferentes, y para comunicarse con todos ellos resultaba esencial saber «la lengua latina». «Ni serya malo también saber algo de la francesa».

Era momento de entrar en el mundo de los adultos. «Hasta agora todo vuestro aconpañamiento han sydo niños… daquí adelante no aveys de allegarlos a vos». El cambio resultaría brutal. «Vuestro acompañamiento principal ha de ser de onbres viejos y de otros de edad razonable». Pero era preciso que se adentrarse en el mundo de los asuntos públicos lentamente y con prudencia, consultando siempre todo, especialmente a Zúñiga.

«Presto os casareys»; pero una vez casado tenía que ser moderado en su placer, «porque demas que eso suele ser dañoso, asy para el crecer del cuerpo como para darle fuerças, muchas vezes pone tanta flaqueza que estorva ha hazer hijos y quita la vida», como fue el caso del príncipe Juan, hijo de Fernando e Isabel. Por tanto, debía limitar el acceso a su esposa y «apartaros della lo

más que fuere posible», y cuando estuviese con ella «sea por poco tiempo». En esto debía seguir el consejo de Zúñiga. Sin embargo, había de permanecer fiel a ella y una vez casado no ir con otras mujeres. Y en todas esas cuestiones, en caso de duda, tenía que recurrir a Zúñiga.

La otra *Instrucción*, del 6 de mayo, llevaba el membrete de «secreta», para que él la guardara «debaxo de vuestra llave sin que vuestra mujer ny otra persona la vea». En ella, Carlos lamentaba su partida, y la penuria de su erario, pero confiaba que Dios le favoreciera en su lucha contra el rey de Francia. En esta carta sus consejos versaban sobre delicadas cuestiones de estado.

Le recordaba lo que ya le había dicho en Madrid sobre las disputas internas entre aquellos al cargo de los asuntos de la administración: «Ya se os acordará de lo que os dije de las pasiones, parcialidades y casi bandos que se hacían o están hechos entre mis criados». Respecto a las facciones, recomendaba a Felipe consultar con el presidente del Consejo Real, el cardenal Tavera, y con el secretario de Estado, Francisco de los Cobos. «Aunque ellos son las cabeças del vando, todavya los quise juntar porque no quedassedes solo en manos del uno dellos». Felipe no debía ponerse nunca en manos de un único ministro. «Antes tratar los negocios con muchos y no os atéys a uno sólo». Por ejemplo, el duque de Alba tenía ambiciones de gobierno: «él pretende grandes cosas y crecer todo lo que pudyere, aunque entró santiguándose muy humilde y recogido». Pero «de ponerle a él ni a otros grandes muy adentro en la governación os haveys de guardar, porque después os costará caro». Sin embargo, Alba debía ser empleado en asuntos de guerra «pues que es el mejor que hagora tenemos en estos reynos». Cobos había sido un buen sirviente y nadie conocía mejor que él las cuestiones de estado, pero era codicioso y tenía muchos enemigos. En suma, Carlos confiaba en ser capaz durante su viaje de solucionar los problemas presentes

y esclarecer los asuntos a los que ambos tendrían que enfrentarse.

Para concluir, Carlos le recomendaba como padre confiar en Dios. «Yo voy a este viaje. Si Él permite que yo vuelva, pues una de las principales causas que me llevan es aclararme más de lo que podremos y deberemos hacer, entonces os diré lo que yo habré alcanzado y si acabo en él, tomad buen consejo para que con Él os sepáis bien resolver, porque yo estoy tan irresoluto y confuso en lo que tengo de hacer, que quien de tal arte se halla, mal puede decir a otro en el mismo caso lo que le conviniere». Los dos documentos, testimonio de la gran preocupación profesional y amor paternal de Carlos, forman parte del constante esfuerzo que realizó durante los muchos años en que estuvo ausente por mantener a su hijo en constante contacto con los problemas y obligaciones de su alto cargo.

En la tarde del 25 de mayo, la flota del emperador entró en el puerto de Génova. Unos días después llegaba a Pavía, el principio de su viaje a través de Italia hacia Austria. El paso de Carlos por Italia tenía siempre el más alto nivel político. En junio de 1543 estaba en Cremona, donde el papa Pablo III junto con un séquito de cardenales acudió a darle la bienvenida al cercano castillo de Busseto. Mantuvieron conversaciones privadas sobre asuntos de interés común, pero también les unían lazos familiares: como ya vimos, la hija de Carlos, Margarita, se había casado en 1536 con Octavio, duque de Parma y sobrino del papa, creando de esa forma un estrecho vínculo entre la familia Farnesio y la casa de Austria. Después de Cremona, Carlos continuó hasta Trento, donde se estaban organizando los preparativos para el Concilio, y luego se dirigió a Innsbruck y Espira.

Carlos emprendió su viaje por mar en el momento justo, ya que la travesía del Mediterráneo dejó de ser segura. Francisco I de Francia estaba ahora embarcado en una de sus más cuestionables y notorias operaciones. Aprovechando la partida del empe-

rador, Francisco invitó a la flota turca a penetrar en Europa. La alianza franco-turca cristalizó en forma de una gran flota al mando de Barbarroja, que navegó hasta adentrarse en el Mediterráneo occidental con el objetivo de vengar la pérdida de Túnez, saqueando por el camino la costa de Italia. Carlos envió cartas a la ciudad de Barcelona advirtiendo del peligro. El 10 de julio de 1543, el mismo día en que el emperador entraba en la ciudad de Innsbruck, en Austria, los barcos de Barbarroja fueron recibidos con honores por las autoridades francesas en la rada de Tolón, hasta que finalmente fondearon en el puerto de Marsella.

En una acción conjunta llevada a cabo la primera semana de agosto de 1543, las flotas cristiana y musulmana sitiaron el puerto de Niza, perteneciente al duque de Saboya, pero bajo la protección del emperador. Fue una escandalosa alianza que suscitó protestas por toda la Europa cristiana. El ejército sitiador franco-turco, al mando de generales franceses, fue apoyado por mar por la flota de Barbarroja; lograron capturar la ciudad, pero no su fortaleza, y se retiraron la primera semana de septiembre cuando las tropas imperiales llegadas de Milán y capitaneadas por Del Vasto y el duque de Saboya levantaron con éxito el asedio. La flota turca obtuvo el permiso de Francia para invernar en el puerto de Tolón, aprovechando la ocasión para atacar territorios gobernados por el emperador.

Al margen de la política y la guerra, la principal empresa en España en 1543 era el matrimonio de Felipe. La princesa de Portugal acababa de cumplir dieciséis años, siendo seis meses menor que su prometido. El príncipe escribió a su padre contándole cómo, acompañado por una pequeña escolta, había partido a comienzos de noviembre, para observar secretamente el avance de la comitiva de la princesa María desde la frontera. En Aldeanueva, «vi a la princesa sin que ella me viesse». El lunes 12 de noviembre, Felipe hizo su entrada solemne en Salamanca. La princesa llegó unas horas más tarde, y ese mismo día la pareja fue

desposada por el cardenal Tavera. Las celebraciones continuaron hasta las primeras luces del alba. Unos días más tarde, la pareja real partió con su séquito hacia Valladolid, haciendo una parada de cortesía en Tordesillas para visitar a la reina Juana. Durante su período como regente, Felipe se acostumbró a firmar los decretos en nombre de «la Catholica reyna y Emperador y Rey mis señores».

Carlos había sido puntualmente informado de todos esos acontecimientos gracias al gran cuidado puesto por sus ministros en España para mantenerle siempre al día y —lo que posiblemente era para ellos más importante— para impresionar al emperador sobre la precisión de su versión de los hechos. La gran cantidad de correspondencia escrita generada por esos contactos supuso durante algún tiempo una preocupación para Carlos, quien cuando estaba en España debatió con Cobos la posibilidad de crear un depósito central, para que así fuera posible identificar inmediatamente dónde estaban archivados los documentos importantes, como los tratados de paz. En 1544, Cobos escribió para informar al emperador de las reformas llevadas a cabo en el pequeño castillo de Simancas, cerca de Valladolid, con ese propósito; en agosto el príncipe Felipe promulgó un decreto ordenando que todos los documentos de estado fueran a partir de entonces almacenados en Simancas.

Aparte de los sucesos de Niza, la atención del emperador en este período estuvo centrada en los Países Bajos, donde el duque Guillermo de Cleves se había sublevado (en alianza con Francia). Carlos y sus generales reunieron un enorme ejército de más de 40.000 hombres, principalmente de Italia y los Países Bajos, y descendieron en barco por el Rin después de que Carlos les hubiera pasado revista en agosto durante su estancia en Bonn. El breve y predecible triunfo de la campaña militar del emperador, en agosto de 1543, fue dirigido por René de Châlons, príncipe de Orange (quien al año siguiente moriría a causa de las heridas

recibidas durante un asedio). La fortaleza del duque rebelde en Düren fue tomada y quemada; su caída indujo a los territorios asociados de Jülich y Cleves a rendirse. En una solemne ceremonia pública celebrada en septiembre de 1543, el duque de Cleves, postrado de rodillas ante el emperador, logró conservar alguno de sus títulos, pero hubo de ceder las provincias de Güeldres y Zutphen al gobierno de la casa de Austria. Con esta cesión, el total de provincias que componían el territorio de los Países Bajos alcanzó la cifra de diecisiete, un número emblemático que llegó a simbolizar su hipotética unidad.

Fue un gran momento triunfal, si bien no estuvo exento de problemas, pues precisamente en septiembre Carlos sufrió otro serio ataque de gota que empañaría sus años posteriores. Tenía que caminar apoyándose en su hermana María. Los dos, como señaló un diplomático, se unieron aún más durante esos meses. María trató de disuadir a Carlos para que no liderara la campaña en la frontera con Francia. «El apasionado amor que os profeso —escribió ella— me llena de la más profunda preocupación, preocupación que, lo admito, sería más fácil de sobrellevar si tuviera la oportunidad de compartir el destino que Dios ha fijado para vos».

«Habría creído —replicó Carlos— que no me daríais semejante consejo, pues os conozco como alguien que en semejantes ocasiones no reacciona de modo tan femenino como otras de vuestro sexo, que muestran una disposición más delicada. Pero veo que vuestro amor fraternal contradice vuestra apariencia externa». Más tarde escribió: «Solo puedo dar las gracias por lo que me escribisteis con ocasión de mi partida al frente. Si tomasteis mi respuesta de otro modo, no debisteis comprender mi intención. Pregunté al mensajero si sonreísteis al leer mi carta. Pues yo reí al escribirla e hice alusión a lo que haríais si estuvierais en mi lugar».

El gran ejército que Carlos capitaneaba en los Países Bajos estaba previsto que se utilizase en la frontera francesa, donde desde el estallido de las hostilidades, los franceses habían ocupado algunas ciudades. Después de Güeldres, el ejército marchó hacia el sur sin llegar a participar en ningún enfrentamiento. En su lugar, Carlos llevó a cabo un propósito largo tiempo deseado: ocupar la ciudad de Cambrai, que tenía una doble importancia estratégica y política. A partir del 10 de noviembre, cuando el ejército austriaco liderado por Carlos entró en Cambrai, el lugar se convirtió en ciudad imperial bajo el dominio del soberano de los Países Bajos. Para reafirmar su control, Carlos ordenó la inmediata construcción de una ciudadela amurallada, para la que hubo que despejar toda una zona demoliendo ochocientas casas.

Fue la culminación de los logros de Carlos como creador de su país natal. El 23 de diciembre de 1543, los Estados Generales de los Países Bajos se reunieron en el magnífico gran salón del palacio real de Bruselas, para rendir tributo a su soberano y recibir la inevitable noticia de su inminente partida. Carlos abandonó Bruselas el 2 de enero y, acompañado de su hermana María de Hungría, se puso en camino a través de las grandes ciudades de Colonia y Worms, llegando a Espira el 1 de febrero, lugar donde había programado una reunión familiar con su hermano Fernando y otros parientes, y donde debía iniciarse la sesión de la Dieta el 20 de febrero.

En un largo discurso dirigido a la Dieta, Carlos transmitió su principal mensaje: la paz debía llegar a Alemania mediante una combinación de todas sus fuerzas contra la amenaza musulmana en Hungría. Dado que el rey de Francia se había aliado con los musulmanes, era también preciso detener a Francia. Los miembros de la Dieta estaban al corriente de la recepción organizada a Barbarroja en Marsella, y del ataque conjunto franco-musulmán sobre Niza; en consecuencia, no vieron inconveniente en mostrar su acuerdo con Carlos. Aprobaron subsidios para reclutar a

20.000 soldados y 4.000 miembros de la caballería contra Francia. A cambio, Carlos suspendió varios decretos que había promulgado recientemente contra los líderes protestantes de la Liga de Esmalcalda, y confirmó que protestantes y católicos tendrían en el futuro igualdad de derechos en las elecciones al Consejo Imperial. Cuando el papa protestó contra esas concesiones, Carlos replicó que la paz interna en Alemania era el modo más seguro de defenderla contra los turcos. Alemania, de hecho, disfrutó de paz durante un corto período de tiempo, mientras Francisco I trasladaba su guerra a Italia. Y fue precisamente en Italia donde el rey francés alcanzó su más notorio éxito contra el emperador.

Alfonso de Ávalos, marqués del Vasto, gobernador de Milán y comandante en jefe del emperador en el norte de Italia, tenía la responsabilidad de defender Lombardía contra las fuerzas francesas que la invadían desde la Provenza. Sin embargo, la fuerza invasora francesa superó a sus tropas cerca del pueblo de Ceresole, muy próximo a Turín, en abril de 1544. El ejército imperial perdió un desproporcionado número de hombres y el propio Ávalos resultó herido. Carlos tuvo más suerte en el norte de Europa, donde sus comandantes internacionales, incluyendo tanto a católicos como a protestantes, condujeron en el otoño de 1544 a sus ejércitos hasta llegar a poca distancia de París. Francisco I, enfermo y desesperado, se quedó sin recursos. Gracias a los buenos oficios de la reina Leonor, se iniciaron las negociaciones de paz. El 18 de septiembre, en la población de Crépy-en-Valois, a unas pocas millas al nordeste de París, se acordó la paz en unos términos claramente desfavorables para Francia.

A primera vista, podía haber sido uno de los tratados más importantes de la época, ya que Francisco renunciaba a sus pretensiones sobre territorios clave que hasta entonces habían sido fuente de constantes conflictos: cedía sus reivindicaciones sobre el reino de Nápoles, el ducado de Milán y varios territorios de los Países Bajos, mientras Carlos por su parte renunciaba a algu-

nas cuestiones menores, conservando, no obstante, la más fundamental de sus pretensiones: el ducado de Borgoña. Pero en la práctica, lo que sucedió fue que, tres meses más tarde, el delfín de Francia presentó una protesta formal contra los términos del tratado; un acto que no parecía un buen augurio para el futuro. Entretanto, el emperador dio órdenes para disolver su ejército. En octubre, Leonor se trasladó a Bruselas para reunirse con su hermano el emperador y con María de Hungría. Los tres habían estado siempre muy próximos, por lo que para ellos resultó otro satisfactorio encuentro familiar. Por fin habían logrado la paz y la estabilidad. Una magnífica celebración fue dispuesta cuando los tres hicieron su entrada oficial en Bruselas el 27 de octubre. Las festividades renacentistas continuaron en distintos intervalos durante el resto del año.

Entre tanto festejo, hubo también preocupaciones personales. En 1543, el emperador continuaba sufriendo ataques regulares de gota en brazos y piernas, y durante su estancia en Bruselas la enfermedad llegó a afectar incluso a su movilidad. Cuando algunos meses más tarde ratificó el tratado de Crépy, comentó con una sonrisa a los embajadores franceses: «¡Cómo pensáis que podría violar alguna vez el tratado, cuando ni siquiera tengo fuerzas en mi mano para firmarlo, de tanto como me afecta la gota!». En algunos de sus desplazamientos tuvo que ser transportado en litera, pero el problema no le hizo abandonar sus compromisos. A principios de abril de 1545 tenía que regresar a Alemania donde, a mediados de mayo, su hermano el Rey de Romanos se le unió en Worms para la asamblea de la Dieta Imperial. Se trataba de una reunión importante para la que había llevado consigo a los dos Perrenot, padre e hijo, desde los Países Bajos, y convocado a Ávalos desde Italia. Carlos había disfrutado de la cooperación de la luterana Liga de Esmalcalda para la campaña contra Francia, y ahora también logró sus fondos y ayuda para un nuevo esfuerzo contra los turcos. Sin embargo, fracasó en alcanzar

un acuerdo sobre el papel que debían desempeñar los protestantes en el próximo Concilio de Trento. En agosto, una vez cumplida la tarea, dejó Worms y emprendió el camino de vuelta a Bruselas.

Pasó el resto del año en los Países Bajos, ocupado a diario en asuntos políticos y diplomáticos, pero participando también, dentro de los límites de su enfermedad, en excursiones. Un momento cumbre fue el de la convocatoria del capítulo de la Orden del Toisón, que se reunió a comienzos de enero de 1546 en la catedral de Utrecht. Los capítulos siempre habían sido un incomparable despliegue de poder de la élite europea, y el de 1546 no sería una excepción. Pero no todo fue celebración. Una parte de cada sesión estaba siempre dedicada al análisis de la conducta moral y política de cada caballero, incluyendo al propio emperador, quien en esta ocasión fue formalmente criticado por exponerse a sí mismo con demasiada frecuencia a los avatares de la guerra, y por acumular demasiadas deudas (cuya cantidad analizaremos en el capítulo 10). Carlos escuchó las críticas desde su litera de enfermo, y las aceptó con cortesía. El 13 de enero, el capítulo procedió a elegir a los sustitutos de los veintidós caballeros fallecidos. Entre los nuevos miembros había cuatro españoles (los duques de Alba, Infantado, Nájera y Feria, pero hallándose los tres últimos en España, sus nombramientos tuvieron que ser enviados con un mensajero especial). Entre los nuevos caballeros se incluían también Octavio Farnesio (esposo de la hija de Carlos, Margarita, y posterior duque de Parma), y los capitanes militares de Carlos, Cósimo de Médicis (gran duque de Toscana), Manuel Filiberto (duque de Saboya), y el nuevo conde de Egmont, Lamoral. Tras atender otros compromisos en los Países Bajos, a mediados de febrero el emperador estaba de nuevo camino de Alemania y, a principios de abril, llegó a Ratisbona, donde le esperaba la asamblea de la Dieta.

Entre los embajadores extranjeros que le rodearon en ese período se hallaba el veneciano Bernardo Navagero, quien en julio de 1546 ofreció la siguiente descripción de Carlos:

> El emperador almuerza en público casi siempre a la misma hora —generalmente a las doce del mediodía—. Lo primero que hace al levantarse cada mañana, que suele ser muy tarde, es asistir a una misa privada ofrecida por el alma de la difunta emperatriz. Luego, tras haber concedido algunas audiencias, asiste a una misa pública en la capilla, e inmediatamente después toma su colación. El emperador come en abundancia; quizá más de lo que es conveniente para su salud, considerando su constitución y hábitos de ejercicio. E ingiere una clase de comida que produce humores espesos y viscosos, de donde surgen las dos indisposiciones que le atormentan; a saber, la gota y el asma. Intenta mitigar esos desórdenes con ayunos parciales durante la tarde, pero los médicos dicen que sería mejor si dividiera los alimentos del día en dos comidas regulares. Cuando su majestad se encuentra bien, piensa que nunca caerá enfermo, y hace muy poco caso de los consejos de su médico; pero en cuanto vuelve a caer indispuesto, hace cualquier cosa para poder recobrarse.
>
> El emperador procura ser fiel a su palabra, amar la paz, y no sentir deseos de guerra, salvo que sea provocado. Es un príncipe que escucha a todo el mundo, siempre deseoso de prestar la mayor confianza a sus amigos, aunque prefiere llevar la voz cantante; y una vez que su mente se ha decidido, es muy raro que algún argumento logre cambiar su opinión. Sus distracciones consisten principalmente en ir de caza; a veces acompañado por unos pocos asistentes, y otras totalmente solo, arcabuz en mano. Está muy complacido con un enano que le envió su alteza el rey de Polonia, un hombrecillo muy bien formado y de genio despierto. El emperador a veces juega con él, y parece que le proporciona un infinito divertimento. Hay también un bufón recientemente llegado de España que hace reír a su majestad, y causa gran regocijo en la corte. Su nombre es Perico, y con el fin de complacer al emperador, cada vez que se menciona el nombre de su hijo Felipe, él le llama Señor de Todo.

Ese año de 1546 sería sin duda un año para recordar. La situación de Alemania estaba ahora avanzando hacia un nuevo e inesperado resultado. El 18 de febrero fallecía Martín Lutero, el instigador de la Reforma e implacable enemigo de Roma. Los cambios que logró llevar a cabo habían transformado por entero el aspecto no solo de Alemania, sino también de toda Europa. A comienzos de 1546, había regresado a la pequeña población de Eisleben que le vio nacer sesenta y cuatro años antes. Allí, se había visto afectado por nuevos ataques de la enfermedad que sufría, y murió en presencia de su esposa y de unos pocos partidarios nobles. Entretanto, el emperador, como hemos visto, intentaba sinceramente hacer todos los esfuerzos posibles para alcanzar un acuerdo general con los líderes protestantes, fomentando las discusiones entre ambas partes del cisma religioso. La Iglesia Católica estaba también a punto de iniciar una fase revolucionaria en su carrera, con la convocatoria del Concilio de Trento,

que celebró su primera sesión formal el 7 de enero de 1546, un mes antes del fallecimiento de Martín Lutero.

Lamentablemente, la cuestión militar, pese a todos los esfuerzos de Carlos, también adquirió importancia en 1546. El coloquio religioso que patrocinaba fracasó justo antes de su llegada a Ratisbona. A mayor abundamiento, los líderes de la Liga de Esmalcalda se sintieron ultrajados por la decisión del papa de no permitir a sus representantes asistir al Concilio de Trento. Hasta el momento, sin embargo, no había riesgo de llegar a las armas. Durante esas mismas semanas, el emperador, tras haber alcanzado la paz con Francia, estaba negociando una paz con los turcos. Su hermano Fernando, que como hemos visto era ahora rey de Hungría, desempeñó un papel fundamental en las conversaciones. Mientras tanto la decepción de Ratisbona pesaba terriblemente sobre Carlos. En febrero de 1546 escribió a su hijo: «La cuestión religiosa está en tal posición y la confusión de Alemania es tan grande que hay pocas esperanzas de que los protestantes, de común acuerdo, abandonen sus errores y regresen a la comunión de la Iglesia». En el mismo sentido escribió en junio a su hermana María de Hungría, que se encontraba en los Países Bajos:

> Todos mis esfuerzos de mi viaje aquí, y la propia conferencia de Ratisbona, han acabado en nada. Los príncipes y electores herejes han decidido no asistir a la Dieta en persona; en verdad están determinados a alzarse en rebelión inmediatamente… hasta la completa destrucción de los eclesiásticos… Si vacilamos ahora lo perderemos todo. De este modo hemos decidido, mi hermano y el duque de Baviera, que solo la fuerza les llevará a aceptar unos términos razonables. A menos que emprendamos una acción inmediata todos los estados de Alemania podrían perder su fe, y los Países Bajos podrían seguirlos.

Incluso en esta tardía etapa, Carlos insistía en que la cuestión no era de índole religiosa, sino una rebelión política. Tanto el emperador como los príncipes de Esmalcalda se estaban preparando para un posible conflicto. Carlos hizo llevar hasta un área cercana a Ratisbona un gran ejército de tropas alemanas y valonas y de caballería, 10.000 soldados italianos y 700 jinetes, 9.000 soldados españoles y una selecta tropa de caballería de alrededor de un millar de hombres procedente de Hungría. Carlos aseguró

a los líderes alemanes y ciudades que las tropas no tenían intenciones agresivas y estaban allí exclusivamente para proteger la paz. Obviamente, los líderes de Esmalcalda —el elector Juan Federico de Sajonia, y el landgrave Felipe de Hesse— no parecían dispuestos a creerle. También ellos habían reunido sus tropas al sur de Alemania. A fin de constreñir su actividad, el 20 de julio de 1546, el emperador promulgó un «interdicto imperial» contra los dos líderes citados, un procedimiento tradicional prohibiendo a sus súbditos prestarles ayuda alguna.

Los preparativos para la campaña no resultaron fáciles de organizar, pues apenas había fondos disponibles y Carlos debía tener en cuenta los complejos y variados intereses de los príncipes alemanes. Afortunadamente, consiguió alcanzar una alianza con uno de los miembros principales de la Liga Esmalcalda, el duque Mauricio de Sajonia, que ambicionaba para sí el título y el territorio de otro de los líderes protestantes, el elector Juan Federico de Sajonia. Su alianza demuestra que el conflicto en Alemania no debe ser visto simplemente bajo una perspectiva religiosa.

Ciertamente Carlos no consideraba la religión como un asunto crucial. Cuando el legado del papa ofreció declarar una cruzada en su nombre, el emperador replicó que no era necesario, ya que no se trataba de una guerra sobre religión. En el verano de 1546, la situación militar parecía más favorable al emperador. Llegaron tercios de Lombardía, y levas de Alemania. En agosto, 12.000 italianos pagados por el papado se presentaron en la base imperial de Landshut. En total, el emperador había logrado reunir más de 40.000 tropas, cifra quizá ligeramente inferior a la de sus enemigos de Esmalcalda. Entre sus comandantes contaba con el archiduque Maximiliano, hijo de Fernando; el duque de Saboya, Manuel Filiberto; y el duque de Alba. En el relato de esos años recogido en sus memorias, el emperador habla solamente de su propio papel en la decisión de la política militar; Alba y otros comandantes apenas son mencionados.

Durante la segunda mitad de 1546, las fuerzas protestantes fracasaron al no sacar provecho de sus ocasionales éxitos. En su campamento de Ingolstadt, en la ribera izquierda del Danubio, el emperador ese otoño disfrutaba de superioridad numérica, pero prefirió esperar y observar. Cuando la oportunidad se presentó, ordenó que se tomaran medidas para asegurar su posición en el Danubio. Sus tácticas quedaron justificadas cuando, en diciembre, su sobrino, el elector del Palatinado, que estaba en la liga protestante, llegó a Halle para reconciliarse con su tío. Poco después, el duque de Württemberg también se pasó a su bando.

Un enfrentamiento de importancia entre las dos fuerzas contrarias quedó pospuesto durante varios meses, con la inevitable consecuencia de que muchas tropas de ambos lados (entre ellas las tropas italianas enviadas por el papa) tuvieron que ser retribuidas y enviadas a casa. Para entonces la situación política se hallaba afectada por los conflictos internos en Sajonia, donde Carlos contaba con el apoyo de su recién adquirido aliado luterano, el duque Mauricio de Sajonia. En enero de 1547, Fernando, el hermano de Carlos, hizo un llamamiento para que se enviasen tropas al frente de Sajonia. Carlos respondió mandando una fuerza capitaneada por otro aliado protestante, el margrave Alberto Alcibiades de Brandeburgo, fuerza que desgraciadamente fue dispersada por el ejército de Juan Federico en marzo.

El emperador, aprovechándose de una posible ventaja en el sur y el centro de Alemania, decidió llevar la guerra hasta el territorio de sus adversarios. A mediados de abril de 1547, sus tropas se unieron a las de Fernando y el duque Mauricio en Eger, Bohemia, y luego penetraron en los territorios del elector Juan Federico, cuyas ciudades se rindieron una por una a Carlos. El ejército imperial estaba formado por hombres de muchas naciones bajo las órdenes del emperador y sus comandantes, entre ellos el duque de Alba. Había unos 8.000 españoles, la mayor parte veteranos de los tercios de Italia; alrededor de 16.000 lans-

quenetes; 10.000 italianos comandados por Octavio Farnesio, esposo de la hija de Carlos, Margarita de Parma; y 10.000 hombres de los Países Bajos al mando de Maximiliano de Egmont, conde de Buren. Estos 44.000 soldados de infantería estaban respaldados por 7.000 efectivos de caballería, principalmente alemanes y de los Países Bajos.

El emperador, aquejado por la gota e incapaz de caminar, se desplazaba a caballo entre sus hombres, hablando con ellos y enardeciendo su ánimo. En la mañana del 24 de abril de 1547, el ejército alcanzó la ribera izquierda del río Elba, cerca de la ciudad de Mühlberg. Las fuerzas de la Liga capitaneada por el elector habían cruzado a la orilla derecha y destruido el único puente disponible, por lo que confiaban que el emperador no pudiera pasar al otro lado. Sin embargo, la caballería húngara del emperador construyó un puente improvisado, al tiempo que descubrían también un vado muy conveniente por donde atravesar. «Súbitamente —declaró Luis de Ávila y Zúñiga, un compañero muy próximo al emperador y autor, como testigo presencial, del relato de la acción—, se desnudaron diez arcabuceros españoles, y estos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron a los dos tercios de puente que los enemigos llevaban el río abajo, porque el otro tercio quedaba el río arriba muy desamparados dellos. Estos arcabuceros llegaron a las barcas, y las ganaron, matando a los que habían quedado dentro, y así las trajeron».

Las fuerzas lograron cruzar en menos de una hora, y poco después del anochecer se enfrentaban con los desprevenidos enemigos en un bosque cercano. La acción de Mühlberg ha sido siempre narrada como una batalla, cuando en realidad nunca tuvo ese carácter y, por su naturaleza, se parece más a una desbandada. Las fuerzas sajonas no tuvieron oportunidad de defenderse adecuadamente contra el súbito ataque desde un lugar inespera-

do. La crónica dictada por el emperador y enviada por este a España, informaba:

> Los enemigos comenzaron a desmayar y a conoscerse de nuestra parte la mejoría, tanto que fueron luego rotos y puestos en huida una hora antes que se pusiese el sol, yendo los nuestros en su alcance toda la noche y parte del día siguiente, matando y hiriendo en ellos hasta no quedar hombre en el campo que hiciese resistencia, tomándoseles su artillería y municiones y carruajes.

Las consecuencias fueron las esperadas. En las filas de las fuerzas imperiales, las bajas tan solo llegaron a cincuenta hombres, mientras que las del enemigo se estimaron en unos 2.500 muertos y varios cientos de prisioneros junto con su artillería y bagaje. Un noble sajón, Thilo von Throta, capturó al elector Juan, que estaba tratando de huir tras haber sido herido en la acción.

Cuando fue llevado a presencia de Carlos, el elector solicitó ser tratado de acuerdo con su rango. El emperador replicó cortante que sería tratado como merecía, y ordenó a Alba que se lo llevara de allí. El duque quedó a cargo de la custodia del prisionero, que fue encerrado bajo vigilancia en el castillo de Halle. Un mes más tarde, Juan Federico fue declarado culpable de rebelión por el emperador y sentenciado a muerte, pero la sentencia fue conmutada a condición de que renunciara para siempre al cargo de elector. En junio, Carlos hizo su entrada en la capital de Juan Federico, la ciudad de Wittenberg, donde la Reforma bajo el auspicio de Lutero había surgido en primer lugar. La ciudad, y la dignidad de elector, fueron transferidas oficialmente por el emperador al duque Mauricio. Ese mismo mes, tan solo unos días más tarde, el landgrave Felipe de Hesse se presentó en Halle para ofrecer su sumisión al emperador. Carlos ordenó que fuera arrestado por Alba, y posteriormente escoltado al exilio en los Países Bajos.

Luis de Ávila lamentó las secuelas de la victoria. «Eran tantas las armas derramadas por el suelo que daban grandissimo estorvo a los que executavan la victoria. Los muertos y heridos eran muchos; eran tantos los prisioneros que avia muchos de los nuestros que trayan quince o veinte soldados. Estaban los muertos en mu-

chas partes amontonados». Fue el primer enfrentamiento significativo de los tercios españoles en Europa central. El embajador veneciano, que estuvo presente, los criticó por ser «brutales, toscos y sin experiencia, aunque se están convirtiendo en buenos soldados». Luis de Ávila dedicó los más destacados elogios al papel de Carlos:

> Yo he visto muchas veces muy bien acertados los designios del emperador, mas nunca he visto ninguno que tan particularmente se acercase como este; porque dende que partió deste alojamiento hasta que volvió (acabada la jornada del río, donde partió para hacerla), ninguna cosa dejó de ejecutarse como él lo había ordenado, ni de suceder como él había pensado.

Gran parte del mérito de la victoria fue otorgado, incluso en aquella época, a Alba, pese a que su papel en ella no parece haber sido mayor que el de otros comandantes. Esa fue quizás la primera acción en la que pudo actuar como general por derecho propio. Ataviado para la ocasión, montando un caballo blanco y luciendo blanca armadura y largas plumas blancas en su casco, supuestamente para que sus hombres pudieran reconocerle, Alba siempre supo cómo llamar la atención de su público. Los rumores apuntan a que en Mühlberg, al igual que Josué, ordenó al sol que se mantuviera firme durante un rato y fue obedecido. ¿Cómo si no podía haberse producido el paso del río, que no concluyó hasta las seis de la tarde, y la subsiguiente derrota de las fuerzas protestantes, en el espacio de una tarde? La respuesta del duque a Enrique II de Francia, cuando este le preguntó al respecto, se hizo famosa. «Vuestra Majestad, yo estaba demasiado ocupado esa tarde con lo que sucedía en la tierra más abajo como para prestar atención a la evolución de los cuerpos celestes».

La victoria del emperador, ciertamente la más famosa de todo su reinado, fue inmortalizada en un magnífico retrato ecuestre pintado por Tiziano, que puede verse en El Prado (véase capítulo 12). ¿Pero qué beneficios trajo consigo? La victoria sobre la Liga en Mühlberg supuso indudablemente el punto culminante de la carrera del emperador. El fracaso de la campaña de Argelia quedaba ya muy lejos, prácticamente olvidado; el panorama en

el frente europeo era ahora brillantemente prometedor. Había logrado romper el núcleo de la disidencia política en Alemania, y atenuar la dimensión política de la división religiosa. El proceso de curación de la herida religiosa, al que estaba plenamente dedicado, se había iniciado con la apertura del Concilio de Trento; y el fallecimiento de Lutero cerraba la puerta —o al menos eso parecía— a un lamentable capítulo en la historia de la Iglesia.

El ancho horizonte europeo también parecía más prometedor, con la desaparición de dos de los más prominentes contemporáneos de Carlos. El 29 de enero de 1547, Enrique VIII de Inglaterra falleció a la edad de cincuenta y seis años. Había sido un buen, aunque poco fiable, amigo del emperador. Habían estado del mismo lado, para lo bueno y para lo malo, en la guerra y en la paz, durante décadas, y el único asunto personal que amenazó con interponerse entre ellos, había sido el divorcio de Catalina de Aragón. Compartían el amor por la buena vida, por las mujeres hermosas, la pasión por la caza y por las reglas de la caballería, y una profunda desconfianza en las ambiciones del rey de Francia. Más tarde, los cambios religiosos en Inglaterra lograrían también separarlos, pero Carlos siempre trató de intervenir lo menos posible, hasta el punto de que el papa llegó a acusarle, en un momento dado, de favorecer a los herejes. Cinco años después, el ascenso al trono inglés de María Tudor, que en su día había estado comprometida con Carlos, prometía mantener al imperio y a Inglaterra como buenos aliados.

El 31 de marzo de ese mismo año, Francisco I de Francia murió a causa de las complicaciones de una enfermedad venérea. Fue sucedido por el segundo de sus hijos, Enrique, el único que había sobrevivido. Su viuda, la reina Leonor, no había tenido hijos con él. Francisco ya ha irrumpido lo suficiente en este relato como para que sea necesario relatar de nuevo sus relaciones con Carlos, pero sería injusto no comentar que fue uno de los gobernantes más brillantes de su tiempo y una extraordinaria lumina-

ria del Renacimiento en Europa. Leonor se retiró de la corte marchándose a Poitou, la residencia campestre que había sido especialmente acondicionada para ella, pero tras pasar dieciocho meses se cansó de su vida allí y decidió irse a vivir cerca de su hermana en los Países Bajos. Su hermano le concedió el permiso oficial para establecerse en Gante.

Tres meses después de la victoria en Mühlberg, Carlos se encontraba en su residencia de Augsburgo, confinado en la cama a causa de la fatiga y la enfermedad, que aún persistiría durante varias semanas más. Sin embargo, durante ese tiempo continuó recibiendo a las delegaciones de apoyo de las ciudades protestantes y a sus príncipes. El conflicto militar ahora había concluido; Carlos había puesto gran cuidado al insistir en que la religión nunca fue puesta en cuestión y dio órdenes para que las creencias protestantes fueran respetadas por sus funcionarios en todas partes. A excepción de la detención de los dos electores, no se llegaron a adoptar medidas extremas de ningún tipo. Las tropas extranjeras de su ejército fueron disueltas, y solo conservó un pequeño cuerpo de guardia flamenco para su persona. La Dieta Imperial durante ese período se reunió en Augsburgo, pero Carlos no pudo presidirla debido a su enfermedad, y en la práctica delegó durante un tiempo los asuntos más relevantes del momento en su joven sobrino Maximiliano, hijo mayor de Fernando. Maximiliano estaba destinado a desempeñar un prominente papel en la política europea. Fue regente de España durante la ausencia de ese país del príncipe Felipe, contrajo matrimonio con la hermana de este, María, y en 1564 se convirtió en emperador al suceder a su padre.

La estancia en Augsburgo hizo posible una nueva reunión de la familia de Carlos, que aprovechó la ocasión para discutir y arreglar algunos asuntos. En la festividad de la Epifanía, el 6 de enero, los miembros de la familia presentes en Augsburgo —entre los que se incluían María de Hungría y Fernando, además de

varios miembros más jóvenes, entre ellos el hijo de Fernando, el archiduque Maximiliano— asistieron a una misa celebrada por Antonio Perrenot. La reunión de los Habsburgo fue también el principal motivo para que el gran pintor veneciano, Tiziano, se desplazara hasta Augsburgo, donde aprovechó la ocasión para pintar retratos no solo de Carlos, sino también de Fernando, de su hija María, duquesa de Baviera, y otros muchos personajes. Los procedimientos de la Dieta continuaron durante esos meses. Una de las sesiones más espectaculares, celebrada en febrero, fue la dedicada a la ceremonia de reconocimiento de Mauricio como nuevo elector de Sajonia. Por esas mismas fechas, Carlos formalizó en Augsburgo el estatus de las provincias de los Países Bajos como un nuevo (el sexto) «círculo» (*Kreis*) territorial del Imperio, utilizando su antigua denominación de «el círculo borgoñón». Pero quizá el acto más memorable de la Dieta de 1548, justo antes de cerrar sus sesiones a principios de julio, fue la aprobación otorgada al nuevo decreto del emperador conocido como *Interim*.

Redactado tras las discusiones entre teólogos erasmianos católicos como Julio von Pflug y protestantes como Johannes Agricola, el decreto del *Interim* fue promulgado por el emperador en mayo de 1548 bajo su propia autoridad, en contra de una considerable oposición tanto de miembros católicos como protestantes de la Dieta de Augsburgo. Suponía un esfuerzo del monarca por conseguir una paz religiosa temporal, basada en la tolerancia religiosa, hasta que el concilio general pudiera decidir sobre esas cuestiones. Declaraba obligatoria la celebración de la misa y de los siete sacramentos de la Iglesia (los luteranos solo reconocían dos de ellos), pero a la vez concedía a los protestantes dos de sus principales demandas, el matrimonio del clero, y la comunión con ambas especies (es decir, con pan y vino). Fue descrito como una medida interina (o temporal), hasta que llegara el momento en que el Concilio de Trento encontrara una solución. No existe

mejor prueba del duro trabajo realizado por Carlos a la hora de hacer concesiones a los protestantes a fin de alcanzar la paz en Alemania.

El éxito político consecuencia de la batalla de Mühlberg, la positiva alianza con el duque Mauricio, el final del conflicto con los turcos y con Francisco I, la resolución de asuntos familiares cruciales, el moderado arreglo religioso del *Interim*, y el nuevo estatus otorgado al círculo borgoñón, resultaban más que suficientes para proporcionar plena satisfacción al emperador y ayudarle a sentir que, al menos de momento, había logrado cumplir lo que se había propuesto. Mühlberg, visto a través de los cuadros de los artistas y los escritos de los panegiristas, contribuyó a crear la imagen de Carlos como un glorioso conquistador, un héroe, un auténtico y valeroso césar. A los ojos de sus contemporáneos, resultaba indudable que se hallaba en la cima de su carrera.

No obstante la victoria militar no era una solución en sí misma. Carlos escribió a su hijo: «Después de todos nuestros desvelos y fatigas para traer de vuelta a los herejes alemanes, he llegado a la conclusión de que un concilio general es la única manera». Al mismo tiempo, era muy consciente de su precario estado de salud y de la posibilidad de afrontar un encuentro inesperado con su Hacedor. Durante los días pasados con su familia en Augsburgo en 1548, consultó con María de Hungría un asunto fundamental: el papel de su hijo y heredero, y la necesidad de que visitara los Países Bajos y Alemania, territorios que deseaba heredase Felipe. Antes incluso de que María abandonara Augsburgo para regresar a su casa, Carlos redactó en el mes de enero una detallada *Instrucción* para su hijo, que el duque de Alba debía llevar a España y presentar a Felipe. Se trataba de un extenso documento de sesenta y dos párrafos, con fecha de 18 de enero y encabezado como *Avisos o instrucción para el príncipe*, en el que se abordaba en detalle todas las áreas de la política europea y los

asuntos de la Iglesia. Inspirado por «el amor paternal que os tengo», Carlos exhortaba a Felipe a confiar en Dios, preservar la fe, apoyar reformas en la Iglesia, «obviar la guerra por todas las vías y maneras posibles», y seguir la política del emperador en todos los estados donde tenía intereses. También recordaba a Felipe que «la principal y más cierta amistad y confianza que debéis tener, es con el Rey de Romanos, mi hermano, y mis sobrinos, sus hijos». Una vez resueltos sus asuntos en Augsburgo, el emperador siguió a su hermana de vuelta a Bruselas.

De todos los territorios que gobernaba, los Países Bajos eran los más cercanos al corazón del emperador: había nacido allí, hablaba su lengua, vivió en ellos más que en cualquier otra parte de su imperio, y su vínculo dinástico a lo que él denominaba «Borgoña» era el más profundo. Las reuniones de la casa de Austria tendían a celebrarse en Bruselas más que en cualquier otra parte de Europa. Y sin embargo, al final, fue España la que desempeñaría el papel más importante en la evolución de su política, España la que financió la mayor parte de sus compromisos militares, y España adonde se retiró al final de su vida.

En los años que fue emperador, de todos sus reinos al que más tiempo consagró fue a España, con un total de diecisiete años, en contra de los doce de residencia en los Países Bajos y tan solo nueve en Alemania. Pero fue también el país del que estuvo más tiempo ausente, la sorprendente cifra de catorce años, entre 1543 y 1556. Estuvo en España desde septiembre de 1517 a mayo de 1520, de julio de 1522 a julio de 1529 (su estancia más larga), de abril de 1533 a abril de 1535, de diciembre de 1536 a principios de 1538, de julio de 1538 a noviembre de 1539, de noviembre de 1541 a mayo de 1543, y de septiembre de 1556 hasta su muerte en septiembre de 1558.

El reinado del emperador presentó a los españoles un desafío ante el cual, como los rebeldes comuneros, reaccionaron de una forma sumamente equívoca. Sus desacuerdos y dudas fueron expresados abiertamente a todos los niveles, tanto en las Cortes como en el país. Las Cortes Castellanas se quejaron incesantemente de la ausencia del emperador. Los españoles continuaron lamentando el compromiso de Carlos con el norte de Europa y el Sacro Imperio Romano: un tema recurrente en cada una de las

Cortes del reino. «La dilatada ausencia de Vuestra Majestad de sus dominios españoles —escribió el almirante de Castilla en 1531—, es una cuestión con la que vuestros súbditos difícilmente logran reconciliarse». También estaban descontentos por el uso del nuevo título de majestad en España, donde era tradición emplear el título de alteza. Carlos intentó atender a las críticas. Seleccionó a clérigos españoles como confesores, por ejemplo, e hizo que los españoles fueran elegidos para los honores de la Orden borgoñona del Toisón de Oro. La lengua española comenzó a emplearse junto con la francesa y el latín en la correspondencia y administración y Carlos aprendió a hablarla y escribirla con fluidez, apoyándose siempre en la ayuda directa de sus ministros y secretarios. El castellano fue el único lenguaje empleado por los miembros de su familia en España para comunicarse con él.

Los españoles tenían sobrados motivos para quejarse por sus políticas. El pueblo protestaba por el dinero que solía llevarse para sus guerras. Una generación más tarde, el historiador Sandoval informó que en una ocasión, mientras cazaba en la región de los Montes de Toledo, Carlos se perdió y acabó trabando conversación con un campesino que no le reconoció. El anciano le contó que había vivido para ver reinar a cinco reyes de Castilla. Cuando Carlos le preguntó cuál de ellos había sido el mejor y cuál el peor, este respondió que sin duda el mejor había sido Fernando el Católico y el peor el rey actual. Urgido a explicarse, indicó que el rey había abandonado a su esposa por lugares extranjeros, se había llevado consigo el tesoro del reino, y estaba arruinando a los campesinos con tributos.

Su reinado ciertamente representó un profundo cambio para los españoles. El rey de España se convirtió en emperador en 1519 e introdujo al país en un nuevo papel imperial que cambiaría para siempre las vidas de sus gentes. Ese papel, como ya vimos anteriormente (capítulo 7), no necesariamente implicaba la guerra. Aunque el emperador parecía estar continuamente in-

merso en conflictos, España tan solo desempeñó una pequeña parte en ellos, manteniendo una escasa presencia militar en Europa sin necesidad de intervenir directamente en las guerras. Así, por ejemplo, apenas se produjo reclutamiento para el ejército. La presencia militar en Europa fue cubierta por los tercios, en su mayor parte regimientos castellanos creados bajo el reinado del rey Fernando y empleados por Carlos en Italia, donde continuarían a lo largo de su reinado siendo un componente pequeño, pero esencial, de los ejércitos de los Habsburgo. Los tercios no contaron con una organización formal hasta la promulgación de un decreto en Génova en 1536, cuando se crearon cuatro unidades específicas de tercios. Los soldados de los tercios, frecuentemente llamados «veteranos», tenían la ventaja de su continuidad en el servicio y de poseer una mayor disciplina y experiencia, pero solo constituían una mínima parte de las muchas unidades militares a disposición del emperador en todos sus territorios. En este sentido, los tercios constituían menos de un quinto del ejército que saqueó Roma en 1527, y alrededor de una quinta parte de las tropas que sirvieron a Carlos en Alemania en 1547. En el asedio de Metz, que fue dirigido en parte por un general español, el duque de Alba, los tercios apenas sumaban el 9 por ciento de la infantería y solo un 3 por ciento de la caballería.

En otras palabras, España desempeñó un limitado papel militar. Esto sucedió principalmente porque no contaba con una población lo suficientemente numerosa como para permitir un reclutamiento constante, y porque partes esenciales de España, principalmente la corona de Aragón, no tenían obligación de enviar soldados a luchar fuera de sus fronteras. Los españoles no ocuparon un lugar destacado en los campos de batalla de Europa y los llamados «ejércitos españoles» estuvieron, como enseguida veremos, generalmente compuestos por soldados no españoles. Del mismo modo, los ejércitos de Francia estaban formados principalmente por tropas no francesas. Aparte de los asedios y

batallas, hubo destacamentos armados españoles en determinadas localizaciones, tales como los fuertes africanos, y desde el año 1536, Milán se convirtió en la base principal de las tropas españolas. El papel primordial de los tercios se desarrolló principalmente en Italia, donde en la batalla de Pavía (1525) demostraron por primera vez su eficacia. Las tropas que servían al emperador procedían de distintas naciones, siendo principalmente alemanes e italianos, con los españoles siempre en minoría. Las campañas en África se apoyaron en gran medida en los italianos, que en 1541, en Argelia, aportaron dos tercios de los barcos y soldados. Como ya hemos señalado en páginas anteriores, uno de los militares al servicio del emperador calculó que en Italia, desde 1521 a 1544, el emperador había empleado un total de 348.000 soldados, de los cuales un 44 por ciento habían sido alemanes, un 30 italianos, un 15 españoles, y un 5 por ciento suizos.

Las responsabilidades en el norte de Europa constituían toda una novedad, y naturalmente incrementaron en gran medida la escala de los compromisos militares de España. Carlos necesitaba soldados que sirvieran en la frontera norte francesa, y en 1527 dispuso que seis mil tropas castellanas fuesen enviadas a los Países Bajos. Unos cuantos miles más volverían a mandarse en la década de 1540. Cuando Viena fue sitiada por los turcos, una gran fuerza de tercios fue enviada a la ciudad en 1532, aunque no llegó a entrar en acción y regresó inmediatamente después a Italia. En los años cuarenta, los tercios desempeñaron un papel pequeño pero crucial en la salvaguarda de la posición de Carlos en Alemania, donde contribuyeron significativamente —con un quinto de las fuerzas totales bajo su mando— a la importante victoria de 1547 en Mühlberg, el último éxito militar de Carlos.

Pero las guerras no podían mantenerse sin dinero. Y aquí fue donde España ejerció un papel completamente nuevo. Teóricamente, cada uno de los territorios del emperador debía ser autosuficiente; en la práctica, fue acumulando compromisos, como la

lucha contra la herejía en el norte de Europa, y la cruzada contra los turcos en los Balcanes y en África, que alcanzaron dimensiones internacionales y le obligaron a contar con los recursos de todos sus estados. En los primeros años, dependió básicamente de los Países Bajos y, posteriormente, de Italia para conseguir financiación. En la década de 1530, sin embargo, los Países Bajos comenzaron a quejarse de estar pagando por la conquista de Italia; la revuelta de Gante de 1539 a causa de los impuestos fue una advertencia para Carlos. Era más fácil recabar tributos en Nápoles, donde no existía una fuerte tradición parlamentaria que se opusiera a la corona; pero incluso allí el virrey español protestó en 1540 alegando que incrementar los impuestos sería «sacarle jugo a una piedra». Fue por entonces cuando el emperador le confesó a su hermano Fernando que «solo me pueden sostener mis reinos de España».

Eso suponía una sorprendente novedad. Aunque de gran tamaño, España era un país relativamente pobre. El propio Carlos observó en 1523 que las deudas del gobierno en Castilla «superan con mucho lo que recibo de rentas», y en las *Instrucciones* escritas en Augsburgo a su hijo Felipe en 1548 comentó: «Viendo la imposibilidad de sacar dineros de mis reinos y señoríos, para lo que pudiese suceder acá, sin dar causa a más inconvenientes, y manifiesto riesgo de ellos, os encargo que los excuséis enteramente, si no fuese por causa y respeto de ellos y Estados y tierras de Flandes». Los ingresos del gobierno no eran suficientes para afrontar los costes. ¿Cómo pudo entonces España convertirse en el principal apoyo financiero del emperador? Hubo dos razones principales: a diferencia de los Países Bajos, Castilla y sus Cortes no tenían poderes para oponerse a una imposición extraordinaria; y, por encima de todo, Carlos pudo recurrir a la riqueza de las Indias.

La corona española tenía cuatro fuentes fundamentales de ingresos: Castilla, Aragón, la Iglesia y América. La menos produc-

tiva de todas era Aragón, cuyos fueros limitaban tanto la cantidad de impuestos que pagar a la corona, como el uso que debía darse a ese dinero. En cada una de las Cortes Generales celebradas en Monzón cada cinco años durante su reinado, se estima que Carlos pudo recibir una media de no más de 500.000 ducados.

La Iglesia estaba oficialmente exenta de tributación, pero debido a su gran riqueza se encontró siempre en la obligación de contribuir a los gastos del estado. Hacia el siglo XVI, el estamento del clero en España soportaba en cierto modo más tributos que los seglares, viéndose forzados a contribuir no solo con impuestos regulares (tercias reales, subsidio y cruzada), sino también con subvenciones extraordinarias (donativos). *Las tercias reales*, otorgadas a la corona en el siglo XIII, representaban dos novenas partes de las rentas que recibían las iglesias en forma de diezmo (que solo en Castilla en 1623 las Cortes estimaron producían siete millones de ducados). El *subsidio* suponía un porcentaje de los ingresos de la Iglesia en toda España, concedido al rey por el papa. Fue recaudado por primera vez en 1519 y a partir de entonces, únicamente a intervalos irregulares de acuerdo con las necesidades de Carlos. La *cruzada* era abonada tanto por los seglares como por el clero; se predicaba desde el púlpito como cualquier otra indulgencia, y luego era comprada por los fieles. Más tarde se extendería fuera de la península hasta Sicilia, Cerdeña y América. Las tres órdenes militares de Castilla, que disfrutaban de estatus eclesiástico, vieron sus propiedades y rentas confirmadas en favor de la corona en mayo de 1523 por Adriano de Utrecht, ahora designado papa bajo el nombre de Adriano VI. Los ingresos del rey procedentes de los *maestrazgos* de las Órdenes fueron, sin embargo, rápidamente asignados a los banqueros para cubrir gastos en Alemania. Los primeros administradores de los maestrazgos fueron los Fugger, que se hicieron cargo a partir de 1525. Si a eso se le añaden los ingresos ocasionales de *donativos*,

sedes vacantes y otros recursos, puede apreciarse como la Iglesia española era un importante contribuyente a las finanzas reales.

Mientras en Aragón Carlos dependía de las Cortes para la recaudación, en Castilla la mayoría de los tributos eran extraparlamentarios, y de ese modo se disminuía la necesidad del rey de depender de las Cortes. De los impuestos ordinarios de la corona —todos ellos indirectos, y no personales— el más importante era la *alcabala*, que se originó en el siglo XIV. Se trataba de un impuesto general sobre todas las ventas (que según fue avanzando el siglo se fijó en un 10 por ciento del valor), y debía ser abonado por todos los seglares, ya fueran nobles o no. Su amplio espectro implicaba que junto con las tercias, con las que normalmente solía calcularse, representara más de las tres cuartas partes de los ingresos de la corona en Castilla. Normalmente el rendimiento de la alcabala debía verse incrementado con la inflación. Pero desde 1495, cuando Fernando e Isabel permitieron por primera vez que algunas ciudades aportaran un cupo equivalente al rendimiento de la alcabala (un sistema conocido como *encabezamiento*), las demandas para que esta práctica se hiciera más general aumentaron de forma ostensible. Finalmente, en 1534 Carlos concedió a las Cortes en Madrid que la alcabala y las tercias fueran desde entonces abonadas por encabezamiento, aunque el sistema tardó dos años en poder ponerse en práctica. Una vez que se acordó una suma global, las Cortes pudieron oponerse a incrementos en su cuantía; en consecuencia, el rendimiento real de los impuestos cayó. Entre 1536 y 1548 la cuantía por el encabezamiento, que representaba el grueso de los impuestos castellanos, aumentó en solo un 2,5 por ciento, mientras que el de otros impuestos se elevó un 27 por ciento.

En 1550, el valor total de los impuestos ordinarios de Castilla era de 1,25 millones de ducados, de los cuales el encabezamiento representaba aproximadamente un 70 por ciento. El resto procedía principalmente de varios tipos de aranceles de aduanas, in-

cluyendo *almojarifazgos* en Andalucía (el impuesto en Sevilla era conocido como *almojarifazgo mayor*) y aquellos recaudados en los puertos secos o puestos de aduanas en las fronteras con Aragón, Navarra y Portugal, así como de otros derechos, tales como el *servicio* y el tributo de *montazgo* sobre el ganado ovino, y las tasas de la seda en Granada.

Gracias en parte al declive del valor de la alcabala, los ingresos ordinarios de Carlos no pudieron actualizarse al ritmo de la inflación, y el gobierno se vio obligado a recurrir a las Cortes, que cooperaron generosamente. En 1523, las Cortes de Valladolid aprobaron un servicio (subsidio) que debía ser abonado a lo largo de tres años, y que gravaba directamente a los contribuyentes; en asambleas posteriores se acordó incluso un servicio extraordinario añadido a la suma regular de tres años. En el transcurso del reinado, el rendimiento obtenido por los servicios se triplicó; de hecho, se convirtieron en un impuesto regular, que aumentó los ingresos ordinarios en prácticamente un tercio. Esta evolución tuvo dos consecuencias importantes para la historia social de Castilla. En primer lugar, al establecerse junto a la reducción del valor real de la alcabala supuso un cambio sustancial al pasar de la tasación indirecta a la directa. Y en segundo, dado que la gente de rango noble (*hidalgos*), que representaba posiblemente una décima parte de la población, estaba exenta de la imposición directa, la carga fiscal se desplazó desde las clases privilegiadas a los contribuyentes ordinarios (*pecheros*). Los funcionarios de las clases superiores, a su vez exentos, fueron los encargados de recaudar los tributos, tendiendo a descargar su peso en aquellos menos capaces de resistir. Las Cortes, debemos señalar, trataron de establecer cierta equidad, pero con poco éxito.

La última de las principales fuentes de ingresos era América, que como posteriormente analizaremos (capítulo 11) comenzó a suministrar durante el reinado del emperador un torrente de lingotes de oro y plata a Europa. Hasta prácticamente 1530, el úni-

co metal precioso que llegaba a España era el oro, extraído principalmente de las islas del Caribe. A partir de entonces la tendencia cambió a la plata, tras la explotación de las ricas minas de ese metal en Bolivia (Potosí, 1545) y México (Zacatecas, 1548, y Guanajuato). En esa época, la corona recibía alrededor de la mitad de sus ingresos de América de la aplicación del *quinto* o *quinto real*, que era un gravamen estrictamente recaudado sobre la producción total de lingotes; y la otra mitad venía de los impuestos de América, y derechos de aduanas, tales como el almojarifazgo mayor, introducido en 1543.

Lamentablemente, debido al rápido crecimiento de los compromisos del emperador y las sustanciales deudas heredadas de Fernando e Isabel, todos estos recursos unidos resultaban insuficientes para remediar un constante déficit. En 1534, el gobierno había gastado la mayor parte de sus ingresos de los siguientes seis años. Esa situación empeoró con cada sucesiva —y costosa— campaña; el asedio de Metz, por ejemplo, en 1552, costó más de 2 millones de ducados. En febrero de 1544, Carlos fue informado que sus necesidades presupuestarias para ese año ascendían a 2.375.000 ducados, mientras que el dinero efectivo disponible era solo de 750.000. En marzo, el príncipe Felipe informó a su padre: «Faltan 3.135.000 ducados, los cuales no se sabe de dónde ni cómo se puedan cumplir porque lo de las Indias queda embarazado por algunos años». Se adoptaron varios procedimientos de urgencia: se vendieron títulos de nobleza (hidalguía), la plata procedente de América para individuos privados fue confiscada (como ya se mencionó en líneas anteriores), y desde 1545 un pequeño número de cargos públicos se pusieron a la venta. Los terrenos reales fueron enajenados. Entre 1537 y 1551, las ventas de tierras pertenecientes a las órdenes militares produjeron 1,7 millones de ducados para la corona.

Indudablemente, la única forma segura de equilibrar el presupuesto era recurriendo a empréstitos. Los préstamos al estado se

hacían a través de *juros*, un método que Fernando e Isabel ya habían comenzado a explotar. Con un interés, en ese período, que llegaba al 7 por ciento, los juros constituían rentas anuales que servían para restituir los préstamos al margen de los ingresos ordinarios y, por tanto, en realidad hipotecaban una buena parte de los ingresos del estado. En 1522 su reembolso consumía aproximadamente un 36 por ciento de los ingresos normales, pero la proporción se incrementó hasta el 65 por ciento en 1543 y el 68 en 1556. Hacia finales de siglo, los juros se habían convertido en una especie de deuda nacional en la que invertían todas las clases sociales, lo que generó graves consecuencias sociales.

Lo que ocurrió es que la mayor demanda de gasto no era dentro de España, sino en el exterior. El emperador tuvo que hacer uso del sistema bancario. A fin de obtener dinero rápidamente y poder transferirlo con igual celeridad de una parte de Europa a otra, Carlos recurrió a los distintos banqueros que ejercían su negocio en los centros de comercio internacional en Burgos, Amberes y otras ciudades. En España se acordó un contrato (*asiento*) para permitir que un banquero pudiera anticipar dinero en cualquier parte. Este, a su vez, extendía «letras de cambio», para ser pagadas en el extranjero por algún colega, especificando el lugar y la fecha de entrega. La suma que le reembolsaba el gobierno incluía una cantidad extra —en realidad, un interés— por los costes de la transacción. Durante los primeros años de gobierno, los banqueros de Carlos fueron principalmente alemanes (Fugger, Welser), aunque, más adelante, los italianos cobraron gran importancia. A medida que el dinero resultaba cada vez más difícil de encontrar, el porcentaje de interés abonado por la corona se incrementó desde un 17,6 por ciento en la década de 1520 hasta un abrumador 48,8 por ciento en los años cincuenta.

Las cifras son una muestra del creciente dominio ejercido por los financieros extranjeros sobre el erario español. Dado que todos los préstamos se hacían con la garantía de la corona de Casti-

lla, Carlos había puesto en marcha dos novedades de fundamental importancia para la historia de España: fue Castilla, más que ningún otro reino de la corona, la que tuvo que soportar el coste del imperio, al tiempo que ahora los financieros extranjeros se encontraron en situación de dominar algunos sectores de la economía española durante más de un siglo. En este reinado se permitió que los banqueros alemanes pudieran, como pago por sus servicios, comprar cargos, tierras y juros, y se les concediera la administración de las tres órdenes militares y de las minas de mercurio de Almadén.

Todos estos detalles dejan muy claro un punto importante: el papel de España en Europa bajo el reinado de Carlos V no estuvo basado en la superioridad de la riqueza ni en las armas. Con limitados recursos internos a su disposición, el país había sido elevado a un papel imperial debido a una accidental herencia; y el esfuerzo financiero por mantenerlo en ese nivel supuso una pesada carga que el contribuyente castellano se sentía incapaz de soportar. El creciente aumento de la deuda, y la enorme proporción de ingresos absorbidos por los juros, obligaron a Felipe II en uno de sus primeros actos como rey, a intentar empezar de cero. En abril de 1557, durante su estancia en Londres, decidió suspender todos los pagos del tesoro de Castilla: el decreto a tal efecto fue promulgado en junio. Todas las deudas principales fueron consolidadas en juros a una tasa de interés del 5 por ciento. Esa maniobra no implicaba la bancarrota, ya que la corona aún contaba con un crédito considerable y era capaz también de pagar en efectivo a los Fugger. Es más, los juros constituían una deseada inversión y muchos banqueros revendieron los suyos obteniendo plusvalías del 50 por ciento o más. Sin embargo, la confianza se tambaleó, y la monarquía de los Habsburgo en España nunca terminó de sacudirse el legado de la deuda dejada por el emperador.

El continuo incremento de los tributos a lo largo del siglo fue provocado, como hemos visto, por las necesidades de la política extranjera, pero también como una consecuencia de la revolución de los precios. Tal vez la consecuencia más conocida del contacto con América fue el incremento del coste de vida, un fenómeno que en Europa se había desencadenado inicialmente con el aumento del nivel demográfico. En Castilla la población también creció en los últimos años del siglo xv, en parte debido a las primeras etapas de la empresa americana que hizo que Sevilla, en apenas una generación, triplicara el número de sus habitantes desde 33.000 en 1534 a 95.000 en 1561. Durante toda la mitad de siglo desde 1508 no hubo ningún otro signo de crecimiento más allá de las crisis regionales. Las cifras del censo muestran que la mayoría de las grandes ciudades, como Cádiz, Burgos y Salamanca, duplicaron su población entre 1530 y 1561. En la mitad de siglo anterior a 1580, el total de población en Castilla tanto en el campo como en la ciudad, probablemente se incrementó en un 50 por ciento. Esos altos niveles de población tuvieron dos importantes consecuencias a largo plazo: se produjo un aumento de la demanda, especialmente de alimentos, que impulsó la subida de los precios de los bienes de consumo mucho antes de la colonización de América; y el surgimiento de una mayor presión sobre el uso de las tierras de cultivo y el suministro de grano, obligando a España a convertirse en un importador regular de trigo.

Los productores rurales trataron de cubrir la creciente demanda, pero contaban con métodos primitivos e ineficaces que se granjearon la censura de Alonso de Herrera en su *Agricultura General* (1513). Otros críticos señalaron que el uso de las mulas en lugar de bueyes era la principal razón de una pobre producción. El incremento de la producción de alimentos no procedía tanto de la tecnología como del trabajo duro, de la conversión en cultivables de tierras comunales (*tierras concejiles*) y tierras públicas

(*tierras baldías*), y de la preferencia por el cultivo de cereal sobre el pasto. Todas estas tendencias podían encontrarse en los campos de Valladolid ya por el año 1503. Sin embargo, el crecimiento sostenido era imposible sin una mayor inversión, y ahí fue donde América aportó su contribución.

Entre 1503 y 1600, de acuerdo con las estimaciones del erudito Earl J. Hamilton, 153.500 kilogramos de oro y 7,4 millones de kilogramos de plata arribaron a España procedentes de América, una enorme aportación a las reservas de efectivo de Europa. Dos tercios del oro y únicamente un 8 por ciento de la plata habían entrado antes del final del reinado de Carlos, pero resultó suficiente para provocar un impacto en Castilla, donde los precios se duplicaron en la primera mitad de siglo. Algunos contemporáneos atribuyeron el alza de precios a la especulación de comerciantes extranjeros. En 1556, Martín de Azpilcueta sugirió una explicación diferente: «En España, cuando escaseaba más el dinero, los bienes vendibles y el trabajo se obtenían por mucho menos que después del descubrimiento de las Indias, que inundaron el país de oro y plata. La razón de esto es que el dinero vale más cuando escasea que cuando abunda».

En general, existen tres explicaciones básicas para el incremento de los precios en el reinado de Carlos V: la presión demográfica, los descubrimientos y la importación de lingotes. A la demanda creada por el aumento de población dentro de España, se añadía la demanda de los colonos en América de alimentos y productos manufacturados. Los agricultores andaluces exportaban sus cosechas al Nuevo Mundo, recibiendo plata a cambio. Los tesoros importados proporcionaron a los mercaderes más numerario para invertir en el comercio, y a los fabricantes más dinero efectivo para invertir en producción. La economía castellana experimentó un verdadero auge, principalmente en Andalucía donde durante la primera parte del siglo el precio del trigo

aumentó un 109 por ciento, el del aceite un 197 y el del vino un 655 por ciento.

Cuando el embajador veneciano Navagero recorrió España en 1526, aprovechó para estudiar detalladamente la actividad económica en Castilla. Existían, según informó, tres grandes centros de actividad: Granada, Sevilla y Valladolid. En Valladolid, hay «muchos artesanos de todo tipo… y esta abundancia de actividad está causada por la presencia de la corte». En Granada, las sedas «se venden muy bien por toda España, si bien no están tan bien elaboradas como en Italia». Desde Sevilla, centro de una próspera Andalucía, «se envía a las Indias todo su trigo y vino, así como jubones, camisas, calzones, calzado y artículos similares, que hasta ahora no se enviaban, pero de los que extraen enormes beneficios». En el norte de Castilla, el mundo de los negocios también prosperaba, pero sobre la base de exportar materias primas e importar bienes manufacturados. En Medina del Campo, escribió «la mayoría de los negocios se realizan con letras de cambio», en Burgos «la mayoría de los habitantes son mercaderes y ricos, que comercian no solo en España sino por todo el mundo».

La inflación golpeó a todos los estamentos y no solo a los trabajadores asalariados. Clérigos con estipendios fijos, nobles cuyas rentas procedentes de sus vasallos eran en dinero y no en especie, todos sufrieron. La revolución de los precios tuvo un efecto corrosivo, debilitando aquellos sectores de la sociedad con rentas tradicionales, pero beneficiando a aquellos capaces de adaptarse y aprovecharse de la nueva situación: por tanto se convirtió en la principal causa del cambio social. Otros europeos contemplaban con envidia el flujo de plata: comerciantes extranjeros trajeron sus productos para vender, y los trabajadores de fuera de España invadieron el mercado laboral. Pero no todo fue una historia de éxito, pues las ganancias económicas eran frágiles, y los nuevos ricos de Castilla no invirtieron sus excedentes en aumentar el es-

plendor cultural como hicieron otros en la Europa del Renacimiento, y los de menor éxito en la sociedad no parecían haber mejorado sustancialmente.

En la mayoría de las Cortes de Carlos V se presentaron quejas sobre el creciente coste de la vida. Los elevados precios, la continua exportación de materias primas, y la importación, en su lugar, de bienes extranjeros que competían con éxito contra los más caros artículos españoles, provocaron un problema en la balanza de pagos. Los comerciantes extranjeros buscaban en España la riqueza de las Indias. La exportación de materias primas no era nueva; la novedad yacía en la creciente oleada de productos manufacturados extranjeros que inundaron el mercado para cubrir la demanda creada por los lingotes. «Los extranjeros que traen mercancía a estos reinos deben dar una garantía de que llevarán mercancía y no dinero», exigió un procurador en las Cortes de 1548; «estos reinos vienen a ser Indias de extranjeros», clamó otro en la misma sesión. Entretanto, los lingotes continuaban saliendo de España. Buena parte de ellos era sacada de forma ilegal a través de circuitos comerciales, ocultos entre otros artículos de intercambio; el enviado de Venecia, Soranzo, afirmó en 1556 que de esa forma cada año entraban en Francia procedentes de España más de 5,5 millones de coronas de oro. Otras cantidades salieron de forma legal como pago por bienes intercambiados con España. Finalmente, las mayores cantidades con diferencia, fueron exportadas por el estado español para pagar compromisos de política extranjera. Ya en la década de 1530, Carlos V estaba transportando plata fuera de España a Amberes para pagar por materiales suministrados por los Países Bajos, y para reembolsar a banqueros extranjeros. Desde 1515 a 1551, las Cortes de Castilla solicitaron hasta en doce ocasiones la prohibición de las exportaciones de plata. Fue en esa misma década cuando comenzaron a llegar desde el Nuevo Mundo sustanciosas cantidades de ese metal.

El efecto de la subida de precios provocada por las importaciones de plata se sintió con más severidad si cabe en el sur. En 1503 la Casa de la Contratación se estableció en Sevilla, y el puerto obtuvo un monopolio sobre el comercio a América que duraría hasta 1680. Sevilla ya había sido el principal punto de partida de las expediciones: la elección se vio reforzada por su papel como centro de distribución de la producción de Andalucía, y por la favorable situación de la costa sudoeste respecto a los vientos y corrientes necesarios para la travesía del Atlántico. Aunque la ciudad se encontraba a un centenar de millas del mar, el río Guadalquivir era plenamente navegable y en su desembocadura se encontraban un puñado de puertos, principalmente Cádiz y el Puerto de Santa María, que cooperaron en el monopolio. Los mercaderes que comerciaban desde Sevilla fueron incorporados en un Consulado (1543) modelado a imagen del de Burgos.

La actividad económica y el alza de precios de esos años tuvieron dos consecuencias inevitables: crearon más riquezas para algunos, pero también más pobreza para muchos otros. El incremento de mendigos y vagabundos fue uno de los primeros síntomas de un crecimiento masivo de la pobreza: en 1518, las Cortes solicitaron: «Que non anden los pobres por el reyno, syno que cada uno pida de su naturaleza». El propósito era ayudar solamente a los pobres locales, y excluir a los forasteros, pero estos de todos modos se dirigían a las ciudades. En 1561, en Segovia, un sexto de la población estaba registrada como pobre, en Valladolid alrededor de una quinta parte, y en Trujillo tanto como una mitad. Al parecer la mayoría de los indigentes eran mujeres y niños: en Segovia el 60 por ciento de los adultos pobres eran mujeres, en Medina del Campo un ochenta y tres. La mendicidad provocó problemas legales y de orden público. Carlos V restringió los mendigos a una zona situada en un radio de seis leguas de sus poblaciones natales, y solo aquellos que tenían per-

miso podían mendigar. El humanista Juan Luis Vives fue el primer escritor europeo en bosquejar una nueva aproximación para la ayuda de los pobres en su *De subventione pauperum* (1526). Debían establecerse hospitales para llevarse a los pobres de las calles —escribió—, y la ayuda debía consistir «no en la mera entrega de una limosna, sino en todos los modos por los que se puede elevar a un hombre». En esta propuesta estaba implícita la convicción de que un estado cristiano tenía el deber de mantener a sus ciudadanos menos afortunados y que la tarea no debía dejarse en manos de la caridad privada. Juan de Medina en su *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna* (1545) también esbozó un proyecto para abolir la mendicidad y hospitalizar a los enfermos y necesitados.

Es bien conocida la carta escrita en mayo de 1545, en la que el príncipe Felipe informaba al emperador que «la gente común a quien toca pagar los servicios está reducida a tan extrema calamidad y miseria que muchos de ellos andan desnudos sin tener con qué se cubrir, y es tan universal el daño que no solo se extiende esta pobreza a los vasallos de vuestra majestad, pero aun es mayor en los de los señores, que ni les pueden pagar su renta ni tienen con qué, y las cárceles están llenas, y todos se van a perder». La inflación en un país subdesarrollado, tal y como se ha demostrado en experiencias modernas, puede resultar catastrófica a menos que se realicen cambios estructurales en la economía. Sin embargo, en el campo español no se llevó a cabo ningún cambio adecuado, y los beneficios de la subida de precios quedaron restringidos a sectores específicos —comercio exterior, finanzas— cuyo crecimiento fue superficial y transitorio, tendente a promover a una élite acaudalada a expensas de los verdaderos productores en el campo, los campesinos. Para estos, la gran era del imperio de Carlos V difícilmente supuso una bendición.

Cuando llegó a España, en 1517, Carlos no tenía noción alguna de las misteriosas tierras del otro lado del océano que había heredado junto con la corona española, pero que muy pronto llegarían a desempeñar un papel crucial en esa herencia. Lamentablemente, no llegó a conocer al descubridor Colón, que había fallecido en Valladolid en 1506. No obstante, todas las cuestiones relativas al Nuevo Mundo estaban estrechamente controladas por la corona española, y cuando Carlos se convirtió en rey se aseguró de estar en posición de poder tomar decisiones.

La aprobación del emperador era imprescindible para cualquier actividad que los españoles quisieran llevar a cabo en los territorios que Colón y sus sucesores habían reivindicado para la corona española. Esas actividades, por supuesto, nunca tuvieron forma de «conquista». Cuando los españoles establecieron su dominio, lo hicieron mediante esporádicos esfuerzos de pequeños grupos de aventureros a los que más tarde la corona trató de tener bajo su control. Estos hombres, que asumieron orgullosos la calificación de «conquistadores», a menudo no eran siquiera soldados, y ningún ejército español operó en el Nuevo Mundo. El grupo de hombres que capturó al emperador inca en Cajamarca en 1532, estaba formado por artesanos, notarios, comerciantes, marineros, gente acomodada y campesinos; una pequeña muestra de los emigrantes que viajaron a América y, en cierta medida, un reflejo de la propia sociedad peninsular. Otros grupos similares estaban actuando en distintos puntos del Nuevo Mundo. La mayoría de ellos, especialmente los jefes, eran *encomenderos* (ciento treinta y dos de los ciento cincuenta aventureros que acompañaron a Valdivia a Chile eran encomenderos). Eso significaba que se habían unido a la expedición en virtud de la concesión por

parte de la corona de una *encomienda*, un contrato que otorgaba a su titular derechos para exigir tributos y mano de obra entre los nativos, al tiempo que le obligaba a servir y defender la corona e instruir a los nativos en la fe cristiana. Gracias a la encomienda, la corona pudo montar un operativo militar en el Nuevo Mundo sin la necesidad, que en ningún caso habría podido cumplir, de enviar un ejército allí.

Es más, la denominada «conquista» de las Américas nunca se desarrolló de la forma en que más tarde imaginarían llenos de orgullo los españoles. Los encomenderos no estuvieron en ningún momento en situación de someter a las poblaciones nativas de forma sistemática, ni de ocupar más allá de una mínima porción de las tierras en las que se habían adentrado. Eran demasiado pocos en número y sus esfuerzos demasiado dispersos. Mucho después de transcurridos dos siglos del supuesto período de conquista, y de que los cartógrafos hubieran dibujado, en un alarde de optimismo, mapas en los que virtualmente la totalidad de América era descrita como «española», los españoles, de hecho, solo controlaban una pequeñísima parte del continente, principalmente las fértiles zonas costeras del Caribe y el Pacífico.

Todos los aspectos más memorables del contacto con el Nuevo Mundo ocurrieron durante el reinado de Carlos V. Los más conocidos de esos primeros pioneros fueron Cortés y Pizarro. Hernán Cortés acaudilló una expedición desde Cuba que desembarcó a comienzos de 1519 en la zona de Veracruz, en México, con cuatrocientos hombres, dieciséis caballos, seis piezas de artillería y unos pocos indios. Con ese grupo partiría en el mes de agosto en una histórica marcha que finalizaría dos años más tarde, con la toma de Tenochtitlán, capital del imperio azteca. Sus hombres, apoyados por miles de guerreros nativos de Tlaxcala, fueron bien recibidos en la ciudad por el emperador Moctezuma, pero los líderes aztecas se mostraron hostiles y en julio de 1520 los españoles tuvieron que salir huyendo en la denominada

noche triste, perdiendo cientos de hombres. Su regreso sería cuidadosamente planeado durante más de ocho meses, en asociación con otras ciudades de la región que aprovecharon la oportunidad para rebelarse contra sus amos aztecas.

A finales de 1520 una gran parte de la meseta de Anáhuac, incluyendo las ciudades de Tlaxcala, Cholula y Huejotzingo, había establecido con ayuda española una alianza contra los aztecas, cuyo imperio se hallaba en ese momento a punto de desplomarse. El siguiente paso en la campaña fue romper la unión entre las ciudades de Tenochtitlán y Texcoco, las bases de poder del estado azteca. Justo después de la Navidad de 1520, diez mil guerreros de Tlaxcala escoltaron a Cortés y a sus hombres en una marcha hacia Texcoco. El gobernador de la ciudad no tuvo otra opción que prometer su apoyo. Ahora todo estaba listo para atacar Tenochtitlán, que se encontraba sola contra sus enemigos. Botes de remos construidos para los españoles dominaron, desde su base en Texcoco, la orilla noroeste del lago. El asedio formal comenzó en la segunda semana de mayo de 1521.

Tenochtitlán era una ciudad de más de medio millón de habitantes, y los españoles apenas sumaban unos novecientos, muy pocos para constituir una amenaza a la nación azteca. Pero Cortés tenía de su lado a la mayoría de las ciudades que habían sido vasallas y aliadas de los aztecas. Un historiador indio de Texcoco informó que justo antes del asedio el gobernador de la ciudad pasó revista a sus hombres y «en ese mismo día los otros gobernadores indios también hicieron lo mismo con sus tropas, cada señor con sus vasallos, y todos juntos eran más de trescientos mil hombres». El total de fuerzas indias que apoyaba a los españoles constituía un vasto ejército que podría ser reforzado por la retaguardia en caso necesario, mientras los aztecas en su ciudad insular estaban completamente aislados, sin posibilidad de recibir ninguna ayuda exterior. La ciudad, ahora gobernada por el sobrino de Moctezuma, Cuauhtémoc, había sufrido además una

epidemia de viruela, aparentemente llevada a la región por uno de los soldados españoles. A medida que el asedio progresaba, las ciudades de la ribera del lago, que inicialmente habían estado proveyendo a la capital, se presentaron ante Cortés y le ofrecieron su apoyo. A pesar de su situación, los aztecas resistieron a sus atacantes durante tres meses y medio, en una lucha desesperada que costó decenas de miles de vidas e impulsó a los atacantes a destruir la ciudad sistemáticamente a medida que entraban en ella, como la única forma de reducir a sus defensores. Tras un asedio salvaje, la ciudad sucumbió con miles de cadáveres en su interior. Cortés se mostró horrorizado ante la matanza:

> Andaban con nosotros nuestros amigos a espada y rodela, y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil ánimas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón, y ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca generación tan recia se vio, ni tan fuera de toda orden de naturaleza como en los naturales de estas partes.

Una canción azteca de esa época lamentaba que:

> *Nada excepto flores y afligidas canciones*
> *quedan de México y Tlatelolco,*
> *donde antaño vimos sabios y guerreros.*

Para poder mantener el liderazgo de la empresa que había lanzado, Cortés se preocupó de tener al rey-emperador de España bien informado, y también le envió obsequios. Su comunicación más famosa con el emperador fue la *Segunda Relación*, un extenso informe fechado en 1520, que posteriormente fue traducido, impreso y distribuido por toda Europa. Mucho más que un simple informe, la larga *Relación* era un brillante ejercicio de relaciones públicas en el que Cortés presentaba su propia versión de la caída de México y, al mismo tiempo, era un intento de asegurarse el apoyo de Carlos ofreciéndole la esperanza de nuevas tierras y nuevas riquezas.

«Muy alto y poderoso y muy católico príncipe —comenzaba—, invictísimo emperador y señor nuestro». A continuación ofrecía a Carlos algo que ningún otro general podría haberle ofrecido nunca, un nuevo imperio: «… Las cosas de esta tierra,

que son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular de nuevo emperador de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemaña». Era una sorprendente reivindicación: que él podía ofrecer un territorio mucho más vasto y rico que aquel de la Europa central. Ese nuevo imperio, explicaba, estaba repleto de increíbles maravillas: «Como pudiere diré algunas cosas de las que vi, y aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos». Y finalmente, las nuevas tierras ofrecían no solo poder y riqueza, sino también la oportunidad de propagar la fe: «He dicho a vuestra alteza el aparejo que hay en algunos de los naturales de estas partes para se convertir a nuestra santa fe católica y ser cristianos; y he enviado a suplicar a vuestra cesárea majestad, para ello, mandase proveer de personas religiosas de buena vida».

Su relación con el emperador resultó ser todo menos fácil. Tras la caída de México, Cortés se convirtió en el poder supremo entre los españoles, con el rango de gobernador y capitán general. Sin embargo, España envió también funcionarios para ayudarle en la administración, y eso dio pie a tensas disputas. En 1526, un juez real recién llegado al lugar promulgó una orden suspendiéndole del cargo. Al año siguiente, otro juez ordenó su arresto y exilio. Cortés aún poseía el control de las élites españolas de México, y decidió regresar a España para defender su causa. Su fortuna era asombrosa; uno de los críticos afirmó, en 1526, que de alguna forma u otra controlaba tres cuartos de todas las tierras de Nueva España. Zarpó rumbo España en 1528, llevando obsequios para el emperador y acompañado por varios jefes indios. En la primavera de 1528 fue recibido por Carlos V en Toledo, quien le recompensó ampliamente concediéndole el título de marqués del Valle de Oaxaca, con jurisdicción sobre veintitrés mil vasallos indios. Desafortunadamente, no fue resti-

tuido en su cargo de gobernador, pero con su influencia y riqueza pudo controlar el destino de México el resto de su vida.

En 1541 estaba de nuevo en España, pero al parecer tuvo problemas para acceder a presencia del emperador. En una ocasión, según se dice, se abrió paso entre la multitud que rodeaba el carruaje del emperador, y se subió al estribo de este. El emperador, asombrado por semejante osadía, le preguntó quién era. «Soy un hombre —replicó Cortés orgulloso— que os ha dado más provincias que ciudades os dejaron vuestros antepasados». Sea o no cierta la anécdota, el hecho es que fue aceptado para tomar parte en la expedición —que finalmente resultó ser desastrosa— a Argelia en ese año.

En el mismo año que Cortés zarpaba hacia la península de Yucatán, otros estaban planeando una no menos arriesgada expedición por la ruta del océano hacia el este. En septiembre de 1519, cinco barcos dejaron Sanlúcar al mando del capitán portugués Fernando de Magallanes (Fernão Magalhães). La expedición de Magallanes contaba con una numerosa tripulación española, pero también incluía marineros de varias naciones. Entre ellos estaba Antonio Pigafetta, oriundo de Vicenza, que más tarde escribiría un relato clásico y detallado de la empresa. Cuando estaba preparando su crónica, Pigafetta explicó cómo había llegado hasta allí: «En el año de 1519 me hallaba en España en la corte de Carlos V, y como por los libros que había leído y por las conversaciones que había sostenido con los sabios, sabía que navegando en el Océano se observan cosas admirables, determiné de cerciorarme por mis propios ojos de la verdad de todo lo que se contaba, a fin de poder hacer a los demás la relación de mi viaje, tanto para entretenerlos como para serles útil y crearme, a la vez, un nombre que llegase a la posteridad». Gracias a su entusiasmo, la más famosa expedición en la historia naval europea quedó narrada para la posteridad.

Fue un largo viaje plagado de incidentes. Cuatro meses después de zarpar, en enero de 1520, la pequeña flota se encontraba en Río de la Plata, y un poco más al sur, en la Patagonia, sufrieron un grave motín. Varios meses más tarde, los cuatro barcos supervivientes lograron navegar en treinta y ocho días a través del peligroso y ventoso estrecho que lleva el nombre de Magallanes. Emergieron en un océano que, en comparación, parecía tan tranquilo que por ello fue llamado «el Pacífico», pero pronto debieron de enfrentarse a un inmenso e interminable mar, «tan vasto que la mente humana apenas puede concebirlo», atormentados por la sed y el hambre tras haberse quedado sin provisiones. Su primera recalada tuvo lugar catorce semanas después, en marzo de 1521, en Guam, donde una anécdota describe un robo de los nativos que indujo a los marineros a llamar al lugar las islas de los Ladrones. En Cebú, el jefe de una tribu aceptó bautizarse, pero Magallanes fue asesinado en un enfrentamiento con nativos en Mactán, en las Filipinas.

Los supervivientes, ahora en dos barcos, lograron llegar hasta las Molucas, donde consiguieron hacerse con distintas especias. El viaje de vuelta se intentó en dos direcciones. Uno de los navíos, el *Trinidad*, puso rumbo hacia el este a través del Pacífico, pero fue repelido por fuertes vientos que le obligaron a retroceder y apenas unos pocos supervivientes pudieron regresar a puerto. El otro, el *Victoria*, al mando de Sebastián Elcano, dejó Tidore en su ruta al oeste en diciembre de 1521, zarpando directamente desde Timor hacia la costa de África. Rodeó el Cabo de Buena Esperanza y finalmente entró en el puerto de Sanlúcar el 1 de septiembre de 1522, tres años después de su partida. Elcano había salido de Tidore con una tripulación de cuarenta y siete europeos y trece malayos; únicamente dieciocho de los primeros (dos de ellos eran alemanes) y cuatro de los últimos lograron llegar a España. Junto con los trece hombres del *Trinidad* que consiguieron regresar más tarde, fueron los únicos supervivientes de

los doscientos sesenta y cinco hombres que habían formado la empresa de Magallanes. El *Victoria* fue el primer barco en la historia en circunnavegar el globo, un gigantesco paso adelante en los logros de la humanidad. También supuso para los españoles un contacto directo con las islas de las Especias, abriendo la perspectiva de competir con los portugueses y de un posible imperio en Asia. El precio obtenido por las especias traídas por Elcano, cubrió más que de sobra el coste total de organizar la expedición.

La noticia de la circunnavegación del globo por el *Victoria*, fue comunicada personalmente por Elcano a Carlos en septiembre de 1522 en Valladolid, confirmando la creencia del emperador en su propio destino mundial. El viaje reveló por primera vez la posibilidad del acceso de los españoles a las riquezas de Oriente, y la corona no quiso dejar escapar esa oportunidad. Sin embargo, surgieron algunos problemas a la hora de medir las distancias. El tratado de Tordesillas en 1494 había acordado fijar una línea de demarcación en el Atlántico, ¿pero cómo afectaba eso a la división de tierras en el Pacífico? Tras intentar en vano alcanzar un acuerdo con Portugal en 1524 sobre la posibilidad de compartir el acceso al archipiélago de las Molucas, Carlos V envió en 1525 una nueva expedición desde La Coruña. Financiada por banqueros castellanos y alemanes, estaba formada por siete navíos al mando de Juan García Jofre de Loaysa, con instrucciones de contactar con los españoles allí varados desde la expedición de Magallanes. El viaje resultó un completo desastre: tanto Loaysa como Sebastián Elcano, que le acompañaba como segundo al mando, murieron en el mar, y aunque los barcos restantes alcanzaron las Filipinas y otras islas antes de llegar a las Molucas, a principios de 1527, los supervivientes se vieron obligados a refugiarse en Tidore. Una tercera expedición, enviada por Hernán Cortés desde México en octubre de 1527 y capitaneada por su primo, Álvaro de Saavedra, alcanzó la zona sur del Mar de China el año

siguiente, y exploró varias islas, pero se desintegró como sus predecesoras y Saavedra murió durante la travesía. Con ayuda portuguesa, los supervivientes de estos dos últimos viajes pudieron regresar finalmente a España en 1536.

Los continuos fracasos no ayudaron a fomentar el optimismo. En consecuencia, en 1529, el emperador se comprometió, por el tratado de Zaragoza, a ceder a Portugal (a cambio de la considerable suma de trescientos cincuenta mil ducados) todas sus reivindicaciones sobre las islas de las Especias, estableciéndose una línea longitudinal en el Pacífico a 297,5 leguas al este de las Molucas. Los barcos españoles no podían operar al oeste de esa línea.

Casi enseguida, una inesperada riqueza comenzó a llegar del mismo continente que Cortés había explorado. La recién fundada ciudad de Panamá, en la costa del Pacífico, se convirtió en un auténtico crisol donde se concentraron toda clase de aventureros en busca de rápidos beneficios. Tres de ellos decidieron juntar sus limitados recursos para organizar una expedición. Se trataba de Francisco Pizarro, el hijo ilegítimo y analfabeto de un antiguo soldado de Trujillo, en Extremadura; Diego de Almagro; y el sacerdote Hernando de Luque. Una primera expedición hacia el sur, en 1524, a lo largo de la costa de Sudamérica constituyó un completo fracaso, pero por el contrario, una segunda en 1526-1527, logró tomar contacto con algunos signos inconfundibles de riqueza. En enero de 1531, una expedición de tres embarcaciones que transportaba ciento ochenta hombres y treinta caballos a bordo salió de Panamá al mando de Francisco. Algo más adelante de la línea de costa se les unieron dos navíos capitaneados por Sebastián Benalcázar. Más tarde, Hernando de Soto apareció con dos barcos y aproximadamente cien hombres y veinticinco caballos. Juntos formaban una fuerza nada desdeñable, pero los españoles tenían que enfrentarse a la ardua resistencia de los indios de los pueblos costeros. Pasaron varios meses en los alrededores de la bahía de Guayaquil, en la vecindad de Tumbes, y

comenzaron a recopilar información sobre el país en el que se estaban adentrando.

El imperio de los incas era uno de los más extraordinarios en los anales de la humanidad, cuyo origen se remontaba al siglo xii, cuando el pueblo Quechua comenzó a expandir su control sobre una vasta zona que, en el siglo xv, se extendía a lo largo de cinco mil kilómetros desde el sur de la moderna Colombia bajando hasta el centro de Chile, y prolongándose tierra adentro al otro lado de los Andes hasta la selva del Amazonas. En el momento de la llegada de los españoles, la tierra de las cuatro regiones —conocida como Tahuantinsuyu— estaba dividida por un conflicto civil entre dos pretendientes al título de inca supremo. El último e incuestionado gobernante inca, Huayna Cápac, murió dejando a dos hijos Atahualpa y Huáscar, compitiendo acerbamente por la sucesión, mientras sus otros vástagos eran demasiado pequeños para participar en la pugna. Huáscar dominaba en el sur, en la capital real de Cuzco, mientras Atahualpa estableció su base en el norte, en la ciudad de Cajamarca. Atahualpa obviamente estaba interesado en entrar en contacto con los extranjeros, que en otoño de 1532 se prepararon para penetrar tierra adentro y cruzar los Andes, con un pequeño grupo de sesenta hombres a caballo y cien a pie.

Atahualpa no consideró que ese pequeño grupo de extranjeros supusiera una amenaza, y envió a sus emisarios para recibirles cuando emprendían el descenso por el fértil valle de Cajamarca. Se encontraba en una posición de fuerza, ya que su general Quisquis acababa de vencer a las fuerzas de Huáscar, capturando al jefe inca rival. Atahualpa, acampado con un enorme ejército fuera de su capital, confiaba en atraer a los españoles hasta su territorio y tratar con ellos allí. En la tarde del 15 de noviembre de 1532, los españoles entraron en una Cajamarca medio desierta. El emperador había sido plenamente informado de los movimientos de los hombres. Pizarro envió una delegación con Soto a la cabe-

za invitando a Atahualpa a encontrarse con los españoles en su programado regreso al día siguiente. A medida que se acercaba el momento de volver del emperador, a última hora de la tarde del sábado 16 de noviembre, Pizarro dispuso cuidadosamente su propia trampa. Atahualpa entró en la ceremonial plaza de Cajamarca, transportado en lo alto de su palanquín por ochenta nobles y acompañado por una numerosa y temible hueste de varios miles de súbditos. Sentado majestuosamente en el centro de la enorme plaza, contempló al pequeño grupo de españoles que habían logrado penetrar en sus dominios. Entonces el fraile dominico Valverde comenzó a exhortar al inca para que aceptara al verdadero Dios. Atahualpa rechazó el breviario ofrecido por este y lo arrojó al suelo. Valverde se sintió ultrajado y corrió hasta Pizarro, quien «alzó una toalla señal para mover contra los indios». Un único cañón, estratégicamente emplazado, quedó ahora expuesto y comenzó a disparar directamente contra la muchedumbre de indios, causando un terror indescriptible. Los soldados y jinetes, hasta ese momento ocultos en los edificios aledaños a la plaza, cargaron al grito de «¡Santiago!» y dirigieron sus arcabuces sobre la masa de filas de gente con el propósito deliberado de matar al mayor número posible. Al mismo tiempo, Pizarro y sus ayudantes se lanzaron sobre el inca y le hicieron prisionero. Despavorida y totalmente indefensa, la gente se arrolló entre sí hasta perecer, llegando a demoler un muro entero con la fuerza de sus cuerpos en un intento por escapar de la plaza. Ni un solo español murió («sino solo un negro de nuestra parte», declaró un soldado que participó en la masacre). Ahora había caído la noche, y los muchos miles de andinos que habían estado esperando en las afueras, sin poder entrar en la ciudad, fueron a su vez presa del pánico por aquellos que huían desesperados del terror de la plaza. Todo el valle de Cajamarca, hasta donde alcanzaba la vista en la evanescente luz, se cubrió de indios huyendo.

Atahualpa quedó bajo custodia en Cajamarca como un prisionero de honor, y finalmente accedió a pagar por su libertad una suma sin precedentes: llenaría las dimensiones de la habitación donde estaba cautivo, de seis metros de largo por cinco de ancho y casi tres de alto, con oro y tesoros de sus súbditos del imperio inca. A medida que los ornamentos eran recogidos por los emisarios del inca de las cuatro esquinas de su parte del imperio —platos, tazas, joyería, azulejos de los templos, artefactos—, estos iban siendo sistemáticamente fundidos bajo la supervisión de los españoles, y reducidos a lingotes. Solo en Cajamarca los españoles lograron reducir los ornamentos a 13.420 libras de oro y 26.000 libras de plata. La promesa de Francisco Pizarro de liberar al emperador nunca se cumplió. Con la excusa de estar alentando conjuras, haber usurpado el trono y asesinado a su hermanastro Huáscar, Atahualpa fue condenado a muerte, estrangulado y luego quemado como un criminal (fue «piadosamente» ejecutado a garrote porque accedió a aceptar el bautismo y morir como un cristiano) en la plaza de Cajamarca el 28 de junio de 1533.

Según estaba establecido, la corona tenía derecho a una quinta parte de todas las ganancias obtenidas por los españoles en el Nuevo Mundo. A finales de 1533, el primero de los cuatro barcos transportando noticias y el tesoro llegó a Sevilla, seguido a los pocos días por el hermano de Francisco, Hernando Pizarro, que iba escoltando el *quinto real*. Apenas se habían logrado beneficios de las expediciones en México, pero las ganancias obtenidas por la corona gracias al tesoro inca eran extraordinarias. El tesoro del Nuevo Mundo cambió por completo las posibilidades disponibles para el gobierno de Carlos V.

Tanto la caída del imperio azteca como del inca fueron acontecimientos que desde entonces hasta nuestros días no han cesado de generar asombro, mito y controversia. Ya hemos visto que la aventura colonial no era en ningún caso una «conquista», por-

que el pequeño número de hombres y recursos la hacía imposible. ¿Cómo se explica entonces el aparente triunfo de esos pioneros? El éxito no fue en ningún caso sencillo. Los preparativos para un ataque sobre Tenochtitlán llevaron más de ocho meses, y cuando comenzó el asedio los mexicas resistieron los ataques durante tres meses y medio. La abrumadora superioridad de Cortés en el número de guerreros indios pudo haber resultado decisiva, pero además contó con un inesperado aliado: la ciudad, ahora gobernada por el sobrino de Moctezuma, Cuauhtémoc, estaba sufriendo una epidemia de viruela que había diezmado a sus defensores. También los españoles pagaron un alto precio: más de la mitad de todos los hispanos que se sabe tomaron parte en las campañas murieron durante las guerras contra el pueblo de México. El éxito de Pizarro, por otro lado, fue excepcional. Por primera y última vez, un pequeño grupo formado casi exclusivamente por españoles, y sin la menor ayuda de aliados nativos, logró llevar a cabo una increíble hazaña contra toda posibilidad y sin ninguna garantía de éxito continuado. La gesta de Pizarro contó con el elemento crucial de la sorpresa, respaldado por el uso de armas de fuego, caballos y espadas.

Los primeros pioneros, como Cortés y Pizarro, eran heroicos aventureros. Pero su éxito solo fue posible con el apoyo de los nativos americanos. La conquista de algunos americanos indígenas por otros sentó las bases del imperio español. La ayuda fue de dos clases, a un nivel inferior, por hombres actuando como sirvientes, y a un nivel más elevado, por aliados militares. Los hombres de servicio eran los cientos de nativos que cumplían con las indispensables tareas de transportar todo el bagaje, pertrechos y suministros; ellos se encargaban de buscar alimentos y agua, cuidaban de los animales, preparaban la comida y atendían todas las necesidades de los españoles. Sin ese apoyo los esfuerzos de estos últimos simplemente habrían sido en vano y nunca hubieran alcanzado sus objetivos. Sin la ayuda de los indios, Balboa

nunca habría llegado al Pacífico. Tras la caída de Tenochtitlán, cuando Alvarado se dirigió al sur se llevó consigo trescientos españoles, pero el grueso efectivo de su fuerza estaba constituido por cerca de veinte mil indios.

La búsqueda de oro resultaba lógica, ya que los pioneros que tomaron parte en los primeros asentamientos y conquistas no eran nobles, sino españoles más pobres y de toda condición, muchos de ellos soldados y marineros que se encontraban desempleados al haber llegado las guerras de Granada e Italia a su fin, o bien hombres jóvenes y audaces de limitados recursos, incluyendo muchos hidalgos (como Cortés) y trabajadores analfabetos (como Pizarro) que buscaban en América mejorar sus fortunas. Pero, a pesar de sus bajos orígenes, esos primeros aventureros no carecían de habilidades: prácticamente la mitad de los hombres de Pizarro sabían leer y escribir, y hacia 1560, en Perú, la décima parte de todos los españoles estaba compuesta por artesanos formados en España. Hasta 1559 alrededor de un 35 por ciento de todos los emigrantes autorizados del Nuevo Mundo provenía de Andalucía, y más del 50 de Extremadura, las dos Castillas y León. La miseria del campo era una razón obvia para emigrar: miles de campesinos vieron en América una esperanza de escapar de sus señores, de las pesadas cargas tributarias y de la dura lucha por la supervivencia. Bartolomé de las Casas refiere haberse encontrado en Castilla en 1518 con cuatro hidalgos que anhelaban partir para América a fin de que sus hijos «crecieran en un mundo libre», y con un par de campesinos que deseaban «dejar a sus hijos en una tierra libre y agradable».

Hacia mediados de siglo, la expansión de las ciudades en España, y con ella la pobreza urbana, comenzó a contribuir de forma creciente al éxodo: hasta 1580 unas treinta y una ciudades, con Sevilla y Toledo a la cabeza, representaban el 45 por ciento de los emigrantes autorizados para partir a América. Las mujeres no sumaban más de un 5 por ciento antes de 1519; pero en la déca-

da de 1560, su número se incrementó drásticamente hasta un 28 por ciento de emigrantes autorizados. Las cifras totales del éxodo al otro lado del Atlántico resultan confusas: la documentación de los emigrantes registrados es deficiente, y miles de ellos salieron de forma ilegal. Considerando simplemente el número de pasajeros que cada barco podía transportar, se ha sugerido que más de 150.000 españoles pudieron cruzar a América antes de 1550; para el total del siglo la cifra no pudo haber excedido de 250.000. Sin embargo, estos números son dudosos, ya que se debe tener en cuenta que una muy alta proporción también regresaba a España. El pequeño número de colonos españoles y la inmensidad de las tierras del Nuevo Mundo hicieron imposible para ellos llevar a cabo una ocupación al estilo europeo. Todos los asentamientos eran pequeños y vulnerables. En 1550, había en toda Cuba 322 hogares; veinte años más tarde la ciudad de La Habana solo contaba con sesenta.

Para España, América se convirtió en una sociedad fronteriza, donde la violencia era la norma y la riqueza el premio. Ya en el Caribe, el oro constituía la principal atracción: «He venido aquí a buscar oro», protestó Cortés cuando llegó por primera vez a La Española en 1504, «no a arar la tierra como un campesino». En realidad, los motivos eran mucho más complejos. Aunque la riqueza siempre era importante, para muchos la aventura y excitación del entorno del Nuevo Mundo constituían un aliciente irresistible. «Ha veinte años —dijo el aventurero Diego de Mexía—, que navego entre mares y camino tierras por diferentes climas, alturas y temperamentos». «¿Cuándo se vieron en los antiguos y modernos —exclamó un pionero del Perú, Francisco de Jerez— tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancias de tierra, ir a conquistar lo no visto ni sabido? ¿Quién se igualará con los de España?».

Educados en España entre novelas de caballería, especialmente el *Amadís de Gaula* (1508), muchos jóvenes veían las leyendas cobrar vida en América. Como cuando la visión de Tenochtitlán irrumpió ante los ojos de los hombres de Cortés al entrar en el valle de México, «parecía —según escribió más tarde el veterano Bernal Díaz— a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de *Amadís*, y algunos de los soldados se preguntaron si no sería todo un sueño». Orellana afirmó haber encontrado a mujeres amazonas en su viaje, y en consecuencia dio ese nombre al gran río. California fue llamada así por la isla que aparecía en la novela de caballería *Las sergas de Esplandián* (1510), de Garci Rodríguez de Montalvo.

Como todos los invasores, proclamaban estar actuando en nombre de Dios. Durante su marcha hacia México, Cortés nunca dejó escapar la oportunidad de predicar a los nativos, incluso si estos no le entendían. Cada expedición contaba con su propio sacerdote, cada conquistador encomendaba su causa al cielo. «Vinimos —observó Bernal Díaz, con un gran sentido de las prioridades— por servir a Dios y a su majestad… y también por haber riquezas».

Durante todos los años de vagar por esas tierras, los recién llegados insistieron en convertir oficialmente a los nativos como una forma de dominarlos; era una sumisión que ayudó a grabar en la mente de los indios un ardiente odio por la cruel fe de los cristianos.

En la gigantesca tarea de internarse en el nuevo continente, los españoles no fueron los únicos pioneros. Un decreto de Carlos V de 1526 permitió a cualquiera de los súbditos de sus reinos partir a América. Dado que gobernaba sobre más de la mitad de Europa Occidental, los europeos por supuesto también aprovecharon la oportunidad, así como otros muchos llegados de distintas partes del globo. El historiador Fernández de Oviedo informó de que en la ciudad de Santo Domingo (en la isla de La

Española) «ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo en que hay cristianos, así de Italia como de Alemania, Escocia e Inglaterra y franceses y húngaros y poloníos y griegos y portugueses y de todas las otras naciones de Asia, África y Europa». Los portugueses e italianos llegaron por miles: en 1588 el concejo municipal de Santo Domingo se quejó de que los portugueses «son más numerosos que los españoles». Los alemanes recibieron permiso oficial de Carlos V para colonizar tanto en Venezuela como en Paraguay. El contrato concedido a la familia Welser en Venezuela les permitía penetrar en el interior del continente. Se organizaron expediciones a cargo de Ambrosio Alfinger en 1531 y Jorge de Espira en 1535-1538, pero la más conocida es la de Nicolás Federmann, quien en 1537 se adentró en las montañas y se abrió camino hacia El Dorado.

A medida que la primera generación de pioneros se acercaba a su fin y el oro disponible se agotaba, los recién llegados reconocieron que también podía hacerse una fortuna con las duraderas riquezas del suelo y la abundante mano de obra indígena. Al igual que en España, donde la Reconquista medieval permitió repoblar la tierra entre una población potencialmente hostil, los inmigrantes de América pretendían tanto colonizar como controlar. Las nuevas encomiendas en el continente provocaron una vez más una devastadora pérdida de vidas indígenas como la que ya se había producido en las Indias occidentales. La orden religiosa de los dominicos, asentada en La Española desde 1510, fue la primera en tomar conciencia de la tragedia, emprendiendo una campaña contra la encomienda que condujo a su reforma parcial en las Leyes de Burgos (1512). Al menos un encomendero se convirtió a la causa; a la edad de cuarenta años renunció a su encomienda (1514), se unió a la Orden Dominica (1522) y dedicó el resto de su vida a la liberación de los indios. Su nombre era Bartolomé de las Casas (fallecido en 1566).

Desde su llegada a América en 1510, los frailes de las órdenes mendicantes marcaron la pauta y definieron los objetivos de la misión religiosa de España. Fruto de la espiritualidad reformada y del humanismo renacentista, desembarcaron en América poseídos por un ardiente celo milenario, y trataron de imponer un programa de conversiones que prácticamente no tenía precedentes en la historia de Europa. El primer grupo de franciscanos llegó a México en 1524, curiosamente en un número de «Doce» para simbolizar a los apóstoles de Cristo. A estos les siguieron otras órdenes regulares y por último, en la década de 1560, los jesuitas. Para muchos se trataba de una oportunidad única de crear un continente cristiano no contaminado por las corrupciones del Viejo Mundo. Los indios eran vistos como «nobles salvajes, con almas tan puras y sencillas que no saben pecar», de acuerdo con las palabras del franciscano Jerónimo de Mendieta; «muy sencillos, sin maldad ni doblez», según las Casas. Se pusieron en marcha proyectos (por Las Casas en Venezuela en 1520, por el obispo de Michoacán, Vasco de Quiroga, en México en 1534) para crear comunidades donde los indios pudieran vivir como cristianos libres. El proyecto de Quiroga estaba copiado de la *Utopía* de Tomás Moro, y por tanto constituyó el primer ejemplo histórico de una utopía llevada a la práctica.

El optimismo de los misioneros nunca dio sus frutos. Incapaces de superar las barreras del lenguaje y la cultura de los indios, muchos recurrieron a la conversión violenta y forzosa, que Mendieta defendió como necesaria. En la península de Yucatán, un fraile, Diego de Landa, afirmó que los nativos mayas «aunque parecen ser gente sencilla, están pensando siempre en causar daño»; y comenzó un reinado de terror en la zona. Algunos clérigos, principalmente los franciscanos y jesuitas, promovieron experimentos pioneros construyendo aldeas donde sus conversos estaban separados del contacto con otros indios; pero todos los esfuerzos fracasaron. Hacia finales de siglo, muchos de los prin-

cipales sacerdotes habían perdido la esperanza de que el Evangelio echara raíces en el Nuevo Mundo.

La lucha para preservar a los indios era un punto en el que los intereses del clero y la corona coincidían. Esta última, además de considerarlo una cuestión de principios (la reina Isabel había sido contraria a la esclavitud indígena), no deseaba que la población nativa fuera apartada de la jurisdicción real. Los colonos, por otra parte, dependían enteramente de la explotación de mano de obra para obtener sus beneficios, y sostenían que los indios en el Caribe no eran mejores que bestias. La división de opiniones a ambos lados del Atlántico inició una controversia que duraría más de cuarenta años, y que resultó ser el primero de los grandes debates sobre el papel de la España imperial. En 1516, una comisión especial de frailes jerónimos organizada por Cisneros viajó a La Española para recabar testimonios de los primeros colonos sobre si los indios eran capaces de vivir como seres libres, es decir, como españoles. La conclusión, y la opinión de la comisión, fue contraria a los indios; pero el debate no había hecho más que comenzar.

Durante la revuelta de las Comunidades, la ciudad de Valladolid, donde los frailes ejercían una fuerte influencia, solicitó: «Que pues son cristianos que sean tratados como tales y no como esclavos». El descubrimiento de la elevada cultura de los aztecas apenas sirvió para cambiar al grueso de la opinión de los colonos, pero el propio Cortés se inclinaba a creer que la esclavitud de los indígenas no estaba bien. La opinión se polarizó entre aquellos, como el historiador Fernández de Oviedo y el erudito Juan Ginés de Sepúlveda, que veían a los indios como salvajes irracionales necesitados de ser civilizados; y quienes, como muchos de los frailes que trabajaban en América y el propio Las Casas, sentían que los nativos no eran en ningún modo inferiores a los españoles. Mientras misioneros y colonizadores extendían la frontera de la ocupación española, la controversia siguió adelante. Los de-

fensores de los indios empezaron a poner en duda incluso la presencia de España en América, que tanto Mendieta como Las Casas coincidían había sido concedida por Dios a España, no para la explotación de las riquezas sino para la salvación de las almas de los indígenas.

El primer intento serio de la corona por frenar la esclavitud de los indios fue una orden de Carlos V decretada en 1530. Durante toda su vida el monarca albergó serios escrúpulos sobre esa cuestión. Aunque obligado por razones prácticas a retirar su bando poco después, en 1542 se enfrentó con firmeza al problema promulgando un decreto que fue incorporado en noviembre a sus famosas Leyes Nuevas, en gran medida inspiradas por Las Casas. Las Leyes Nuevas podrían haber hecho época, dado que decretaban la abolición de la encomienda y la libertad de todos los esclavos indios de América. Pero hacerlas cumplir era otra cuestión: en Perú provocaron una sangrienta revuelta de los colonos y en Nueva España, el virrey tuvo que suspenderlas.

Un jurista, Tomás López Medel, enviado en 1542 a Guatemala para que valorase la necesidad de las Leyes Nuevas que acababan de ser promulgadas, llegó a una conclusión que puede parecer exagerada en sus cálculos pero que estaba inspirada en los hechos tal como los había observado:

> El Nuevo Mundo de las Indias hace al Viejo de acá cargo de cinco o seis millones de hombres y mugeres que han muerto y asolado con las guerras y conquistas que allá se travaron y siguieron y con otros malos tratamientos y muertes procuradas con grande crueldad y por ocasiones dadas muy próximas por ello, y por los excesivos trabajos de minas, cargas, servicios personales y en otras muchas maneras en que la insaciable codicia de los hombres del mundo de acá ponía y puso aquellas miserables gentes de las Indias.

A pesar del fracaso de las Leyes Nuevas, Las Casas mantuvo la confianza en la corona, que en 1550 patrocinó un histórico debate en Valladolid donde Las Casas, el anciano «protector de los indios», y Juan Ginés de Sepúlveda fueron invitados a presentar sus respectivos casos ante el Consejo Real. Carlos V dio el paso, sin parangón en ningún imperio ni antes ni después, de ordenar el cese de más expediciones a América hasta que la justicia de la

posición española hubiera sido aclarada. La famosa confrontación no tuvo apenas efecto, dado que las expediciones se reanudaron enseguida. Sin embargo, se prohibió la publicación del tratado de Sepúlveda sobre esa cuestión, mientras que a Las Casas se le permitió editar en 1552 su inflamatoria *Destrucción de las Indias*, que atacaba amargamente toda la empresa española, y continuó, pese a ello, disfrutando del mayor apoyo.

Carlos V respaldó toda su vida los esfuerzos de Las Casas y se negó a simpatizar con aquellos que esclavizaban a indios y negros. Entre las muchas declaraciones que hizo al respecto, destacamos la instrucción que envió a su hijo Felipe en 1548:

> Cuanto al gobierno de las Indias, es muy necesario que tengáis solicitud y cuidado de saber y entender cómo pasan las cosas de allí y de asegurarlas por el servicio de Dios y para que tengáis la obediencia que es razón, con la cual las dichas Indias serán gobernadas en justicia, y se tornen a poblar y rehacer; y para que se obvie a las opresiones de los conquistadores, y otros que han sido allá con cargo y autoridad y so color de esto, con sus dañadas intenciones, han hecho y hacen; y para que los indios sean amparados y sobrellevados en lo que fuere justo, y tengáis sobre los dichos conquistadores, y sus haciendas, la autoridad, superioridad, preeminencia y conocimiento que es razón y conviene, para ganar y haber la buena voluntad y fidelidad de los dichos indios, y que el Consejo de las Indias se desvele en ello sin otro respecto alguno particular y como cosa que importa muy mucho.

Poco después de la llegada de Colón, el Caribe y después el continente comenzaron a sufrir el impacto de la catástrofe demográfica. Las pesadas obligaciones laborales (para Las Casas, «el mayor mal que ha causado la destrucción total de esas tierras… es la encomienda»), la alteración de comunidades, la pérdida de vidas en las minas (Motolinía, uno de los «doce» franciscanos llegados a México en 1524, ofreció un desalentador catálogo de las minas de plata donde no se podía caminar debido a los huesos de los indios muertos que se amontonaban y donde los cielos estaban oscurecidos por buitres carroñeros), todo contribuyó a producir ese efecto. La principal causa del declive demográfico, sin embargo, fue la propagación de enfermedades hasta entonces desconocidas (viruela, tifus y otras infecciones letales) que llegaron con los españoles y contra las que los nativos no estaban inmunizados. En México central, la población indígena descendió rápidamente desde unos 25,2 millones en 1518 a 2,65 en 1568 y

a poco más de un millón en 1605; en Perú la población anterior a la conquista de alrededor de 9 millones descendió hasta 600.000 en 1620. A medida que se reducía la mano de obra, las encomiendas se hicieron impracticables, de modo que las autoridades tuvieron que intervenir y organizar un sistema, conocido en México como el *repartimiento* y en Perú con el término precastellano de *mita*, donde la mano de obra disponible era arrendada a los terratenientes durante períodos limitados.

Para que el poder español en América resultara viable, era esencial idear un sistema basado en la colaboración más que en la «conquista». Dondequiera que reivindicaban su autoridad, uno de los primeros actos de los españoles era proclamar sus «derechos» sobre el trabajo de los nativos. Para lograrlo tenían que alcanzar algún tipo de acuerdo con los jefes locales. Siempre que era posible, optaban por conservar los patrones de autoridad existentes entre los nativos americanos, situándose a sí mismos en el escalafón más alto, en el lugar previamente ocupado por los aztecas y los incas. El antiguo sistema de tributos continuó vigente, esta vez con los líderes locales indios ayudando a recaudar los impuestos de la población. Muchas de las comunidades nativas se aliaron voluntariamente con los españoles, confiando de esa forma en poder liberarse de la dominación inca y obtener una posición ventajosa para sí mismos. Eso demostró ser una valiosa ayuda en el establecimiento del poder español. Durante muchas décadas, tras el comienzo del control español, y especialmente en áreas remotas como los valles de Perú, las sociedades nativas indias prosiguieron con su modo de vida tradicional, sin verse afectadas por los cambios que ciertamente se estaban produciendo en otras partes del Nuevo Mundo. En las zonas centrales de la colonización española, se desarrollaron dos sociedades paralelas: un mundo español, donde todo estaba organizado en respuesta a las demandas de los colonos, y un mundo indio, con su propia cultura y su élite gobernante. Ambos mundos con fre-

cuencia se mantuvieron independientes durante generaciones, aunque con el tiempo comenzaron a converger.

El intento de imponer el gobierno real tuvo lugar relativamente tarde. Consistía principalmente en designar un virrey (en Nueva España desde 1535, y en Perú desde 1542) que teóricamente controlaba la administración, supervisaba el tesoro público y dispensaba el patronazgo real. Se pretendía que trabajara conjuntamente con el cuerpo administrativo supremo, la Audiencia, compuesta por funcionarios con experiencia enviados desde España. Las primeras Audiencias se crearon en Santo Domingo y Ciudad de México en 1511; hacia 1661 existían un total de doce en las Indias, y una en Manila (1583). El hecho de que todos los virreyes y jueces (*oidores*) de las Audiencias fuesen enviados desde España resulta de lo más significativo. Los españoles no establecieron ningún órgano de gobierno autónomo, ni tampoco se redactaron leyes en América (más allá de medidas administrativas). El Consejo de las Indias, establecido por Carlos V en 1524, con sede en España y compuesto por media docena de expertos en leyes, era en realidad el órgano principal de gobierno y el que tomaba todas las decisiones sobre cuestiones de ley y orden público, planeamiento urbano, disposición de la mano de obra, y otras materias que afectaban a la vida diaria de los colonos.

En la práctica, la posibilidad de controlar desde la península se consiguió raras veces. El sistema colonial terminó por guardar poca relación con las intenciones de los legisladores. El gobierno en América, como pudo apreciarse cuando el virrey Mendoza de México suspendió las Leyes Nuevas en los territorios que gobernaba para así evitar una rebelión, no podía funcionar sin la ayuda de los colonos. Debido a las grandes distancias implicadas y a la total carencia de los recursos necesarios, los decretos del gobierno no podían ser impuestos ni a través de la conquista ni de

la coacción. Se enviaban mensajes y mensajeros, pero se perdían en las vastas extensiones de las montañas, selvas y mares.

El único modo posible de ejercitar el control era a través de una serie de acuerdos y compromisos. Ese fue el modo en que Carlos V gobernó América. El mayor imperio del mundo del siglo xvi debió su supervivencia a la ausencia efectiva de un control directo. Hubo destacados virreyes que impusieron una apariencia de orden al gobierno interno de los territorios de ultramar. Pero el control de las riendas de la madre patria nunca fue demasiado tenso, y estas se fueron aflojando todavía más con el paso de las décadas. A finales del siglo xvi, el poder efectivo en América, tanto político como militar, descansaba firmemente en las manos de los colonos más que en la corona.

A finales del reinado de Carlos, cuando la era de producción de plata se hallaba en sus albores, España y América estaban comenzando a causar una impresión fundamental la una en la otra. A nivel humano, la introducción en primer lugar de nuevas enfermedades y, posteriormente, de duros sistemas de trabajo inclinaron firmemente la balanza de la vida contra los indios, y en algunas áreas provocó la extinción de la población indígena. Para remediar esa deficiencia, a partir de 1518 se concedieron licencias para la importación de esclavos negros, inicialmente desde territorio cristiano y, más tarde, de África occidental; ese fue el comienzo del más prolongado y trágico trasplante racial de la historia. Antes de 1518, el comercio de esclavos estaba ampliamente regulado y consistía en su mayor parte en esclavos enviados directamente desde España a las Américas por el gobierno español. Sin embargo, en agosto de 1518, Carlos V transformó ese comercio transatlántico de esclavos al conceder una cédula a Laurent de Gorrevod otorgándole permiso para transportar cuatro mil esclavos directamente desde África a las colonias hispanoamericanas.

No hay un modo adecuado de calcular las cifras del comercio de esclavos negros, pero los eruditos han sugerido que hasta el año 1600 las Américas habrían podido recibir a unos 290.000 africanos, y que hacia esas mismas fechas la América española recibió alrededor de 75.000. Los negros se convirtieron en una visión común, superando muy pronto a la población blanca en todas las colonias (en 1590, en Chile había 9.000 blancos y 20.000 negros). Estaban presentes en las expediciones de Cortés y Pizarro y en las de cualquier otro aventurero, llegando a formar el principal pilar de la economía y la primera línea de defensa contra merodeadores extranjeros. Rápidamente empezaron a ser considerados como esenciales en todos los aspectos de la producción: en La Española constituían la única mano de obra en los molinos de azúcar y en la agricultura; en la zona central de Nueva España, hacia la década de 1590 constituían el mayor grupo étnico después de los indios nativos, superando en número a los españoles blancos en una relación de dos a uno. Desde finales del siglo XVI, la mitad de la población de la ciudad de Lima era africana. Las Casas fue uno de los primeros en recomendar que se introdujese mano de obra negra; pero también fue el primero en condenar esa nueva esclavitud, arguyendo «siempre los tuvo por injusta y tiránicamente hechos esclavos, porque la misma razón es de ellos que de los indios».

España también contribuyó a alterar la geografía animal y biológica del Nuevo Mundo. Los primeros colonos se vieron obligados a importar sus propios caballos para transporte y sus propios cerdos para alimentarse, dado que América carecía de bestias de carga (como no fuera la humilde llama en el Perú) y de la mayoría de los animales domésticos. A lo largo de los años, los barcos españoles transportaron al Nuevo Mundo todos los animales que un granjero consideraba imprescindibles: ganado, mulas, aves de corral, perros. Tres animales en particular cambiaron la historia de América: el caballo, que ayudó a los pioneros en

sus escaramuzas y les permitió cruzar grandes distancias; la oveja y la vaca, que ocuparon por millares las llanuras y zonas semidesérticas, aportando beneficios a los colonos granjeros, pero privando a los indios de la tierra en la que cultivar sus alimentos y, por tanto, causando una crisis ecológica y una época de recurrentes hambrunas. Adonde quiera que fuera el ganado, los indios morían; era una cruda y simple ecuación. Finalmente, a nivel biológico, se inició una revolución con la introducción, entre una enorme masa de otras plantas y fauna, de tres alimentos considerados esenciales para un nativo del Mediterráneo: trigo, vides y olivos. Hacia finales de siglo el trigo, hasta entonces desconocido, era el cereal más cultivado en el Nuevo Mundo.

En el ámbito de la cultura, sin embargo, el intercambio entre el Viejo y el Nuevo Mundo fue limitado. Los españoles lograron asentarse principalmente en las zonas costeras, desde donde podían comerciar, pero aparte de los importantes centros mineros dejaron el vasto interior del continente para ser explorado por generaciones venideras. Su modo de vida, sus edificaciones, su arte, nunca llegó a dominar, sino que en su lugar se fundió con la riqueza y variedad de la América nativa. Asimismo, su religión fue adoptada solo de modo superficial por los indios, que continuaron preservando sus propias creencias y rituales. La lengua española permaneció durante siglos siendo minoritaria, empleándose generalmente como lengua franca; y no fue hasta el siglo XIX, en la era postcolonial, cuando las naciones ya independientes comenzaron a cultivarla como una lengua común.

De igual modo, el impacto de América en España fue sorprendentemente sigiloso. La primera generación de exploradores, como Cortés y muchos otros, estaba dispuesta a admirar los logros de los aztecas e incas. Sin embargo, a medida que la imagen de un paraíso terrenal se fue desvaneciendo, la mentalidad colonial, con sus connotaciones de superioridad racial y arrogancia cultural, fue haciéndose cada vez más insensible hasta prevalecer. Al

parecer no había nada que aprender de los habitantes de América, aunque una parte de sus productos se filtrase hasta España. Por primera vez, la esclavitud de hombres negros se hizo visible debido al gran número existente: en Andalucía, y especialmente en los puertos de Cádiz y Sevilla, los esclavos negros africanos formaban una parte considerable de la población. El mercado de esclavos de Sevilla a finales del siglo xvi vendía posiblemente un millar de esclavos al año. Plantas como el tomate y la patata se incorporaron discretamente a la dieta española; el maíz comenzó a cultivarse en las provincias de Cantabria y en el siglo xvii ya era allí un alimento de primera necesidad; el tabaco se difundió como un hábito y se convirtió en un lucrativo monopolio del estado. Ya desde la década de 1490, existían evidencias en Andalucía de lo que llamaban «el mal francés» (sífilis), que se decía era originario de América.

En suma, el Nuevo Mundo parece haber sido menos importante por su impacto directo que por el indirecto. Este último se produjo de tres formas: trajo riqueza (como enseguida veremos), estimuló la curiosidad y fomentó la movilidad social.

Para una Castilla sin ningún historial de exploración o imperio, el estímulo ofrecido por el viaje del *Victoria* y el descubrimiento del mundo precolombino resultó crucial: esos acontecimientos crearon una nueva confianza y una ideología de dominación. La luz de la experiencia, comprobada por ojos y manos castellanas, estaba fomentando nuevos conocimientos y falseando los antiguos, afirmó el historiógrafo real, López de Gómara. Para Fernández de Oviedo, América fue la mayor aventura intelectual de todos los tiempos, revelando secretos desconocidos a todo el antiguo conocimiento. Los frutos de la curiosidad estimulada por América pueden apreciarse en el erudito y monumental estudio del franciscano Bernardino de Sahagún, cuya *Historia general de las cosas de la Nueva España*, una compilación de toda la cultura de México, fue redactado a partir de 1547 por

nativos mexicanos bajo su dirección. Los acontecimientos de América influyeron también, en la década de 1530, en el profesor dominico de Salamanca, Francisco de Vitoria, cuyas opiniones sobre la problemática india le permitieron desarrollar principios sobre la relación entre pueblos, que ayudaron a posteriores pensadores a formular un marco para la ley internacional y los derechos del hombre. En la práctica, gran parte de esta estimulación intelectual cayó en saco roto dentro de la propia España, si bien floreció más fácilmente en otros países europeos donde los pensadores estaban más preparados para romper con el legado del pasado.

La oportunidad de lograr un progreso personal fue la atracción más evidente del Nuevo Mundo. Pocos fueron tan afortunados como Cortés, quien en 1529 se convirtió en marqués, obteniendo la concesión de un inmenso territorio en México. América ofrecía en cualquier caso una vía de libertad a los pobres y oprimidos del Viejo Mundo, entre los que se encontraban personas de origen judío. A finales del siglo XVI la presencia de conversos en América, la mayoría de origen portugués, llegó a ser lo suficientemente llamativa para que el inquisidor de Lima, sede de la primera Inquisición en América (1570), comentara que «hay casi el doble de ellos aquí que en España». Los aventureros suficientemente valientes para arriesgarse a realizar la larga travesía por mar —que duraba una media de entre uno y seis meses— y desafiar las duras luchas de la frontera, podían hacer fortuna y luego posiblemente regresar a casa, como hicieron la mitad de los hombres de Pizarro con sus fortunas. Poco se sabe, sin embargo, del impacto que estos «indianos» que regresaron tuvieron en sus propias comunidades, si bien la transformación de Trujillo gracias a la riqueza de los Pizarro es un claro testimonio de un gran éxito. Por el contrario, la mayoría de emigrantes que prosperaron en América debido a la disponibilidad de tierras, prefirieron asentarse allí y hacer que sus familias se les unieran.

La libre economía en las colonias ofrecía, además, infinitas oportunidades al granjero y al emprendedor.

Después de que Carlos se convirtiera en rey de España, América cayó durante un tiempo presa de los flamencos. Aunque los beneficiarios más notorios fueron excluidos después de las Comunidades, en realidad Castilla continuaba dependiendo fuertemente de los extranjeros para invertir capital en las empresas del Nuevo Mundo. En Sevilla hacía tiempo que se había instalado una colonia de mercaderes genoveses; estos se hallaban ahora muy bien posicionados para invertir y aprovecharse del creciente intercambio transatlántico. Desde 1524 a 1538, el emperador intentó pagar a sus banqueros extranjeros, especialmente a los alemanes, con concesiones para comerciar directamente con América: los Welser asumieron, por ejemplo, la colonización de Venezuela. En ese mismo período, un buen número de puertos marítimos castellanos, tanto en la costa de Cantabria como en Andalucía, estaban autorizados para comerciar directamente. Estos expedientes, motivados por la falta de dinero de la corona para invertir en América, cesaron después de 1538: a partir de esa fecha el monopolio quedó limitado al complejo de Sevilla.

Sin embargo, no es cierto, como a menudo se ha creído, que los catalanes y otros súbditos de la corona de Aragón quedaran excluidos del comercio. Aunque Carlos rechazó en 1522 una solicitud de Barcelona para obtener el permiso de comerciar directamente desde su puerto, los aragoneses fueron autorizados a emigrar a América, pudiendo encontrarse catalanes y aragoneses comerciando libremente en Sevilla desde el año 1524 en adelante. El monopolio nunca fue demasiado exclusivo. Desde finales de siglo unos pocos mercaderes extranjeros, por lo general domiciliados desde hacía tiempo en Sevilla, obtuvieron la naturalización y el permiso para comerciar directamente; muchos otros extranjeros hicieron sus negocios abiertamente a través de agentes castellanos; y otras áreas de España participaron en diversos

grados en la empresa. Así, por ejemplo, los puertos del norte de España, construyeron alrededor del ochenta por ciento de los barcos empleados para la travesía del Atlántico en el período de 1520-1580.

El principal beneficio de América llegó en forma de riqueza. Hasta el año 1530, cuando prácticamente todo el metal precioso que llegaba a España era oro, las cantidades destinadas a la corona eran pequeñas, pero fueron incrementándose regularmente durante el resto del reinado. El total de lingotes recibidos por el tesoro entre 1516 y 1560 fue de 11,9 millones de ducados, aproximadamente 270.000 ducados al año. Bajo cualquier baremo, esa era una suma muy notable. Además, Carlos logró obtener otros 3,5 millones adicionales por embargos de contrabando y de oro y plata privados. No cabe la menor duda de que el metal americano que llegó a las arcas del emperador —bastante más de 15 millones de ducados— supuso una significativa contribución a sus finanzas. Gracias a las Indias, España, bajo el reinado del emperador, era ahora el principal apoyo de la empresa de los Habsburgo en Europa.

Carlos era un gobernante universal con residencias en muchos países y acceso a rentas que podían financiar no solo su política y sus empresas militares, sino también sus preferencias culturales. Eso, en sí mismo, constituye el mayor obstáculo para obtener una adecuada perspectiva de su papel cultural. Otros destacados monarcas renacentistas contemporáneos, como Francisco I y Enrique VIII, fueron grandes mecenas de la cultura que floreció en sus respectivas naciones, pero Carlos no tenía ese objetivo: carecía de una capital fija, no construyó imponentes palacios, y no reunió en torno a él una pléyade de artistas, intelectuales y músicos para entonar sus alabanzas y defender sus acciones ante un público internacional. La España de su reinado fue especialmente notoria por la sorprendente ausencia de una ciudad capital o de un palacio real o de algún núcleo de élite cultural. Cuando en alguna ocasión dispuso de dinero para gastarlo en algo creativo, como los tapices de Túnez o los distintos retratos de Tiziano, no encontró una residencia palaciega estable donde colocarlos, de modo que las obras de arte quedaban casi de forma invariable al cuidado de María de Hungría, en Bruselas. Era María quien generalmente redactaba los contratos de cada obra, y figuraba como su propietaria oficial. Como promotor de nuevos edificios, Carlos fue ampliamente superado por Francisco I. Lo mejor que se puede decir de sus logros culturales es que estuvo en contacto con las personalidades más creativas de su época. Apoyó el trabajo y la carrera de relevantes artistas, cuya historia no puede ser contada sin hacer referencia al papel crucial desempeñado por Carlos.

El contacto del monarca con el humanismo europeo comenzó en el mismo lugar donde terminó, en los Países Bajos. Allí fue

educado y allí traspasó sus poderes reales. Aunque hay que aceptar el papel central de los Países Bajos, también debemos reconocer el relevante papel desempeñado por España. Sirva este significativo ejemplo para ilustrar nuestra afirmación. En julio de 1520, justo después del regreso de Carlos al norte desde España, el artista alemán Alberto Durero y su esposa dejaron su ciudad natal de Núremberg por los Países Bajos, donde pasaron casi un año. El propósito principal del viaje era encontrarse con Carlos quien, Durero confiaba, podría confirmar la pensión anual que le había sido concedida por el fallecido emperador Maximiliano. Además, también pretendía vender sus grabados, por lo que la mayor parte de su estancia en los Países Bajos estuvo dedicada a esa tarea. Durero siguió a la corte real, y estando en Bruselas pudo ver algunos de los fabulosos tesoros traídos por Carlos que formaban parte del regalo que Cortés había enviado a España. «En todos los días de mi vida nunca había visto nada que deleitara mi corazón tanto como esos objetos —escribió Durero—, pues vi entre ellos magníficas obras de arte, y me maravillé ante la sutil ingenuidad de los hombres de esas tierras extranjeras». Durero estaba en Aquisgrán el mes de octubre del año en que Carlos V fue coronado emperador. En esa misma ciudad conoció también a Fernando Colón, hijo del descubridor y destacado bibliófilo que había llegado al norte en la compañía de la corte de Carlos con la intención, en parte, de comprar grabados de Durero y otros artistas. En esas semanas, Colón también se reunió y conversó con el famoso humanista holandés Desiderio Erasmo. Durero, como debemos destacar, había estado en estrecho contacto con Erasmo, y más tarde, en 1526, realizaría un impresionante dibujo de este trabajando en su escritorio. El cruce de contactos entre estos cuatro personajes —Carlos, Erasmo, Durero y Colón— nos ofrece una clara imagen de la forma en la que se desarrollaba la cultura del Humanismo renacentista, con vocación internacional y ajena a fronteras, con Carlos en el centro de

la actividad. Una adecuada semblanza de la contribución de Carlos a la cultura de su tiempo requeriría en consecuencia un estudio de toda la vida cultural y artística de Europa, estudio que obviamente no puede ser abordado en este breve libro.

Cuando Carlos heredó el título de duque de Borgoña, uno de sus tutores más representativos fue el entonces bien reputado Erasmo, al que se le encargó escribir para él la *Institutio principis cristiani* (1516; *Educación del príncipe cristiano*) y el *Querella pacis* (1517; *Querella de la paz*). A lo largo de su formación bajo la dirección de Margarita, Carlos aprendió a apreciar las perspectivas y preferencias de la élite liberal europea. En cuanto al resto de su actividad como líder de la civilización cristiana, Carlos se apoyó siempre, en Alemania y en los Países Bajos y, en cierta medida, también en España, en el consejo de liberales humanistas intelectuales. Al mismo tiempo, compartía la hostilidad humanista hacia los que alteraban la paz, como se demuestra en su incansable firmeza contra los radicales religiosos (especialmente los anabaptistas) y los rebeldes sociales (los Comuneros, los campesinos alemanes, los moriscos). Carlos y sus asesores también recurrieron en gran medida a las ricas tradiciones del Renacimiento italiano: su canciller Gattinara, por ejemplo, era un estudioso de las obras de Dante, y confiaba que Carlos supiera llevar a efecto la esperanza de Dante de una monarquía universal. El mismo año de 1516, en que Carlos asumió el poder en los Países Bajos y en España, en Ferrara el poeta Ariosto compuso su épico poema *Orlando furioso*, que presentaba a Carlos como el nuevo Carlomagno.

Con el nombramiento de Carlos V, España se vio destinada a una audaz confrontación con Europa. A los ya existentes lazos culturales con Italia y los Países Bajos, se añadió ahora una dimensión política. El momentáneo rechazo de las Comunidades al norte de Europa no tuvo demasiado efecto a la hora de frenar la entrada de algunos elementos del Humanismo renacentista.

Durante un tiempo, y como resultado de la subida al trono de Carlos, el Humanismo gozó de cierta influencia en España, y en 1517 el cardenal Cisneros invitó sin mucho éxito a Erasmo a visitar España. La Universidad fundada por el cardenal en Alcalá constituía un prometedor foco de Humanismo en la península. Su primer canciller, Pedro de Lerma, había estudiado en París, Nebrija fue (como escribió Erasmo a Luis Vives en 1521) su «principal ornamento», y entre sus profesores se encontraban los hermanos conversos Juan y Francisco de Vergara. En junio de 1524, Vives escribió a Erasmo informándole de que «también nuestros españoles se interesan por tus obras». Un significativo apoyo a favor del humanista holandés llegó de la mano del arzobispo de Toledo, Alonso de Fonseca, y del inquisidor general Alonso Manrique de Lara. Cuando el *Enchiridion* de Erasmo fue traducido y publicado (1526), el traductor afirmó que «en la corte del emperador, en las ciudades, en las iglesias, en los conventos, hasta en las paradas y caminos, todo el mundo tiene el *Enchiridion* de Erasmo en español». Esta era una flagrante exageración, pues existía también una considerable hostilidad del clero que estaba dolido por los ataques de Erasmo a los frailes mendicantes. Las órdenes religiosas convencieron al inquisidor Manrique para organizar un debate de clérigos en Valladolid, en marzo de 1527, donde se determinara si las obras de Erasmo eran o no heréticas, y cuando la conferencia quedó suspendida sin alcanzar ninguna decisión, se interpretó como una victoria para los erasmistas. En diciembre, el propio Carlos escribió a Erasmo asegurándole el apoyo real en España, y que «de tu honra e fama, jamás dejaremos de tener muy entera cuenta».

El apoyo conseguido por Erasmo en España era compartido por algunos funcionarios como el secretario de latín de Carlos, Alfonso de Valdés, clérigos como el cardenal Mendoza y aristócratas como el marqués de Villena. Sin embargo, siempre constituyó un movimiento minoritario entre la élite cultivada, con

muy poco impacto fuera de los círculos de la corte, y consiguiendo su mayor influencia únicamente durante la estancia del emperador en España desde 1522 a 1529. En esos años, los fructíferos vínculos culturales con los Países Bajos estuvieron representados no solo por Erasmo, sino también por un distinguido español que vivía allí, el erudito Juan Luis Vives.

El caso de Juan Luis Vives revela una de las dificultades que separaban la cultura peninsular de la europea. Nacido en Valencia de padres conversos que continuaron practicando su religión judía en secreto, a la edad de dieciséis años fue enviado por su padre a estudiar al extranjero, en París (1509). A partir de entonces, su vida y brillante carrera se desarrollarían en los Países Bajos, donde su principal influencia fue Erasmo. Otro español que también tuvo que viajar al extranjero para entrar en contacto con las ideas europeas fue el aragonés Miguel Servet, quien con diecisiete años fue enviado por su padre a estudiar a Toulouse en Francia, y pasó el resto de su vida fuera de su país de origen. En 1561, a la precoz edad de veinte años, publicó en Haguenau su importante obra, *De los errores acerca de la Trinidad,* en la que argumentaba que las enseñanzas cristianas sobre la unidad divina de las tres personas en un solo Dios carecían de base bíblica.

Por esas fechas, el amanecer humanista en España se vio alterado por varios impulsos independientes que encontraron su foco en Erasmo. En primer lugar, las creencias de un grupo de místicos iluminados (*alumbrados*), con origen en Guadalajara y Valladolid, provocaron que la Inquisición vigilara atentamente sus opiniones religiosas. La primera denuncia contra ellos se presentó en 1519. En segundo, el crecimiento de las ideas luteranas en Alemania parecía amenazar a la Iglesia, y algunos de los teólogos de las órdenes religiosas apenas veían diferencias entre Erasmo y Lutero. Finalmente, la marcha de España en 1529 de la corte erasmista dejó a los humanistas sin apoyo efectivo en las altas instancias. A lo largo de los años treinta del siglo, la marea se

desplazó contra ellos: la década se cerró con las muertes de Vives (1540), y de Juan de Valdés (1541, hermano gemelo del secretario del emperador) que había huido a Italia en 1530.

Más allá de la esfera humanista, los logros de España en el arte y la música durante el reinado del emperador fueron muy limitados en número, en gran medida debido a que la élite desde los tiempos de Fernando e Isabel, y el propio Carlos durante su reinado, prefirió importar los lujos culturales de los Países Bajos e Italia, de modo que la música interpretada en la corte de España durante la vida del emperador normalmente no era española. Por lo general, Carlos no pasaba demasiado tiempo en ninguno de sus reinos, ni tampoco como ya hemos comentado, emprendió la construcción de importantes palacios en ninguno de ellos, de modo que su contribución artística fue siempre intensamente personal. Sin embargo, de forma indirecta y gracias a él, comenzó a construirse en Granada la primera catedral renacentista en España, y otros importantes edificios se beneficiaron del mecenazgo de la Iglesia. Procedentes de Italia, regresaron a España artistas que contribuyeron a la decoración de los edificios eclesiásticos.

La cultura literaria contaba con una muy arraigada base en el Mediterráneo. Desde 1544, cuando la italianizante poesía de Juan Boscán (fallecido en 1542) y de Garcilaso de la Vega (fallecido en 1536) fueron publicadas en un único volumen póstumo, el éxito de las influencias italianas quedó asegurado, pero no por una servil imitación. Los escritores españoles utilizaban Italia como punto de partida para una aproximación que estaba más en concordancia con los horizontes de la monarquía de los Habsburgo. Bartolomé de Torres Naharro, que vivió en Nápoles, y Gil Vicente, de origen portugués, escogieron ambos escribir en castellano. En el teatro, aparecieron nuevas obras de la pluma del sevillano Lope de Rueda (fallecido en 1565). Pero por encima de todas, la novela corta *Lazarillo de Tormes* (posiblemente compues-

ta en la década de 1520, pero publicada en 1554) inició un género —el del pícaro— que con el tiempo tuvo gran influencia en la literatura europea occidental.

El compromiso de España con el Renacimiento literario no fue ni extensivo ni profundo. La corte humanista de la noble familia Mendoza y de Nebrija nunca logró desbancar a la cultura popular representada, de un lado, por la obra *La Celestina*, y de otro, por los libros de caballerías. Para España el inicio del siglo XVI supuso la quintaesencia de la era de la caballería, marcada por la publicación de los libros *Amadís de Gaula* (1508) y *Esplandián* (1510), que aparecieron en múltiples ediciones y que, junto con sus numerosos imitadores, inundaron el mercado literario. Entre 1501 y 1650 un total de doscientas sesenta y siete ediciones de novelas de caballerías fueron publicadas en España, dos tercios de ellas a principios del siglo XVI: toda persona instruida las tenía en su biblioteca. Constituían la vía de escape de cualquier español corriente tanto en su hogar como en las lecturas de los aventureros de la frontera americana ante la hoguera de sus campamentos. Nadie quedó más sorprendido que los conquistadores cuando vieron cómo esas novelas legendarias se hacían realidad en el lejano México: para Bernal Díaz, la empresa en la que tomó parte era una expedición tan valerosa como la de Rolando contra los paganos.

Pero la tradición caballeresca no era, por supuesto, una simple moda literaria. Había sobrevivido del pasado medieval y era tomada muy en serio por muchos soldados que sentían preferencia por los antiguos modos de hacer la guerra. Quien más contribuyó a perpetuar el mito de la caballería fue el propio Carlos, al introducir en España el ritual cortesano de Borgoña y el boato de la Orden del Toisón de Oro. El emperador además albergaba la ilusión de que la guerra pudiera conducirse como una serie de enfrentamientos caballerescos: de ahí el desafío lanzado a Francisco I en 1528 (del que fue disuadido por un sensato grande de

España), y el aún más celebrado reto proferido en presencia del papa en 1536 cuando propuso zanjar todas las disputas con Francisco «cara a cara». Sin embargo, con la excusa tanto de su escaso mérito literario como de la necesidad de imponer el orden público (debido a las muertes causadas por duelos), las autoridades públicas de Castilla rechazaban los libros de caballerías y, en 1555, las Cortes solicitaron que fuesen prohibidos.

Una parte de la prosa más sobresaliente de principios de siglo surgió de la experiencia del imperio en Italia y América, asumiendo la forma de historias. Los cronistas de los Reyes Católicos (Hernando del Pulgar, Diego de Valera, Bernáldez) fueron sucedidos en el reinado de Carlos por escritores igualmente notables (Sepúlveda, Santa Cruz); pero con la visión global de la monarquía de los Habsburgo se abrió una nueva dimensión para los estudios históricos. Carlos fomentó su desarrollo añadiendo al consolidado cargo de cronista real de Castilla, los correspondientes puestos en Aragón (ocupado por Jerónimo de Zurita) y las Indias. América resultó ser la más fructífera inspiración: entre sus historiadores se contaban Antonio de Herrera, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y López de Gómara. Sus obras constituyeron una pequeña parte de la aventura que impulsó a los españoles a sumarse a la corriente principal de investigación sobre geografía, navegación, ingeniería y medicina.

Bajo el gobierno de Carlos V, el progreso cultural de la élite española se vería fomentado de una forma inesperada, a saber: por un incremento de las necesidades burocráticas del estado. Su desarrollo ya se había presagiado con los Reyes Católicos y en su insistencia en que los miembros de consejos y cancillerías fuesen letrados con al menos diez años de experiencia en leyes. El ideal de un asistente de rey diestro en latín y literatura, así como en la guerra —representado por el *El cortesano* de Castiglione— incitó a la aceptación pública de una mayor educación. A nivel local, las ciudades con dinero disponible abrieron escuelas de gramáti-

ca: en 1490 la escuela municipal de la ciudad de Madrid fue descrita como un lugar «donde todos los hijos de caballeros y de los principales residentes de la ciudad aprenden». A un nivel superior, se fundaron nuevas universidades, veinte a lo largo del siglo xvi, siendo la más innovadora la del cardenal Cisneros en Alcalá de Henares (1508). Al mismo tiempo, dentro de cada universidad se crearon numerosos colegios, solo en el período entre 1500 y 1563, podían contarse treinta y ocho, convirtiéndose en el mayor campo de reclutamiento para la emergente burocracia española.

Un puñado de españoles aún prefería educarse en el extranjero, especialmente en el Colegio Español de Bolonia, fundado en 1369, y en la facultad de medicina de Montpellier o en la de teología de París. Igualmente, los aristócratas preferían educarse en privado, aunque los nobles de menor rango asistían a las universidades públicas. La educación comenzó así una fase de muy modesta expansión, y el estado decidió escoger sus funcionarios entre los graduados universitarios, formados ahora para convertirse en la élite no solo de España, sino también de su imperio mundial. Lo que sucedió, sin embargo, fue que solo unos pocos aristócratas podían alcanzar los niveles de cultura y recursos económicos requeridos para el servicio imperial.

A comienzos del siglo xvi, la lengua castellana apenas se había abierto paso en Europa, a juzgar por la obra inédita *Diálogo de la lengua* (de 1536 aprox., no publicada hasta 1737) del exiliado Juan de Valdés residente por entonces en Italia. Al comienzo del libro, el autor confiesa que su castellano nativo tenía menos importancia como lengua literaria que el toscano (el idioma que más tarde sería conocido como «italiano»), porque la lengua toscana «está ilustrada y enriquecida por un Boccaccio y un Petrarca… y como sabéis la lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento cuánto sería menester para que hombre… se pudiere aprovechar de su autori-

dad». Valdés prefería hablar y escribir en castellano, pero no lo leía habitualmente, «porque, como entiendo el latín y el italiano, no curo de ir al romance». Sin embargo, la lengua muy pronto se convirtió en una parte necesaria del bagaje de las personas educadas, gracias al papel internacional de Carlos V. Un profesor navarro de la universidad portuguesa de Coímbra, publicó en 1544 un libro en castellano con el comentario de que «ahora se entiende en la mayoría de las naciones cristianas, mientras que poca gente lee latín porque no lo han estudiado».

Es más, gracias a la existencia del imperio multinacional de Carlos, la lengua castellana disfrutó de ventajas en Europa que no estaban disponibles para ninguna otra. Las imprentas de las dos naciones europeas más desarrolladas, Italia y los Países Bajos, pusieron sus recursos a disposición de los autores castellanos, en parte porque sus territorios tenían vínculos políticos directos con España. A diferencia de los ingleses, que solo podían aspirar a publicar un libro en inglés en su propio país, los castellanos tenían la oportunidad de publicar en cualquiera de los reinos de la península, así como en otros estados de la monarquía además de en Francia y Portugal. Hacia la década de 1540, se publicaron más libros de españoles fuera de la península que dentro, debido también a la mayor calidad de las imprentas extranjeras. Los libros aparecían principalmente en Amberes, Venecia, Lyon, Toulouse, París, Lovaina, Colonia, Lisboa y Coímbra.

Ese logro literario, del que las generaciones posteriores se sentirían justificadamente orgullosas, resultaba indiscutible, si bien no llegó hasta después del reinado de Carlos. Los europeos pudieron así conocer las obras castellanas, al tiempo que las imprentas extranjeras publicaban traducciones de obras españolas. El interés de los ingleses por el español tuvo su período álgido a finales del siglo xvi, cuando las dos naciones se hallaban, soterrada o abiertamente, en continuo conflicto, y Richard Hakluyt publicó en 1589 su gran compendio de la literatura (incluyendo

la española) de viajes de occidente, *The Principal Navigations* (Viajes marítimos principales). Los holandeses compartían interés por esa misma literatura: exploración, navegación, historias de América y de Oriente, así como ocasionales obras literarias, como el drama *La Celestina*. A comienzos del período moderno, las bibliotecas privadas y públicas de la parte holandesa de los Países Bajos contaban en sus estanterías con más de un millar de ediciones de autores castellanos, de las que ciento treinta estaban traducidas del castellano. En total, almacenaban más de seis mil libros escritos en todas las lenguas que tenían relación con España. Incluso en Suiza, que no formaba parte del imperio, los impresores de Basilea publicaron ciento catorce ediciones de trabajos de españoles entre 1527 y 1564, y otras setenta obras más entre 1565 y 1610.

Carlos hablaba las lenguas de su imperio. Según Brantôme: «Consideraba que el francés poseía mayor majestad que todas las lenguas. Se deleitaba hablándolo, a pesar de conocer otras. Cuando comentaba la belleza de las lenguas, afirmaba y repetía a menudo que cuantas más lenguas hable un hombre más humano es». El cronista Alonso de Santa Cruz se quedó impresionado por su aparente facilidad para los idiomas: «Conocíase su gran memoria en la variedad de las lenguas que sabía, como eran: lengua flamenca, italiana, francesa, española, las cuales hablaba tan perfectamente como si no supiera más de una». Santa Cruz no estaba del todo en lo cierto: Carlos desde luego hablaba distintas lenguas cuando era necesario, incluyendo el alemán, pero no siempre «perfectamente». Su español sin duda fue mejorando con los años, y se sabe que tradujo personalmente uno de sus libros favoritos, *El caballero determinado* de Olivier de la Marche, del francés al español. Quizá el mejor testimonio de su dominio del español sea el texto de las *Instrucciones,* redactado en Palamós en 1543 para su hijo Felipe, donde la admirable fluidez de su estilo y la corrección de su gramática demuestran claramente que do-

minaba la lengua. Poseía una facilidad natural por ser nativo de los Países Bajos. Pero nunca dominó el latín. Cuando en 1525 el embajador veneciano le presentó una carta del gobierno de Venecia escrita en latín, el emperador le dio las gracias y se disculpó: «Soy un mal estudiante de latín, haré llegar la carta al canciller». Por otro lado, hizo serios esfuerzos por aprender el alemán, y cuando lo usaba públicamente, lo hacía utilizando una forma de dialecto flamenco de su juventud. Ya desde 1525 en Madrid, cuando el embajador polaco Dantisco le congratuló en alemán por la victoria de Pavía, Carlos le contestó en esa lengua, agradeciendo, «*dem Konige von Polen, meynem bruder*»,[1] sus felicitaciones.

El 17 de abril de 1536, como ya hemos visto con anterioridad (capítulo 5), Carlos se dirigió a una asamblea de cardenales y diplomáticos en presencia del papa. Furioso con Francia por haber roto la paz, asombró a los allí presentes negándose a hablar en su propia lengua, el francés. En su lugar, empleó el castellano. Muy enojado, denunció las amenazas a la paz planteadas por los franceses, y la inaceptable alianza del rey Francisco I con el infiel Barbarroja. Al final de su larga perorata, pronunciada sin recurrir a ninguna nota, repitió con firmeza: «¡Quiero la paz, quiero la paz, quiero la paz!».

Los asistentes se quedaron sorprendidos, en gran parte porque no esperaban que se dirigiese a ellos en una lengua apenas empleada entre diplomáticos. El obispo de Mâcon, uno de los enviados de Francia al papado, tomó la palabra y le pidió al emperador el texto de su discurso ya que no entendía el castellano. Carlos replicó secamente: «Señor obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida por toda la gente cristiana». Los propios consejeros de Carlos se quedaron perplejos ante el inesperado vigor de su «sermón», como lo denominaron, y por el empleo del castellano. Al día siguiente, cuando su

cólera hubo amainado, el emperador convocó a los dos embajadores franceses en privado, pero aún se negó a utilizar el francés, y les hizo un resumen verbal, «in italiano buonissimo», de lo que había dicho en castellano. En pocas palabras, Carlos tenía una razón muy concreta para negarse a hablar francés, lengua a la que normalmente daba preferencia tanto en privado como en su vida pública. Por el contrario, su uso del español en presencia de los cardenales no implicaba intención alguna de declararlo una lengua universal.

De hecho, Carlos no volvería a pronunciar desde entonces ningún discurso en español fuera de España. El español nunca se convirtió en lengua oficial de la diplomacia internacional. Un siglo y medio después, un escritor francés afirmó que el emperador solía decir que «si deseaba hablar con las damas lo hacía en italiano, si deseaba hablar con los hombres lo hacía en francés, si deseaba hablar con su caballo, lo hacía en alemán, pero si deseaba hablar con Dios lo hacía en español». Incluso si la anécdota fuera cierta, no altera en nada lo que realmente pasaba cuando Carlos recorría sus dominios. Lógicamente se limitaba a hablar la lengua adecuada en el contexto adecuado. Su norma fue siempre el francés, ya fuera en Alemania o en los Países Bajos. Esa era la lengua que hablaba en privado con su familia, y también en público con sus consejeros y cortesanos. La lengua en la que escribió sus memorias. Por supuesto, se empleaba el castellano en la correspondencia relativa a la península, y también en las reuniones oficiales donde había castellanos presentes, pero los textos de Carlos fueron siempre preparados por sus secretarios de lengua española. Como hombre con pesadas cargas de estado y siempre itinerante, Carlos prefería dedicar sus horas de ocio a su actividad favorita, la caza, antes que al sereno placer de la lectura. Sus lecturas preferidas eran tres libros que leyó en francés: *El cortesano* de Castiglione, *El príncipe* de Maquiavelo y la *Historia* de Polibio.

El papel sin precedentes de Carlos como emperador le convirtió en el centro de una impresionante eclosión de creatividad artística en Europa. Quizá el despliegue público más notable de la cultura humanista asociada con Carlos fue la «fête» o «fiesta», una celebración pública de su presencia y sus logros, llevada a cabo en las principales ciudades asociadas con él o por las que pasaba. Las ceremonias eran a menudo publicadas en forma de libro, pudiendo encontrarse más de ciento noventa publicaciones de esa clase correspondientes al reinado del emperador. Fue también el primer miembro de su familia en tener un libro de fiestas publicado para celebrar su nacimiento, debido a la enorme expectación despertada por ese acontecimiento.

La mayoría de los libros de fiestas conectados con Carlos estaban dedicados a su entrada solemne en las ciudades, como aquellas por las que pasó en su viaje a través de Francia hacia los Países Bajos en 1539. Los momentos culminantes de su vida pública constituían el motivo de esas celebraciones, la mayoría de ellas centradas en importantes acontecimientos como su nacimiento, su elección como emperador en 1519, su matrimonio en 1526, su coronación por el papa en Bolonia en 1530, su viaje a través de Francia en 1539-1540, y sus ceremonias funerarias en 1558. Su coronación por el papa fue especialmente importante, y produjo diecinueve publicaciones, distribuidas por toda Europa en cada una de las lenguas locales dominantes, pero usualmente copiadas del texto original publicado en Bolonia en 1530 por el impresor Di Phaelli.

Las fiestas celebraban el poder del emperador, y la forma en que el público podía participar de ese poder. En cambio, su bien conocido mecenazgo del arte no implicó en principio al público, aunque suscitó la admiración de muchos, como el teólogo protestante Martín Bucero quien en 1541 escribió a su colega Heinrich Bullinger que Carlos V era «imperial de palabra y hechos, en aspecto y gestos, incluso en la grandeza de sus dones». El artista

más famoso que solemos identificar con Carlos es Tiziano, aunque también fue mecenas de muchos otros grandes artistas europeos, principalmente alemanes y de los Países Bajos. En esa época, España no tenía ningún talento artístico destacado, y Carlos importó pintores y escultores italianos para mejorar la decoración de sus residencias en España.

Según parece, Tiziano fue presentado por primera vez a Carlos en 1530, y ya entonces realizó un retrato, actualmente desaparecido, que despertó la admiración de muchos. Cuando Carlos estaba en Italia de regreso de Viena a finales de 1532, se dieron los pasos decisivos para consolidar su relación con el pintor. En noviembre de 1532, Tiziano fue invitado a Bolonia para pintar al emperador, y allí permaneció hasta marzo del año siguiente. Durante esos meses realizó los magníficos cuadros de *Carlos V con un perro*, un óleo inspirado en otro anterior del pintor Jacob Seisenegger, y *Carlos V con armadura*. En 1533, el emperador concedió al artista una carta de nobleza, y el privilegio exclusivo de realizar los retratos imperiales. La admiración de Carlos durante toda su vida por Tiziano queda demostrada con la impresionante colección de sus pinturas que llevó consigo cuando se retiró de la vida pública y se marchó a vivir a Yuste. Las obras fueron cuidadosamente envueltas para el viaje por mar hasta España y almacenadas para su seguridad en el barco junto con la vajilla de oro y plata del emperador.

Del resto de obras de arte que no guardan relación con Tiziano, hay dos en particular que reflejan el papel militar, tal y como a Carlos le gustaba verse: como baluarte de la fe y como conquistador de musulmanes. Ambos temas son el motivo central de la impresionante serie de tapices conocida como *La Conquista de Túnez*. En 1546, Carlos encargó la serie a fin de conmemorar la reconquista de Túnez de los turcos en julio de 1535. Existía abundante material original para la tarea. El emperador había instruido especialmente al pintor flamenco Jan Cornelisz

Vermeyen para que acompañara a la expedición y dibujara a la gente, eventos y paisajes de primera mano. Además de Vermeyen, invitó a poetas e historiadores a viajar con ellos y escribir sus crónicas. En 1546, María de Hungría contrató los servicios de Vermeyen, quien esbozó los primeros cartones a gran escala. La preparación de los tapices fue encomendada en 1548 a Guillermo de Pannemaker, un destacado tejedor de Bruselas, con instrucciones de emplear los mejores materiales, incluyendo seda de Granada e hilos de plata y oro proporcionados especialmente por el emperador. Se necesitaron casi ocho años para completar la tarea, que costó una verdadera fortuna, pero que resultó ser la más impresionante empresa artística de un reinado que, debido a la constante itinerancia del emperador, no destacó precisamente por su contribución al arte. La obra acabada estaba compuesta por doce enormes paños de una superficie aproximada de 600 m^2, e incluían un enorme mapa, seguido por distintas representaciones del viaje a África, el ataque sobre La Goleta, y el ataque a Túnez. Lejos de ser simplemente un crudo retrato del imperialismo europeo, los tapices también contienen detalladas descripciones humanas del pueblo musulmán que formó parte del drama.

Curiosamente, los títulos de cada tapiz están en castellano, una lengua que no era nativa para ninguna de las personas implicadas en la producción, ni siquiera para su patrocinador, Carlos. Solo cabe suponer que el empleo de esa lengua implica la intención de que los tapices estuvieran destinados a alojarse en España. De hecho, la primera vez que vieron la luz fue en Inglaterra en la catedral de Winchester, donde fueron colgados en 1554 para la ceremonia nupcial de Felipe de España y María Tudor. A continuación se exhibieron en el capítulo de la Orden del Toisón de Oro en Gante en 1559. Hasta 1560 no llegaron a España, donde fueron empleados por la corona en importantes ocasiones públicas, siendo muy apreciados debido a que la confección de

tapices no estaba muy extendida entre los tejedores españoles, y no se consagraría hasta un siglo después. El uso regular de la serie de Túnez podría haber dañado los tejidos, pero el emperador tuvo la previsión de ordenar hacer un duplicado a una escala más pequeña. Otras copias se confeccionaron posteriormente en el siglo XVIII.

Pero, por encima de todo, el retrato más conocido y destacado del emperador es el realizado por Tiziano, en el que aparece representado antes de la batalla de Mühlberg. Un magnífico y pionero retrato ecuestre pintado en 1548, en Augsburgo, siguiendo las instrucciones de Carlos, y que se exhibe en El Prado, en Madrid. Respondiendo a una llamada de Carlos, Tiziano llegó a Augsburgo en enero de 1548 y regresó a Venecia en diciembre. Durante su muy activa estancia, realizaría retratos del príncipe Felipe y de muchos nobles alemanes, pero el más relevante para nuestro propósito es el evocador lienzo del emperador. Tiziano fue especialmente favorecido por Carlos, que se puso a su disposición siempre que fue necesario. Un diplomático italiano informó en noviembre de 1548: «Messer Tiziano ha pasado largo tiempo con su Majestad Imperial pintando su retrato, y parece gozar de numerosas oportunidades de hablar con él, mientras lo está pintando y en otras ocasiones. Ha informado que su majestad se encuentra bien de salud, pero excepcionalmente se muestra ansioso y melancólico».

El retrato de Mühlberg, un cuadro rico en imaginería y simbolismo, refleja claramente la forma en que Carlos deseaba ser recordado. Aunque el sujeto aparece presentado como un caballero cristiano, se aprecia, por ejemplo, una deliberada intención de evitar cualquier trasfondo bélico, escenas de sangre o triunfalismo. El escritor Pietro Aretino, amigo de Tiziano, sugirió al artista que el caballo apareciera pisoteando a los enemigos del emperador, pero esa sugerencia fue descartada. Tal y como aparece, el guerrero totalmente armado a lomos de su caballo se en-

frenta al enemigo majestuosamente, si bien en ningún momento puede identificarse a este. El título oficial de la obra indica simplemente que Carlos está retratado «de la forma en la que se enfrentó a los rebeldes». Esto es literalmente cierto, pues el caballo pintado y la armadura que luce eran exactamente los mismos que Carlos utilizó justo antes de la batalla. La propaganda imperial presentó la campaña contra la Liga Esmalcalda como un conflicto político más que religioso, que pretendía castigar a aquellos que se habían alzado contra su legítimo gobernante. Después de todo, el principal aliado de Carlos, Mauricio de Sajonia, era protestante, al igual que una alta proporción de las tropas al servicio del emperador. Carlos no pretendió en ningún momento proyectar una imagen de sí mismo como caudillo de cristianos contra cristianos, ni tampoco como vencedor de sus propios súbditos cristianos. De hecho, el otro magnífico retrato realizado por Tiziano en esos meses, el de *Carlos V sentado*, describe claramente la otra cara del gobernante, en modo alguno como un conquistador, sino como un hombre de estado, digno y tranquilo, sin más atributos imperiales que la Orden del Toisón de Oro alrededor de su cuello, estableciendo un claro contraste con sus ropas oscuras y un gorro oscuro. Cual caballero armado, Carlos aparecía como el protector de su pueblo; como rey sentado, era el conciliador y el proveedor. El genio de Tiziano capturó ambas personalidades a la perfección.

Otra cosa bien distinta sucede cuando aparece representado como enemigo de los musulmanes. Como ya hemos visto, se emplearon muchos años y dinero en la lucha contra los enemigos de la cristiandad, en los tres escenarios principales del oriente de Europa, el Mediterráneo y el norte de África. Carlos encajaba naturalmente en la imagen, asociada especialmente con España, de Santiago Matamoros. Una pintura que puede verse en el museo de arte de Worcester, Massachusetts, nos muestra al emperador a caballo como una representación de Santiago Matamoros

cabalgando sobre la figura yacente de un rey musulmán. Durante su primer viaje por mar a España en 1517, en medio de una amenazadora tormenta el emperador hizo el voto de visitar la tumba de Santiago en Galicia. Tuvo la oportunidad de cumplir esa promesa cuando antes de partir de nuevo hacia los Países Bajos, en marzo de 1520, visitó el sepulcro en Compostela. Cuando Carlos finalmente logró su victoria sobre los musulmanes en Túnez en 1535, celebró el acontecimiento con una misa especial el día de la fiesta de Santiago. Más tarde, cuando cruzó por mar hasta Nápoles, Carlos conversaría con el historiador Paolo Giovio informándole de que durante el combate de Túnez había empleado el grito de batalla de «¡Santiago!». Carlos, por tanto, era consciente de estar cumpliendo un papel histórico como defensor de la cristiandad contra el Islam.

Aunque la guerra era el escenario más utilizado por los artistas para ilustrar el papel de Carlos V, el contexto esencial preferido por el propio emperador era el de paz. Eso puede apreciarse en su retrato de Mühlberg, pero también en otra obra, de los escultores italianos Leone y Pompeo Leoni. La escultura de *Carlos V y el Furor*, que se exhibe en El Prado, formaba parte de un encargo múltiple otorgado en 1549 a los escultores milaneses. La obra estaba directamente inspirada en la *Eneida* de Virgilio, y representa el heroico triunfo de la paz sobre la guerra. De acuerdo con el escultor, «la figura del emperador tiene debajo la estatua del Furor y no una provincia u otra victoria, apareciendo la primera digna y grave y con aspecto magnánimo». Mientras estaba preparando la obra, el escultor tuvo la idea ulterior de crear la figura del emperador como un desnudo heroico, con una armadura que pudiera desmontarse, para demostrar su repulsa a la guerra. Las dos versiones, con y sin armadura, se pueden ver hoy en día en El Prado. El claro simbolismo de Carlos, el rey guerrero, como un partidario de la paz, no podía haber sido mejor expresado.

[1] El rey de Polonia, mi hermano.

CAPÍTULO 13. Preparando a un heredero 1548-1554

Tras alcanzar la cima de su éxito en la Dieta de Augsburgo de 1548, Carlos se concentró en el asunto más importante que quedaba por dirimir: la sucesión. No se trataba simplemente de una cuestión de entregar el poder, pues él nunca lo había ejercido por sí solo: dada la vasta extensión de sus territorios, había gobernado a través de algunos miembros de su familia, concretamente María en los Países Bajos, Fernando y Maximiliano en Alemania, y Felipe en España. ¿Sería deseable, tras su muerte, reunir tanta responsabilidad en una sola persona? Llevaba varios años fuera de España, y ahora era el momento de consultar con su presumible heredero y único hijo legítimo, Felipe.

Por otro lado, a Carlos le preocupaba su propio estado de salud. La gota, que afectaba a casi todos los personajes de su época, estaba haciendo estragos en su cuerpo. Deseaba tomar las disposiciones para llevar a cabo una sucesión segura en Felipe y prepararlo para el nuevo escenario de la política europea. Afortunadamente, Occidente estaba ahora en paz. La victoria en la batalla de Mühlberg en abril de 1547, había conseguido restaurar cierta tranquilidad en Europa central. Era el momento adecuado para que el príncipe pudiera viajar al extranjero sin correr riesgos. A principios de 1548, Carlos envió al duque de Alba a España con instrucciones de reformar el ceremonial de la corte española y traer a Felipe a su lado. En enero, estando en Augsburgo, redactó una larga serie de *Instrucciones* las cuales, como ya vimos, envió a España con el propio Alba, para que el príncipe las considerara antes de salir del país.

Cuando Alba llegó a España, traía consigo las órdenes del emperador para introducir en la corte española el ceremonial de la corte de Borgoña. Carlos era consciente de la pobreza del proto-

colo real en España y deseaba preparar al príncipe para las formas más elaboradas que se utilizaban en el norte. El nuevo ceremonial fue oficialmente inaugurado (a pesar de la falta de entusiasmo de muchos nobles castellanos y del propio Alba) en la corte española el 15 de agosto de 1548, para coincidir con las celebraciones de la fiesta de la Asunción. Ya con anterioridad, en primavera, Felipe había convocado a las Cortes de Castilla en Valladolid para dirimir cuestiones importantes, principalmente financieras, e informar de su inminente partida; pero su mensaje no fue bien acogido. Los castellanos ya habían vivido seis años sin su rey; ahora también iban a perder a su príncipe. Solicitaron a Felipe que no abandonara el reino, y enviaron una carta de protesta a Carlos. «Si las ausencias de sus príncipes van adelante —declaraban—, estos reinos quedarán mucho más pobres y perdidos que lo están».

En septiembre, el archiduque Maximiliano, el hijo mayor de Fernando, que había sido llamado para ejercer la regencia durante la ausencia de Felipe, llegó a Valladolid procedente de Viena con su séquito de cortesanos austríacos y checos. La decisión de enviarle a él se había tomado en Augsburgo en junio, cuando se concretó su matrimonio con la hermana de Felipe, María. Maximiliano hablaba perfectamente español, francés y alemán, además de tener nociones básicas de otras lenguas, y desde abril de ese año ostentaba el título honorario de rey de Bohemia. Dos días después de su llegada contrajo matrimonio oficial con María. Las extensas celebraciones incluyeron la puesta en escena de una nueva comedia de Ludovico Ariosto.

Al amanecer del día 2 de octubre, la comitiva de Felipe salió de Valladolid en dirección a Barcelona. Era un numeroso y distinguido grupo, compuesto por varios nobles incluyendo a Alba, y todas las personas importantes de su corte, entre ellos Cristóbal Calvet de Estrella como cronista oficial. Entre los extranjeros de su entorno se encontraba el cardenal alemán de Trento, que

había viajado con Maximiliano para oficiar su casamiento y ahora acompañó a Felipe de vuelta durante todo su viaje. El camarero del príncipe, Vicente Álvarez, también iba con él para supervisar la organización de las comidas, y en su tiempo libre escribió un diario de todo el trayecto. Tras detenerse unos días en Cataluña, el grupo finalmente zarpó el 2 de noviembre con una flota de cincuenta y ocho galeras comandada por el príncipe de ochenta y dos años, Andrea Doria.

El prolongado viaje resultó histórico, pues fue el primero de esa naturaleza realizado por un futuro rey de España, y el primer contacto a gran escala entre la élite católica española y los príncipes de creencias luteranas. Tras un par de paradas cortas, el viaje concluyó el 25 de noviembre, cuando la flota entró en el puerto de Génova. Durante dieciséis días Felipe fue huésped de Andrea Doria en su palacio de las afueras de la ciudad. La comitiva dejó Génova el 11 de diciembre. El día 19, cuando se acercaban a Milán, fueron recibidos por el duque de Saboya, Carlos III, quien los acompañó a la ciudad. El propio Felipe era duque de Milán, por cesión de su padre, y entró en medio de una triunfal bienvenida. Su estancia duró diecinueve días y estuvo plagada de visitas, festejos, banquetes, torneos, teatro y bailes. El día de Año Nuevo, el gobernador, Ferrante Gonzaga, organizó una gran fiesta seguida de un baile. Felipe se quedó hasta que terminó, a las cuatro de la mañana. Durante esos días aprovechó su estancia para encontrarse con el gran artista Tiziano, encargándole varios retratos de su persona.

El viaje se reanudó el 7 de enero de 1549. La ruta les llevó a través de Cremona y Mantua (donde se detuvieron cuatro días como invitados del duque de Ferrara). Desde allí comenzaron el ascenso del montañoso valle del río Adigio. Salieron de Italia, adentrándose en el territorio del Sacro Imperio Romano, y el día 24, llegaron a Trento. Felipe fue recibido en la ciudad por los cardenales de Trento y Augsburgo, y por el aliado de su padre, el

elector protestante de Sajonia, Mauricio, de veintisiete años. Poco después de haber conocido a Felipe, Mauricio le hizo una petición que repetiría en varias ocasiones más: obtener la liberación de su cautiverio de su suegro el landgrave Felipe de Hesse. Felipe prometió intentarlo, pero no podía interferir en una decisión tomada por su padre.

En Trento las calles estaban cubiertas por arcos de triunfo. La ciudad era el centro de la atención mundial debido a que el Concilio de la Iglesia tenía que haber estado celebrando sus sesiones allí. Sin embargo, en 1547, los prelados del Concilio recibieron instrucciones del papa de trasladarse temporalmente a Bolonia, a causa de un brote de peste en Trento. Únicamente los prelados que dependían de Carlos —los alemanes y españoles— desobedecieron al pontífice y se quedaron en la ciudad. Fue este pequeño grupo el que formó parte de la comitiva que recibió al príncipe de España. Felipe se las arregló para hablar con los prelados, pero la mayor parte de su tiempo en Trento estuvo ocupado por festejos. Cada noche había un banquete: la primera noche, según informó Álvarez, «la cena fue jovial y muy alemana, debido a que todo el mundo bebió en abundancia; terminó pasadas las diez y luego los festejos continuaron». Hubo baile: «El primero que salió a dançar fue el príncipe, que lo sacó una dama la más hermosa de las italianas». En la última de las cinco noches se celebró un baile de máscaras que duró casi hasta el amanecer.

El viaje a los Países Bajos duró un total de seis meses, un dilatado y placentero recorrido que también pretendía ser educativo. A medida que se dirigían al norte se prepararon para soportar el frío y la nieve de los Alpes. En Bolzano, donde pasaron la noche del 30 de enero, Felipe fue obsequiado con un gran bloque de mena plateada, extraído de una mina de la región. El 3 de febrero continuaron ascendiendo hasta el paso del Brennero, y luego descendieron hacia Innsbruck, donde entraron el día 4. A partir de ese momento, el cardenal de Trento actuó como intér-

prete de alemán del príncipe. Dos semanas más tarde la comitiva llegó a Múnich, donde fueron recibidos por el duque de Baviera y su familia. Se organizaron banquetes prácticamente cada noche. El segundo día salieron de caza por los bosques de alrededor de Múnich, disfrutando de una espléndida comida en el campo. «Durante todos esos entretenimientos —informó Álvarez—, Su Alteza estuvo tan contento, relajado y sociable como si comprendiera la lengua; en consecuencia todo el mundo quedó encantado, y por encima de todos la hija del duque».

Dos días después de dejar Múnich, la comitiva, que desde Trento también incluía a Mauricio de Sajonia, entró en Augsburgo. Era el 21 de febrero. Por primera vez Felipe aprendió lo que suponía vivir entre herejes, ya que prácticamente toda la zona era luterana. La firme política de su padre, que Felipe aceptaba pese a no gustarle, había sido la de coexistencia con los luteranos. Aprovechó la oportunidad para visitar el suntuoso palacio de la familia Fugger, los financieros que se habían enriquecido prestando dinero a su padre. Después de pasar por Ulm en el Danubio, Felipe se encontró viajando a través del territorio firmemente luterano de Württemberg. Luego pusieron rumbo al norte, hacia el Rin. En Vaihingen fueron recibidos por el gran maestre de los caballeros teutónicos, el duque luterano Alberto Alcibiades de Hohenzollern, con una escolta militar que les acompañó hasta Espira. De esa forma llegaron a Heidelberg, capital del Palatinado, el 7 de marzo.

La extraordinaria ciudad, erigida en una colina que dominaba los bosques del río Neckar, era por aquel entonces una zona católica rodeada por estados luteranos. El segundo de los cuatro días que pasó allí, salió a cazar a las montañas deteniéndose a almorzar en los bosques. El tercero, se celebró una justa en el patio del castillo, seguida esa noche por un baile y un banquete. Los alemanes expresaron su satisfacción al ver al príncipe haciendo «muchas cosas contra su inclinación y costumbres» simplemente

para complacerlos. Felipe no podía ser más feliz. Desde Heidelberg escribió a Ferrante Gonzaga diciendo que «he sido muy bien recibido por todos estos príncipes y ciudades de Alemania y con mucha demostración de amor».

El undécimo día, el grupo partió y llegó por la tarde a Espira, a orillas del Rin. Fue recibido por una escolta militar de los Países Bajos al mando del duque de Aerschot, y por el arzobispo de Maguncia, quien había navegado río abajo para recibir al príncipe. Desde allí pusieron rumbo al oeste, en lugar de descender por el valle del Rin, y llegaron a Luxemburgo a última hora de la tarde del 21 de marzo. Felipe ahora se encontraba en territorio de la familia, en los estados de su padre. Carlos había estado esperando en Bruselas a su hijo desde finales de septiembre de 1548. En compañía de sus dos hermanas, pasaba el tiempo ocupado en política y en ir de caza, pero también tomándose un merecido descanso tras la zozobra sufrida durante su estancia en Alemania.

A poca distancia de Bruselas, María de Hungría organizó una recepción para los viajeros recién llegados, con la asistencia de los caballeros del Toisón. El día 1 de abril, al caer la noche, Felipe efectuó su entrada oficial en la capital a lomos de su caballo, acompañado de 1.600 miembros de la caballería. Las calles estaban brillantemente iluminadas y ornamentadas, había arcos por todas partes y antorchas en las ventanas. Más de cincuenta mil personas, según estimó un testigo, se concentraron en el centro de la ciudad para recibir al príncipe. Felipe se abrió paso hasta el palacio real, donde fue formalmente recibido por María y por la hermana de esta, la reina de Francia, Leonor. Ambas reinas le acompañaron hasta la cámara donde el emperador le estaba esperando. Los dos se abrazaron. Felipe no había visto a su padre desde hacía seis años, en marzo de 1543.

Durante los primeros tres meses y medio de estancia, Felipe permaneció en Bruselas, en parte debido a la salud del empera-

dor. El embajador francés informó desde Bruselas en febrero de 1549, que Carlos tenía «los ojos cansados, la boca pálida, el rostro más muerto que vivo, su voz era débil, su aliento corto y su espalda arqueada». No obstante, consiguió hacer agradable la visita de su hijo. «Durante todo ese período hubo grandes celebraciones, banquetes, bailes, elegantes máscaras, partidas de caza y torneos». Felipe pudo conocer a todos los jóvenes que, en años posteriores, desempeñarían un papel esencial en su política. Combatió en justas hombro con hombro con Guillermo de Orange (con quien compartía la pasión por los libros de caballerías) y con el conde Lamoral de Egmont. Fue con ellos a cacerías y bailes. Por lo general, no tuvieron problemas de comunicación. Muchos, como Egmont, hablaban perfecto español. Algunos eran compañeros en caballería como caballeros de la Orden del Toisón. Felipe además atrajo a una buena cuota de damas. Sin embargo, no podía eludir el trabajo: el emperador le hacía llamar «cada día durante dos o tres horas a su estudio para instruirlo personalmente». El 12 de julio, Carlos salió con su hijo para realizar un recorrido por las provincias.

Ese recorrido tenía como propósito el juramento del príncipe como heredero de cada provincia, de la misma forma que había hecho en España. Carlos pretendía que Felipe pudiera conocer a sus futuros súbditos del norte. Durante los siguientes meses, las ciudades compitieron unas con otras en la complejidad de sus arcos triunfales y celebraciones. La comitiva real incluía la corte del emperador, la del príncipe, la de María de Hungría, y la nobleza más notable. El viaje se realizó en dos fases. En julio y agosto de 1549 recorrieron las provincias del sur, regresando a continuación a Bruselas. Luego, en septiembre y octubre, hicieron lo mismo en las provincias del norte. Como sucedió en el viaje por Alemania, hubo mucho por lo que maravillarse y admirar.

El momento álgido de la primera parte del recorrido fueron los pasatiempos organizados por María de Hungría para sus invitados en la última semana de agosto de 1549, en su palacio de Binche. María había convertido el viejo castillo en uno de los más suntuosos palacios del renacimiento del norte de Europa, un edificio que, según un escritor de la época, «superaba las siete maravillas del mundo antiguo». El 24 de agosto se celebró un gran torneo en el patio del palacio en el que participó el príncipe. En los dos días siguientes, la reina organizó la escenificación de una espléndida fiesta caballeresca, basada en el popular libro de caballerías, *Amadís de Gaula*. Los caballeros (uno de ellos Felipe) tenían que atravesar distintos obstáculos para poder ganar el acceso a la Torre Oscura, liberar a los prisioneros de su interior y después llegar hasta las Islas Felices. El día 29, el emperador y sus invitados se desplazaron hasta el cercano castillo que María poseía en Mariemont, donde hubo un banquete servido por hermosas jóvenes vestidas de ninfas y cazadoras. A eso le siguió el asalto a un castillo de mentira por caballeros que debían liberar a las doncellas prisioneras. Al día siguiente hubo otro torneo, en el que participaron sesenta caballeros. Tras pasar nueve días en Binche, el emperador y el príncipe continuaron su recorrido, esta vez hacia el norte.

El 11 de septiembre el príncipe hizo su entrada formal en Amberes, la metrópolis comercial del norte de Europa. Se le concedió el privilegio de una magnífica *joyeuse entrée,* como se denominaba al ceremonial. Lamentablemente, un fuerte aguacero empañó la ocasión. Los visitantes quedaron especialmente impresionados por la opulencia de la ciudad, «que con mucha razón se podría llamar plaça del mundo». Los españoles prestaron especial atención a Rotterdam, lugar de nacimiento de Erasmo, que había fallecido en 1536, pero que aún era muy bien considerado en España. Felipe asistió a misa en la iglesia cercana a la casa de

Erasmo, y «los más principales señores y cavalleros de la corte», entraron en el interior de la vivienda para rendirle homenaje.

El largo y agotador recorrido finalizó con el regreso a Bruselas el 26 de octubre. Felipe había visitado cada rincón de las diecisiete provincias, y había prestado juramento en cada una de las principales ciudades. Carlos tenía ahora la satisfacción de saber que su hijo había sido reconocido oficialmente como su heredero en todos los Países Bajos que, con la firma el 4 de noviembre de la Pragmática Sanción había confirmado como un único estado, parte del Sacro Imperio Romano, pero sin ningún nombre distintivo más allá del hecho de formar parte del círculo de Borgoña. Además comenzó a planear una reunión en Alemania con los miembros de su familia.

El carnaval de Bruselas, en febrero de 1550, resultó particularmente notable. En la corte se organizó una justa que tenía como tema el dios del amor. El dios estaba representado con un nudo corredizo alrededor de su cuello y, al lado, un guardia armado (el español Alonso Pimentel, ayudado por el conde Lamoral de Egmont). Cada vez que un aspirante vencía al guardián, el nudo era alzado. Si era el guardián quien triunfaba, el nudo se aflojaba. Desgraciadamente, los aspirantes triunfaron y el amor quedó colgando. Esa noche el príncipe ofreció un banquete. El dios del amor fue transportado en su ataúd y colocado frente a las reinas de Francia y Hungría, donde se le cantó un réquiem. Sin embargo, los músicos siguieron tocando y el dios volvió de nuevo a la vida. Todo el mundo bailó para celebrar el acontecimiento, «incluso los monjes, que se unieron sin mostrar un ápice de vergüenza».

El 31 de mayo Felipe tenía previsto partir con el emperador para reunirse con la Dieta Imperial en Augsburgo. La última noche que pasó en Bruselas fue un momento de despedidas. Hubo adioses y separaciones de amantes y amigos. Las fiestas duraron toda la noche. «Esa noche Su Alteza no se acostó. Permaneció en

la plaza principal, conversando con las damas sentadas en sus ventanas. Unos pocos caballeros, jóvenes e incluso algunos mayores, lo acompañaron. La conversación versó sobre el amor, se contaron historias, hubo lágrimas, suspiros, risas, chanzas. Hubo baile a la luz de la luna al son de las orquestas que tocaron toda la noche». La comitiva imperial puso rumbo a la cercana Lovaina el día 31. La siguiente parada importante fue Aquisgrán, el 8 de junio, donde el príncipe admiró las numerosas reliquias de la catedral y visitó la tumba del emperador Carlomagno. El día 10 llegaron a Colonia, y se quedaron cuatro días. Después se dirigieron a Bonn, donde cambiaron su medio de transporte dado que una pequeña flota de barcos les aguardaba para continuar por el río. Al emperador y Felipe se les asignó una embarcación grande y espaciosa. El convoy, que partió de Bonn el día 15, pasó los siguientes cuatro días navegando bajo el sol de verano, y ascendiendo a través de las espectaculares gargantas del río Rin. El emperador se relajaba en cubierta, disfrutando de la brisa y dictando sus memorias (en francés) a sus secretarios. Cada noche dormían en tierra, en Andernach, Coblenza, Boppard y Bacharach. De esta forma llegaron a Maguncia, donde el emperador y Felipe se alojaron como invitados del arzobispo.

El resto del viaje se realizó por tierra. Al dejar Maguncia el 21 de junio, se dirigieron al sur hacia Worms y Espira. Tras pasar tres días en Espira, tomaron de nuevo la ruta que Felipe conocía bien de su anterior viaje. El 8 de julio de 1550 llegaron finalmente a su objetivo, a Augsburgo, donde la Dieta Imperial había sido convocada por el emperador. Los delegados de la Dieta ya se estaban reuniendo, aunque las sesiones no comenzaron hasta la última semana del mes. El emperador estaba preocupado por obtener su ayuda contra la amenaza de invasión de los turcos en el alto Danubio. Por su parte, la mayoría de los delegados, se hallaban más interesados en aclarar la situación religiosa en Alemania. Los líderes protestantes se mostraban especialmente ansiosos

por obtener la liberación del duque de Sajonia y del landgrave de Hesse. Fue una experiencia inigualable para Felipe, que pudo observar de primera mano las idas y venidas entre los príncipes protestantes y católicos en una atmósfera que se beneficiaba —aunque hasta cierto límite— de la paz religiosa establecida por el decreto de tolerancia de Carlos (el *Interim*) de 1548.

Felipe pasó un año entero con su padre en el sur de Alemania. Debió ser uno de los mayores períodos formativos en su vida, pero curiosamente nunca se refirió especialmente a él en años posteriores. Se esforzó mucho por llevarse bien con los jóvenes nobles alemanes, cuyos modales encontraba un tanto rudos. «Nuestro príncipe hace todo cuanto está en su mano —se informó hablando de él en octubre—. Sale a menudo para unirse a ellos en sus deportes, y tomará parte en un torneo el próximo jueves». Pero al parecer vivir entre ellos por un largo período le resultó muy diferente de los informales placeres festivos a los que se había acostumbrado durante sus viajes. Si las opiniones de Felipe coincidían en alguna forma con las de su camarero, Vicente Álvarez, probablemente encontrase a los alemanes excesivamente inquietos, dados a la violencia, a la bebida y a nuevas ideas de moda. En contraste con los conflictos de Alemania, España resultaba ser un remanso de paz. Debido a un incidente en el que algunos nobles provocaron a Felipe porque no hablaba alemán, Carlos dio orden para que la lengua que se usara en sociedad fuese el latín.

Además de los placeres sociales, el príncipe se entretuvo con el arte. En septiembre escribió al embajador español en Venecia para que se asegurara de que Tiziano acudiese a Augsburgo. El artista debería llegar «lo más presto que ser pudiesse». Cuando Tiziano apareció, principalmente para realizar los retratos del emperador (capítulo 12), Felipe le asignó uno de sus más importantes encargos, una serie de pinturas mitológicas conocidas como las «Poesías». En Augsburgo el artista completó el que se conver-

tiría en el retrato favorito de Felipe de su persona, vistiendo armadura y con una mano descansando en su yelmo.

Para Carlos el asunto más urgente de su agenda era, después de la Dieta, celebrar una reunión con su familia. El tema principal a discutir era su esperanza de poder dejar finalmente toda su herencia política (incluyendo Alemania) a Felipe, repitiendo de esa forma el poder que él poseía. Pero para lograrlo necesitaba del apoyo de otros miembros de su familia. Eso, según descubrió, resultaba extremadamente difícil de obtener. Los miembros principales del clan de los Habsburgo se reunieron en septiembre de 1550 en Augsburgo, donde durante seis meses el debate continuó. Ya hemos visto que Carlos a lo largo de los años había consolidado el control de las tierras heredadas de los Habsburgo —principalmente Austria y Bohemia— en manos de su hermano Fernando. Este último había sido desde 1531 el Rey de Romanos, un título que le otorgaba el derecho a suceder a la corona imperial. Fuertemente apoyado por la mayor parte de la opinión alemana, Fernando deseaba que la sucesión, y la corona imperial, pasaran a su vez a su hijo mayor Maximiliano, rey de Bohemia y actualmente a cargo de la regencia de España en nombre de Felipe. Logró el apoyo de algunos electores para su causa. En noviembre, el cardenal de Augsburgo declaró que Alemania solo podía ser gobernada por un alemán. Los príncipes preferían al Turco antes que a Felipe, informó un embajador.

Fernando insistió a su hermano para que Maximiliano fuera traído desde España y así poder expresar su opinión. María de Hungría llegó expresamente desde Bruselas en septiembre para prestar apoyo a Carlos. Las discusiones (conducidas en francés, pues únicamente Felipe hablaba en español) parecieron calmarse durante un tiempo, y María regresó a los Países Bajos tras permanecer allí quince días. A principios de diciembre, Maximiliano llegó de España e insistió con firmeza en sus propias reivindicaciones. Fernando y Carlos discutieron violentamente sobre

el tema tanto en privado como en público. El 16 de diciembre, Carlos escribió a María: «Te aseguro que no puedo hacer nada más sin venirme abajo. Ten por seguro que nunca he sentido ni sentiré nada que el difunto rey de Francia me haya hecho o que el presente rey quisiera hacerme, como he sentido y siento con respecto a la forma en el que el rey nuestro hermano trata conmigo». Tuvieron además amargos desencuentros sobre cómo debía gastarse el dinero aprobado por la Dieta. La Dieta se cerró a mediados de febrero de 1551, pero las disputas familiares continuaron. En respuesta a las súplicas de Carlos, María emprendió un heroico viaje a caballo con un puñado de personas de su corte, a través del invernal campo de Binche, y tras doce días cabalgando llegó a la residencia imperial de Augsburgo el día de Año Nuevo.

El doloroso debate familiar se prolongó durante dos meses más. Cuando quedó claro que un acuerdo completo sería imposible, Carlos decidió imponer un compromiso. El 9 de marzo de 1551, Antonio Perrenot, obispo de Arras, redactó un *Diktat* en su nombre, que fue firmado por todas las partes. Perrenot (más tarde conocido como cardenal Granvela) estaba actuando como cabeza de la administración en el lugar de su padre, Nicolás Perrenot, fallecido precisamente en Augsburgo seis meses antes. Los tres documentos cruciales (un contrato entre Maximiliano y Felipe, una garantía de Felipe y otra garantía de Maximiliano) declaraban que la corona imperial solo pasaría a Felipe después de Fernando. Tras Felipe, el siguiente sería Maximiliano. La familia lo aceptó, pero como el tiempo pondría en evidencia, Fernando no tenía la menor intención de respetar la decisión. Maximiliano, que llevaba algún tiempo en desacuerdo con Carlos sobre muchas cuestiones, parecía aún menos inclinado a cooperar. En una conversación privada mantenida por entonces con el embajador veneciano Giovanni Michele, se quejó amargamente de

la actitud del emperador y juró que de ninguna forma aceptaría la sucesión de su primo Felipe en el imperio.

Durante esos meses, Felipe combinó el trabajo con el ocio. Acompañaba al emperador a las sesiones de la Dieta. Prestaba su apoyo a las políticas de Carlos sobre religión. Al concluir la Dieta, Carlos garantizó el respeto a la fe luterana en Alemania, y remitió las principales disputas religiosas al juicio del Concilio de Trento. Resulta interesante advertir que ni entonces ni más tarde, Felipe expresó su desacuerdo con esa política. Es probable que aceptara la necesidad de una coexistencia religiosa dentro del contexto de la lealtad política que la Dieta ofrecía. Ese hecho confirma lo mucho que padre e hijo compartían sus puntos de vista sobre la cuestión fundamental de la coexistencia religiosa. Ninguno favoreció soluciones drásticas a los problemas religiosos, a menos que la estabilidad política se viera amenazada.

En los más de dos años de estancia en el imperio, Felipe pasó mucho tiempo en la íntima compañía de los luteranos. Había asistido a banquetes y fiestas con ellos, participado en justas hombro con hombro y salido de excursión en su compañía. Eso nunca le había incomodado ni tenía por qué hacerlo: en esa primera época de la Reforma los nobles de Alemania, Países Bajos, Francia e Inglaterra continuaban tratándose unos a otros con respeto aunque tuvieran diferentes credos. Todos los luteranos a los que Felipe conoció eran, en aquel momento, aliados del emperador. Si podía preservarse su lealtad política, solo era cuestión de tiempo que el problema religioso terminara por resolverse. La guerra religiosa y la rebelión no estaban aún, para la política europea, a la orden del día.

Entretanto, hubo momentos más frívolos. A finales de julio de 1550 el príncipe acompañó a Carlos en un viaje de cinco días a Múnich. Luego se dirigieron a Starnberg y pasaron un día completo cazando en los bosques. Debido a su gota, Carlos no tenía a menudo la oportunidad de poder disfrutar de un deporte

que siempre fue el favorito del príncipe. El 8 de agosto, la comitiva regresó a Augsburgo. Parece evidente que a Felipe le gustó Múnich, adonde volvió, durante una estancia de cuatro días, en abril de 1551, justo antes de retornar a España. También Augsburgo contaba con sus propias diversiones. A mediados de octubre de 1550, se organizó un gran torneo en el patio del palacio en presencia de Carlos, con Felipe entre los principales participantes. Para el carnaval de febrero de 1551 se celebró otra gran justa. Entre los caballeros más destacados se encontraban Felipe, Maximiliano y Guillermo de Orange. Al final del día, un baile completó los festejos.

El príncipe se preparó para regresar a España. En la primera semana de mayo de 1551, recibió una carta de Mauricio de Sajonia, en donde le deseaba buen viaje y le solicitaba, una vez más, que intercediera ante el emperador para la liberación de Felipe de Hesse. Su respuesta, en latín, confirmó las buenas relaciones que siempre había tenido con el elector luterano. Había vuelto a plantear el tema de la liberación, declaraba, «pero por el momento aún no he conseguido nada». En cuanto al resto, se sentía «profundamente agradecido por el cuidado y afecto que habéis mostrado hacia mí de tantas formas diferentes desde que llegué a Alemania». Había pasado muchos meses en compañía de Mauricio de Sajonia y otros nobles alemanes y de los Países Bajos. Sabía que ahora dejaba tras él una Alemania llena de problemas para su padre.

Felipe abandonó Augsburgo la tarde del 25 de mayo con una escolta que incluía al duque de Saboya. Entre su nutrida comitiva se encontraba también el violinista flamenco, Francisco Massy. Massy, que viajaba a España con su esposa española, tenía a su cargo (cumpliendo órdenes personales del emperador) a un niño de cinco años mantenido en el anonimato como un mero paje de la corte, pero que, posteriormente, estaría destinado a desempeñar —como veremos enseguida— un importante papel

en la carrera del confiado Felipe. A mediados de julio, el príncipe y su corte desembarcaron en Barcelona. A pesar de su presencia en España, a partir de entonces tendría un papel muy próximo en cada aspecto de las políticas de su padre. De hecho era una colaboración que continuó de forma ininterrumpida hasta la muerte del emperador. Algunos han declarado ver ese período como uno de tensiones entre ellos, provocadas por una impaciencia por parte de Felipe por hacerse cargo de la herencia que ahora se había confirmado como suya. Esa interpretación, sin embargo, es absurda y no puede sostenerse con ninguna evidencia. Hubo, es verdad, como pronto veremos, firmes diferencias de opinión entre padre e hijo en muchas cuestiones importantes, pero ambos se respetaban e intentaban actuar unidos en todas las ocasiones. Carlos había pasado su vida política tratando de hacer concesiones, y no tenía ninguna intención de entrar en un conflicto con su único hijo y heredero.

Felipe regresó a un país en paz, y Carlos continuó residiendo en Alemania que, asimismo, disfrutaba de relativa tranquilidad. Por desgracia, en Italia los viejos rescoldos del conflicto volvieron a prenderse en forma de una guerra por la sucesión del ducado de Parma. El nuevo rey de Francia, Enrique II no aceptó nunca, como ya vimos, los términos de la Paz de Crépy en cuanto a las reivindicaciones francesas del territorio en Italia. Desde la primavera de 1551 se había aliado con el duque de Parma, Octavio Farnesio, el mismo que estaba casado con la hija de Carlos, Margarita. Las hostilidades armadas que involucraban a tropas francesas y a las tropas imperiales acuarteladas en Milán, llegaron a su fin con una tregua alcanzada en la primavera de 1552. Pero el conflicto no quedó extinguido, y acabó mezclándose con otros asuntos que el rey de Francia se mostró encantado de aprovechar. De esos asuntos, el más urgente para Carlos era, una vez más, la situación en Alemania. Y la figura clave de la crisis fue Mauricio de Sajonia, quien a pesar de sus creencias luteranas ha-

bía sido un fiel colaborador del emperador a lo largo de los años y, de hecho, estaba al mando del ejército imperial. Mauricio se encontraba al límite de su paciencia. Había hecho muchos intentos, al más alto nivel, por obtener la entrada de los teólogos protestantes a las sesiones del Concilio de Trento, siendo bloqueado en cada ocasión. Además había planteado numerosas solicitudes, tanto a Carlos como a su hijo, para la liberación de su suegro Felipe de Hesse, que siempre habían fracasado.

Desde octubre de 1551, Mauricio, sirviéndose del apoyo de un puñado de príncipes luteranos, se puso en contacto con Enrique II, quien acogió encantado la posibilidad de una alianza militar que podría darle la oportunidad de reclamar del territorio de Flandes ciudades que consideraba francesas. Además reivindicaba las tres ciudades estratégicas de Metz, Toul y Verdún. Seguro de contar con la ayuda francesa, Mauricio inició los preparativos en secreto. Entretanto, a principios de enero de 1552, la delegación que había enviado a Trento, y que disfrutaba de la protección imperial, recibió finalmente el consentimiento para asistir al Concilio y presentar sus alegaciones. Pero ese permiso llegó demasiado tarde. Resultó ser la última ocasión formal en la que los protestantes tendrían contacto con un Concilio católico, pues poco después llegaron a la asamblea alarmantes noticias. En marzo, los padres reverendos oyeron que se avecinaba un conflicto en Alemania, y varios clérigos alemanes emprendieron el camino de vuelta a casa. Entonces en abril se confirmó que las fuerzas de Mauricio de Sajonia habían ocupado la ciudad de Augsburgo. El papa dio inmediatamente permiso al clero para marcharse a sus casas y suspendió el Concilio. Este no volvería a reunirse en diez años; un largo período durante el cual fallecieron el emperador, el papa y el rey de Francia. Fue un importante golpe al programa para la reforma de la Iglesia: el Concilio no se congregaría de nuevo hasta 1562, mucho después de la muerte del emperador, concluyendo su última sesión a finales de 1563.

Para Carlos, el estallido del conflicto hizo que todas sus esperanzas y esquemas se desplomaran como un castillo de naipes. Había trabajado incansablemente para lograr un entendimiento entre luteranos y católicos, pero existían demasiados factores pendientes para hacer que el éxito durase. Y lo peor de todo, él había colocado a un protestante, Mauricio, al mando de sus fuerzas imperiales, y la deserción del elector resultaba fatal. Aún conmocionado, envió una carta el 4 de abril de 1552 a su hermano Fernando desde Augsburgo, «escrita —según sus propias palabras—, en la mayor perplejidad y aflicción de mente y de cuerpo».

> Al presente me encuentro sin poder ni autoridad. Me encuentro obligado a abandonar Alemania, no teniendo a nadie que me apoye allí, y demasiados oponentes, con el poder en sus manos. ¡Qué bonito final me espera para mi ancianidad!
>
> Sé bien en qué débil posición me encuentro para defenderme. Si lo demoro más tiempo, existe la posibilidad de que una mañana me encuentre capturado en mi cama. He resuelto por ello mi partida. ¿Pero dónde ir? Soy muy consciente, con lo que sea que determine, que si fallo, la falta será mía.
>
> Encontrándome en semejantes extremos, me he encomendado a Dios, preferiría que me consideraran un viejo loco, que permitir ser superado a mi anciana edad, sin hacer cuanto sea posible para prevenirlo. Si debo elegir entre una gran desgracia y un gran peligro, prefiero el peligro, y por tanto he determinado partir hacia Flandes, donde actualmente dispongo de la mayoría de mis tropas, y desde donde no estaré lejos de Alemania.

Con la ayuda de otros líderes luteranos, Mauricio reclutó un ejército de 30.000 hombres y ocupó varias ciudades imperiales. Al mismo tiempo, Enrique II de Francia envió a un ejército a Lorena. Privado de su ejército, el emperador no tuvo oportunidad de alcanzar su base de Flandes y, en su lugar, se dirigió a Innsbruck, sin fuerzas alternativas. Fernando viajó a Linz para celebrar una reunión especial con Mauricio, y logró obtener un acuerdo de tregua por un año. Pero Mauricio tenía también otros planes. Sabiendo que el emperador se encontraba indefenso, decidió enviar algunas unidades al Tirol para apoderarse de Carlos, al que se había unido Fernando, en Innsbruck. Acompañado por su hermano y el resto de su corte, la noche del 19 de mayo de 1552 el achacoso Carlos, que tuvo que ser trasladado en litera debido a que su gota le hacía imposible caminar, se vio obligado por su seguridad a huir de Innsbruck y atravesar el paso

del Brennero, en medio de una violenta tormenta de nieve primaveral. Viajando durante toda la noche y el día siguiente en dirección a Italia, el 27 de mayo lograron ponerse a salvo en Villach, Carintia.

Cuando las noticias de Alemania llegaron a España causaron gran indignación. Las nuevas de la humillación de su padre enfurecieron a Felipe. Aquellos que recordaban a Mauricio como un amigo eran los más indignados. Varios nobles castellanos, entre ellos Alba, partieron de inmediato para ayudar al emperador. Felipe intentó seguir su ejemplo; en junio escribió a Andrea Doria (que iba a transportar a Alba a Italia): «Estoy determinado de pasar a servir a S. M., y para tal efecto e querido escrivir esta, y para rogaros cuanto puedo que en llegando a Genoba me hagais tanto placer que luego bolvais con las galeras sin perder punto por que yo pueda pasar». Al final, sin duda disuadido por su padre, acabó quedándose y se dedicó a reunir hombres y dinero. Se enviaron cartas por toda España para reclutar soldados voluntarios y conseguir dinero en efectivo.

Cuando el gobierno de Venecia supo de la situación del emperador, le ofrecieron la seguridad de su asilo. Sin embargo, Carlos no perdió tiempo en organizar un contraataque. Alba llegó de Milán con 7.000 soldados españoles de infantería, y se trajeron otros tercios de Italia. Los refuerzos permitieron a Carlos y a Fernando comenzar a organizar un gran ejército desde Alemania. La necesidad de una acción militar contra la liga Esmalcalda quedó pospuesta, sin embargo, cuando Mauricio accedió a continuar las negociaciones comenzadas en Linz. Fernando representó al emperador en las conversaciones que se mantuvieron en Passau y que concluyeron con el tratado de paz firmado el 2 de agosto de 1552. Los principales firmantes fueron el Rey de Romanos por un lado y el elector de Sajonia por otro. Carlos se opuso a las condiciones, pero tuvo poca elección en una situación que claramente le era desfavorable. Según los términos del

acuerdo, toda actividad militar debía cesar; el landgrave de Hesse fue liberado de su cautiverio; la libertad religiosa y la igualdad civil fueron garantizadas tanto para luteranos como para católicos. La Paz de Passau, que se suponía solo iba a tener validez hasta la siguiente reunión de la Dieta, resultó ser una medida que llevó la tranquilidad a Alemania durante más de una generación. Carlos evidentemente, estaba molesto por la forma en que se había visto obligado a llegar a ese acuerdo que, sin embargo, juró respetar a fin de ayudar a su hermano en el gobierno de Alemania. Le escribió a Fernando: «Lo he hecho de buena gana, principalmente por el respeto que os tengo. Que Dios os conceda que sea en vuestro beneficio». El elector de Sajonia no sobrevivió mucho tiempo a estos acontecimientos. En una batalla puramente local en julio de 1553 entre el margrave luterano de Brandeburgo, Alberto Alcibiades y el ejército de Mauricio, este último recibió un disparo que le causó la muerte, con solo treinta y dos años.

El emperador decidió emplear sus fuerzas disponibles contra Francia. En el otoño de 1552 pudo contar además con la alianza de uno de los líderes de Esmalcalda, el margrave de Brandeburgo, Alcibiades. El objetivo de Carlos era arrebatar a los franceses las ciudades de Metz, Toul y Verdún, que habían ocupado seis meses antes, y la ciudad de Nancy, capital de Lorena. La estación estaba muy avanzada para comenzar una campaña, pero Alba, a quien Carlos había nombrado comandante general, estaba seguro, en contra de la opinión de otros muchos, que podría llevarse a cabo. Los partidarios imperiales comenzaron a organizar una enorme fuerza internacional compuesta principalmente por miembros de los Países Bajos, alemanes, italianos y españoles, junto con un amplio complemento de nobles de esos países. Su ejército sumaba alrededor de 50.000 hombres con otros 12.000 más aportados por Alberto Alcibiades. Carlos lamentó tener que depender de Alberto: «Dios sabe —escribió a María de Hungría

—, lo que siento al encontrarme en situación tan apurada como para tratar con el margrave, pero la necesidad no conoce ley». Uno de los generales escribió a María: «Creo que desde el día de su nacimiento Su Majestad no ha tenido tan magnífico ejército como posee ahora, ni tan grandioso, ni compuesto por soldados tan excelentes». El emperador sufría grandes dolores en brazos y rodillas a causa de su gota, pero resistió lo suficiente para poder montar en su caballo tres días antes de la batalla y cabalgar alrededor de su campamento para inspeccionarlo. Dos días después, pudo hacerlo a pie.

El primer objetivo era la ciudad imperial de Metz, donde Enrique II había nombrado como comandante al joven duque de Guisa, Francisco de Lorena, quien dirigió los trabajos que consideró necesarios para su defensa. Disponía de unos 7.000 hombres para lo que se esperaba sería un largo asedio. En octubre de 1552, la fuerza sitiadora estaba preparada y en la primera semana de noviembre las tropas de Carlos, que tenían más de cien cañones, comenzaron a bombardear la ciudad, que fue atacada desde el sudeste por los imperiales y por el nordeste por el ejército de Flandes al mando del conde de Buren. Tras una semana de bombardeo, quedó abierta una brecha de cuarenta metros en las murallas, pero cuando el humo se dispersó, los consternados sitiadores descubrieron que Guisa y sus hombres habían aprovechado los meses pasados para construir un nuevo baluarte detrás del antiguo muro. Otras secciones de muralla fueron también derribadas, siendo reforzadas con igual celeridad. El emperador tenía hombres, cañones y suministros, pero a pesar de las semanas de bombardeo sus fuerzas fueron incapaces de demoler la doble defensa. Además, los soldados comenzaron a sufrir los efectos de un invierno especialmente crudo, con continuas lluvias, hielo y nieve. Apenas quedaba dinero suficiente para evitar los motines. Una epidemia comenzó a asolar a las tropas, que desertaban por cientos.

Conocemos los detalles exactos de lo acaecido, gracias al diario de un francés que fue protagonista directo del asedio, Bertrand de Salignac, marqués de Fénelon. Tras dos desastrosos meses frente a Metz, y sin esperanzas de éxito a la vista, justo después de la Navidad de 1552, tanto Carlos como Alba comprendieron que el asedio no podía continuar. «La fortuna —declaró el emperador— es una mujer; abandona a los viejos y sonríe a los jóvenes». Bajo la cobertura de la noche, la víspera del día de Año Nuevo de 1553, se inició la retirada. Alba y el margrave de Brandeburgo dirigieron la retaguardia. Un grupo de comandantes franceses que visitó la zona desocupada contempló, según informa Salignac, «la visión de un enorme campamento asolado, dando más la impresión de que el ejército había sido derrotado y no de que simplemente se acabara de trasladar: tantos hombres muertos por donde quiera que miraras, muchos otros apenas con vida, un número infinito de enfermos gimiendo en sus catres, que habían sido abandonados en masa; por todas partes enormes cementerios recién excavados; caballos muertos esparcidos por las carreteras; tiendas, armas y equipos abandonados; en definitiva, una tragedia tan grande que despertaba la compasión incluso de aquellos que eran sus enemigos. También se encontraron doce mil unidades de pan y otros alimentos pudriéndose». Conmovido por lo que vio, Guisa ordenó enterrar a aquellos que estaban muertos, y la hospitalización de los supervivientes. A partir de entonces, Metz permanecería durante un siglo en manos de Francia.

Esa fue tal vez la mayor derrota de Carlos; al igual que sucedió en Argel, había escogido un objetivo y había fracasado a pesar de poseer un enorme ejército. Enfermo, fue trasladado hasta Thionville (donde tras la retirada también se habían almacenado allí los cañones y el armamento), y luego unos días después continuó hasta Bruselas, donde la escasez de alimentos había provocado disturbios. «El emperador está pensando en abandonarlo

todo —escribió Antonio Perrenot— y volver a España». De hecho, aún no se había alcanzado la paz, y el enfurecido emperador logró reunir nuevas fuerzas, consistentes en parte en vagabundos reclutados. Pasó el verano de 1553 dirigiendo ataques contra las ciudades de la frontera de Francia y los Países Bajos que aún estaban en manos francesas. Como parte de esta campaña, las ciudades de Thérouanne y Hesdin fueron implacablemente arrasadas. Los comandantes militares franceses dirigían los ataques contra las fuerzas imperiales a lo largo de la frontera, donde la población tuvo que soportar varios meses de absurda destrucción. En septiembre de 1553, sin embargo, se produjo un armisticio tácito debido a la incapacidad de los franceses para mantener la presión. La paz permitió a Carlos atender otros asuntos.

Antes incluso de lo de Metz, Carlos ya se sentía viejo, enfermo y deprimido. Durante algún tiempo, como veremos, había considerado la posibilidad de abdicar. En el otoño de 1552, con anterioridad al comienzo del asedio de Metz, se opuso a la idea de que Felipe fuera a Alemania con refuerzos. Ahora las cosas eran diferentes. María de Hungría persuadió a Carlos de que únicamente la presencia del príncipe aportaría algo de dignidad a sus estrecheces. En consecuencia, se envió una carta a finales de marzo de 1553 desde Bruselas. Felipe, escribió Carlos, debe venir de nuevo a los Países Bajos. «Muchas veces se os ha representado de la necesidad que teneys de cobrar crédito y amor con estos estados, dandoles con vuestra presencia y comunicacion mas satisfazion de la q tuvieron en la vuestra estada aqui, por no haveros podido conoscer tanto como fuera menester, para tenerlos contentos y ganarles las voluntades». Además, debía hacerse algo con el insoportable coste de las guerras. Había intentado no recurrir a la riqueza de América, que deseaba conservar para Felipe, «para después de mis dias para que tuviessedes de donde proveeros y faltando yo os occurriesse alguna necessidad». Era preciso discutir el tema, y también sobre la amenaza de Francia. El

príncipe tenía que acudir al norte. «Dubdo muy mucho que sin vuestra presencia y ayuda, estos estados que son de la importancia que sabeys, se puedan sostener». Luego, tras resolver esas cuestiones y la abdicación, «después juntamente pudieramos bolver a España y acabar de concluir las cosas que dias ha havemos remitido para entonces». La abdicación, y el retiro a España, ya estaban decididos.

La carta se cruzó con una de Valladolid en la que Felipe expresaba su profunda consternación ante la situación de su padre. La penosa mala salud del emperador obviamente tuvo prioridad sobre sus otros asuntos. Además, en otoño de 1553, Felipe recibió un informe confidencial sobre el estado de su padre procedente de una fuente de la corte de Bruselas:

> Según la opinión de los médicos Su Magestad dize que tiene muy corta la vida, a causa de las grandes diversidades de enfermedades que le atormentan y afflizen, especialmente en el tiempo del ynvierno y cuando los frios son grandes. Y finge estar aliviado y mejor de su salud quando está mas falto della, por que la gota le maltrata y corre a menudo por todos los miembros y junturas y nervios de su cuerpo… y el catarro le molesta tanto que le llega a vezes a los postreros terminos, y quando lo tiene ny puede hablar, ni quando habla es oydo… y las emorroides se le hinchan y atormentan con tantos dolores que no se puede rodear syn gran sentimiento y lagrimas. Y estas cosas juntadas con las pasiones del espiritu que an sido muy grandes y ordinarias le an mudado la condicion y buena gracia que solia tener, y la afabilidad, y se le a todo convertido en tanto humor malenconico [*sic*]… Y muchas vezes y ratos llorando tan de veras y con tanto derramamiento de lagrimas como sy fuera una criatura.

Aparentemente, Carlos se negaba a ver a los embajadores, o incluso a sus propios caballeros. «Su Magestad no tiene en su corte ni quiere tener hombre ninguno, señor ni perlado, a quien aya de tener respeto, ni quiere oyr negocios ni firmar los pocos que se despachan, entiendo y ocupandose día y noche en ajustar y concertar sus relojes, que son hartos, y tiene con ellos la principal quenta… Y muchos días se a ocupado en leer y oír los salmos de David».

Las depresiones, sin embargo, fueron pronto sustituidas por el entusiasmo producido por otro magnífico logro político. Felipe, ahora de veintiséis años, llevaba viudo desde 1545, cuando su esposa portuguesa María falleció al dar a luz a don Carlos. Se habían iniciado negociaciones para otro posible matrimonio portugués, pero súbitamente surgió una nueva opción inesperada. En

julio de 1553, falleció el joven rey de Inglaterra, Eduardo VI. La sucesión al trono, de un país todavía ampliamente católico, recayó sobre su soltera hermana mayor, María, de treinta y seis años. Era una oportunidad llovida del cielo para crear una alianza angloimperial contra Francia. El propio Carlos (como ya vimos) había estado brevemente comprometido muchos años atrás con María, y ahora propuso que se casara con Felipe. En agosto de 1553, su embajador Simon Renard sacó por primera vez a colación el tema a María, obteniendo su asentimiento. Una vez que el matrimonio pareció posible, Carlos contactó con Felipe, quien inmediatamente se puso a disposición de su padre. Se envió a María una copia del espléndido retrato de Tiziano de un apuesto Felipe con armadura (actualmente en El Prado). Desde el principio ella dejó bien claro a Renard lo que esperaba y lo que no de su matrimonio. «Si Felipe tiene disposición a mostrarse amoroso —le dijo— ese no era su deseo, pues tenía la edad que su Majestad conocía y nunca había abrigado pensamientos de amor». Ella le amaría y obedecería, «pero si él pretendía usurparla en el gobierno del país, ella no iba a permitirlo». Una unión dinástica entre España e Inglaterra, que ya había fracasado una vez en el caso del matrimonio entre Catalina de Aragón y Enrique VIII, prometía ahora aportar nueva vida a los esquemas del emperador y crear una sorprendente nueva alianza entre dos potencias atlánticas.

La posibilidad de la unión generó la súbita alarma no solo en Francia, que se enfrentaba a la posibilidad de ser rodeada por sus más constantes enemigos, sino también en la propia familia Habsburgo de Carlos. En Viena, el Rey de Romanos había estado elucubrando sobre la posibilidad de que su hijo menor, Fernando, contrajese matrimonio con la princesa inglesa, y no se sintió muy complacido por la inesperada y temprana muerte de Eduardo VI. Pero los arreglos se llevaron a cabo rápidamente. El matrimonio por poderes entre María y el príncipe de España se

efectuó en la primavera de 1554, y en julio, la flota de Felipe con una enorme escolta de oficiales, señores y damas, y un ejército de 4.000 soldados, desembarcó en la lluviosa y ventosa Southampton. La boda se celebró, con el debido esplendor, en la catedral de Winchester el 25 de julio, festividad de Santiago, patrón de España.

De acuerdo con los expresos deseos de su padre, en los meses posteriores a su boda, Felipe se abstuvo escrupulosamente de interferir en los asuntos domésticos ingleses, y se dedicó diligente a la política de España, Italia y América. En ninguna de esas áreas sus puntos de vista coincidían con los de su padre. Felipe había aceptado obediente la propuesta de Carlos del matrimonio inglés. Pero en cuestiones de gobierno, que en realidad llevaba en sus manos más de diez años, su perspectiva era considerablemente diferente e independiente. Carlos, ansioso porque su hijo viajara a Bruselas y le permitiera proceder con los planes de abdicación, envió a Londres en 1554 a su secretario Francisco de Eraso con un mensaje. En su réplica de septiembre, Felipe explicaba por qué iba a producirse un retraso antes de acudir a su lado.

El afianzamiento de la religión católica en Inglaterra (a lo que él había contribuido de forma sustancial), estaba yendo muy bien, dijo. A finales de septiembre, continuaba su carta, él y María habían dejado Hampton Court por Londres. El 30 de noviembre presidieron una emotiva sesión conjunta del Parlamento en la que la reconciliación de Inglaterra con Roma, después de veinte años de cisma, se elevaba a rango de ley. Aunque «yo deseo tanto besarle las manos y verle e comunicarle, le torno a suplicar tenga por bien que acabado lo sobredicho pueda pasar allá». Además, «por estar la reyna preñada havra mas comodidad, y pienso que seria bien por enero». No se mostraba, como algunos han supuesto, ansioso por escapar de Inglaterra y de María.

En cuestiones específicas de política, le confesó a su padre que se sentía obligado a disentir de él. Uno de los asuntos era si el

empleo de mano de obra de los indios de América, conocido como *repartimiento*, debía ser concedido a los colonos como un derecho. Tenía ante él la opinión de los teólogos en España. También en Londres había constituido una junta especial de doce miembros, que debatió el asunto durante tres días. La discusión fue tan violenta que un par de participantes casi llegó a las manos. Los dos —ambos capellanes del príncipe— eran el fornido y de cejas pobladas Bartolomé Carranza, amigo de Las Casas y el corpulento confesor franciscano del rey, Bernardo de Fresneda. Felipe no mencionó el conflicto, solo la resolución del comité. «Paresce que la mayor parte de los unos y los otros concurren en que se deve e puede hazer lo del dicho repartimiento y perpetuidad, y que ningun otro medio ay para la conservacion e pacificacion de aquellas tierras». Entonces enumeró otras razones para su conclusión. «Por todas estas causas e otras, estoy determinado en ello para que se ponga en execución». En una nota al margen para el secretario Eraso, garabateó: «Decid a Su Magestad con toda instancia que de otra manera no se podría tratar este negocio». Era un espinoso problema que Felipe no quiso forzar, y que permitió a todo el mundo discutir durante dos años más. No fue hasta septiembre de 1556 cuando comunicó al Consejo de Indias (firme opositor a la idea) que, «me he resuelto en concederlo y mandarlo poner en ejecución sin más dilación». Había un poderoso motivo que indujo a hacer esa concesión. Los colonos habían ofrecido a la corona cinco millones de ducados en oro. Felipe explicó los motivos al consejo: «No me pudiendo socorrer de otra parte para pagar lo mucho que se debe».

En cuanto a recabar fondos para una futura guerra contra Francia, Felipe escribió a su padre, se oponía a recaudar ningún dinero de los Países Bajos. Esta era, según sentía, «la primera jornada en que me havria de hallar y ganar o perder reputación, para lo presente y porvenir, e donde todos tienen puestos los ojos; y de más desto haviendo de enprenderse por la parte de aquellos

estados que mas conveniere no querría en ningun caso que se les pidiese nuevos servicios».

Finalmente, insistió en que los funcionarios de Carlos en los estados italianos, los cuales estaban ahora definitivamente en sus manos, respondieran únicamente ante él. «Pues no es raçon que aviendome Su Magestad hecho esta merced entiendan los de aquellos estados que no tiene mas que el nombre y que el efecto es el mismo que antes que Su Magestad me la hiziese». La cuestión era importante pues, en breve, Felipe iba a intentar utilizar la fuerza en Italia para resolver diferencias con el papado. Comprometido como estaba en llevar las guerras de su padre a su fin, lamentó el giro de los acontecimientos en Siena, donde hubo que emplear tropas españolas para sofocar una revuelta. «Yo querría mucho justificar mis actiones para con el mundo, de no pretender estados agenos», informó a Carlos poco después, «pero tambien querria que se entendiese de mi que he de defender aquello de que V. M. me ha hecho merced».

Carlos hacía tiempo que había aceptado la línea independiente emprendida por su hijo. Se tragó sin poner reparos la política italiana de Felipe. Pero sí hizo constar su desacuerdo con la decisión sobre los indios. Carlos, al igual que Las Casas, creía que estaba implícito un profundo principio moral. Felipe estaba de acuerdo con ellos en lo referente a ese principio, pero entendía la fuerza de los argumentos de sus consejeros respecto a que si no se hacían concesiones se exponían a una rebelión permanente. Carlos escribió: «Yo nunca he estado bien en esto, como sabe, y lo he querido siempre escusar». Mientras continuó siendo rey, nunca quiso poner su firma en esa decisión. Sería mejor si Felipe esperaba a que Castilla y las Indias pasaran a su poder; entonces estaría libre para seguir adelante. «Lo podra hazer a su voluntad y como cosa suya, y firmar los despachos, y a mí me quitará deste escrupulo».

La estancia de Felipe en Inglaterra duró poco más de un año. Tenía previsto cruzar hacia Bruselas en la primavera de 1555 para consultar con el emperador, pero le retuvo el supuesto embarazo de María. La reina había ganado peso y Felipe la trataba con respeto, pero las dudas sobre su preñez quedaron muy pronto confirmadas. Hacia el verano, en la corte todos habían asumido que ese niño era «solo aire». Felipe escribió con tristeza a su primo el archiduque Maximiliano, que se había casado con su hermana María: «El preñado de la reyna que teníamos por tan cierto no lo ha sido. Mejor lo hazen Vuestra Alteza y my hermana que ella y yo».

Tan pronto como todo el mundo se reconcilió con la realidad de que no se esperaba ningún heredero, Felipe aceleró su partida. El grueso de su corte se quedó en Londres. El 29 de agosto se despidió de la reina en Greenwich. María estaba desconsolada. Al despedirse, trató de contener las lágrimas. Mientras su grupo partía en barcazas río abajo, la reina regresó a sus aposentos. «Asomándose a una ventana que tenía vistas sobre el río, dio rienda suelta a su pesar con un torrente de lágrimas, y ni una vez abandonó la ventana mientras él estuvo a la vista». El rey se mantuvo en lo alto de su barcaza para que pudieran distinguirlo bien, y agitó su sombrero como gesto de despedida. Su numerosa comitiva, que incluía una buena parte de su consejo privado inglés, avanzó lentamente. La brisa del río fue un agradable alivio al agobiante calor de ese verano, que había provocado incendios forestales en el sur de Inglaterra. En Dover, los fuertes vientos retrasaron el embarque hasta el 4 de septiembre, pero luego apenas tardaron tres horas en hacer la travesía a Calais. El día 8 se reunió con el emperador en Bruselas. «El rey de Inglaterra llegó aquí ayer», escribió un testigo, «se encontraba inusualmente animado y tan gentil con todas las damas que tuvo su sombrero en la mano casi incesantemente».

Felipe regresó a unos Países Bajos que, una vez más, estaban en guerra con Francia. En junio de 1554, Enrique II en persona lideró a su ejército a través del Mosa emprendiendo una campaña de hostigamientos a lo largo de la frontera. Comenzó por la toma de la fortaleza de Marienbourg que Carlos había pretendido establecer como centro de defensa. Los movimientos siguientes parecían ser más una campaña personal contra la regente María de Hungría, debido a los daños que sus fuerzas habían ocasionado contra su propiedad en Picardía. En julio, las tropas francesas atacaron y saquearon deliberadamente el magnífico palacio renacentista que María había construido en Mariemont, para a continuación dirigirse a su hermoso castillo renacentista de Binche, prendiéndole igualmente fuego. Los hombres de Carlos se apresuraron a acudir a Binche mandando refuerzos desde Bruselas, pero llegaron demasiado tarde para salvar el edificio; afortunadamente, la mayoría de sus inapreciables tesoros pudo salvarse a tiempo. Un testigo presencial francés escribió: «¡Era descorazonador ver tantos espléndidos edificios destruidos!».

La gota impedía a Carlos moverse y durante las siguientes semanas la campaña se atenuó ligeramente, lo que permitió a Enrique II regresar a París y desarrollar nuevos planes sobre cómo agitar la situación en Italia. Carlos aprovechó el respiro para ordenar la construcción en la frontera de dos nuevas fortalezas, una llamada Philippeville y otra Charlemont, bautizadas así en honor al hijo y el padre.

Además, el 6 de junio de 1554, redactó en Bruselas un nuevo testamento. Sería el último, y el tercero realizado tras el del 22 de mayo de 1522 (en Brujas) y el de 28 de febrero de 1536 (en Madrid). En 1539 también había añadido codicilos a sus anterio-

res testamentos, al igual que en 1540, cuando confirmó mediante un codicilo la concesión del ducado de Milán a su hijo Felipe. El único documento posterior relevante fue el codicilo que añadió el 9 de septiembre de 1558, justo antes de su muerte, en Yuste. Entre los testigos presentes en 1554 se encontraban Antonio Perrenot, Guillermo de Nassau y otros señores de la casa imperial. Obligado por las nuevas circunstancias de su hijo como gobernante de Inglaterra, el testamento nombraba a Felipe heredero universal de todas las posesiones de la monarquía de España, y todas las provincias de los Países Bajos. En defecto de Felipe, el heredero sería don Carlos. El testamento incluía además cuatro documentos que únicamente debían ser abiertos por Felipe o sus herederos; uno de ellos revelaba la existencia del hijo de Carlos, don Juan, un joven al que ya mencionamos y del que enseguida nos ocuparemos. No era, en ningún caso, un momento inadecuado para mirar hacia el futuro, ya que la muerte iba a afectar a Carlos de otra forma. El 12 de abril de 1555, su madre la reina Juana, con quien teóricamente había sido corregente de España durante su reinado, murió a la edad de setenta y tres años en Tordesillas. Por primera vez, Carlos era el indiscutible rey de España. Fue una irónica evolución de los acontecimientos el que por fin accediera plenamente al trono justo unas semanas antes de abdicar de él.

La guerra con Francia todavía seguía candente. Las continuas ambiciones francesas en Italia amenazaban la posición española allí. La situación aún empeoró más con una revuelta antiespañola en la ciudad de Siena que no fue sofocada hasta abril de 1555. El curso de los acontecimientos en Italia era difícil de manejar desde Alemania, donde Carlos se encontraba, o desde Inglaterra, donde Felipe trataba de establecerse. La solución más obvia era enviar a Alba, quien recibió el nombramiento, en abril de 1555, de capitán general de Italia, gobernador de Milán y virrey de Nápoles. El embajador de Venecia en Londres comentó que esa

designación le otorgaba «plenos y absolutos poderes como si fuera el rey en persona». Alba viajó de Londres a Bruselas, desde donde escribió informando al príncipe: «Yo llegué aquí el miércoles 24 en la noche, otro día por la mañana fuy a besar la mano a S. M., halléle más gordo que yo le dejé ahora dos años».

Ciertamente Carlos tenía motivos para estar preocupado por los sucesos en Italia. En el año 1555, surgió una nueva complicación cuando el cardenal de ochenta años, Gian Piero Caraffa, fue elegido papa en mayo, adoptando el nombre de Pablo IV. Con el fin de fortalecer la influencia de su propia familia, el papa emprendió una persecución de otras nobles familias romanas, algunas de ellas —como los Colonna— aliadas del emperador. Sus acciones políticas y sus arrebatos verbales iban cada vez más dirigidos contra el emperador y sus aliados. Enrique II de Francia no pudo sino regocijarse por ello, y en octubre de 1555 cerró una alianza oficial con el papa. Una nueva guerra en Italia parecía inevitable.

Sin embargo, Carlos trató de negociar con Enrique, valiéndose del cardenal Pole de Inglaterra como mediador. Se mantuvieron conversaciones entre las partes en la abadía de Vaucelles, en Cambrésis, y en enero de 1556 se acordó una tregua, que Felipe firmó como rey de España. Su propósito era establecer una paz de cinco años de duración. De acuerdo con la tregua, los emisarios de Enrique II visitaron al emperador en el pequeño palacio del parque donde residía en Bruselas. Allí le entregaron una carta, que debido a la gota que afectaba a sus manos no pudo abrir, teniendo que hacerlo por él el obispo de Arras. Carlos declaró, sonriendo: «¿Qué les parece? ¡No sería el caballero ideal para ajustar y romper una lanza, yo que no puedo ni abrir una carta!». Felipe aún se encontraba en Bruselas, donde hizo de anfitrión de su cuñado el rey de Bohemia y su familia. Fernando había prometido acudir tan pronto como pudiese para poder despedirse de

su hermano. Las semanas se sucedieron y finalmente Carlos decidió que no podría retrasar más su partida.

La Paz de Vaucelles no duró demasiado. Alba estaba ahora al servicio de Felipe, no del emperador, y en Italia hubo de enfrentarse a una compleja situación. Para empezar, se aseguró de que Milán se encontrase a salvo antes de abordar la siguiente etapa de su viaje, la de su virreinato en Nápoles. En julio de 1556 Pablo IV, cuyo odio por los Habsburgo se había convertido en una obsesión que bordeaba la locura, declaró que el reino de Nápoles era feudalmente dependiente del papado y que a pesar de la concesión del emperador, Felipe II no podía ser rey de Nápoles sin aceptar primero el protectorado papal. Era un acto de guerra deliberado, y Alba creyó que no podría ser considerado el agresor si devolvía el golpe. En la primera semana de septiembre de 1556, partió de su virreinato de Nápoles con un ejército de 12.000 hombres, entre ellos Marco Antonio Colonna y los príncipes en disputa con el papa. Los ciudadanos de Roma se mostraron aterrorizados ante la posibilidad de un nuevo saqueo de la ciudad como el sufrido en 1527. Pablo IV rápidamente sugirió entablar conversaciones, y en noviembre se acordó una tregua mediante la intervención del tío de Alba, el cardenal Juan de Toledo. Pero era solo un subterfugio, pues casi enseguida el papa pudo contar con la ayuda de Francia, cuyas tropas al mando del duque Francisco de Guisa entraron en Italia en enero de 1557. Guisa circunvaló Milán y, tras visitar al papa en Roma, se dirigió directamente hacia el sur. Las tropas de Pablo IV capturaron las ciudades de Tívoli y Ostia, y los franceses invadieron Nápoles.

En Alemania, por el contrario, los acontecimientos avanzaban hacia una resolución de los conflictos pasados. Carlos había delegado desde hacía tiempo los asuntos alemanes en manos de su hermano, y ahora le confirmó que la mejor forma de seguir adelante era continuar la estrategia representada por la Paz de Passau en 1552. Debía detenerse la herejía, pero no había modo de que

una solución militar pudiera funcionar en Alemania. Escribió a Fernando: «En lo tocante al creciente desarrollo de los asuntos del imperio en esta Dieta, ahora resulta claro que a menos que Dios mismo intervenga para abrirles los ojos, solo cabe concluir que los príncipes y estados deben dejarse a su propia perdición».

Después de décadas de disturbios políticos y religiosos en los estados alemanes, Carlos V ordenó que se convocara una Dieta General en Augsburgo, en la que los distintos estados podrían discutir el problema religioso y su solución. A Carlos no le era posible asistir en persona, por lo que delegó su autoridad en su hermano Fernando para que actuara con plenos poderes en su nombre. Las sesiones comenzaron el 5 de febrero de 1555, y después de numerosos desacuerdos y conflictos convinieron en varios principios que fueron aceptados como la Paz de Augsburgo el 25 de septiembre. En todas las medidas que había tomado hasta el *Interim* de 1548, Carlos llevó a cabo enormes esfuerzos para atender los aspectos religiosos del problema en Alemania, tratando de entrar en los detalles de las creencias religiosas y la necesidad de reformas para curar las divisiones. En 1555, en cambio, el Rey de Romanos pretendió instaurar exclusivamente una paz civil que apartara el peligro de una ulterior guerra. Los principios aceptados por la Dieta apenas mencionaban la religión, aunque admitían las divisiones existentes. La paz estableció un principio que más tarde sería resumido en la frase *cuius regio, eius religio*, es decir, la religión del gobernante determinaría la religión de sus súbditos, asegurando por tanto la unidad religiosa dentro de un estado. Los súbditos que no estuvieran de acuerdo con la religión del príncipe tenían permiso para marcharse. Algunas otras cláusulas de la Paz fijarían principios que solo el tiempo ayudaría a aclarar. El defecto más importante del acuerdo fue el reconocer únicamente las fes existentes, católica y luterana, sin hacer mención a la creciente diversidad de expresiones religiosas en Alemania, en concreto al ascenso del movimiento calvinista.

En medio de todos estos acontecimientos, el panorama general de la política europea estaba cambiando, mientras Carlos pasaba de la idea del testamento al acto más radical de una abdicación. La opción de renunciar al poder estuvo siempre motivada por su mala salud, haciéndose firme a principios de 1554, cuando escribió a Felipe anunciándole que esperaba «esforzarme quanto fuere posible para irme por agosto ó setiembre». No obstante, llevaba pensando en esa posibilidad ya desde 1540, cuando se lo mencionó a su hermana María; y en una entrevista con un diplomático portugués, él mismo declaró haber estado pensando en ello desde hacía cinco años, en 1535. Como hemos visto, en 1542 comentó la posibilidad a su amigo el virrey de Cataluña, Francisco de Borja. En esa época estaba comenzando a atravesar fuertes períodos de depresión. El embajador veneciano Navagero informó en 1546, poco antes de Mühlberg: «Siente el paso de la edad y el aumento de sus enfermedades de gota y asma, que gradualmente están consumiendo su fuerza y energía, privándole prácticamente de toda esperanza de estar presente en persona en cualquier futura empresa. En breve, según me ha contado alguien íntimamente familiarizado con sus sentimientos, su deseo e intención es retirarse a España durante el resto de su vida, y delegar todos los asuntos públicos en su hijo».

En la década de 1550, decidió como siempre consultar a la familia. Leonor y María trataron de disuadirle. María, tras llevar un cuarto de siglo como regente, ya había decidido renunciar a sus obligaciones. Y así manifestó libremente su intención a su hermano: «Quienquiera que guíe el gobierno de estas provincias debe mezclarse con tanta gente como sea posible, a fin de ganarse la simpatía tanto de la nobleza como de la burguesía. Pues estos países no conocen la sumisión que resulta imprescindible en una monarquía, y sin embargo tampoco constituyen una oligarquía o una república propiamente dicha. Para una mujer, especialmente si es viuda, no es factible mezclarse libremente con la

gente. Llevada por las necesidades, yo misma he tenido que hacer un mayor esfuerzo a este respecto del que realmente deseaba. Es más, una mujer nunca es tan respetada y temida como un hombre, cualquiera que sea su posición».

Carlos escribió a Fernando, quien también mostró su desacuerdo ante la abdicación. Además, consultó de forma confidencial a teólogos y abogados sobre las posibles implicaciones morales y legales. La presencia de Felipe en Bruselas se hacía necesaria para consultar con él su ya firme decisión de abdicar, aunque nada de lo que Felipe objetó fue suficiente para hacerle cambiar de idea. Una abdicación constituía un hecho sin precedentes, que sin duda debió conmocionar a la opinión pública en Europa.

Por entonces, su frágil salud estaba afectando a todas las decisiones del emperador. Había sufrido de vez en cuando diversas enfermedades, incluyendo asma, epilepsia y trastornos digestivos, pero la dolencia decisiva fue la gota. De acuerdo con su testimonio recogido en sus memorias, parece que tuvo el primer ataque importante de gota cuando aún era un hombre joven, en 1528. A partir de entonces, los ataques fueron de suficiente importancia como para no poder olvidarlos: hubo posteriores achaques en 1529, 1532, 1534, 1535 y de ahí en adelante a intervalos regulares, cada una de las veces incapacitándole para realizar una actividad normal. En 1543, escribió a Enrique VIII explicándole la razón de no haber podido asistir a una reunión militar: «La gota ha desatado tal guerra en mí que me he visto incapaz de tomar parte en ningún otro tipo de guerra». Solo en el año de 1546, padeció tres graves ataques de esa enfermedad, debiendo cada vez cancelar todos los compromisos durante varias semanas y, en una ocasión tuvo incluso que pasar varias semanas confinado en su dormitorio, como sucedió en los meses de agosto, septiembre y octubre de 1551 en Augsburgo. Recurrió a numerosos hombres de ciencia, incluyendo a su médico habitual el

doctor Cornelio de Baersdorp, para que le asistieran. Pero también tuvo la suerte de contar con los servicios de uno de los más destacados médicos de su tiempo, el flamenco experto en anatomía Andrea Vesalio, quien desde 1546 se encargó de cuidar su gota haciendo uso de una raíz china, una planta recién importada recomendada para tratar distintas enfermedades como la gota, el reumatismo y la sífilis. Desde ese momento, la carrera del famoso anatomista se centraría en el emperador y su corte. Aunque no era más que uno de los muchos médicos que atendieron a Carlos V durante sus últimos doce años de reinado, le acompañó prácticamente a todas partes. Estaba muy bien considerado por el emperador, ya que este frecuentemente se veía aquejado no solo por la gota, sino también por el asma, las hemorroides y el reumatismo.

Los preparativos para la gran ceremonia continuaron adelante. Los altos funcionarios de los Países Bajos, y los delegados de los Estados Generales, recibieron instrucciones de reunirse a mediados de octubre. El persistente mal tiempo les obligó a retrasar la fecha hasta el 25 de octubre de 1555. Se enviaron invitaciones a los miembros de la familia Habsburgo, a los caballeros del Toisón de Oro, y a los príncipes vecinos. La tarde del día señalado, el emperador vestido de riguroso luto por su madre, y acompañado por Felipe y un pequeño grupo de asistentes, salió de su pequeña residencia en el parque, y cabalgó lentamente a lomos de una mula atravesando Bruselas hasta el gran salón del palacio real.

El salón estaba abarrotado de dignatarios procedentes de los Países Bajos y de reyes y nobles del resto de Europa, que sumaban casi un millar. Aquellos que no tenían asiento se quedaron de pie al fondo. El emperador hizo su entrada caminando lentamente. Su mano izquierda apoyada en un bastón, y la derecha posada en el hombro del príncipe de Orange. Detrás de ellos, iban Felipe, María de Hungría, el duque de Saboya, los caballe-

ros del Toisón y los altos funcionarios de Borgoña. El emperador subió al estrado y tomó asiento. Felipe se sentó a su derecha y María a su izquierda. Carlos se levantó, se quitó el collar del Toisón de Oro que lucía y lo colocó en el cuello de su hijo, nombrándole gran maestre de la orden. El canciller de Brabante comenzó entonces a explicar detenidamente (en un texto que previamente había preparado con Carlos) el propósito de la sesión, los estragos de la enfermedad del emperador que había empeorado con el clima frío del norte, y cómo necesitaba regresar a España, de la que llevaba ausente doce años. En nombre del emperador, expuso la decisión de pasar el gobierno de las provincias a Felipe, expresó su agradecimiento a María de Hungría por los muchos años que había gobernado el país, y exhortó a las provincias a permanecer unidas y respetar la religión católica. Entonces el emperador, todavía sentado debido a sus achaques, se colocó sus anteojos y echó un rápido vistazo a algunas notas que llevaba en la mano. Alzó la cabeza y comenzó a hablar, en francés.

«Aunque todos mis propósitos ya os han sido explicados —dijo—, debo añadir unas breves observaciones». Antes de anunciar su decisión hizo un breve y conmovedor resumen de su vida y sus luchas. «Nueve veces fui a Alemania la Alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra África… sin otros caminos de menos cuenta. Y para esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo y tres el Océano de España, y agora será la cuarta que volveré a pasarlo para sepultarme». «Sé, caballeros —terminó el emperador— que en mi larga vida he errado muchas veces, ya fuera debido a mi juventud, mi ignorancia, mi negligencia, o por otros defectos. Pero puedo asegurarles que nunca he causado conscientemente violencia o injusticia a uno solo de mis súbditos. Si, a pesar de todo, eso ha ocurrido, no ha sido con intención sino

por ignorancia y lo lamento y suplico perdón por ello». Mientras hablaba, el enviado inglés observó que no había «un solo hombre en toda la asamblea que no derramase abundantes lágrimas». La ola de emoción abrumó también a Carlos, que comenzó a llorar.

El emperador ordenó a su hijo que se arrodillara ante él, le tomó la mano y le besó. Posó sus manos sobre la cabeza de Felipe y lo bendijo, y luego dirigiéndose a él en español, le transfirió la autoridad como gobernante de los Países Bajos. El príncipe entonces se levantó y aceptó, en español, las obligaciones que se le encomendaban. Sin embargo, limitó su propia intervención ante la asamblea a pedir disculpas, con unas pocas y titubeantes palabras en francés, por el hecho de no poder hablar su lengua, la oficial de los Estados Generales. El obispo de Arras, declaró, hablaría en su nombre. Antonio Perrenot pronunció entonces el discurso de Felipe. A continuación, María dijo unas pocas palabras. Al final de la ceremonia, Carlos invistió oficialmente a su hijo como nuevo soberano de los Países Bajos. En su breve discurso, María de Hungría explicó a los Estados Generales que con la sucesión de Felipe ella renunciaba a los poderes que había ejercido durante veinticinco años. Posteriormente, en el mes de enero, Felipe nombraría como gobernador de los Países Bajos al joven duque de Saboya, Manuel Filiberto.

Los otros actos de abdicación, tres en total, se llevaron a cabo tres meses más tarde, en la pequeña residencia del parque. A menudo se ha declarado que Carlos «repartió» sus territorios como si estuviera sirviendo raciones de una tarta. Lo que sucedió fue algo mucho más sencillo: simplemente estaba llevando a efecto decisiones que se habían tomado mucho tiempo atrás. La vasta extensión de los territorios sobre los que había gobernado y que ahora cedía, no tenía precedente en la historia de las dinastías europeas. A través de su padre había heredado trece provincias en los Países Bajos, entre ellas cuatro ducados y siete condados; durante su reinado se anexionó cuatro territorios más, haciendo

que el número creciera hasta un total de diecisiete. A través de su madre había heredado Castilla y los territorios de ultramar, incluyendo aquellos del Nuevo Mundo; así como los reinos de la corona de Aragón, los territorios italianos de Nápoles y Cerdeña y varios fuertes en África. De su abuelo Maximiliano había heredado los territorios de la familia Habsburgo en Austria, además de otras tierras en Suabia y Franconia, y de Margarita de Saboya el Franco Condado. Dado que ninguno de esos inmensos territorios había sido nunca integrado con los otros, no resultó un problema renunciar al control sobre cada uno de ellos individualmente.

El 16 de enero de 1556, el secretario español Francisco de Eraso autenticó el acta notarial que transfería Castilla y sus dominios a Felipe. Una nueva acta le transmitió la corona de Aragón y una tercera hizo lo propio con Sicilia. Todos los nobles españoles que habían acudido a Bruselas, entre ellos el duque de Medinaceli y el conde de Feria, estaban allí para presenciar el acto y besar la mano del monarca saliente. Debemos recordar que los dos reinos más importantes de España en Italia, es decir Milán y Nápoles, ya habían sido transferidos legalmente a Felipe. Posteriormente, en un documento confidencial, Carlos cedió a su hijo la autoridad sobre los territorios del Sacro Imperio Romano en Italia. Esto (como Perrenot explicó cuidadosamente años más tarde) contravenía el acuerdo pactado en Augsburgo, por el que solo Fernando podía conceder el «vicariato». Consciente de ello, Felipe nunca hizo uso de ese privilegio. En España, el ausente Felipe fue proclamado rey el 28 de marzo, en la plaza mayor de Valladolid.

Aún quedaba por transferir otro importante territorio. El 5 de febrero, Carlos le transmitió la provincia del Franco Condado, la otra parte que integraba el ducado de Borgoña. La información fue comunicada a los Estados Generales de esa provincia en su capital, Dôle; pero resultó que el nuevo monarca, Felipe, nunca

encontró la oportunidad de visitar la provincia. Desde la primavera de 1556, Felipe era gobernador del imperio más extenso del mundo, comprendiendo España, Inglaterra, América, los Países Bajos con el Franco Condado y la mitad de Italia.

Para completar los acuerdos dinásticos respecto a Alemania, Carlos necesitaba celebrar una última reunión con su hermano. Como ya hemos visto (capítulo 5) en 1531 había transferido a Fernando la mayor parte de su autoridad en los territorios alemanes. A mediados de julio de 1556, el rey de Bohemia, Maximiliano, y su esposa (la hija mayor de Carlos, María) llegaron a Bruselas, donde fueron recibidos por Carlos y Felipe. Su estancia se prolongó varias semanas, durante las cuales se organizaron innumerables festejos. En su correspondencia, Carlos dejó claro a Fernando su deseo de abdicar igualmente del imperio, pero este último insistía firmemente en que no deseaba aún esa dignidad, pues no podía garantizar que los electores estuvieran a favor de semejante transferencia. Se alcanzó un compromiso en el que Carlos retenía el título formal (una decisión que le urgieron a tomar sus hermanas y Felipe), pero cedía a Fernando el gobierno efectivo y la administración del imperio y de todos los territorios de los Habsburgo. «Conservaré el título —escribió Carlos al Rey de Romanos el 8 de agosto—, aunque si puede encontrarse algún modo de dejar todo a un lado, ese sería mi mayor deseo». Como pronto veremos, Fernando no asumió oficialmente la corona imperial hasta mayo de 1558.

El 14 de agosto, Carlos y sus hermanas dejaron Bruselas con destino a Gante; dos días más tarde, se les unieron Felipe y Maximiliano. Leonor y María habían decidido que irían con él. Conocemos los motivos por los que acompañaron al emperador gracias al emotivo memorándum que María le presentó justo antes de su abdicación:

> Incluso si yo fuera gobernante del más hermoso y poderoso país del mundo, desearía dejar mi corona para poder pasar el resto de mi vida como un individuo anónimo y servir a Dios lo mejor posible,

> sin involucrarme de ningún modo en la vida pública. Así confío en poder vivir, si Su Majestad me concede ese favor como una recompensa por los servicios que he prestado.
>
> Como recordará hace algunos años le dije que desde mi viudedad había deseado ir a España para consagrarme a la Reina, nuestra madre, recientemente fallecida. Dado que la reina de Francia también ha enviudado, y hemos podido llegar a conocernos íntimamente, ella me ha asegurado en varios momentos que renunciaría a la posibilidad de estar cerca de su hija que le ofrecería vivir en España (donde además se sentiría más feliz que aquí), antes de abandonarme; y que si yo no sintiera el deseo o no tuviera la posibilidad de ir a España, había decidido vivir donde yo lo hiciera, y renunciar a su hija y a sus propias preferencias por las mías. En vista de su deseo, y por el amor fraternal que le profeso, ciertamente me consideraría una ingrata si no me acomodara a sus preferencias.
>
> Además si marcho con ella a España, alcanzaré tres propósitos muy deseados, aparte de la satisfacción de vivir en tan agradable compañía. En primer lugar, estaré cerca de Vuestra Majestad, que es la mayor dicha que puedo imaginar. En segundo lugar, me retiraría a un lugar más seguro que esta región, que está continuamente en guerra, y en tercero tendría más paz, al haber podido traspasar por fin todos los asuntos del gobierno.

A mediados de agosto las comitivas reales combinadas dejaron Gante y llegaron al puerto de Souburg en la isla de Walcheren en Zelanda. El emperador despidió a la mayor parte del personal de su casa enviándoles a servir con su hermano Fernando. No fue en modo alguno un proceso simple; ese verano los empleados de su casa sumaban más de cuatrocientas cincuenta personas, sin contar con el numeroso cuerpo de guardia, en su mayoría belgas y españoles. Se quedó con solo ciento cincuenta sirvientes, la mitad de ellos procedentes de los Países Bajos; los españoles incluían a Martín de Gaztelu, uno de sus secretarios, y Luis de Quijada, que había servido como soldado a su lado durante treinta y cinco años. También les acompañó el experto italiano encargado de mantener la colección de relojes de Carlos. La guardia militar que llevó consigo a España ascendía a un total de noventa y nueve miembros, de los cuales diez murieron en el mar durante la travesía. Ordenó a su médico desde hacía mucho tiempo, Cornelio de Baersdorp que pasara al servicio de sus dos hermanas, y en su lugar tomó a un joven doctor de Brujas, Henri Mathys. María y Leonor habían informado a las damas y caballeros de sus respectivas cortes de la inminente partida, despidiendo a la mayoría del servicio de sus casas.

A primeros de septiembre, los miembros principales de la nobleza, entre ellos Maximiliano, el rey de Bohemia, Antonio Perrenot y Guillermo de Orange, se presentaron para despedirse.

Carlos le entregó a Orange un acta firmada en latín que debía presentar a la Dieta Imperial, confirmando que transfería todos sus poderes a su hermano y liberando de sus obligaciones a todos los que hubieran prestado juramento de lealtad hacia él. Hasta que alguien fuera elegido formalmente, Carlos continuaría siendo emperador. Sin embargo, la partida a España, hubo de ser retrasada a falta de vientos favorables. Felipe aprovechó la oportunidad para acercarse el 17 de septiembre a hacerle una última visita a bordo. La despedida se produjo entre abrazos y lágrimas. Ese mismo día, los navíos se hicieron a la mar.

Dos pequeñas flotas escoltaban al emperador: una, consistente en quince navíos vascos y asturianos, estaba comandada por el vasco Luis de Carvajal; la otra compuesta por diecinueve navíos flamencos, incluía ocho buques de guerra y estaba capitaneada por un flamenco. Los barcos transportaban no solo un formidable número de personajes de la élite, sino también las impresionantes y voluminosas vajillas de oro y plata de las casas del emperador y de sus hermanas, así como algunos cuadros de Tiziano de la colección de pintura de Carlos. Las joyas personales, diamantes y perlas se quedaron todas atrás. El 15 de septiembre de 1556, Carlos V subió a bordo del navío vasco llamado *El Espíritu Santo*, mientras sus hermanas lo hacían en el buque insignia de la flota de los Países Bajos, *Le Faucon* (El halcón). Durante dos días más el persistente viento del sudoeste obligó a las dos flotas a permanecer fondeadas cerca del fuerte de Rammekens. Pero en la tarde del 17 de septiembre, una brisa fresca del noroeste hinchó las velas y lentamente la escuadra se alejó de la costa de los Países Bajos que ni Carlos ni ninguna de sus hermanas volverían a ver.

Excepcionalmente, fue un viaje muy tranquilo. El 28 de septiembre, la pequeña flota de barcos arribó a Laredo. Desembarcaron en el momento justo, porque al día siguiente una tormenta azotó la costa y los barcos que transportaban los efectos perso-

nales tuvieron que trasladarse a Santander para poder descargar. Durante los días posteriores el tiempo no fue favorable. «Después que S. M. llegó a este lugar —escribió el secretario del emperador desde Laredo—, nunca ha hecho sino llover, con muy gran tormenta en la mar». Desde allí la comitiva imperial, seguida un día después por el grupo de sus hermanas, emprendió camino hacia el sur. Luis de Quijada, que se encontraba con el emperador, se quejó: «Llueve que no hace otra cosa, y hay malos caminos y peores alojamientos. Dios nos ayude, que trabajo se pasará». Sin embargo, también había informado de que «viene S. M. muy bueno; paréceme que ha muchos años que no le he visto con tanta salud».

Cuando Carlos llegó a Valladolid fue recibido por los nobles y la corte, pero estaba ansioso por continuar viaje, y llegó a Jarandilla, cerca del monasterio de Yuste, a mediados de noviembre. A veces viajaba en silla y otras en litera. La construcción de la pequeña residencia (que él denominaba «aposento») que había planeado junto al monasterio, aún no estaba terminada, y tuvo que alojarse temporalmente en la mansión del conde de Oropesa en Jarandilla. Desde el principio, Quijada no se mostró contento con la ubicación de la residencia de retiro. En noviembre de 1556 observó: «Las vistas de las piezas de S. M. no son muy largas, sino cortas, y las que se ven, ó es una montana de piedras grandes ó unos montes de robles no muy altos. Campo llano no le hay, rio yo no vi ninguno, huerta en casa hay una pequeña y de pocos naranjos. El aposento bajo no es nada alegre, sino muy triste». «Suplico a Vuestra Merced no muestre esta carta, porque yo no quiero contradecir a S. M. sino loalle su aposento y sitio de la casa».

Es pertinente preguntarse por qué Carlos escogió retirarse en España. No fue porque amase a este país más que a cualquier otro, pues su hogar preferido fue siempre los Países Bajos. Es más, tanto Leonor como María tenían dudas sobre el traslado a

España, y trataron de influir en su decisión. De hecho, Carlos ya tenía un lugar de retiro preparado justo a las afueras de Bruselas, donde un pequeño palacio medieval (posteriormente demolido en 1778) había sido reconstruido, con la intención de permitir al emperador pasar sus días aislado del pueblo y del trabajo. Al final sin embargo, su decisión se decantó por España, y sus hermanas lo aceptaron. Indudablemente, le habían aconsejado que el soleado clima del sur sería más saludable para él, y esa fue la explicación que ofreció en su discurso de abdicación. La elección del lugar cerca de un monasterio resultaba perfectamente normal. En tiempos medievales era habitual en Europa que los reyes eligieran monasterios como lugares de residencia, y Carlos no fue una excepción a la regla.

Yuste no le era desconocido. Había visitado el monasterio en una ocasión en compañía de la emperatriz Isabel, y estuvo allí de nuevo durante un breve período, tres años después de su muerte, en 1542. En julio de 1553 se efectuaron los primeros pagos para la construcción de una residencia contigua al monasterio basada, según se dijo, en un boceto dibujado por el emperador. En mayo de 1554 el príncipe Felipe, que iba de camino a Inglaterra, visitó brevemente Yuste para comprobar el estado de las obras que se estaban llevando a cabo. Puede que a Carlos le aconsejasen que era un buen lugar para recuperarse, pero su secretario Mateo Vázquez también tuvo acceso a otras opiniones: «Todos dicen que aquel monesterio que se ha elegido no es al proposito de la salud de Su Magestad». En enero de 1555, Carlos envió a un arquitecto desde Bruselas con instrucciones de supervisar la construcción, pero un año más tarde el edificio aún no estaba terminado, y tuvieron que tomarse distintas disposiciones para que pudiera vivir temporalmente en la cercana Jarandilla, en la residencia del conde de Oropesa. Carlos iba a visitar las obras desde Jarandilla y parecía estar complacido con la morada de ocho habitaciones de Yuste. De acuerdo con un cronista jerónimo de la época, «está

todo el edificio rodeado de ventanas, que es una de las cosas que más le adornan y hermosean, y por todas ellas entran limones, cidras ó naranjas, con que se recrean los ánimos de los que las veen. Al Oriente deste quarto está un gran patio con una fuente en medio del, y todo él es un jardín de limones, cidras y naranjas, y de muchas hiervas y flores, que Su Magestad mandó en él plantar». Puede que esta fuese una opinión excesivamente optimista, en contra de la de Luis de Quijada, que ya hemos citado.

Tres meses más tarde, por fin pudo mudarse, el día 3 de febrero de 1557. «Vino desde Jarandilla en una litera, y della se apeó a la puerta de la yglesia, entre los naranjos que allí hay, y puesto en una silla le llevaron hasta las gradas del altar mayor». Se cantó un tedeum para darle la bienvenida a su nuevo hogar. El veredicto de Brantôme sobre estos acontecimientos fue el de muchos otros: «Así fue que Carlos Quinto, siempre augusto, habiendo desafiado a sus reyes vecinos, inflamado todos los rincones del universo, derrotado a tantos ejércitos, causado la muerte de tantos millones de humanos, ensangrentado mar y tierra, capturado a un papa y a un rey de Francia y triunfado sobre ambos, viendo que ya no podía lograr nada más, se retiró para servir a Dios, sometiéndose al cumplimiento de los sagrados Mandamientos, y también para hacer verdad el proverbio: de moço diablo, viejo hermitaño».

Es preciso disipar aquí un malentendido muy común. Carlos no se convirtió en un anacoreta religioso, a pesar de la asistencia regular a sus obligaciones religiosas. Los cronistas de la Orden de los Jerónimos lógicamente enfatizaron cómo el emperador acudía cada día a sus obligaciones religiosas. Pero Carlos también otorgaba a cada asunto su debida prioridad. «Su Magestad assistia siempre a los sermones y a la lection con grande puntualidad, salvo quando le venía algun pliego de su hijo el rey don Phelipe, ó de su hija la princesa dona Juana, de mucha ymportancia, y entonces mandava que no le aguardassen, porque estava occupa-

do». Siguiendo sus instrucciones, el monasterio decía cuatro misas al día: una por cada uno de sus padres, otra por la difunta emperatriz, y otra por él.

La vida en su residencia era siempre ajetreada, al ser una pequeña corte con una plantilla regular de empleados que en 1557 sumaban alrededor de sesenta personas, un gran número de asistentes y sirvientes, proveedores y trabajadores, y un continuo reguero de visitantes («acudían infinitos», declaró un cronista) tan numeroso que los miembros de su equipo tenían dificultad para controlarlos. Sus principales ayudantes eran su mayordomo, Luis de Quijada, y su secretario Martín de Gaztelu; ambos estaban a su lado en Yuste día tras día, organizando cada pequeño detalle de la vida del emperador. Quijada le servía lealmente, pero desde el principio detestó el monasterio y los monjes («parte —se quejó— donde ni hay que comer, ni donde estar, ni mas que ir y venir a este monesterio con el calor, y agua, y frio, y nieblas»; «áspera vida y sola y triste»). El confesor oficial de Carlos era el fraile jerónimo Juan de Regla, pero también había un confesor flamenco para atender al servicio. Los caballeros asistentes del emperador y los sirvientes personales eran todos flamencos, y no se mostraban más contentos que Quijada con las condiciones en las que tenían que vivir (Gaztelu se refirió en un momento dado a «muchos de estos flamencos quejosos, y ningunos contentos»). Además del español, la principal lengua que se hablaba en presencia de Carlos era el francés. «*Ici (à Yuste) nous ne parlons avec Sa Majesté que le français*»,[1] escribió su médico personal, Henri Mathys, un joven doctor de Brujas.

Las habitaciones estaban decoradas muy sencillamente; de los muros colgaban cuatro retratos de la emperatriz y también de sus hijos. Poseía una pequeña biblioteca de aproximadamente treinta volúmenes, principalmente dedicados a la devoción y el conocimiento, entre ellos los *Comentarios* de César o la *Consolación* de Boecio; tenía también algunos mapas de Italia, Flandes y

del Nuevo Mundo. Inevitablemente se llevó consigo su colección de relojes, y un pequeño órgano para poder tocar música. No le fue fácil aislarse debido a que las primeras semanas muchos grandes señores aparecieron con la esperanza de verle y saludarle, pero él les remitía a la corte de Valladolid. Aceptaba muy pocas visitas personales, de las que quizá la más destacada fue la de Francisco de Borja, un viejo amigo de Carlos que había sido duque de Gandía y virrey de Cataluña, pero quien en 1548, cuando contaba treinta y ocho años, renunció a su ducado en favor de su hijo y entró a formar parte de la recién formada Compañía de Jesús. A partir de entonces, Borja se convirtió también en el consejero espiritual privado de los miembros de la familia real. Visitó a Carlos en diciembre de 1556 y pasó algunos días con él en Jarandilla. Entre las últimas visitas importantes que Carlos recibió estaba la del nuevo arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, quien llegó a Yuste a tiempo para estar presente en el lecho de muerte del emperador.

A lo largo de su retiro, Carlos pudo por primera vez pensar en el futuro de dos jóvenes que formaban parte de su familia: su nieto don Carlos y su hijo don Juan. Carlos, hijo de Felipe y María de Portugal, había nacido en julio de 1545 siendo bautizado con el nombre de su abuelo, que recibió la noticia de su nacimiento cuando estaba en Worms en la Dieta Imperial y que inmediatamente ordenó que se cantara un tedeum. Desde el principio, el emperador prestó atención a los más pequeños detalles relativos a la formación de tan importante muchacho. En 1549 envió instrucciones desde Bruselas «de que el illustrissimo infante sea bien servido, teniendo especial cuidado de mirar…» y así sucesivamente. Obviamente la atención era constante, y aún en 1555 escribe desde Bruselas sobre «la salud del infante y otras particularidades que he holgado de saber, y así de que se tenga tal orden que no rehúse el estudio y esté tan bien corregido y deciplinado…». Al parecer el emperador no recibió ninguna indi-

cación sobre alguna peculiaridad en la persona y conducta del príncipe. Cuando Carlos finalmente abdicó y llegó a España, el príncipe de diez años se mostró extremadamente excitado por poder ver por fin a su abuelo. Le escribió una carta de su propia mano desde Valladolid: «Suplico a V. M. me haga saber si he de salir a recibir a V. M. y a dónde».

Carlos organizó encontrarse con el príncipe en Cabezón a los pocos días. Habiendo dejado España en 1543, no había tenido oportunidad de ver nunca al muchacho. Se encontraron en Cabezón y luego ambos entraron juntos en Valladolid, donde el emperador se quedó durante dos semanas, el tiempo suficiente para poder conocerle. No está claro qué impresión pudo causarle el príncipe. Un oficial de la corte informó: «En gran manera se huelga con el príncipe y me dicen que tiene gran contentamientyo de S. A.». De acuerdo con una crónica que no es verificable, Carlos comentó a la reina Leonor: «Tengo la impresión de que es muy inestable; sus modales y disposición no me agradan en absoluto; no sé cómo será cuando crezca». Sin embargo, el príncipe se encariñó con su abuelo y mejoró su atención en los estudios a fin de impresionarle: «Aunque todas estas cosas haze Su Alteza con poca inclinación», informó su preceptor, don García de Toledo, «hay harta mejoría en ellas».

Desde Yuste, Carlos mantenía contacto regular con su nieto. A esa edad, el muchacho era enfermizo y temperamental, pero apenas mostraba signos de la indisposición que más tarde tendría serias consecuencias para él. Estaba creciendo rápidamente, pero no necesariamente para mejorar. Don García informó al emperador: «En el estudio y egercicios, no va tan adelante como yo querría… Deseo mucho que V. M. fuese servido que el principe diese una volta por allá para velle; paréceme muy necesario que V. M. lo viese de mas cerca alguna temporada, sin que fuese de muchos dias». La regente, Juana, estuvo de acuerdo. Escribió al emperador: «Aunque sea un poco de trabajo para V. M., será da-

lle la vida». Aquellos que estaban a cargo del príncipe en Valladolid obviamente confiaban en que el abuelo pudiera ejercer una influencia moderadora. Ciertamente había motivos de preocupación. Los embajadores venecianos contaban espeluznantes historias sobre su crueldad hacia los animales, y su curioso y excitable temperamento. Un notable retrato suyo realizado en 1557 por Sánchez Coello nos ofrece algunos indicios de los defectos físicos de don Carlos, su rostro retorcido y piernas deformes. ¿Pero cómo podría ayudarle el emperador? De hecho, ya era demasiado tarde, pues prácticamente al mismo tiempo que Juana escribió su carta, en agosto de 1558, Carlos estaba entrando en las últimas fases de la enfermedad que acabaría con su vida.

La muerte del emperador tuvo un impacto altamente negativo en el príncipe. Este nunca había mostrado ningún respeto por su tía Juana y, durante algún tiempo, se había visto privado de la presencia de su padre; su única esperanza de recibir el afecto familiar residía en su abuelo, que estaba enfermo, y no tenía energía para dedicarse a su nieto, y en efecto después de los días pasados tras su llegada a Valladolid no volvería a verle. De haber vivido, tal vez habría sido (como la regente esperaba) de alguna ayuda, pero don Carlos quedó ahora sin ninguna influencia adulta que pudiera respetar.

Pasemos ahora al otro joven en la familia de Carlos. Uno de los aspectos más fascinantes de su estancia en Yuste es el tema de sus intenciones respecto a su hijo don Juan que, como vimos (capítulo 4), llegó a España en 1550 siendo aún niño, y quedó bajo la custodia de Luis de Quijada, quien en 1556 fue también nombrado mayordomo de la casa del emperador en Yuste. Quijada encontró una casa en el pueblo de Cuacos para su esposa Magdalena de Ulloa, que se trasladó allí en julio de 1558, llevando consigo al joven Jerónimo. Algunos días después de su llegada, el emperador concedió a doña Magdalena una audiencia. Desde ese momento en adelante los posibles contactos entre Carlos y su hi-

jo no están documentados y son puramente especulativos. Es seguro que Carlos llegó a ver al muchacho de once años, pero nunca dio ningún paso para revelar su filiación. Esta misteriosa situación dio pie en años posteriores a una romántica especulación (y, mucho más tarde, a imaginativos cuadros y obras de ficción), pero incluso el historiador de la Orden de los Jerónimos, fray José de Sigüenza, no llegó más allá de sugerir: «Passava algunas vezes el muchacho por delante de su padre, y él ponía los ojos en él, aunque con tanta magestad y recato, que nadie podía entender el secreto. Algunas vezes entró en su aposento, aunque pocas, y quando mucho una vez o dos; devió de hablarle su padre como pudiera hablar a otro niño de los que por allí cruzavan». Resulta un tanto trágico que Carlos tuviera poco más de seis semanas para disfrutar de la presencia de su hijo.

Carlos puso gran cuidado en que el secreto permaneciese oculto durante su vida, sin embargo, uno de sus últimos actos antes de morir fue ordenar a uno de sus ayudantes que trasfiriese a Bruselas seiscientas coronas de oro, prácticamente todo el dinero que quedaba en sus cofres privados, para la madre de Juan. Era una extraña situación que se empeñara en ocultar la identidad del hijo, sin otorgarle ninguna educación privilegiada ni posición, y confiara plenamente en que su hijo legítimo, Felipe, leyese el documento que había dejado para él y elevara al chico al rango de príncipe real. Resulta también interesante que él mismo recomendara que Juan fuera alentado a entrar en una orden religiosa. Podemos concluir de todo ello que Carlos deseaba asegurar a su hijo secreto un futuro que correspondiera a su posición, pero no que supusiera ninguna amenaza a la sucesión de su hijo Felipe.

No existe evidencia de la presencia de Juan en el funeral preliminar (que comentaremos a continuación) celebrado por el emperador quince días antes de su muerte, pero sí está probado que el muchacho, junto con Quijada, asistió a las misas funerales que

se celebraron tras la muerte de Carlos, impresionando a los monjes por la fidelidad con la que permaneció de pie, al lado de su guardián, durante las largas ceremonias: «Maravillamos cómo tuvo fuerzas para sufrir estar tanto tiempo en pie». El secreto del emperador fue mantenido por Quijada incluso después del funeral. En medio de los rumores de la corte en Valladolid sobre que un hijo del emperador estaba viviendo en Yuste, Quijada declaraba expresamente en una nota formal a la regente Juana, que «no hay razón para creer que es un hijo de Su Majestad». Sin embargo, cuando regresó a la corte, Quijada descubrió que el asunto era un secreto a voces, aunque Juana con gran tacto se abstuvo de presionarle sobre ello.

A finales de 1558, Quijada reconoció expresamente al rey Felipe, que aún continuaba en Bruselas, pero que para entonces ya había abierto los documentos que acompañaban al testamento de su padre, que el deseo del emperador había sido «que ese asunto se mantuviera en secreto hasta que Vuestra Majestad viniese aquí». Cuando Felipe II regresó a España en 1559 procedente de Bruselas, conocía naturalmente el contenido del testamento de su padre, y de hecho había nombrado, en el último capítulo general de la Orden del Toisón, de la que era cabeza, al aún desconocido muchacho como miembro de la orden. Poco después de su regreso, dio instrucciones a Quijada para que llevara a Jeromín a una cacería. Cuando Felipe apareció, Quijada le dijo a Jeromín que desmontara y rindiera la debida obediencia a su rey. Felipe entonces le preguntó si sabía quién era su padre. Abrazó al muchacho y le explicó que tenían el mismo padre y eran hermanos. Felipe le puso el nuevo nombre de Juan, en honor de su propio hermano que había fallecido en la infancia. El recién llegado fue aceptado en el seno de la familia de acuerdo con la práctica tradicional europea entre aquellos de sangre real.

Cuando llegó a Yuste, Carlos obviamente no tenía intención de continuar ejerciendo su papel político; declaró en repetidas

ocasiones que estaba retirado, que ahora no era nadie, y que su preocupación principal era su propia salud física y espiritual. Prohibió el uso de sus títulos (sus corresponsales ignoraron todos esa instrucción; quizá con la única excepción de su amigo y compañero Luis de Ávila, que se refería a él como «hermano Carlos»). Ya en 1556, sus secretarios no tenían duda alguna que su trabajo pronto llegaría a su fin, pues el emperador aborrecía todas las cuestiones de estado. Es cierto que durante cinco meses, no tocó ningún asunto de importancia. Sin embargo, en el mundo que le rodeaba estaban produciéndose enormes cambios, y él no podía permanecer impasible. En marzo de 1557, llegó a Yuste Ruy Gómez, con una misión especial de Felipe II desde Flandes para pedir su ayuda y consejo. Mientras estuvo en España, Gómez hizo dos visitas más al emperador, en mayo y en junio.

Las visitas de Gómez le despertaron al hecho de que aún debía desempeñar un papel vital en el vasto mundo de la política europea. Sin embargo, él había estado, ya desde principios de enero de 1557, semanas antes de trasladarse a su residencia, criticando a su hija Juana, que ahora era regente del gobierno de España, por asuntos de política referentes a una amplia variedad de materias. Poco a poco, comenzó a reanudar su correspondencia (gracias a sus secretarios, pues su gota normalmente le hacía muy doloroso escribir) con todos aquellos que estaban ejerciendo los poderes que, en su día, él había poseído. Además, y de forma natural, sentía una insaciable necesidad de información y permanecía activamente en contacto con las cosas. Finalmente se despojó de su poder imperial. La declaración que había promulgado antes de dejar los Países Bajos en septiembre de 1556, había confirmado la autoridad de Fernando como futuro emperador. En marzo de 1558, los electores alemanes accedieron por fin a formalizar la posición y la Dieta aceptó a Fernando como emperador. Cuando Carlos recibió la noticia en Yuste el 3 de mayo, pidió que le leyeran en alto la notificación y luego comentó con resignación, «A

ya, no soy nada». Aquellos que escucharon su reacción se quedaron conmocionados: «Muchos dellos, no pudiendo suffrir la congoja y pena que avían recevido, se salieron del aposento, llorando».

Entre los muchos asuntos concretos que llegaron a su conocimiento, deben mencionarse unos pocos. En septiembre de 1557 se sintió enormemente dichoso al recibir noticias de la victoria de su hijo contra los franceses en la batalla de San Quintín, en los Países Bajos. Escribió a Felipe: «Ha sido y es tan grande el contentamiento que he tenido y me queda, que no me puedo contentar de dar gracias a Dios de ver quan buen principio ha dado a vuestra primera jornada, que es lo que siempre le he pedido y esperaba; y así confío en él que lo llevará adelante».

En mayo de 1558 alertó también a Juana de la necesidad de mostrar mano dura contra las supuestas células luteranas que la Inquisición había descubierto en Castilla.

> Creed, hija, que este negocio me ha puesto y tiene en tan gran cuidado y dado tanta pena que no os lo podría significar, viendo que mientras el rey y yo havemos estado ausentes destos reynos han estado en tanta quietud y líderes de esta desventura, y que agora que he venido a retirarme y descansar a ellos y servir a Nuestro Señor, suceda en mi presencia y la vuestra una tan gran desvergüenza y vellaquería, sabiendo que sobre ello he sufrido y padecido en Alemania tantos trabajos y gastos, y perdido tanta parte de mi salud… Es necessario poner mayor diligencia y esfuerço en el breve remedio y exemplar castigo.

En esta ocasión, los actos de la Inquisición repercutieron también en Yuste, donde el doctor Mathys se sintió obligado a quemar su copia privada de la Biblia en francés, porque el padre Regla le dijo que en España la Biblia en francés estaba prohibida.

Sin embargo, consciente de que debía andarse con cuidado, Carlos se abstuvo de tomar parte en los asuntos internos de España. Cuando los españoles, incluso si se trataba de viejos amigos, le escribían o quizá le visitaban para presentar una petición, prácticamente sin excepción los remitía a las autoridades de Valladolid. Las substanciosas cartas de Carlos que han sobrevivido revelan cómo muy pronto volvió a tomar contacto con muchas

cuestiones, a pesar de no tener acceso a toda la información ni poder tomar en ningún momento parte en las decisiones.

Una semblanza del emperador, en cierto modo prolija y apologética, pero también en ocasiones franca, fue escrita por alguien que había colaborado estrechamente con Carlos a lo largo de los años, el erudito e historiador Ginés de Sepúlveda. Este comentó sobre Carlos: «Comía sin moderación y le gustaba hacerlo al mediodía y en lugar público, siguiendo la costumbre de los reyes hispanos; pero cuando empezaron a caersele los dientes, hacia los cincuenta años, prefería comer en lugar apartado y sin espectadores». Sufría, dijo Sepúlveda, de tres enfermedades principales: gota, epilepsia (que dejó de padecer tras su matrimonio, a la edad de veintiséis años), y melancolía. Sobre esta última escribió, «Carlos enferma de melancolía después de los cincuenta años y tomó tanta aversión al despacho de los asuntos de estado que durante nueve meses se negó a firmar documento alguno y no veía ni recibía a nadie más que a los muy íntimos».

En los meses que estuvo en Extremadura, sus enfermedades nunca le abandonaron. Aquellos que lo asistían nunca dejaron de mostrar un retrato optimista de su condición, pero también tenían la obligación de informar de la verdad. En noviembre de 1557, Quijada escribió: «Come muy bien y duerme; está gordo y de muy buena color», pero en la misma carta informaba de serios ataques y aflicciones. En la Nochevieja de 1557-1558 informó: «Esta noche ha dormido Su Magestad mal, y hale dado el dolor on las orillas algun tanto, y en el dedo de la mano izquierda y también se queja de la espalda. Parece que por todas partes mueve el humor. Ha comido razonablemente, pero con poco apetito; y ansi queda harto cansado de la mala noche que ha pasado». En un informe de marzo de 1558, Mathys declara: «Aunque la mejoría de la gota de Su Magestad va adelante, todavía no tiene entera salud, por no tener gana de comer, y que darle mucha quantidad de urina en el cuerpo, lo que a me no contenta;

pero Su Magestad duerme muy bien y hace sus cámaras [deposiciones] razonables, siempre con alguna aquosidad, y come algo, pero sin gran gusto y sin delectacion. Hále tambien reveredescido la llaga del dedo pequeño de la mano: lo que no tengo en mucho».

En mayo de 1558, cuando se hallaba ligeramente recuperado, informó Mathys:

> Tornó Su Magestad no solamente a cobrar la gana de comer, pero de ahi adelante la fué siempre mejorando todo lo demas, como es el sueño, muy buenas camaras naturales, contentamiento de su salud, buen reposo, etc., escepto solo lo de la comezon de las piernas, porque esta, en faltandole la gota, le es tan ordinaria y familiar que nunca esta sin ella. Creciόle a Su Magestad el apetito en gran manera con las fresas, las cuales hubo luego a los primeros días de Pascua, y se huelga en extremo con ellas. Habrá quince dias o más que binieron las cerezas; destas y de las fresas come Su Magestad, al principio de comer, muy gran cantidad, como suele hacer siempre, comiendo con las fresas una escudilla de crema y natas; luego come un pastel con especias, y juntamente de un pernil de tocino cocido y de unos torreznos: con lo cual se le pasa la mayor parte de su comer.

Indudablemente comía bien, aunque nunca de forma tan sustanciosa como lo había hecho en los viejos tiempos. Aunque nos han llegado detalles de lo que comía cada día, probablemente no sea acertado asumir que sus platos favoritos (pescado del mar, perdiz y venado de la caza) fueran dañinos para su salud. Tampoco bebía mucho alcohol, a pesar de su antigua afición al vino y la cerveza. Mathys informó en diciembre de 1557 que «hasta hoy no halla buen gusto en el vino, ni tampoco en la cerveza; y así bebe S. M. del aqua cocida y hipocrás».

Sin embargo, al mismo tiempo Mathys advertía de serios y continuados síntomas. Carlos no veía razón para preocuparse y se quejaba al doctor:

> Dice Su Magestad que se halla bien de salud, y que no siente mal ninguno en el cuerpo; come bien y mucho; bebe mejor. Tiene Su Magestad, a lo que parece, todo lo que dicho tengo, en poco, y se descuida mucho de lo que podría suceder, pues parece ser que no tiene pensamiento ni voluntad de mudar su modo de hacer acerca de lo sobredicho; antes, si yo no me engaño, se confia muy demasiadamente en su costumbre vieja y en las fuerzas naturales de su complexion, las cuales a la verdad muchas veces vemos caerse mas presto de lo que se esperaba.

A finales del mes de julio de 1558, Quijada informaba: «Su Magestad se halla muy bueno», a principios de agosto «va con su salud adelante». Durante todo el mes de agosto padeció a causa del excesivo calor y durmió con las ventanas y puertas abiertas.

A finales de mes, Mathys escribió: «Está con razonable disposicion, sino que a las tardes le viene un poco de dolor de cabeza, el cual pero se quita con el sueño; come con buena gana y dorme bien». Los informes no podían ser mejores, pero la realidad era de algún modo más desconcertante, porque durante esas semanas tuvo problemas. A finales de agosto se produjeron fuertes tormentas y rayos típicos del final del verano. El 1 de septiembre, Mathys informó: «Martes pasado, 30 del mes de agosto, Su Magestad comió en el terrado; dove reververaba mucho el sol, y comió poco y con poco apetito, y stando a comer, le vino un dolor de cabeza, con el qual quedó todo aquel dia. Dormió mal en la noche, y pasó más de hora y media sin dormir, y con calor; y bebió. El miércoles por la mañana hallóse mas aliviado, pero algo pesado y con sed. Entonces comenzó una calentura… y dura todavía la calentura…».

Es en este punto de su enfermedad donde debemos tomar nota de una de las cuestiones más debatidas en relación al retiro del emperador: la del ensayo del funeral que se supone organizó precisamente en ese día, 31 de agosto, en que estaba aquejado de una fuerte fiebre. De acuerdo con los historiadores de la Orden de los Jerónimos, consultó con su confesor Juan de Regla sobre si sería lícito realizar un ensayo de la ceremonia de su propio funeral. Tras recibir el consentimiento, el emperador dispuso llevar a cabo la ceremonia con la asistencia de los monjes y de algunos miembros de su casa. El problema es que este evento no aparece documentado por otros contemporáneos, aparte de los frailes jerónimos, y las posteriores versiones han ido añadiendo coloridos detalles, tales como que la ceremonia tuvo lugar de noche y que Carlos de hecho entró y se tumbó en un ataúd para dar más realismo al procedimiento. Algunos historiadores modernos, especialmente Mignet, han calificado la historia como extraña y, por tanto, apócrifa. Sin embargo, los principales historiadores de

Carlos V, desde Stirling a Gachard, han tendido a aceptar el relato como una posibilidad y, por tanto, probable.

Esa misma tarde del 31 de agosto, de acuerdo con el cronista de la orden jerónima Sigüenza, «mandó traer el retrato de la Emperatriz, y aviéndole mirado un poco, mandó también el de la oración de el huerto, y estuvo mirando y contemplando en él largo rato; ultimamente mandó traer el del Juizio, y estando mirando bolbió el rostro al médico y dijo estremeciéndole el cuerpo: malo me siento doctor; y de allí lo llevaron a la cama donde no se levantó si no es para la sepultura». «Era esto el último de agosto, a las quatro de la tarde. Tomóle el pulso Mathys; hallóle un poco de accidente. Lleváronle luego a la cama, y desde aquel punto se fué agravando el mal». Las crisis fueron empeorando con el paso de los días. El 6 de septiembre, la fiebre era constante, y durante un rato perdió la conciencia. El día 10, finalizó un codicilo a su testamento de Bruselas de 1554. El codicilo exponía: «Ordeno y es mi voluntad que si mi enterramiento hubiere de ser en este dicho monasterio, se haga en el altar mayor de la iglesia d'el un retablo de alabastro y mucho relieve del tamaño que pareciere al rey ya testamentarios, y conforme a las pinturas de una figura que está mía. Que es del Juicio Final de Tiziano, añadiendo e quitando de aquellas lo que vieren más convenir». El 19 de septiembre recibió la extremaunción, y se confesó y comulgó al día siguiente.

En las primeras horas del miércoles 21 de septiembre murió, aferrando en su mano el crucifijo que su esposa Isabel había sostenido cuando murió. «Estuvo Su Magestad agonizando con todo su juizio, acia que quiso dar la última boqueada, y dixo "¡Jesus!" que todos lo oyeron; y luego espiró, siendo las dos y media de la noche puntualmente, y se acabavan en el choro los matines». Aparte del clero, entre los presentes se encontraban Quijada, don Luis de Ávila y Zúñiga, el conde de Oropesa y el arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza. En cuanto a esos momen-

tos finales, Quijada testificó: «Tomó la candela en la mano derecha la qual yo tenía, y con la yzquierda tomó el crucifixo, deziendo: “Ya es tiempo”; y con él in Jhesus acabó el mas principal hombre que ha havido nunca ni abrá».

Las dos hermanas de Carlos, que le habían acompañado guiadas por el amor y el respeto, al igual que él, terminarían sus días en el sur. Habían permanecido juntas en Valladolid a su llegada a España con Carlos, y le visitaron en septiembre de 1557, una vez que se hubo instalado en su nueva residencia. Dado que no había casas para invitados en Yuste, se quedaron en Jarandilla, en la residencia del conde de Oropesa, pero debido a la distancia sus visitas fueron escasas. Dejaron Jarandilla por última vez el 14 de diciembre, pasando por Yuste de camino a Badajoz, donde Leonor había concertado un encuentro con su única hija, María, de veintisiete años, habida de su matrimonio con el fallecido rey Manuel. María permaneció soltera toda su vida, y Leonor esperaba poder convencerla para que viviera con ella en España. Unos años más tarde, Brantôme informaba: «La vi en Lisboa, cuando tenía cuarenta y cinco años, una hermosa y agradable dama, graciosa y bien dotada, gentil y merecedora de tener esposo». Gracias a la intervención personal del emperador ante el rey Juan III de Portugal —el único asunto serio en el que Carlos participó directamente desde Yuste, además de una compleja maniobra diplomática sobre el estatus del reino de Navarra—, la princesa María pudo visitar a su madre, aunque no mostró deseo alguno de abandonar Portugal. Regresó a Lisboa siete semanas más tarde, pese a que su madre se sintió desconsolada por verse separada de ella. Leonor ya enferma, murió en Talaveruela una semana después de la separación, a finales de febrero de 1558. María de Hungría se quedó profundamente desolada, y regresó para informar a su hermano en Yuste, donde se quedó cinco días. Luego, se marchó a vivir a Cigales, justo al sur de Valladolid.

Sin embargo, los acontecimientos del norte de Europa continuaron afectando a María. En junio de 1558 recibió una visita de Carranza, el nuevo arzobispo de Toledo, que acababa de volver de los Países Bajos tras visitar a Felipe II. El rey le preguntaba si podía regresar para hacerse cargo una vez más del gobierno de los Países Bajos. Carlos dio su apoyo a la petición, pero María estaba renuente y fue a visitar a su hermano, con quien mantuvo largas conversaciones al respecto. No dio su consentimiento hasta septiembre, y justo entonces le mandaron aviso del deterioro de la salud de Carlos. Se había dispuesto un navío para su partida desde Laredo, pero en ese momento le llegó la noticia de la muerte del emperador. Las nuevas agravaron su ya débil condición física, dejando en ella un vacío por la pérdida del único hombre —después de su esposo— a cuyo servicio había dedicado su vida. Murió en Cigales el 18 de octubre, haciendo constar en su testamento que deseaba ser enterrada en el mismo lugar que su hermana Leonor.

Fue un otoño que infligió en el nuevo y joven rey de España una acumulación sin precedentes de muertes familiares. Felipe se encontraba en Arras, en los Países Bajos, cuando recibió el 1 de noviembre, día de Todos los Santos, noticias fehacientes de la muerte de su padre en Yuste. Era algo esperado, pues había estado muy pendiente de la evolución de los acontecimientos, pero aun así dejó de inmediato todos sus compromisos y se apresuró a partir hacia Bruselas. En el camino le dieron la noticia de que su esposa, María Tudor, había muerto en Inglaterra el 17 de noviembre. Eso suscitó un problema de protocolo, pues no deseaba que pudiera surgir confusión con las ceremonias por las dos defunciones. Envió instrucciones por adelantado para disponer los ritos funerales que debían organizarse por su reina. En su ausencia, estos serían presididos por el duque de Saboya. El propio Felipe se negó a entrar en Bruselas hasta que la ciudad no hubiese preparado las ceremonias funerarias por el emperador. El 28 de

noviembre, se celebró un deslumbrante servicio oficial de luto por su padre en Bruselas. Las insignias y el colorido de los caballeros del Toisón dominando sobre el resto. Tres días más tarde, tuvieron lugar las correspondientes ceremonias por su esposa la reina, y por su tía María de Hungría, que también había fallecido en España en octubre.

En la mente de todos sus contemporáneos, Carlos era considerado con respeto y honor. Nunca fue acusado de abuso de poder, crueldad o fanatismo. De hecho, él era su crítico más duro, tratando de enmendar cada día sus defectos. Reconocía ser hombre «obstinado en aferrarme a mis opiniones». «Aferrarse raudo a las buenas opiniones —le corrigió el cardenal al que se lo contó—, no es obstinación, Señor, sino firmeza». «¡Ah! —replicó el emperador—, pero algunas veces me aferro a las malas». Aunque fue un inquebrantable católico durante toda su vida, entre sus aliados podían encontrarse protestantes, y únicamente insistió en mostrar dureza contra la herejía cuando advirtió que esta era socialmente subversiva.

Su desaparición fue inevitablemente conmemorada en cada lugar donde los hombres de estado eran venerados. En Bruselas, la capilla ardiente en su nombre quedó dispuesta el 28 de noviembre de 1558, oficiándose las ceremonias en la catedral de Santa Gúdula. El 29 de diciembre, una larguísima procesión de ciudadanos recorrió las calles desde el palacio a la catedral, precedida por un gran barco artificial que portaba cuadros representando sus victorias, y luciendo por un lado las palabras «África aplastada, Güeldres capturado, el mar asegurado, Tremecén protegido, Suleimán expulsado», y en el otro «un Nuevo Mundo descubierto, Milán recuperado, Alemania y Bohemia pacificadas, el Morea y Corón capturados, Túnez tomada y reforzada, los cautivos liberados, la fe implantada en las Indias». La procesión iba encabezada por Felipe II, seguida por la alta nobleza de España, los Países Bajos y el imperio. Se cantaron misas de réquiem

por el difunto rey en cada gran ciudad desde Lisboa a Viena y Roma, e incluso en la abadía de Westminster. En la lejana ciudad de México, una impresionante procesión pública sirvió para conmemorar al gran emperador y reivindicar el poder de España.

Durante su vida, Carlos barajó distintas ideas sobre dónde deseaba que reposaran sus restos. Es posible que le hubiese gustado regresar a Borgoña, si bien más tarde también tuvo la idea de ser enterrado en Alemania. Su último testamento, redactado en Bruselas el 6 de junio de 1554, estipulaba que fuese en la catedral de Granada; pero finalmente en el codicilo redactado en Yuste el 9 de septiembre de 1558, determinaba dejar la decisión a su hijo, pidiéndole únicamente ser sepultado al lado de su esposa Isabel. Su cuerpo fue enterrado el 23 de septiembre en el monasterio de Yuste. Posteriormente, por una orden de Felipe II del 3 de enero de 1574, fue trasladado, prácticamente a la vez que otros cuerpos de la familia real, a la capilla de El Escorial en febrero de ese año. El edificio de la gran iglesia —basílica— de San Lorenzo no comenzaría a construirse hasta 1575, y al parecer no existe documentación sobre un plano del emplazamiento de las tumbas de los cuerpos reales hasta 1579.

El más grande monarca de la historia de Europa nació entre privilegios y alcanzó el poder a través de la colaboración de las élites de todos los rangos, naciones y credos; no tenía delirios de grandeza, ni una gran estrategia para la dominación, no construyó deslumbrantes palacios, ni se dejó tentar por vicios mundanos y no acumuló riquezas; no obstante, acabó sus días despojado voluntariamente de los avíos del poder, y todavía consciente de sus responsabilidades. En las ceremonias funerarias celebradas en su honor en la grandiosa y recientemente terminada iglesia de San Benito el Real en Valladolid, en presencia de la regente y la corte de España, el sermón fue predicado por Francisco de Borja, en su día duque de Gandía y ahora miembro de la Compañía de

Jesús, que había estado a su lado en esas últimas semanas y escogió para la ocasión las palabras del salmo: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine*, «alejéme huyendo y permanecí en la soledad».

[1]Aquí, únicamente hablamos con su majestad en francés.

Mucho antes de su retiro, cuando aún estaba en la cumbre de su éxito, el emperador decidió escribir sus memorias. Por entonces ya había experimentado una década de triunfos y sentía que era el más indicado para explicar cómo lo había logrado. Hemos visto en qué momento empezó a redactarlas. En 1547, contaba con la victoria militar de Mühlberg a sus espaldas. Fue en junio de 1550, tras haber pasado los meses anteriores confirmando a su hijo Felipe como heredero de los Países Bajos. Poco después, en compañía de Felipe y de la corte, dispuso de cuatro días de descanso navegando bajo el sol del verano, mientras remontaban las espectaculares gargantas del Rin. Ahí, en cubierta, pudo relajarse, disfrutar de la brisa y dictar en francés sus memorias a sus secretarios flamencos. A lo largo de las siguientes semanas continuó dictando mientras estaba en Augsburgo, y luego permitió que el texto se tomara un descanso.

El emperador, en suma, fue su propio historiador. Por supuesto contaba con un buen número de historiadores oficiales a su servicio (principalmente Antonio de Guevara, Pedro Mexía, Juan Ginés de Sepúlveda, Florián de Ocampo y Alonso de Santa Cruz), que nos han dejado valiosas crónicas sobre cada aspecto de su vida pública, y algunos de ellos estaban al corriente de que Carlos se había puesto él mismo a escribir. Un italiano, que no formaba parte de los historiadores oficiales, llamado Ludovico Dolce, publicó en 1561 en Venecia una breve historia de la vida del emperador en latín; conocía la existencia de las memorias de Carlos y sugirió que el propósito había sido imitar los comentarios históricos escritos por Julio César. Desgraciadamente, ninguno de los escritores que sabían de la existencia de las memorias había puesto sus ojos en ellas, de modo que había dudas sobre si

realmente existían. Las dudas continuaron hasta el reinado de Felipe II, quien en 1561 intentó descubrir dónde podrían estar dichas memorias; como ya hemos visto, él estaba presente cuando su padre las dictó en el barco. Ese hecho constituyó el primer gran misterio: ¿existían realmente las memorias? Un corresponsal italiano informó en abril de 1561 a Felipe de que «el propio emperador compuso en francés una narración de los principales actos de su reinado», pero ese mismo año el cardenal Granvela aseguró a Felipe que no había podido encontrar rastro del documento.

Tenemos, sin embargo, la palabra de su autor sobre su verdadera existencia. En sus últimos años de retiro, el emperador fue visitado en Yuste por el duque de Gandía, Francisco de Borja, que ahora era un miembro destacado de la Compañía de Jesús. En una ocasión (así nos informa el biógrafo de Borja, Pedro de Ribadeneira) Carlos preguntó a Borja «si le parecia que avia algun rastro de vanidad en escrivir el hombre sus propias hazañas, porque el avia escrito todas las jornadas que avia hecho, y las causas y motivos; y que no le avia movido apetito de gloria, sino de que se supiesse la verdad», dado que los historiadores a menudo distorsionaban la verdad. Este era un claro testimonio de la existencia de las memorias, y así fue aceptado por unos pocos escritores españoles, como Gil González Dávila, quien una generación más tarde incluía el nombre del emperador entre los de aquellos príncipes que habían escrito sus propias biografías. La existencia de las memorias era también aceptada por un hijo del emperador Fernando, que las mencionó en una carta de septiembre de 1550, esto es, solo unos pocos meses después de que Carlos las escribiera. Tenemos además un testigo directo de esos meses, uno de los asistentes personales del emperador, Guillermo Van Male, quien en una carta de julio de 1550, es decir, en el mismo momento en que las memorias se estaban escribiendo, dio prueba de una conversación mantenida con Carlos sobre el

tema. Carlos le pidió que echara un vistazo a algunas partes de su texto para revisar errores.

Más allá de toda duda, el texto existía. El problema fue que había desaparecido de la vista a pesar de los esfuerzos realizados por muchas personas para localizarlo. Las memorias fueron descubiertas por primera vez por el erudito belga Kervyn de Lettenhove en 1860, en un manuscrito en portugués guardado en la Biblioteca Nacional de París; él tradujo el texto al francés y dos años después lo publicó. El documento iba acompañado por una nota en español, aparentemente escrita por Carlos, que, en parte, rezaba así:

> Esta historia es la que yo hize en romance, quando venimos por el Rin, y la acabé en Augusta. Ella no esta hecha como yo quería, y Dios sabe que no la hize con vanidad, y si della et se tuvo por ofendido, mi ofensa fue mas por ignorancia que por malicia.
>
> Innsbruck, 1552

Las memorias eran en realidad una sencilla narración, que ocupaba noventa y dos pliegos manuscritos, sobre algunos de los acontecimientos en la vida política del emperador hasta el año 1548, pero no contenían sorpresas ni revelaciones, y simplemente confirman sus ya conocidas actitudes, sin explicar su personalidad. Carlos sabía que había un buen número de historiadores oficiales que escribirían sobre su vida, y generalmente los llevaba consigo cuando viajaba, para que pudieran informar fielmente de todo lo sucedido. No le gustaban los informes imprecisos, y en una ocasión espetó bruscamente a un cronista: «Este hecho no sucedió sino que es inventado». Sin duda por ese motivo, sentía que su propia versión de lo ocurrido podría ser factible. De no ser posible, los historiadores tendrían que escribir sus crónicas correctamente. Confiaba enormemente en Sepúlveda, quien le acompañó en la expedición para ofrecer un preciso relato de la conquista de Túnez. En 1543, en una de sus reuniones en Italia con el historiador Paolo Giovio, le comentó a este último: «Tome su pluma, Giovio, y apresúrese a escribir mis hazañas del pasado, ¡pues la campaña que estoy planeando para este año [en los

Países Bajos] va a proporcionarle una gran cantidad de nuevo trabajo!». Sin embargo, no tenía demasiada confianza en los historiadores. Cuando Sepúlveda le pidió que echara un vistazo a algo que había escrito, Carlos replicó: «No me agrada leer u oir lo que se escribe sobre mí: lo leerán otros, cuando yo haya muerto».

Es seguro que el emperador, como todos los hombres de la vida pública, deseaba ser recordado, pero por encima de todo como un héroe militar. Brantôme escribió: «Un viejo capitán español me dijo una vez que si el emperador hubiera sido inmortal habría sido en la guerra el azote del mundo, tan grande era su ambición. Adoptó como su divisa las dos columnas con las palabras "Plus Ultra", expresando su deseo de superar al propio Hércules, que las había plantado sobre el Estrecho de Gibraltar». En una conversación en 1532 con varios nobles franceses llegados a Viena para luchar contra los turcos, Carlos declaró: «Amo la paz no menos que ustedes. Pero nací, fui educado y entrenado para las armas, y debo continuar con ellas hasta que ya no sea capaz de hacerlo». Con razón el embajador veneciano Navagero comentó en 1546:

> Es de opinión general que el emperador no tiene mejor general en el ejército que él mismo. Está lleno de energía para asumir las más difíciles empresas, y es muy valiente e intrépido en llevarlas a cabo. Ha dado muestras de estas cualidades en todas sus expediciones bélicas. Lo intentó con Túnez donde tuvo que combatir no solo con hombres, sino contra la furia de los elementos y la estéril naturaleza del terreno –y me han contado que siempre era el primero en arrostrar cualquier peligro–. Se dice que en Argelia los restos del ejército solo fueron preservados gracias a su coraje y a la constancia de su espíritu. Este príncipe no puede disimular el placer que experimenta en tiempos de guerra; y mientras que en las ciudades y en la vida ordinaria se muestra firme, grave y severo, en el campo de batalla es todo vida, actividad y alegría.

A sus ojos, el papel de Carlos era el de un césar, es decir, el general supremo. Sepúlveda dijo de él: «Prefería dirigir personalmente antes que por sus generales e incluso realizar en persona misiones que debía encomendar a alguno de sus capitanes». Fue uno de los últimos reyes de Europa en entrar personalmente en batalla, luchando al lado de sus tropas. Era un período en el que la cultura europea experimentó un resurgimiento de las ideas

cuasi medievales sobre la caballería y el honor, como sabemos por el tipo de literatura que circulaba. Los caballeros eran contemplados como héroes, y resulta muy significativo que Brantôme identificara como el mayor héroe militar de su tiempo al emperador Carlos, al que describió como «el más gran emperador que hubiese existido desde Julio César y nuestro propio y gran Carlomagno», elogiándolo por «sus grandes conquistas y sus inigualables proezas», incluso aunque Carlos fuera visto en esa época por los líderes de Francia como su mayor enemigo. En una conversación mantenida con el almirante de Francia, Coligny, Brantôme le preguntó quién creía que habían sido los «más grandes capitanes» de su tiempo. Coligny no tuvo duda: el más grande, dijo, era el emperador; el segundo el condestable de Francia, Montmorency, y el tercero en ese honor, el duque de Alba.

Brantôme recogía las críticas del rey francés, Francisco I, de no haber podido nunca luchar frente a frente con Carlos, que siempre estaba escondiéndose en sus dominios españoles, al otro lado de los Pirineos. Sin embargo, la obsesión caballeresca por la lucha cuerpo a cuerpo no se había perdido totalmente en Carlos. Cuando en 1536 el rey francés invadió los territorios del emperador mientras este último estaba ocupado en la campaña de África, Carlos declaró furioso, delante del papa y de los cardenales de Roma, que desafiaba a Francisco a luchar con él en combate singular, para resolver las muchas diferencias que los dividían y también, enfatizó, para evitar una innecesaria pérdida de vidas de muchos soldados. En varias ocasiones, de acuerdo con Brantôme, continuó evidenciando un absoluto deseo varonil por ejercitar sus habilidades. Cuando los turcos se retiraron del asedio de Viena, Carlos deseaba perseguirlos con el enorme ejército del que disponía; pero los príncipes alemanes le dejaron claro que el ejército solo estaba allí para defender, y no para conquistar. De la misma forma, dice Brantôme, cuando Felipe II ganó la

batalla de San Quintín, Carlos se sintió decepcionado porque el ejército no aprovechara su ventaja y marchara sobre París.

Llegamos a saber mucho más sobre el emperador a través de las numerosas historias publicadas tras su muerte, principalmente en España y en Alemania. Quizá la más impresionante de las historias sea la de Prudencio de Sandoval, que fue cronista oficial con Felipe III de España y publicó en Valladolid en 1604 la *Vida y hechos del emperador Carlos V*. Sandoval explicaba que al escribir sobre el reinado del emperador su tarea era narrar los acontecimientos de «un siglo inquieto», un siglo lleno de «las guerras, las muertes de quinientos mil hombres, los mejores del orbe; las armas continuas de cincuenta años; las prisiones de reyes; el saco de Roma; los desacatos hechos a lo humano, sin perdonar lo divino; los desafíos coléricos y palabras pesadas entre los príncipes; las ligas, contratos, juramentos, amistades leales de diversas maneras violadas; los intereses, ambiciones, las envidias mortales en los más altos y reales corazones; las voluntades fingidas; el confederarse unos con turcos, otros con herejes, vencidos del odio y por vengar sus pasiones; los incendios de los pueblos y campos; derramamientos de sangre que con rabia infernal hubo entre la gente común». No era una historia feliz, pero Sandoval se las arregló para encontrar en su narración un lugar aceptable para el emperador. «Lo consumió la vida en pocos años, pues cuando eran en él verdes y de edad floreciente, no siendo aún cumplidos los treinta y tres, le tocaba la gota y fatigaban otros males, y siendo ya de cincuenta no era señor de sí el que de tantos ejércitos y mayor parte del mundo lo había sido, ni tenía pies, ni manos, ni fuerzas, trabado de tanto mal. Pues para carga semejante nació Carlos V».

Es todo un tributo a su honestidad el que los propios historiadores españoles que alabaron su carácter y hazañas pudieran ser francos en sus críticas a algunas de sus políticas. Su principal queja era siempre la misma, que Carlos había descuidado Casti-

lla, gastado todo su dinero y desperdiciado su esencia en guerras. Sepúlveda, por ejemplo, criticaba detalladamente numerosos aspectos de la política financiera del rey, y algunas de las guerras, a las que calificaba de «justas, pero no tan necesarias». Quizá el testimonio más llamativo sea el del historiador italiano y obispo Giovio, quien pudo ser testigo del descontento entre la élite española cuando Carlos abandonó España en 1543: «España en ese momento podía ser vista no exactamente en rebelión contra el emperador pero al menos con antipatía hacia él».

Inevitablemente, la reputación del emperador variaba dependiendo de cada nación sobre la que gobernaba, pero estaban en una era de conflictos y siempre hubo razones para criticar sus acciones. Los Países Bajos tuvieron más motivos para honrar su memoria, y a pesar del severo trato empleado en sofocar la rebelión en su nativa Gante y la creciente persecución de herejes, continuaron sintiéndose orgullosos del emperador. Igualmente, en Alemania los disturbios políticos de la Reforma dispusieron al menos a la mitad de los alemanes contra él, con el consecuente impacto en la forma en que su memoria fue venerada; pero a pesar de todo siguió siendo respetado como un héroe nacional. De todos sus territorios, curiosamente, fue Castilla —donde finalmente eligió ser sepultado— la que más rechazó su memoria. En 1519, en vísperas de la revuelta de los Comuneros, las protestas contra la nueva dinastía y sus consejeros extranjeros empezaron a extenderse por Castilla:

> Tú, tierra de Castilla, eres bien desgraciada y maldecida, cuando sufre un reino tan noble como tú eres ser gobernada por extranjeros que no sienten amor por ti.

Las quejas continuaron esporádicamente durante los siguientes dos siglos. José Cadalso escribió hacia 1780 una *Defensa de la nación española*, que permaneció inédita hasta 1970. En sus treinta y siete folios se incluye la opinión de que «la casa de Austria gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas de España», en referencia a las guerras en Europa, algo que se

convirtió en una idea recurrente entre los escritores. La decadencia española, concluía, fue la consecuencia lógica del gobierno de los Habsburgo. Uno de los más destacados políticos de la ilustración del siglo XVIII, Campomanes, tuvo duras palabras para el emperador:

> El emperador, no encontrando ya resistencia [después de Villalar], impuso los pechos que quiso y arregló o dispuso las leyes a su modo de pensar, sin que las Cortes sirviesen de otra cosa que de firmar lo que por la corte se les tenía ordenado. La hacienda de España se gastó sin intervención de los españoles, y al paso que se aumentaron Estados y se cantaron victorias, se aumentaron gastos y se lloraron escaseces. Vendiéronse alcabalas, tercias, jurisdicciones y muchísimos bienes de las Ordenes militares y monacales, pero nada alcanzaba a cubrir los indecibles gastos de la guerra. Las inmensas riquezas [...] dieron ánimo al rey Carlos para emprender más cosas que las que bien se pudieran concluir y ni aún mantener, como él mismo lo confiesa en las instrucciones que dio a su hijo Felipe.

Desde comienzos del siglo XIX, los diputados liberales de las Cortes de 1810 en Cádiz presentaron una visión de un país que había sido arruinado por los monarcas extranjeros que gobernaron después de Fernando e Isabel. Los Habsburgo, sostenían, impusieron el absolutismo extranjero en España, abolieron las Cortes, destruyeron la tradicional democracia española, restringieron las libertades de los nobles y dejaron al pueblo sin libertad. Ellos condenaron España al declive. Los derechos que la Constitución de 1812 intentó restaurar fueron, de acuerdo con el diputado Agustín de Argüelles, «las leyes fundamentales de la monarquía de España antes de que depravasen su índole dinastías extranjeras». Los liberales, debemos destacar, no se inventaron su interpretación antiextranjera, ya que a comienzos de la era moderna hubo una crítica continuada de los Habsburgo, con una constante insistencia en el funesto papel de los extranjeros y de las finanzas foráneas.

Una frase clave acuñada por Argüelles fue: «Perecen las libertades públicas en los campos de Villalar». En su *Examen histórico* (1835) exponía las líneas principales de la interpretación liberal. La alta nobleza traicionó al pueblo y ayudó al rey a aplastar la rebelión popular. Carlos aprovechó la oportunidad para ejecutar a sus oponentes, y el reino quedó «a discreción del rey», que ahora era «absolutista» (una etiqueta empleada sin el menor intento de

explicar su significado). Carlos hizo que su triunfo fuera completo al revolverse contra los nobles y excluirlos de las Cortes en 1538. Esa opresión introdujo «una nueva era en la que la nación comenzó a decaer rápidamente». De este modo, el conveniente mito de la «decadencia» fue puesto en marcha: Carlos V inició la ruina de España. Si resultaba que se producía algún éxito político y militar para el emperador en Europa, se trataba meramente de un «falso brillo».

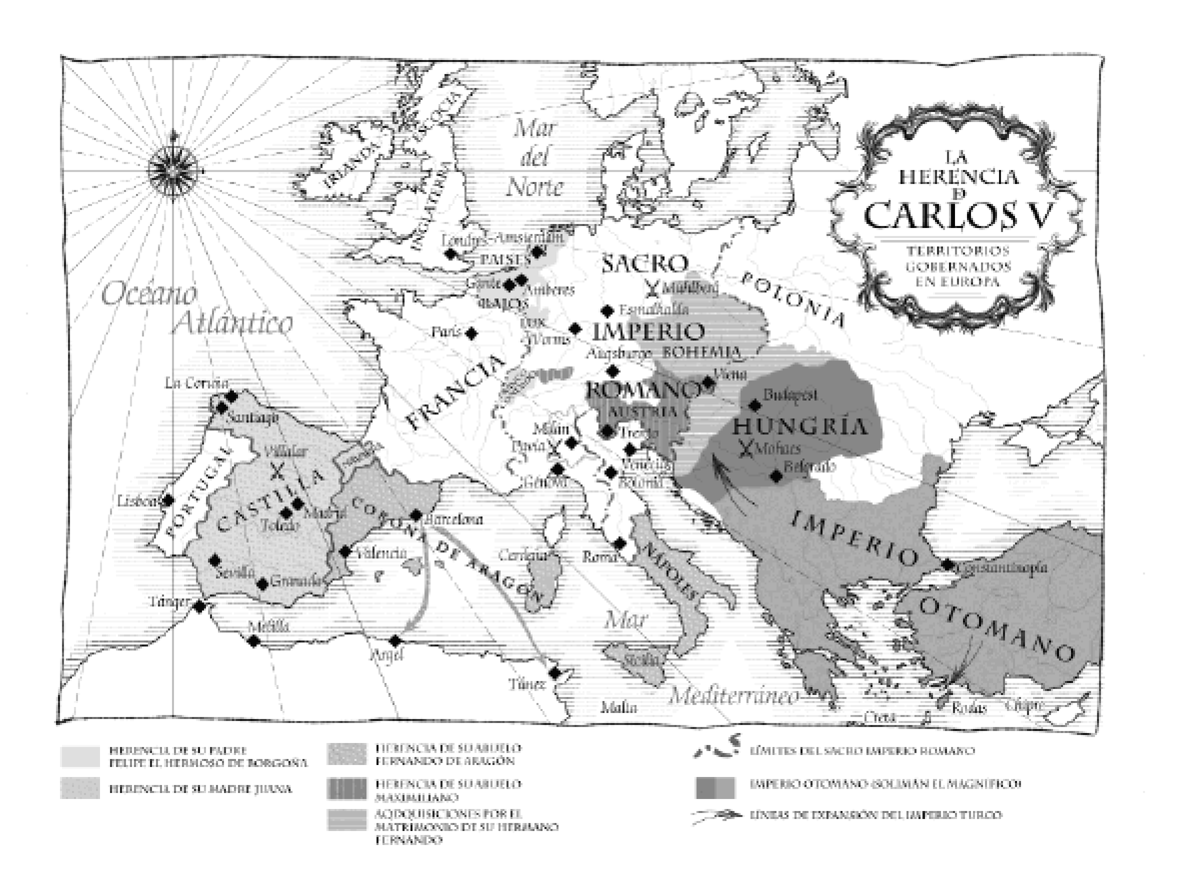
El historiador Modesto Lafuente estableció la versión liberal en su forma definitiva. Su presentación, que reinó con total supremacía durante generaciones y aún puede encontrarse en muchos escritos sobre la historia de España, comenzaba con la premisa fundamental de una España arruinada por los gobernantes extranjeros, y sometida al absolutismo extranjero. La solución residía, lógicamente, en rechazar la monarquía extranjera y apoyar las tradiciones democráticas esenciales de España. «El reinado de Carlos V —expuso Lafuente con firmeza— nos admira, pero no nos entusiasma». Sus razones eran dos. Políticamente, veía el régimen Habsburgo como una tiranía, debido (proclamaba) a que destruyó las instituciones representativas que Castilla había heredado desde la Edad Media. «Perecen las libertades públicas de Castilla en los campos de Villalar. Fue la última protesta armada de la libertad contra la opresión». El hecho de que no pereciera ninguna libertad, que Carlos no hiciera nada para comprometer el papel tanto de las Cortes como de las ciudades castellanas, y que no hubiese una opresión identificable, era para los liberales totalmente irrelevante. La conclusión de Lafuente no podía ser más inflexible:

> Las libertades españolas, cuya conquista había costado tan heroicos sacrificios, tan preciosa sangre por espacio de siglos, fueron ahogadas en sangre española por dos príncipes de origen extranjero. En política esto fue lo que debió España a los dos primeros soberanos de la casa de Austria.

La segunda razón esgrimida por Lafuente era que económicamente, los Habsburgo arruinaron la que, en su día, era una próspera nación. Los españoles bajo Carlos V fueron confundidos:

> Ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco a poco la pérdida de sus libertades, la emigración de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos lauros. Aquí se paralizaba la industria interior, y se agotaba la sangre de los hombres… Obstinada la dinastía austríaca en dominar la Europa, despobló la España, sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas.

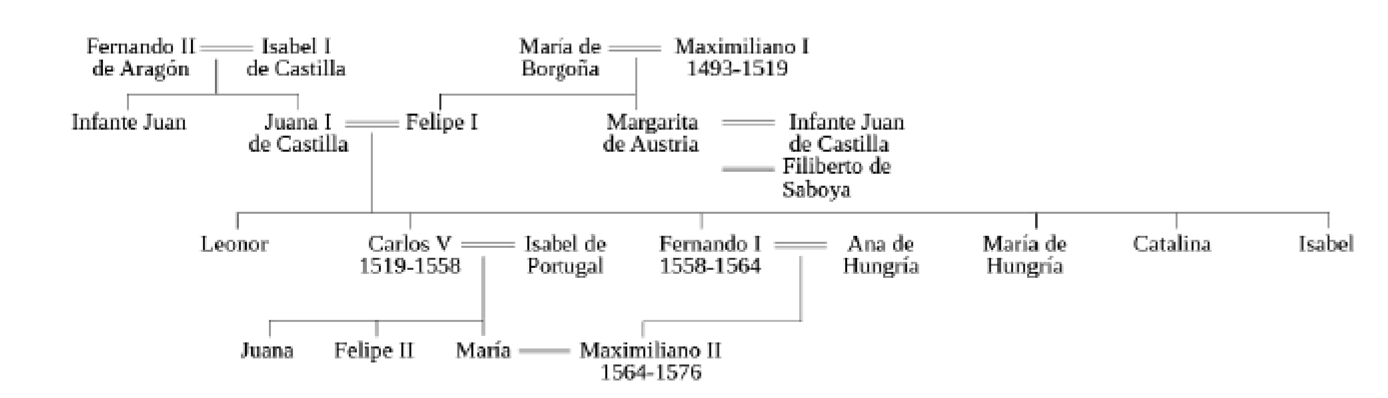
La desfavorable imagen de Carlos V (que no está basada ni en hechos ni en investigaciones históricas) constituyó un curioso fenómeno generalizado, dado que este era un emperador que amó España, dedicó una enorme atención a sus asuntos y, finalmente, decidió pasar sus últimos días en ella. Gracias en parte a él, España se encumbró hasta convertirse en una potencia mundial. El resultado fue notable. En una nación como Alemania, donde Carlos estuvo en constante conflicto tanto con los príncipes como con el pueblo, la memoria histórica a todos los niveles lo acogió favorablemente valorándole como un héroe nacional. Por el contrario, en España —el país al que elevó a un estatus mundial— nunca fue apreciado como un héroe nacional, y solo en el siglo xx los historiadores comenzaron a prestar la debida atención a sus logros.



LA HERENCIA D CARLOS V
TERRITORIOS GOBERNADOS EN EUROPA
Océano Atlántico
Mar del Norte
IRLANDA
ESCOCIA
INGLATERRA
Londres
Amsterdam
PAÍSES BAJOS
Gante
Amberes
SACRO IMPERIO ROMANO
POLONIA
Mühlberg
Esmalkalda
Worms
París
FRANCIA
Augsburgo
BOHEMIA
Viena
AUSTRIA
Budapest
HUNGRÍA
Mohacs
Belgrado
Milán
Pavía
Trento
Venecia
Bolonia
Génova
La Coruña
Santiago
Villalar
PORTUGAL
CASTILLA
Lisboa
Madrid
Toledo
Sevilla
Granada
Tánger
Melilla
CORONA DE ARAGÓN
Barcelona
Valencia
Argel
Cerdeña
Roma
NÁPOLES
Sicilia
Túnez
Malta
Mar Mediterráneo
IMPERIO OTOMANO
Constantinopla
Creta
Rodas
Chipre
HERENCIA DE SU PADRE FELIPE EL HERMOSO DE BORGOÑA
HERENCIA DE SU MADRE JUANA
HERENCIA DE SU ABUELO FERNANDO DE ARAGÓN
HERENCIA DE SU ABUELO MAXIMILIANO
ADQUISICIONES POR EL MATRIMONIO DE SU HERMANO FERNANDO
LÍMITES DEL SACRO IMPERIO ROMANO
IMPERIO OTOMANO (SOLIMÁN EL MAGNÍFICO)
LÍNEAS DE EXPANSIÓN DEL IMPERIO TURCO


FLORIDA
Golfo de Mexico
La Habana
Guadalajara
Ciudad de Mexico
Veracruz
CUBA
Santiago
ESPAÑOLA
PUERTO RICO
Oaxaca
Guatemala
Mar Caribe
Océano Atlántico
Cartagena
Caracas
TRINIDAD
Panamá
Bogotá
Quito
Océano Pacífico
Recife (Pernambuco)
Salvador (Bahía)
Lima
Cuzco
Potosí
São Paulo
Río de Janeiro
Santiago
Buenos Aires
PRESENCIA ESPAÑOLA EN AMÉRICA
A FINALES DEL SIGLO XVI
Estrecho de Magallanes
Cabo de Hornos

Casa de los Habsburgo



Las fechas se corresponden con el reinado de cada emperador

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Cualquier estudio sobre la vida y carrera del emperador Carlos V debe enfrentarse a tres serios obstáculos: la ingente cantidad de material documental, en latín y en las principales lenguas de Europa; la necesidad de prestar atención a las narraciones individuales de cada uno de los países europeos y también de las potencias islámicas; y la perspectiva nacional y los prejuicios de cada uno de los expertos en el tema. Además de haber utilizado diversas fuentes habituales, para el presente estudio se ha consultado la correspondencia del emperador que se encuentra disponible en las colecciones publicadas en inglés, francés, alemán, español e italiano; pero sin entrar a examinar otras importantes colecciones tales como la correspondencia de Granvela o los informes diplomáticos de los embajadores occidentales y los nuncios papales.

Los lectores cuya lengua nativa es el español encontrarán que existen muchas crónicas biográficas del emperador, fechadas desde finales del siglo XVI y comienzos del XVII. De hecho, el material documental de España es más rico que el de cualquier otra nación, lo que hace más fácil entender por qué los modernos historiadores españoles han tendido a ver a Carlos casi exclusivamente en su contexto español. El erudito más prolífico ha sido Manuel Fernández Álvarez, quien recopiló una concienzuda colección de la correspondencia del emperador en español. Además realizó varios estudios biográficos, cuya interpretación, sin embargo, debe abordarse con cuidado. Otros destacados eruditos españoles incluyen a Ramón Carande, que realizó un importante estudio sobre las finanzas del emperador. Una muy buena introducción a algunos de los documentos y estudios en español puede encontrarse en la página *http://www.cervantesvir-*

tual.com/bib/historia/CarlosV. La compilación de «Fuentes de información sobre Carlos V y su época en Internet», creada (en el 2000) por Ana María Carabias Torres en *http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/1/1*, ofrece también una buena visión de conjunto de algunas fuentes disponibles para el trabajo del investigador. Aquellos interesados en las relaciones entre el emperador y su hijo pueden consultar mi estudio *Felipe de España*, varias ediciones, publicado por primera vez en 1998.

ÍNDICE